



# INSURGENT





SINCERIDAD



SABIDURÍA

NO HAY VUELTA ATRÁS



CONCORDIA

Reading!  
books, friends and fun



INTREPIDEZ



ABNEGACIÓN



**INSURGENT**  
VERONICA ROTH



## SINOPSIS

**U***na decisión puede destruirte.*

Una decisión puede transformarte, o puede destruirte. Pero toda decisión tiene consecuencias y, mientras la sublevación se asienta en las Facciones a su alrededor, Tris Pior debe seguir intentando salvar a aquellos a los que aprecia —y a sí misma— mientras lidia con preguntas demoledoras de desdicha y benevolencia, identidad y lealtad, política y amor.

El día de la Iniciación de Tris debió estar lleno de festejo y victoria con la Facción de su elección; en cambio, el día terminó con espantosos horrores. Ahora, la guerra está en ciernes, mientras el conflicto entre las Facciones y sus ideologías crece. Y en tiempos de guerra, los bandos deben ser elegidos, secretos saldrán a flote, y las decisiones se volverán más irrevocables e, incluso, más poderosas.

Transformada por sus propias disposiciones pero también por la desdicha y la culpa que la agobian, descubrimientos radicales y relaciones en proceso de cambio, Tris debe abrazar por completo su Divergencia, incluso si desconoce lo que podría perder al hacerlo.

*Traducida por Dark Heaven  
Corregida por Angeles Rangel*

**SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGÍA DIVERGENT.**



# EPÍGRAFE

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**C**omo un animal salvaje, la verdad es demasiado poderosa para permanecer enjaulada.

—Del manifiesto de la Facción de Concordia.



# ÍNDICE

Sinopsis.....	3
Capítulo 1 .....	7
Capítulo 2 .....	12
Capítulo 4 .....	29
Capítulo 5 .....	35
Capítulo 6 .....	41
Capítulo 7 .....	51
Capítulo 8 .....	64
Capítulo 9 .....	75
Capítulo 10 .....	82
Capítulo 11 .....	90
Capítulo 12 .....	98
Capítulo 13 .....	110
Capítulo 14 .....	117
Capítulo 15 .....	128
Capítulo 16 .....	137
Capítulo 17 .....	141
Capítulo 18 .....	155
Capítulo 19 .....	159
Capítulo 20 .....	168
Capítulo 21 .....	173
Capítulo 23 .....	188
Capítulo 24 .....	193
Capítulo 25 .....	198
Capítulo 26 .....	206
Capítulo 28 .....	219
Capítulo 29 .....	226
Capítulo 30 .....	237
Capítulo 32 .....	249
Capítulo 33 .....	254



Capítulo 34 .....	261
Capítulo 35 .....	264
Capítulo 36 .....	268
Capítulo 37 .....	278
Capítulo 38 .....	289
Capítulo 40 .....	308
Capítulo 41 .....	315
Capítulo 42 .....	321
Capítulo 43 .....	327
Capítulo 44 .....	335
Capítulo 45 .....	342
Capítulo 46 .....	346
Capítulo 47 .....	355
Verónica Roth.....	362





# CAPÍTULO 1

*Traducido por Dark Heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**M**e despierto con su nombre en mi boca.  
Will.  
Antes de abrir los ojos, lo veo deformado en el pavimento de nuevo. Muerto.

Por mi mano.

Tobias se agacha delante de mí, su mano sobre mi hombro izquierdo. El vagón del tren golpea sobre los rieles, y Marcus, Peter, y Caleb están parados en la puerta. Tomo una respiración profunda y la mantengo en un intento de aliviar un poco la presión que se está construyendo en mi pecho.

Hace una hora, nada de lo que sucedió se sentía real para mí. Ahora lo hace.

Exhalo, y la presión sigue ahí.

—Tris, vamos —dice Tobías, sus ojos buscando los míos—. Tenemos que saltar.

Está demasiado oscuro para ver dónde estamos, pero si estamos saliendo, es probable que nos encontremos cerca de la alambrada. Tobias me ayuda a ponerme de pie y me guía hacia la puerta.

Los otros saltan uno a uno: Peter primero, y luego Marcus, a continuación, Caleb. Agarro la mano de Tobias. El viento se levanta mientras nos paramos en el borde de la apertura del vagón, como una mano que me empuja hacia atrás, hacia la seguridad.

Pero nos lanzamos a la oscuridad y a la dura tierra del suelo. El impacto hace que me duela la herida de bala en mi hombro. Me muerdo los labios para no gritar, y busco a mi hermano.



—¿Estás bien? —digo cuando lo veo sentado en la hierba a pocos metros, frotándose la rodilla.

Él asiente. Lo escucho inhalar como si estuviera luchando contra las lágrimas, y tengo que darme la vuelta.

Aterrizamos en la hierba cerca del alambrado, a varios metros del camino trillado por el que los camiones de Concordia viajan para entregar alimentos a la ciudad, y la puerta que les permite salir —la puerta que comúnmente está cerrada—, encerrándonos adentro. El Alambrado se eleva sobre nosotros, demasiado alto y flexible como para treparlo, demasiado resistente para derribarlo.

—No se supone que tiene que haber guardias Intrepidez aquí —dice Marcus—. ¿Dónde están?

—Ellos probablemente estaban bajo la simulación —dice Tobías dice—, y ahora... —Hace una pausa—. Quién sabe dónde están, haciendo quién sabe qué.

Detuvimos la simulación —el peso del disco duro en mi bolsillo trasero me lo recuerda— pero no detuvimos las consecuencias. ¿Qué pasó con nuestros amigos, nuestros compañeros, nuestros líderes, nuestras facciones? No hay forma de saber.

Tobías se aproxima a una pequeña caja de metal en el lado derecho de la puerta y la abre, revelando un teclado.

—Esperemos que Sabiduría no pensará en cambiar la combinación —dice mientras escribe en una serie de números. Se detiene en el octavo, y la puerta hace clic abriéndose.

—¿Cómo sabías eso? —dice Caleb. Su voz suena ronca por la emoción, tan espesa que me sorprende que no se ahogara mientras hablaba.

—Trabajé en la sala de control de Intrepidez, monitoreando el sistema de seguridad. Sólo cambiamos los códigos dos veces al año —dice Tobías.

—Qué suerte —dice Caleb. Él le da una mirada cautelosa a Tobías.

—La suerte no tiene nada que ver con eso —dice Tobías—. Sólo trabajé allí porque quería asegurarme de que pudiese salir.

Me estremezco. La forma en que habla de salir, es como si él creyese que estamos atrapados. Nunca pensé de esa manera antes, y ahora eso parece una tontería.





Caminamos en una pequeña manada, Peter sosteniendo su brazo ensangrentado contra su pecho —el brazo al que dispare— y Marcus con su mano en el hombro de Peter, manteniéndolo estable. Caleb se limpia las mejillas cada pocos segundos, y sé que él está llorando, pero no sé cómo confortarlo, o por qué yo no estoy llorando.

En lugar de eso toma el frente, Tobias en silencio a mi lado, y aunque no me toca, él me estabiliza.



Puntos de luz son la primera señal de que nos estamos acercando a la sede de Concordia. Luego cuadrados de luz que se convierten en ventanas que brillan intensamente. Un grupo de edificios de madera y cristal.

Antes de que podamos llegar a ellos, tenemos que caminar a través de un huerto. Mis pies se hunden en el suelo, y por encima de mí, las ramas se convierten en una y en otra, formando una especie de túnel. Fruta oscura cuelga entre las hojas, a punto de caer. El olor dulce y penetrante de las manzanas podridas se mezcla con el olor de la tierra mojada en mi nariz.

Cuando nos acercamos, Marcus deja el lado de Peter y va al frente. —Sé a dónde ir —dice.

Él nos conduce más allá de la primera construcción a la segunda en la izquierda. Todos los edificios, excepto los invernaderos están hechos de la misma oscura, despintada, tosca madera. Escucho risas a través de una ventana abierta. El contraste entre la risa y la quietud de piedra dentro de mí es desagradable.

Marcus abre una de las puertas. Me sorprendería la falta de seguridad si no estuviéramos en la sede de Concordia. A menudo se sitúan entre la línea entre la confianza y la estupidez.

En este edificio el único sonido es el de nuestras botas chirriantes. No escucho más llorar a Caleb, pero entonces, él era silencioso sobre eso antes.

Marcus se detiene ante un espacio abierto, donde Johanna Reyes, representante de Concordia, se sienta, mirando por la ventana. La reconozco porque es difícil de olvidar la cara de Johanna, si la has visto



una vez o mil veces. Una cicatriz se extiende en una línea gruesa desde un poco más allá de su ceja derecha a su labio, lo que hace que tenga un ojo ciego y un ceceo cuando habla. Sólo la escuché hablar una vez, pero lo recuerdo. Ella sería una mujer hermosa si no fuera por esa cicatriz.

—Oh, gracias a Dios —dice cuando ve a Marcus. Ella camina hacia él con los brazos abiertos. En lugar de abrazarlo, sólo toca sus hombros, como si recordase la aversión de Abnegación por el contacto físico casual.

—Los otros miembros de su partida llegaron aquí hace unas horas, pero no estaban seguros de si lo podrías lograr —dice ella. Se refiere al grupo de Abnegación que estaban con mi padre y Marcus en la casa de seguridad. Ni siquiera creo que pensé en preocuparme por ellos.

Ella mira por encima del hombro de Marcus, por primera vez a Tobias y a Caleb, entonces a mí, luego a Peter.

—Oh mi... —dice ella, sus ojos demorándose en la sangre que empapaba la camisa de Peter—. Voy a llamar a un médico. Les puedo conceder a todos permiso para pasar la noche aquí, pero mañana, nuestra comunidad debe decidir junta. Y —ella nos mira a Tobias y a mí— es probable que no estén entusiasmados sobre la presencia de Intrepidez en nuestro recinto. Yo, por supuesto, les pido que entreguen cualquier arma que puedan tener.

Me pregunto, de repente, ¿cómo sabe que soy Intrepidez. Todavía estoy usando una camisa gris. La camisa de mi padre.

En ese momento, su olor, que es una mezcla homogénea de jabón y sudor, flota hacia arriba, y llena mi nariz, llena toda mi cabeza. Aprieto las manos en puños con tanta fuerza que mis uñas se clavan en mi piel. No aquí. No aquí.

Tobias entrega su arma, pero cuando llego a mi espalda para sacar mi propia arma escondida, agarra mi mano, guiándola lejos de mi espalda. Luego enlaza sus dedos con los míos para encubrir lo que acaba de hacer.

Sé que es inteligente mantener una de nuestras armas. Pero habría sido un gran alivio entregarla.

—Mi nombre es Johanna Reyes —dice ella, extendiendo su mano hacia mí, y luego a Tobias. Un saludo Intrepidez. Estoy impresionada por su conocimiento de las costumbres de otras Facciones. Siempre se me



olvida cuán considerados son los de Concordia hasta que lo veo por mí misma.

—Este es T —comienza Marcus, pero Tobías lo interrumpe.

—Mi nombre es Cuatro —dice—. Esta es Tris, Caleb, y Peter.

Hace unos días, “Tobías” era un nombre que sólo yo conocía, entre Intrepidez; era una pieza de sí mismo que él me dio. Fuera de la sede de Intrepidez, recuerdo por qué oculta ese nombre del mundo. Lo liga a Marcus.

—Bienvenido al recinto de Concordia. —Los ojos de Johanna se fijan en mi cara, y ella sonrío torcidamente—. Déjenos cuidar de ustedes.



Los dejamos. Una enfermera de Concordia me da un bálsamo — desarrollado por Sabiduría para acelerar la curación— para que lo ponga en mi hombro, y luego acompaña a Peter a la guardia del hospital para repararle el brazo. Johanna nos lleva a la cafetería, donde sé están algunos de los Abnegación que se encontraban en la casa de seguridad con Caleb y mi padre. Susan está ahí, y algunos de nuestros viejos vecinos, y filas de mesas de madera tan largas como la habitación en sí. Nos saludan —sobre todo a Marcus— con lágrimas retenidas y sonrisas reprimidas.

Me aferro al brazo de Tobías. Hundiéndome bajo el peso de los miembros de la Facción de mis padres, sus vidas, sus lágrimas.

Uno de Abnegación pone una taza de líquido vaporoso bajo mi nariz y dice:

—Beban esto. Los ayudará a dormir como ya ayudó a algunos de los demás. Sin sueños.

El líquido es de color rosa-rojo, como fresas. Agarro la taza y bebo de forma rápida. Por unos segundos, el calor del líquido me hace sentir como si estuviese llena de algo de nuevo. Y mientras vacío las últimas gotas de la copa, me siento relajada. Alguien me lleva por el pasillo, a una habitación con una cama. Eso es todo.



## CAPÍTULO 2

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**A**bro los ojos, aterrada, mis manos agarrándose de las sábanas. Pero no estoy corriendo por las calles de la ciudad o los corredores de la sede de Intrepidez. Estoy en una cama en la sede de Concordia, y el olor del aserrín está en el aire.

Me muevo, y hago una mueca de dolor mientras algo escarba en mi espalda. Alcanzo detrás de mí, y mis dedos se envuelven alrededor del arma.

Por un momento veo a Will de pie delante de mí, nuestras armas entre nosotros —su mano, podría haber disparado a su mano, ¿por qué no lo hice, por qué?— Y estuve a punto de gritar su nombre.

Luego él se había ido.

Me levanto de la cama y levanto el colchón con una mano, sosteniéndolo con mi rodilla. Entonces meto el arma debajo y dejo que el colchón la entierre. Una vez que esta fuera de la vista y ya no presiona mi piel, mi cabeza se siente más clara.

Ahora que la adrenalina de ayer se ha ido, y lo que sea que me hizo dormir ha desaparecido, los profundos dolores de mi hombro son muy intensos. Estoy usando la misma ropa que llevaba la noche anterior. La esquina del disco duro se asoma por debajo de la almohada, donde lo empujé justo antes de que me quedara dormida. En él están los datos de la Simulación que controlaba a los Intrepidez y el registro de lo que Sabiduría hizo. Se siente demasiado importante para como para siquiera tocarlo, pero no puedo dejarlo aquí, así que lo agarro y lo pongo entre el aparador y la pared. Una parte de mí piensa que sería una buena idea destruirlo, pero sé que contiene el único registro de las muertes de mis padres, así que me conformo con mantenerlo oculto.

Alguien llama a mi puerta. Me siento en el borde de la cama y trato de acomodar mi pelo suelto.

—Pase —digo.



La puerta se abre, y Tobías mete por la mitad, la puerta divide su cuerpo. Lleva los mismos pantalones que ayer, pero una camiseta rojo oscuro en lugar de la negra, probablemente la habrá tomado prestada de uno de los de Concordia. Es un color extraño en él, demasiado brillante, pero cuando inclina la cabeza hacia atrás contra el marco de la puerta, veo que el color hace que sus ojos azules se hagan más claros.

—Concordia se reúnen en media hora. —Él levanta sus cejas, y añade, con un toque de melodrama—. Para decidir nuestro destino.

Niego con la cabeza. —Nunca pensé que mi destino estaría en manos de un grupo de Concordia.

—Yo tampoco. Ah, te traje algo. —Desenrosca el tapón de una botella pequeña y saca un gotero lleno de un líquido claro—. Medicamento para el dolor. Toma un gotero lleno cada seis horas.

—Gracias. —Aprieto el gotero en la parte posterior de mi garganta. La medicina sabe a limón viejo.

Él se engancha el dedo pulgar en una de las presillas del cinturón y me dice:

—¿Cómo estás, Beatrice?

—¿Acabas de llamarme Beatrice?

—Pensé que podría darle una oportunidad. —Sonríe—. ¿No es bueno?

—Tal vez en ocasiones especiales solamente. Día de Iniciación, Día de Elecciones... —Hago una pausa. Estaba a punto de recitar un par más de fiestas, pero que sólo Abnegación celebraba. Intrepidez tenía sus propias fiestas, supongo, pero no las conocía. Y de todos modos, la idea de celebrar algo en este momento era tan ridícula que no continúe.

—Es un trato. —Su sonrisa se desvanece—. ¿Cómo estás, Tris?

No es una pregunta extraña, después de lo que hemos pasado, pero me pongo tensa cuando lo pregunta, preocupada de que de alguna manera él pudiese ver en mi mente. No le he hablado de Will todavía. Quiero, pero no sé cómo. La sola idea de decir las palabras en voz alta me hace sentir tan pensada que podría pasar a través de las tablas del suelo.

—Estoy... —Niego con la cabeza un par de veces—. No lo sé, Cuatro. Estoy despierta. Yo... —Todavía estoy sacudiendo la cabeza. Él desliza su mano sobre mi mejilla, un dedo se queda detrás de mi oreja. Luego



él inclina la cabeza hacia abajo y me besa, enviándome un caliente dolor a través de mi cuerpo. Envuelvo mis manos alrededor de su brazo, sujetándolo allí tanto tiempo como me es posible. Cuando él me toca, la sensación de vacío en mi pecho y estómago no es tan notable.

No tengo que decirle. Sólo puedo tratar de olvidar, él me puede ayudar a olvidar.

—Lo sé —dice él—. Lo siento. No debería haber preguntado.

Por un momento todo lo que puedo pensar es, ¿Cómo podrías posiblemente saber? Pero algo en su expresión me recuerda que él sabe algo acerca de la pérdida. Perdió a su madre cuando era joven. No recuerdo cómo murió, sólo que asistimos a su funeral.

De repente me acuerdo de él empuñando las cortinas en la sala de su casa, cerca de nueve años de edad, vestido de gris, sus oscuros ojos cerrados. La imagen es fugaz, y podría ser mi imaginación, no una memoria.

Él me libera. —Te dejaré prepararte.



El baño de mujeres se encuentra dos puertas más abajo. El suelo es de baldosas de marrón oscuro, y cada ducha tiene paredes de madera y una cortina plástica que la separa del pasillo central. Un letrero en la pared del fondo, dice:

*RECUERDE: PARA CONSERVAR RECURSOS, LAS DUCHAS CORREN SOLO POR CINCO MINUTOS.*

La corriente de agua es fría, así que no hubiese querido los minutos extra, incluso si los pudiera tener. Me lavo rápidamente con la mano izquierda, dejando mi mano derecha colgando a un costado. El medicamento para el dolor que me dio Tobias trabajó rápido, el dolor en mi hombro desapareció a un latido sordo.

Cuando salgo de la ducha, una pila de ropa me espera en la cama. Contiene algo de amarillo y rojo, de Concordia, y algo gris, de Abnegación, colores que pocas veces veo lado a lado. Si tuviera que adivinar, diría que uno de Abnegación puso la pila ahí para mí. Es algo que ellos podrían pensar en hacer.



Me pongo un par de pantalones rojos oscuros de mezclilla —tan largo que tengo que doblarlo tres veces— y una camisa gris de Abnegación que es demasiado grande para mí. Las mangas llegan a mis manos, y las doblo hacia arriba también. El mover mi mano derecha duele, por lo que mantengo los movimientos suaves y lentos.

Alguien llama a la puerta. —¿Beatrice? —La suave voz es la de Susan.

Abro la puerta para ella. Ella lleva una bandeja de comida, la cual apoya en la cama. Busco en su rostro alguna señal de lo que ella ha perdido —su padre, un líder de Abnegación, no sobrevivió al ataque— pero sólo veo la placida determinación característica de mi vieja facción.

—Siento que la ropa no te quedara bien —dice ella—. Estoy segura de que podemos encontrar algunas mejores para ti, si Concordia nos permite quedarnos.

—Están bien —le digo—. Gracias.

—Escuché que te dispararon. ¿Necesitas mi ayuda con tu pelo? ¿O los zapatos?

Estoy a punto de rechazarla, pero realmente necesito ayuda.

—Sí, gracias.

Me siento en un taburete frente al espejo, y ella está detrás de mí, con sus ojos debidamente enfocados en la tarea que tiene en sus manos en vez de su reflejo. No se levantan, ni siquiera por un instante, mientras me pasa un peine por el cabello. Y ella no pregunta sobre mi hombro, cómo me dispararon, o que sucedió cuando salí de la casa segura de Abnegación para detener la simulación. Tengo la sensación de que si yo la cortara hasta la médula, ella sería Abnegación hasta el final.

—¿Has visto a Robert ya? —le digo. Su hermano, Robert, eligió Concordia cuando elegí Intrepidez, por lo que él está en algún lugar de este recinto. Me pregunto si su reunión sería algo como la de Caleb y yo.

—Brevemente, ayer por la noche —dice ella—. Lo dejé afligirse con su facción, así como yo me afligí con la mía. Es agradable volver a verlo, sin embargo.

Escucho la finalidad en su tono lo cual me dice que el tema está cerrado.



—Es una lástima que esto ocurrió cuando lo hizo —dice Susan—. Nuestros líderes estaban a punto de hacer algo maravilloso.

—¿En serio? ¿Qué?

—No sé. —Susan se ruboriza—. Sabía que algo estaba pasando. No tenía la intención de ser curiosa; sólo escuché algunas cosas.

—No te culparía por ser curiosa, incluso si lo hubieras sido.

Ella asiente y sigue peinándome. Me pregunto lo que los dirigentes de Abnegación —incluyendo a mi padre— estaban haciendo. Y no puedo dejar de admirar el supuesto de Susan de que lo que estaban haciendo era algo maravilloso. Me gustaría poder creer eso de la gente de nuevo.

Si es que alguna vez lo hice.

—Intrepidez lleva el pelo hacia abajo, ¿verdad? —dice.

—A veces —le digo—. ¿Sabes cómo trenzar?

Así que sus hábiles dedos unen piezas de mi cabello en una trenza que me hace cosquillas en el centro de mi columna vertebral. Miro fuertemente a mi reflejo hasta que ella acaba. Le doy las gracias cuando termina, y se va con una pequeña sonrisa, cerrando la puerta detrás de ella.

Sigo mirando, pero no me veo a mí misma. Todavía puedo sentir sus dedos rozando la parte de atrás de mi cuello, tan parecido a los dedos de mi madre, la última mañana que pasé con ella. Mis ojos húmedos de lágrimas, me muevo hacia atrás y adelante en el taburete, tratando de empujar la memoria de mi mente. Temo que si me pongo a llorar, no voy a parar hasta que me marchite como una pasa.

Veo un kit de costura en el tocador. En el hay dos colores de hilo, rojo y amarillo, y un par de tijeras.

Me siento tranquila mientras deshago la trenza de mi cabello y me peino de nuevo. Me parto el cabello por la mitad y me aseguro de que sea recto y plano. Cierro las tijeras sobre el cabello a la altura de mi barbilla.

¿Cómo puedo verme igual, cuando ella se ha ido y todo es diferente? No puedo.

Corto en una línea tan recta como puedo, con mi mandíbula como una guía. La parte difícil es la de atrás, a la cual no puedo ver muy bien, así





que hago lo mejor que puedo tocando en lugar de viendo. Mechones de pelo rubio me rodean en el suelo en un semicírculo.

Dejo la habitación sin mirar a mi reflejo de nuevo.



Cuando Tobias y Caleb vienen a buscarme más tarde, me miran como si yo no fuera la misma persona a la que conocían ayer.

—Te cortaste el pelo —dice Caleb, las cejas altas. Agarrarse de los hechos en medio de un shock es muy Sabiduría de él. Su cabello se pega hacia arriba en un lado, donde se apoyó para dormir, y sus ojos están inyectados de sangre.

—Sí —le digo—. Es... demasiado caluroso para tener el cabello largo.

—Suficientemente justo.

Caminamos por el pasillo juntos. Los pisos de madera crujen bajo nuestros pies. Extraño la forma en que mis pasos resonaban en el recinto de Intrepidez, extraño el frío aire subterráneo. Pero sobre todo extraño los temores de las últimas semanas, que parecen pequeños ante mis miedos de ahora.

Salimos del edificio. El aire exterior se presiona a mi alrededor, como una almohada que intenta ahogarme. Huele a verde, en la forma que hace una hoja cuando la parte a la mitad.

—¿Sabe todo el mundo que eres el hijo de Marcus? —dice Caleb—. Los Abnegación, quiero decir.

—No que yo sepa —dice Tobias, mirando a Caleb—. Y te agradecería si no lo mencionaras.

—No necesito mencionarlo. Cualquiera que tenga ojos puede verlo por sí mismo. —Caleb le frunce el ceño—. ¿Cuántos años tienes, de todos modos?

—Dieciocho.

—¿Y no crees que eres demasiado grande para estar con mi hermana pequeña?

Tobias deja escapar una breve carcajada. —Ella no es tu pequeña nada.



—Paren. Los dos —digo. Una multitud de personas en amarillo camina delante de nosotros, hacia un edificio amplio hecho enteramente de cristal. La luz del sol que se refleja en los cristales se siente como pellizcos a mis ojos. Protejo mi cara con la mano y sigo caminando.

Las puertas del edificio están abiertas. Alrededor del borde del invernadero circular, plantas y árboles crecen en bateas de agua o en pequeñas piscinas. Decenas de ventiladores se posicionan alrededor de la habitación y sólo sirven para expulsar el aire caliente, así que ya estoy sudando. Sin embargo, eso se desvanece de mi mente cuando la gente delante de mí disminuye veo el resto de la habitación.

En el centro crece un árbol enorme. Sus ramas se extienden por la mayor parte del invernadero, y las raíces hacen burbujas desde el suelo, formando una densa red de corteza. En los espacios entre las raíces, no veo suciedad, sino agua, y varillas de metal sosteniendo las raíces en su lugar. No debería estar sorprendida, los Concordia pasan su vida haciendo cosas para la agricultura como ésta, con la ayuda de la tecnología de Sabiduría.

Parada en un grupo de raíces esta Johanna Reyes, con el cabello cayendo sobre la mitad de su cara llena de cicatrices. Aprendí en la historia de las Facciones que Concordia no reconoce a ningún líder oficial, ellos votan por todo, y el resultado es por lo general cerca de la unanimidad. Son como muchas partes de una sola mente, y Johanna es su portavoz.

Los Concordia se sientan en el suelo, la mayoría con las piernas cruzadas, en nudos y agrupaciones que me recuerdan vagamente a las raíces de los árboles. Los Abnegación se sientan en filas cerradas a pocos metros a mi izquierda. Mis ojos buscan en la multitud durante unos segundos antes de darme cuenta de lo que estoy buscando: mis padres.

Trago saliva, y trato de olvidar. Tobias toca la parte baja de mi espalda, guiándome hasta el borde del espacio de reuniones, detrás de Abnegación. Antes de que nos sentemos, él pone su boca cerca de mi oído y dice:

—Me gusta tu cabello de esta manera.

Encuentro una pequeña sonrisa para darle, y me apoyo en él cuando me siento, mi brazo contra el suyo.

Johanna levanta sus manos y baja la cabeza. Toda la conversación en la sala cesa antes de que pueda tomar mi próximo aliento. Todos a mi



alrededor Concordia se sientan en silencio, algunos con los ojos cerrados, algunos con los labios pronunciando palabras que no puedo escuchar, algunos mirando fijamente a un punto lejano.

Cada segundo me irrita. Para el momento en que Johanna levanta la cabeza estoy cansada hasta los huesos.

—Tenemos ante nosotros una cuestión urgente —dice ella—, la cual es: ¿Cómo nos conduciremos en este tiempo de conflicto como las personas que buscan la paz?

Cada Concordia en la sala se da vuelta a la persona junto a él o ella y empieza a hablar.

—¿Cómo hacen para terminar algo? —digo, ya que los minutos de charla se desgastan.

—Ellos no se preocupan por la eficiencia —dice Tobias—. Ellos se preocupan por el acuerdo. Mira.

Dos mujeres en vestidos amarillos a pocos metros se levantan y se unen a un trío de hombres. Un joven se desplaza de modo que su pequeño círculo se convierte en uno más grande con el grupo junto a él. Todo alrededor de la sala, las multitudes más pequeñas crecen y se expanden, y cada vez menos voces llenan la habitación, hasta que sólo hay tres o cuatro. Sólo puedo escuchar piezas de lo que dicen: —Paz-Intrepidez-Sabiduría-casa segura-participación.

—Esto es extraño —le digo.

—Creo que es hermoso —dice.

Le doy una mirada.

—¿Qué? —Se ríe un poco—. Cada uno tiene un papel igual en el gobierno; cada uno de ellos se sienten igualmente responsables. Y hace que se preocupen; los hace amables. Creo que eso es hermoso.

—Creo que es insostenible —le digo—. Claro, funciona para Concordia. ¿Pero qué sucede cuando no todo el mundo quiere tocar banjos y hacer crecer cultivos? ¿Qué sucede cuando alguien hace algo terrible y hablar de ello no puede resolver el problema?

Se encoge de hombros. —Creo que lo vamos a averiguar.

Eventualmente, alguien de cada uno de los grupos más grandes se levanta y se acerca a Johanna, abriéndose paso con cuidado sobre las raíces del gran árbol. Espero que ellos nos aborden al resto de nosotros,



pero en cambio se paran en un círculo con Johanna y los voceros hablan unos con otros y en voz baja. Empiezo a tener la sensación de que nunca voy a saber lo que están diciendo.

—No van a dejarnos discutir con ellos, ¿no? —digo.

—Lo dudo —dice.

Estamos perdidos.

Cuando todo el mundo ha dicho que su parte, se sientan de nuevo, dejando a Johanna solo en el centro de la habitación. Ella mueve su cuerpo hacia nosotros y junta las manos delante de ella. ¿A dónde iremos cuando nos diga que tenemos que salir? De vuelta a la ciudad, ¿Donde nada es seguro?

—Nuestra Facción ha tenido una estrecha relación con Sabiduría desde que cualquiera de nosotros puede recordar. Nos necesitamos uno al otro para sobrevivir, y siempre hemos cooperado entre nosotros—, dice Johanna—. Pero también hemos tenido una fuerte relación con Abnegación en el pasado, y nosotros no creemos que sea correcto revocar la mano de amistad, cuando ha estado extendida durante tanto tiempo.

Su voz es dulce como la miel, y ella se mueve como la miel también, lenta y cuidadosa. Me seco el sudor de mi cabello con la palma de mi mano.

—Creemos que la única forma de preservar nuestras relaciones con las dos Facciones es ser imparcial y no involucrarnos —continúa—. Su presencia aquí, aunque sea bienvenida, complica eso.

*Aquí viene, pienso.*

—Hemos llegado a la conclusión de que vamos a establecer la sede de nuestra Facción, como una casa de seguridad para los miembros de todas las Facciones —dice—, bajo una serie de condiciones. La primera es que no se permiten armas de cualquier tipo en el recinto. La segunda es que si algún conflicto serio surge, ya sea verbal o físico, a todas las partes involucradas se les pedirá que se vayan. La tercera es que el conflicto no se puede discutir, ni siquiera en privado, dentro de los confines de este recinto. Y la cuarta es que todo el que se quede aquí tiene que contribuir al bienestar del entorno de trabajo. Vamos a informar de esto a Sabiduría, Sinceridad, e Intrepidez tan pronto como sea posible.

Su mirada se desplaza a Tobias y mí, y se queda allí.



—Son bienvenidos a quedarse aquí sí y sólo si pueden cumplir con nuestras normas —dice ella—. Esa es nuestra decisión.

Pienso en el arma que escondí debajo de mi colchón, y la tensión entre Peter y yo, y entre Tobias y Marcus, y mi boca se siente seca. No soy buena evitando el conflicto.

—No vamos a ser capaces de quedarnos por mucho tiempo —le digo a Tobias en voz baja.

Hace un momento, él seguía sonriendo levemente. Ahora las comisuras de sus labios han desaparecido en un ceño fruncido. —No, no lo haremos.



## CAPÍTULO 3

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**E**sa noche vuelvo a mi habitación y deslizo mi mano por debajo de mi colchón para asegurarme que el arma sigue ahí. Mis dedos rozan el gatillo, y mi garganta se aprieta como si estuviera teniendo una reacción alérgica. Retiro mi mano y me arrodillo en el borde de la cama, tomando duros tragos de aire hasta que la sensación disminuye.

*¿Qué está mal contigo? Niego con la cabeza. Recupérate.*

Y eso es lo que se siente: tirando diferentes partes de mí arriba y adentro como un cordón de zapato. Me siento sofocada, pero al menos me siento fuerte.

Veo un destello de movimiento en mi periferia, y miro por la ventana que da al huerto de manzanas. Johanna Reyes y Marcus Eaton caminan lado a lado, haciendo una pausa en el jardín de hierbas para arrancar las hojas de menta de sus tallos. Estoy fuera de mi habitación antes de que pueda evaluar por qué quiero seguirlos.

Corro a través del edificio para no perderlos. Una vez que estoy afuera, tengo que ser más cuidadosa. Camino por el otro lado del invernadero y, después de ver a Johanna y Marcus desaparecer en una hilera de árboles, me arrastro a la siguiente fila, esperando que las ramas me oculten si uno de ellos mirara hacia atrás.

—... ha confundido es el momento del ataque —dice Johanna—. ¿Es sólo que Jeanine finalmente terminó la planificación, y actuó, o ha habido un incidente incitante de algún tipo?

Veo la cara de Marcus a través de un tronco de árbol dividido. Él aprieta los labios y dice:

—Hmm.

—Supongo que nunca lo sabremos. —Johanna levanta su ceja buena—. ¿Lo haremos?



—No, tal vez no.

Johanna pone la mano en su brazo y se da vuelta hacia él. Me tenso, asustada por un momento que me vea, pero sólo se fija en Marcus. Me hundo en cuclillas y me arrastro hacia uno de los árboles para que el tronco me esconda. La corteza me pica la espalda, pero no me muevo.

—Pero tú sí sabes —dice ella—. Sabes por qué atacó cuando lo hizo. Puede ser que no sea más una Sinceridad, pero todavía puedo decir cuando alguien me esta escondiendo la verdad.

—La curiosidad es egoísta, Johanna.

Si yo fuera Johanna, lo golpearía por un comentario como ese, pero ella amablemente dice:

—Mi Facción depende de mí para aconsejarlos, y si conoces información así de crucial, es importante que yo la sepa también así la puedo compartir con ellos. Estoy segura de que puedes entender eso, Marcus.

—Hay una razón por la que no sabes todas las cosas que yo sé. Hace mucho tiempo, Abnegación fue encomendado con un poco de información sensible —dice Marcus—. Jeanine nos atacó para robarla. Y si no tengo cuidado, va a destruirnos, eso es todo lo que te puedo decir.

—Pero, sin duda...

—No —Marcus le corta—. Esa información es mucho más importante de lo que te puedes imaginar. La mayoría de los líderes de esta ciudad arriesgaron sus vidas para protegerla de Jeanine y murieron, y no voy a ponerla en peligro ahora por el bien de saciar su curiosidad egoísta.

Johanna está tranquila durante unos segundos. Es tan oscuro ahora casi no puedo ver mis propias manos. El aire huele a tierra y a manzanas, y trato de no respirar muy ruidosamente.

—Lo siento —dice Johanna—. Debo haber hecho algo que te hiciera creer que no soy digna de confianza.

—La última vez que confié en un representante de una Facción con esta información, todos mis amigos fueron asesinados —responde—. No confío en nadie más.

No puedo evitarlo; me inclino hacia adelante para poder ver alrededor del tronco del árbol. Tanto Marcus como Johanna estaban demasiado preocupados para notar el movimiento. Ellos estaban muy juntos, pero



sin tocarse, y nunca he visto a Marcus verse tan cansado o a Johanna tan enojada. Pero el rostro de ella se ablanda, y toca el brazo de Marcus, esta vez con una suave caricia.

—Para tener paz, primero debemos tener confianza —dice Johanna—. Así que espero que cambies de opinión. Recuerda que siempre he sido tu amiga, Marcus, incluso cuando no tenías mucho de lo que hablar.

Ella se inclina y le besa la mejilla, luego camina hasta el final de la huerta. Marcus se queda parado por unos segundos, al parecer aturdido, y se dirige hacia el recinto.

Las revelaciones de la pasada media hora zumbaban en mi mente. Pensé que Jeanine había atacado a Abnegación para hacerse con el poder, pero atacó para robar información; información que sólo ellos conocían.

Luego los zumbidos cesaron mientras recuerdo algo más, Marcus dijo: —*La mayoría de los líderes de esta ciudad arriesgaron sus vidas para protegerla. ¿Fue uno de esos líderes mi padre?*

Tengo que saber. Tengo que averiguar qué podría ser lo suficientemente importante como para que los Abnegación murieran; y para que Sabiduría matara.



Hago una pausa antes de llamar a la puerta de Tobias, y escucho lo que está pasando en el interior.

—No, no así —dice Tobias a través de la risa.

—¿Qué quieres decir con, “no así”? Te imitaba perfectamente. —La segunda voz pertenece a Caleb.

—No lo hacías.

—Bueno, hazlo de nuevo, entonces.

Abro la puerta justo cuando Tobias, que está sentado en el suelo con una pierna estirada, lanza un cuchillo de mantequilla a la pared opuesta. Queda enganchado a un gran trozo de queso que colocaron en la parte superior de la cómoda. Caleb, parado junto a él, mira con incredulidad, primero al queso y luego a mí.





—Dime que él es una especie de prodigio de Intrepidez —dice Caleb—. ¿Puedes hacer eso también?

Él se ve mejor de lo que lo hacía antes; sus ojos no estaban rojos y había algunas de las viejas chispas de curiosidad en ellos, como si estuviese interesado en el mundo otra vez. Su cabello castaño está alborotado, los botones de la camisa están en los ojales equivocados. Él es guapo de una manera descuidada, mi hermano, como si no tuviera idea de cómo se ve la mayor parte del tiempo.

—Con mi mano derecha, tal vez —le digo—. Pero sí, Cuatro es una especie de prodigio de Intrepidez. ¿Puedo preguntar por qué ustedes están lanzando cuchillos al queso?

Los ojos de Tobias se encuentran con los míos en la palabra “Cuatro”. Caleb no sabe que Tobias lleva su excelencia todo el tiempo en su propio alias.

—Caleb vino a hablar de algo —dice Tobias, apoyando su cabeza contra la pared mientras me mira—. Y lo del lanzamiento de cuchillos salió de alguna manera.

—Como ocurre tan a menudo —le digo, una pequeña sonrisa avanza poco a poco su camino a través de mi cara.

Él se ve tan relajado, la cabeza hacia atrás, el brazo colgando en su rodilla. Nos miramos el uno al otro durante unos segundos más de lo socialmente aceptable. Caleb se aclara la garganta.

—De todos modos, debería volver a mi habitación —dice Caleb, mirando de Tobias a mí y viceversa—. Estoy leyendo este libro sobre el sistema de filtración de agua. El chico que me lo dio me miró como si estuviera loco por querer leerlo. Creo que se supone que es un manual de reparación, pero es fascinante. —Hace una pausa—. Lo siento. Probablemente piensen que estoy loco también.

—No en absoluto —dice Tobias con sinceridad fingida—. Tal vez deberías leer el manual de reparación también, Tris. Suena como algo que podría gustarte.

—Puedo prestártelo —dice Caleb.

—Tal vez más tarde —le digo. Cuando Caleb cierra la puerta detrás de él, le doy a Tobias una mirada sucia.



—Gracias por eso —le digo—. Ahora me va a hablar sobre la filtración del agua y cómo funciona hasta que se me caiga la oreja. Aunque supongo que tal vez prefiera eso a lo que quiere hablar conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso? —Tobias mueve las cejas—. ¿Aquaponics?

—¿Aqua, qué?

—Es una de las formas en que crecen los alimentos de aquí. No quieres saber.

—Tienes razón, no lo hago —le digo—. ¿De qué vino a hablar contigo?

—De ti —dice—. Creo que fue la charla del hermano mayor. “No te metas con mi hermana” y todo eso.

Él se pone de pie.

—¿Qué le dijiste?

Él viene hacia mí.

—Le dije cómo llegamos a estar juntos; así es como lo del lanzamiento de cuchillos salió —dice—, y le dije que no estaba jugando.

Me siento caliente por todas partes. Él envuelve sus manos alrededor de mis caderas y me aprieta suavemente contra la puerta. Sus labios se encuentran con los míos. No recuerdo por qué vine aquí, en primer lugar.

Y no me importa.

Envuelvo mi brazo sano a su alrededor, tirando de él contra mi. Mis dedos encuentran el borde de su camiseta, y se deslizan debajo de ella, los abro ampliamente en la parte baja de su espalda. Él se siente tan fuerte.

Me besa de nuevo, con más insistencia esta vez, sus manos aprietan mi cintura. Su respiración, mi respiración, su cuerpo, mi cuerpo, estamos tan cerca que no hay ninguna diferencia.

Él se tira hacia atrás, sólo unos pocos centímetros. Casi no lo dejo llegar tan lejos.

—Esto no es para lo que viniste —dice.

—No.

—¿Para qué viniste entonces?



—¿A quién le importa?

Empujo mis dedos por su pelo, y llevo mi boca a la suya de nuevo. Él no se resiste, pero después de unos segundos, murmura:

—Tris —contra mi mejilla.

—Está bien, está bien. —Cierro los ojos. Vine para algo importante: para contarle la conversación que escuché.

Nos sentamos lado a lado en la cama de Tobias, y empiezo desde el principio. Le digo como seguí a Marcus y Johanna en el huerto. Le digo la pregunta de Johanna sobre el momento del ataque de la simulación, y la respuesta de Marcus, y la discusión que le siguió. Mientras lo hago, miro su expresión. No se ve sorprendido o curioso. En cambio, su boca hace un pliegue amargo que acompaña a cualquier mención de Marcus.

—Bueno, ¿qué te parece? —digo una vez que termino.

—Creo —dice él con cuidado—, que es Marcus tratando de sentirse más importante de lo que es.

Esa no era la respuesta que esperaba.

—Así que... ¿qué? ¿Crees que estaba diciendo tonterías?

—Creo que probablemente hay algo de información que Abnegación sabía que Jeanine quería saber, pero creo que está exagerando su importancia. Está tratando de construir su propio ego haciendo que Johanna crea que tiene algo que ella quiere y no se lo dará.

—No... —Fruncí el ceño—. No creo que tengas razón. No sonaba como si estuviera mintiendo.

—No lo conoces como yo. Él es un mentiroso excelente.

Está en lo cierto, no conozco a Marcus, y ciertamente no tan bien como él lo hace. Pero mi instinto es el de creer en Marcus, y generalmente confío en mi instinto.

—Tal vez tengas razón —digo—, ¿pero no deberíamos averiguar qué está pasando? ¿Sólo para estar seguros?

—Creo que es más importante hacer frente a la situación actual —dice Tobias—. Volver a la ciudad. Averiguar lo que está pasando allí. Encontrar alguna manera de hacer caer a Sabiduría. Entonces tal vez podamos saber de lo que Marcus estaba hablando, después de que todo esto esté resuelto. ¿Está bien?



Asiento. Suenan como un buen plan, un plan inteligente. Pero no creo en él, no creo que sea más importante avanzar que encontrar la verdad. Cuando me enteré de que era Divergente... cuando me enteré de que Sabiduría atacaría a Abnegación... esas revelaciones cambiaron todo. La verdad tiene una forma de cambiar los planes de las personas.

Pero es difícil convencer a Tobías de hacer algo que no quiere hacer, y aún más difícil es justificar mis sentimientos sin pruebas, salvo mi intuición.

Así que estoy de acuerdo. Pero no cambio de opinión.



## CAPÍTULO 4

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por maggiñh*

—La biotecnología ha estado alrededor por un tiempo, pero no siempre ha sido muy eficaz —dice Caleb. Empieza por la corteza de su tostada; primero se comió la mitad, igual a como solía hacer cuando éramos pequeños.

Se sienta frente a mí en la cafetería, en la mesa más cercana a las ventanas. Tallado en la madera cerca de la orilla de la mesa están las letras “D” y “T” unidas por un corazón, tan pequeñas que casi no las veo. Paso los dedos sobre el tallado mientras Caleb habla.

—Pero los científicos de Sabiduría desarrollaron esta solución mineral altamente efectiva hace un tiempo. Era mejor para las plantas que la tierra —dice él—. Es una versión anterior de ese bálsamo que te pusieron en el hombro, acelera el crecimiento de las nuevas células.

Sus ojos están salvajes con la nueva información. No todos los Sabidurías están hambrientos de poder y carentes de conciencia, como su líder, Jeanine Matthews. Algunos de ellos son como Caleb: fascinados por todo, insatisfechos hasta que se enteran de cómo funciona.

Apoyo mi barbilla en la mano y le sonrío un poco. Parece optimista esta mañana. Me alegro de que haya encontrado algo que lo distraiga de su dolor.

—¿Por lo tanto Sabiduría y Concordia trabajan juntos, entonces? —le digo.

—Más cerca que Sabiduría y cualquier otra Facción —dice él—. ¿No te acuerdas de nuestro libro de *Historia de las Facciones*? Se les llaman “Facciones esenciales” sin ellos, no seríamos capaces de sobrevivir. Algunos de los textos de Sabiduría los llama “Facciones enriquecedoras”. Y una de las misiones de Sabiduría como una Facción se ha convertido en ambos: esencial y enriquecedora.



Eso no me sienta bien, cuánto necesita nuestra sociedad de Sabiduría para funcionar. Pero ellos son esenciales, sin ellos, habría agricultura ineficiente, insuficiencia de tratamientos médicos, y ningún avance tecnológico.

Muerdo mi manzana.

—¿No te vas a comer la tostada? —dice él.

—El pan tiene un sabor extraño —le digo—. Puedes tenerlo si quieres.

—Estoy asombrado por la forma en que viven aquí —dice mientras toma la tostada de mi plato—. Son completamente autosuficientes. Ellos tienen su propia fuente de energía, sus propias bombas de agua, su propia filtración de agua, sus propias fuentes de alimento... Son independientes.

—Independiente —le digo—, y no se involucran. Debe ser agradable.

Es agradable, por lo que puedo decir. Las grandes ventanas al lado de nuestra mesa hacen que entre tanta luz de sol que me siento como si estuviera sentada afuera. Grupos de Concordia se sientan en las otras mesas, sus ropas brillantes contra de su piel bronceada. En mí, el amarillo se ve opaco.

—Así que me lo tomo como que Concordia no era una de las Facciones para la cual tenías aptitud —dice él, sonriendo.

—No. —El grupo de Concordia a unos pocos asientos de distancia de nosotros se echa a reír. Ni siquiera miraron en nuestra dirección desde que nos sentamos a la comer—. Manténlo bajo, ¿de acuerdo? No es algo que quiera transmitir.

—Lo siento —dice, inclinándose sobre la mesa para que puede hablar más bajo—. Entonces, ¿cuáles eran?

Siento que me tenso. —¿Por qué quieres saber?

—Tris —dice—, soy tu hermano. Me puedes decir cualquier cosa.

Sus ojos verdes nunca flaquean. Ha abandonado los espectáculos inútiles que llevaba como miembro de Sabiduría a favor de la camisa gris de Abnegación y su corte de pelo corto. Se ve tal como lo hacía hace unos meses, cuando vivíamos cruzando el pasillo el uno del otro, los dos considerando cambiar de Facción, pero no teniendo el valor suficientemente como para decirle al otro. No confiando en él lo



suficiente como para decirle es un error que no quiero cometer de nuevo.

—Abnegación, Intrepidez —le digo—, y Sabiduría.

—¿Tres Facciones? —Levanta las cejas.

—Sí. ¿Por qué?

—Solo que parece mucho —dice—. Cada uno de nosotros tuvo que elegir un enfoque de investigación en la Iniciación de Sabiduría, y la mía era la Simulación de la prueba de aptitud, así que sé mucho acerca de la forma en que está diseñada. Es muy difícil para una persona obtener dos resultados; el programa en realidad no lo permite. Sin embargo, para conseguir tres... ni siquiera estoy seguro de cómo eso es posible.

—Bueno, la administradora de la Simulación tuvo que alterar las pruebas —le digo—. Me obligó a ir a esa situación en el autobús para que pudiera descartar Sabiduría, excepto que no se descartó.

Caleb apoyó el mentón en su puño. —Un programa anulado —dice—. Me pregunto cómo tu administradora de la prueba sabía hacerlo. No es algo que sea enseñado.

Fruncí el ceño. Tori era una artista del tatuaje y una voluntaria para la prueba de aptitud, ¿cómo sabía como modificar el programa de la prueba de aptitud? Si ella era buena con las computadoras, era sólo como hobby, y dudo que un hobby de computación le permitiera a alguien jugar con una Simulación de Sabiduría.

Luego algo de una de mis conversaciones con ella sale a la superficie. *Mi hermano y yo somos transferidos de Sabiduría.*

—Era Sabiduría —le digo—. Una transferida de Facción. Tal vez así es como.

—Tal vez —dice, tamborileando los dedos —de izquierda a derecha— contra su mejilla. Nuestros desayunos se sienten, casi olvidados, entre nosotros—. ¿Qué quiere decir esto acerca de la química de tu cerebro? ¿O de la anatomía?

Me río un poco. —No lo sé. Lo único que sé es que siempre estoy consciente durante las Simulaciones, y a veces me puedo despertar de ellas. A veces ni siquiera funcionan. Como la Simulación del ataque.

—¿Cómo te despiertas de ellas? ¿Qué haces?



—Yo... —Trato de recordar. Siento que ha pasado mucho tiempo desde que estuve en una, aunque sólo fue hace unas pocas semanas—. Es difícil de decir, porque las Simulaciones de Intrepidez se suponen que terminan cuando nos hemos calmado. Pero en una de las mías... en la que Tobias descubrió lo que era... hice algo imposible. Rompí el vidrio con sólo poner mi mano sobre él.

La expresión de Caleb se hace lejana, como si estuviera buscando en lugares lejanos. Nada como lo que acabo de describir le ha pasado a él en la Simulación de la prueba de aptitud, lo sé. Así que tal vez se pregunta cómo se sentiría, o cómo es posible. Mis mejillas se vuelven más calientes; él está analizando mi cerebro como si analizara una computadora o una máquina.

—Oye —le digo—. Vuelve.

—Lo siento —dice, centrándose en mí otra vez—. Es sólo...

—Fascinante. Sí, lo sé. Siempre te ves como si alguien te hubiese chupado toda la vida cuando algo te fascina.

Él se ríe.

—¿Podemos hablar de otra cosa, sin embargo? —le digo—. Puede que no haya ningún Sabiduría o traidores de Intrepidez alrededor, pero todavía se siente extraño, hablar en público así.

—Muy bien.

Antes de que pueda seguir, las puertas de la cafetería se abren, y un grupo de Abnegación entra. Visten la ropa de Concordia, como yo, pero también como yo, es obvio de qué Facción realmente son. Son silenciosos, pero no sombríos; sonríen a los Concordia mientras pasan, inclinando sus cabezas, algunos de ellos se detienen para intercambiar cumplidos.

Susan se sienta junto a Caleb con una pequeña sonrisa. Su cabello está recogido en su nudo de costumbre, pero su pelo rubio brilla como el oro. Ella y Caleb se sientan sólo un poco más cerca de lo que los amigos lo harían, a pesar de que no se tocan. Ella menea su cabeza para saludarme.

—Lo siento —dice ella—. ¿Interrumpí?

—No —dice Caleb—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?





Estoy a punto de abandonar el comedor en vez de participar en la cuidadosa, educada conversación Abnegación cuando Tobias entra, viéndose acalorado. Él debe haber estado trabajando en la cocina esta mañana, como parte de nuestro acuerdo con Concordia. Tengo que trabajar en la lavandería mañana.

—¿Qué pasó? —digo mientras él se sienta a mi lado.

—En su entusiasmo por resolver conflictos, Concordia aparentemente se olvidó que la intromisión crea más conflictos —dice Tobias—. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, voy a golpear a alguien, y no va a ser lindo.

Tanto Caleb como Susan levantan sus cejas hacia él. Algunos de la mesa de Concordia cerca a la nuestra dejan de hablar para mirar.

—Me escucharon —les dice Tobias. Todos miran hacia otro lado.

—Como dije —digo, tapándome la boca para ocultar mi sonrisa—, ¿qué pasó?

—Te lo diré más tarde.

Debe tener que ver con Marcus. A Tobias no le gusta la dudosa mirada que Abnegación le da cuando se refiere a la crueldad de Marcus, y Susan está sentada frente a él. Junto mis manos en mi regazo.

Los Abnegación se sientan en nuestra mesa, pero no junto a nosotros, con una distancia respetuosa de dos asientos, aunque la mayoría de ellos todavía asienten con la cabeza hacia nosotros. Ellos eran amigos de mi familia y vecinos y compañeros de trabajo, y antes, su presencia me habría animado a ser tranquila y modesta. Ahora me dan ganas de hablar más alto, de estar tan lejos de esa vieja identidad y del dolor que la acompaña como sea posible.

Tobias se queda completamente quieto cuando una mano se posa en mi hombro derecho, enviándome lanzas de dolor a mi brazo. Aprieto los dientes para evitar gemir.

—Ella recibió un disparo en ese hombro —dice Tobias sin mirar al hombre detrás de mí.

—Mis disculpas —Marcus levanta la mano y se sienta a mi izquierda—. Hola.

—¿Qué quieres? —le digo.

—Beatrice —dice Susan en voz baja—. No hay necesidad de...



—Susan, por favor —dice Caleb en voz baja. Ella aprieta los labios en una línea y mira hacia otro lado.

Frunzo el ceño a Marcus. —Te hice una pregunta.

—Me gustaría hablar de algo contigo —dice Marcus. Su expresión es tranquila, pero él está enojado, la tensión en su voz lo delata—. Los otros Abnegación y yo hemos discutido y decidido que no deberíamos quedarnos aquí. Creemos que, dada la inevitabilidad de mayores conflictos en nuestra ciudad, sería egoísta que nos quedemos aquí, mientras que lo que queda de nuestra Facción se encuentra dentro del Alambrado. Nos gustaría pedirte que nos escoltes.

No me esperaba eso. ¿Por qué Marcus quiere volver a la ciudad? ¿Realmente es sólo una decisión de Abnegación, o él intenta hacer algo allí, algo que tiene que ver con toda la información que tiene Abnegación?

Lo miro durante unos segundos y luego miro a Tobías. Él se ha relajado un poco, pero mantiene sus ojos fijos en la mesa. No sé por qué actúa de esta manera alrededor de su padre. Nadie, ni siquiera Jeanine, puede hacer a Tobías encogerse.

—¿Qué piensas? —digo.

—Creo que deberíamos irnos el día después de mañana —dice Tobias.

—Está bien. Gracias —dice Marcus. Se levanta y se sienta en el otro extremo de la mesa con el resto de Abnegación.

Me acerco más a Tobías, sin estar segura de cómo consolarlo sin empeorar las cosas. Agarro mi manzana con la mano izquierda, y agarro su mano debajo de la mesa con la derecha.

Pero no puedo mantener mis ojos lejos de Marcus. Quiero saber más sobre lo que le dijo a Johanna. Y a veces, si quieres la verdad, tienes que exigirla.



## CAPÍTULO 5

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por maggiuh*

**D**espués del desayuno, le digo a Tobias que voy a dar un paseo, pero en vez de eso sigo a Marcus. Espero que camine hasta los dormitorios de huéspedes, pero atraviesa el campo que está detrás del comedor y entra en el edificio de filtración de agua. Dudo en el último escalón. ¿Realmente quiero hacer esto?

Camino por las escaleras y atravieso la puerta que Marcus acaba de cerrar tras de sí.

El edificio de filtración es pequeño, sólo una habitación con unas pocas máquinas de gran tamaño. Por lo que puedo decir, algunas de las máquinas toman el agua sucia del resto del recinto, algunas de ellas la purifican, otras las prueban, y las últimas bombas mandan el agua limpia de vuelta al recinto. Los sistemas de tuberías están todos enterrados excepto uno, que corre por el suelo para enviar agua a la planta de energía, cerca del alambrado. La planta proporciona energía a la ciudad entera, usando una combinación de viento, agua, y energía solar.

Marcus se encuentra cerca de las máquinas que filtran el agua. Allí, los tubos son transparentes. Puedo ver el agua marrón corriendo a través de una tubería, desapareciendo en la máquina, y emergiendo clara. Ambos vemos la purificación ocurrir, y me pregunto si está pensando lo mismo que yo: que sería bueno si la vida funcionara de esa manera, despojándonos de la suciedad y enviándonos limpios al mundo. Pero un poco de suciedad está destinado a permanecer.

Miro a la parte posterior de la cabeza de Marcus. Tengo que hacer esto ahora.

Ahora.

—Te escuché, el otro día —deje escapar.

Marcus mueve la cabeza alrededor. —¿Qué estás haciendo, Beatrice?

—Te seguí —doblo mis brazos sobre mi pecho—. Te escuche hablar con Johanna sobre lo que motivó el ataque de Jeanine a Abnegación.



—¿Intrepidez te enseñó que es correcto invadir la privacidad de otras personas, o te lo enseñaste tú misma?

—Soy una persona naturalmente curiosa. No cambies el tema.

La frente de Marcus se arruga, sobre todo entre las cejas, y hay profundas líneas cerca de su boca. Parece a un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida con el ceño fruncido. Podría haber sido guapo cuando era más joven, quizá todavía lo es, para las mujeres de su edad, como Johanna; pero todo lo que veo cuando lo miro son los ojos negro del paisaje de miedo de Tobias.

—Si me escuchaste hablando con Johanna, entonces sabes que ni siquiera le dije a ella sobre esto. Entonces, ¿qué te hace pensar que iba a compartir esta información contigo?

No tengo una respuesta en un primer momento. Pero después viene a mí.

—Mi padre —le digo—. Mi padre está muerto. —Es la primera vez que lo digo desde que le dije a Tobias, en el tren que nos trajo, que mis padres murieron por mí. “Murieron”, era sólo un hecho para mí entonces, separado de la emoción. Pero “muerto”, se mezcla con la agitación y el burbujeo de los ruidos de esta sala, golpea como un martillo en mi pecho, y el monstruo de la pena se despierta, arañando mis ojos y garganta.

Me obligo a continuar.

—Es posible que realmente no se haya muerto por cualquiera, esa información a la que te estas refiriendo —le digo—. Pero quiero saber si se trataba de algo por lo que él arriesgó su vida.

La boca de Marcus se mueve.

—Sí —dice—. Lo fue.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Las parpadeo lejos.

—Bueno —le digo, casi ahogándome—, entonces, ¿qué diablos era? ¿Era algo que estaban tratando de proteger? ¿O robar? ¿O qué?

—Era... —Marcus niega con la cabeza—. No voy a decirte eso.

Doy un paso hacia él. —Pero lo quieres de vuelta. Y Jeanine lo tiene.

Marcus es un buen mentiroso, o al menos alguien que es experto en esconder secretos. Él no reacciona. Me gustaría ver como Johanna ve,



como Sinceridad ve, me gustaría poder leer su expresión. Él podría estar cerca de decirme la verdad. Si sólo presiono con la fuerza suficiente, tal vez se quiebre.

—Podría ayudarte —le digo.

Los labios superiores de Marcus se curvan. —No tienes idea de cuán ridículo suena eso. —Escupe las palabras hacia mí—. Es posible que hayas tenido éxito al apagar el ataque de la Simulación niña, pero eso fue por pura suerte, no habilidad. Me moriría de shock si te las arreglas para hacer algo útil de nuevo por un largo tiempo.

Este es el Marcus que Tobias conoce. El que conoce bien dónde golpear para causar el mayor daño.

Mi cuerpo se estremece de rabia. —Tobias tiene razón acerca de ti —le digo—. No eres más que un pedazo de basura soberbia y mentirosa.

—¿Él dijo eso? —Marcus levantó las cejas.

—No —le digo—. Él no te menciona lo suficiente como para decir algo así. Lo descubrí por mi cuenta. —Aprieto mis dientes—. Eres casi nada para él, sabes. Y a medida que pasa el tiempo, te conviertes cada vez en menos.

Marcus no me responde. Él se da vuelta hacia el purificador de agua. Me quedo parada un momento en mi triunfo, el sonido del agua se combina con el latido de mi corazón en mis oídos. Después dejo el edificio, y no es hasta que estoy del otro lado del campo que me doy cuenta de que no gané. Marcus lo hizo.

Cualquiera que sea la verdad, voy a tener que conseguirla de algún otro lugar, porque no se lo voy a preguntar de nuevo.

Esa noche sueño que estoy en un campo, y me encuentro con una bandada de cuervos agrupados en el suelo. Al apartar unos pocos de ellos, me doy cuenta de que estaban encima de un hombre, picoteando sus ropas, que son del gris de Abnegación. Sin advertencia, alzan vuelo, y me doy cuenta de que el hombre es Will.

Entonces me despierto.

Doy vuelta la cara en la almohada y libero, en lugar de su nombre, un sollozo que arroja mi cuerpo contra el colchón. Siento al monstruo de la pena de nuevo, retorciéndose en el espacio vacío donde mi corazón y mi estómago estaban antes.



Jadeo, presionando ambas palmas de las manos en mi pecho. Ahora la cosa monstruosa tiene sus garras alrededor de mi cuello, apretando mi vía aérea. Me giro y pongo mi cabeza entre las rodillas, respirando hasta que la sensación de la estrangulación me deja.

A pesar de que el aire es caliente, me estremezco. Me levanto de la cama y me arrastro por el pasillo hacia la habitación de Tobias. Mis piernas desnudas casi brillan en la oscuridad. Su puerta cruje cuando la abro, lo suficientemente alto como para despertarlo. Me mira por un segundo.

—Ven —dice, lento por el sueño. Se mueve en la cama para dejarme espacio.

Debería haber pensado en esto. Duermo con una camiseta larga que Concordia me prestó. Termina un poco más abajo de mi trasero, y no pensé en ponerme un par de pantalones cortos antes de venir aquí. Los ojos de Tobias rozaron mis piernas desnudas, haciendo que mi cara se calentara. Me acuesto, enfrentándolo.

—¿Mal sueño? —dice.

Asiento.

—¿Qué pasó?

Niego con la cabeza. No puedo decirle que estoy teniendo pesadillas acerca de Will, o tendría que explicarle el por qué. ¿Qué pensaría de mí, si supiese lo que hice? ¿Cómo me miraría?

Él mantiene su mano en mi mejilla, moviendo su pulgar sobre mi pómulo ociosamente.

—Estamos bien, sabes —dice—. Tú y yo. ¿De acuerdo?

Mi pecho duele, y yo asiento.

—Nada más está bien. —Su susurro me hace cosquillas en la mejilla—. Pero nosotros lo estamos.

—Tobias —digo. Pero lo que sea que estaba por decir se pierde en mi cabeza, y presiono mi boca en la suya, porque sé que besarlo me distrae de todo.

Él me besa en respuesta. Su mano empieza en la mejilla, y luego acaricia mi costado, adecuándose a la curva de mi cintura, curvándose por encima de mi cadera, deslizándose a mi pierna desnuda, haciéndome temblar. Me presionó más cerca de él y envuelvo la pierna a su alrededor. Mi cabeza zumba con nerviosismo, pero el resto parece



saber exactamente lo que está haciendo, ya que todo pulsa al mismo ritmo, todo quiere lo mismo: escaparse de sí mismo y convertirse en una parte de él en su lugar.

Su boca se mueve contra de mía, y sus manos se deslizan por debajo del dobladillo de la camiseta, y no lo detengo, aunque sé que debería. En lugar de eso un leve suspiro se me escapa, y el calor se precipita a mis mejillas, vergüenza. O él no me escuchó o no le importa, porque presiona la palma de su mano en mi espalda, acercándose. Sus dedos se mueven lentamente por mi espalda, trazando mi espina dorsal. Mi camisa se desliza por mi cuerpo, y no lo tiro hacia abajo, incluso cuando siento el aire frío en mi estómago.

Él me besa el cuello, y le agarro el hombro para sostenerme, arrugando su camisa con mi puño. Su mano llega a la parte superior de mi espalda y se dobla alrededor de mi cuello. Mi camiseta está torcida alrededor de su brazo, y nuestros besos se desesperan. Sé que mis manos tiemblan por toda la energía nerviosa dentro de mí, así que aprieto mi puño en su hombro para que no se dé cuenta.

Entonces sus dedos rozan el vendaje en mi hombro, y un dardo de dolor pasa a través de mí. No me dolió mucho, pero me hace volver a la realidad. No puedo estar con él de esa manera, si una de mis razones para querer esto es distraerme del dolor.

Me inclino hacia atrás y con cuidado tiro del dobladillo de la camiseta hacia abajo para que me cubra de nuevo. Por un segundo sólo nos quedamos ahí, nuestras respiraciones pesadas mezclándose. No quiero llorar —ahora no es un buen momento para llorar; no, tiene que parar— pero no saco las lágrimas de mis ojos, no importa cuántas veces parpadee.

—Lo siento —le digo.

Él dice casi con severidad. —No te disculpes. —Remueve las lágrimas de mis mejillas.

Sé que soy como un pájaro, angosta y pequeña, como para tomar vuelo, construida recta y frágil. Pero cuando me toca como si no pudiese soportar alejar su mano, no deseo ser diferente.

—No quería ser un desastre —le digo, mi voz quebrada—. Es solo que me siento tan... —Niego con la cabeza.

—Está mal —dice—. No importa si tus padres están en un mejor lugar, no están aquí contigo, y eso está mal, Tris. No debería haber sucedido.



No debería haberte pasado. Y cualquiera que te diga que está bien, es un mentiroso.

Un sollozo golpea a mi cuerpo otra vez, y él envuelve sus brazos a mí alrededor con tanta fuerza que tengo dificultades para respirar, pero eso no importa. Mi digno llanto da paso a uno lleno de fealdad, mi boca abierta y mi rostro desfigurado y suena como un animal moribundo que sale de mi garganta. Si esto continúa me voy romper, y tal vez eso sería mejor, tal vez sería mejor romperme y no aguantar nada.

Él no habla por un largo tiempo, hasta que otra vez estoy en silencio.

—Duerme —dice—. Voy a luchar contra los malos sueños si vienen por ti.

—¿Con qué?

—Mis manos desnudas, obviamente.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y tomo una respiración profunda de su hombro. Huele a sudor, aire fresco y menta, de pomada que a veces usa para relajar sus doloridos músculos. Huele a seguridad, también, como paseos iluminados por el sol en la huerta y desayuno en silencio en el comedor. Y en el momento antes de que me quede dormida, casi me olvido de nuestra ciudad devastada por la guerra y todo el conflicto que pronto vendrá a encontrarnos, si no lo encontramos primero.

En el momento antes de quedarme dormida, le escucho susurrar. —Te amo Tris.

Y tal vez se lo diría en respuesta, pero estoy demasiado lejos.





## CAPÍTULO 6

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Monicab*

**E**sa mañana me despierto con el zumbido de una máquina de afeitar eléctrica. Tobias está parado delante del espejo, la cabeza inclinada para poder ver el ángulo de su mandíbula.

Abrazo mis rodillas, cubiertas por la sábana, y lo miro.

—Buenos días —dice—. ¿Cómo dormiste?

—Bien. —Me levanto, y mientras él inclina la cabeza hacia atrás para poder pasarse la máquina de afeitar por la barbilla, envuelvo mis brazos alrededor de él, presionando mi frente en su espalda, donde el tatuaje Intrepidez se asoma por debajo de su camisa.

Él pone la máquina abajo y cruza sus manos sobre las mías. Ninguno de los dos rompe el silencio. Escucho su respiración, y él acaricia mis dedos ociosamente, la tarea en sus manos olvidada.

—Debería ir a prepararme —digo después de un tiempo. Estoy reacia a marcharme, pero se supone que debo trabajar en la lavandería, y no quiero que Concordia diga que no estoy cumpliendo con mi parte del trato que nos ofreció.

—Te traeré algo para que uses —dice.

Camino descalza por el pasillo unos minutos más tarde, con la camiseta con la que dormí y un par de pantalones cortos que Tobias tomó prestado de Concordia. Cuando regreso a mi habitación, Peter está de pie junto a mi cama.

El instinto me hace enderezarme y buscar en la habitación por un objeto contundente.

—Sal —le digo tan duro como puedo. Pero es difícil hacer que mi voz no temblara. No puedo dejar de recordar la mirada en sus ojos mientras me sostenía de la garganta sobre el abismo o cuando me golpeó contra la pared en el recinto de Intrepidez.



Se da vuelta para mirarme. Últimamente cuando me mira es sin su habitual malicia; en lugar de eso sólo parece agotado, su postura encorvada, con el brazo herido en un cabestrillo. Pero no me dejo engañar.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación?

Él se acerca más a mí. —¿Qué estás haciendo acechando a Marcus? Te vi ayer, después del desayuno.

Sostengo su mirada con la mía. —Eso no es asunto tuyo. Fuera de aquí.

—Estoy aquí porque no sé por qué eres tú la que mantiene el disco duro, —dice—. No es como si fueras muy estable estos días.

—¿Yo soy inestable? —Me río—. Encuentro eso un poco divertido, viniendo de ti.

Peter aprieta los labios y no dice nada.

Entrecierro mis ojos. —¿Por qué estás tan interesado en el disco duro de todos modos?

—No soy tonto —dice—. Sé que contiene más que los datos de la simulación.

—No, no eres tonto, ¿verdad? —le digo—. Crees que si se lo entregas a Sabiduría, van a perdonar tu indiscreción y te van a permitir volver a su buena gracia.

—No quiero estar de vuelta en su buena gracia —dice, dando un paso adelante de nuevo—. Si lo hubiese querido, no te hubiera ayudado en el recinto de Intrepidez.

Lo golpeo con mi dedo índice en el esternón, clavando mi uña. —Me ayudaste porque no querías que te disparara de nuevo.

—Puede que no sea un traidor de Facción amante-de-Abnegación. —Se apodera de mi dedo—. Pero nadie puede controlarme, sobre todo no un Sabiduría.

Tiro de mi mano hacia atrás, girando de modo que él no sea capaz de aguantar. Mis manos están sudorosas.

—No espero que entiendas. —Me limpio las manos en el borde de mi camisa mientras me muevo hacia el aparador—. Estoy segura que si hubiera sido Sinceridad y no Abnegación quien fue atacada, hubieses



dejado que tu familia recibiera disparos entre los ojos sin protestar. Pero yo no soy así.

—Cuidado con lo que dices sobre mi familia, Estirada. —Él se mueve conmigo, hacia la cómoda, pero con cuidado cambio de camino para interponerme entre él y los cajones. No voy a revelar la ubicación del disco duro sacándolo mientras él esté acá, pero no quiero dejar el camino despejado, tampoco.

Sus ojos se mueven a la cómoda detrás de mí, hacia el lado izquierdo, donde el disco duro se esconde. Frunzo el ceño, y entonces me doy cuenta de que algo no vi antes: un bulto rectangular en uno de sus bolsillos.

—Dámelo —le digo—. Ahora.

—No.

—Dámelo, o te voy a matar cuando estés dormido.

Él sonríe. —Si tan sólo pudieras ver lo ridícula que te ves cuando amenazas a las personas. Como una niña pequeña que me dice que me va a estrangular con su cuerda de saltar.

Empiezo a ir hacia él, y él se desliza hacia atrás, hacia el pasillo.

—No me llames “niña pequeña”.

—Te voy a llamar como sea que quiera.

Me sacudo a la acción, dirigiendo mi puño izquierdo a donde sé que le va a doler más: en la herida de bala en el brazo. Él esquiva el golpe, pero en lugar de intentarlo de nuevo, estiro su brazo tan fuerte como me es posible y le hago una llave a un lado. Peter grita con todos sus pulmones, y mientras está distraído por el dolor, pateo su rodilla con fuerza, y él cae al suelo.

La gente se precipita hacia el pasillo, vistiendo de gris, negro, amarillo y rojo. Peter se da la vuelta hacia mí medio e cuclillas, y me golpea en el estómago. Me encorvo, pero el dolor no me para; suelto algo entre un gemido y un grito, y me tiro hacia él, mi codo izquierdo hacia atrás cerca de mi boca para poder golpearlo en la cara.

Uno de Concordia me agarra por los brazos y medio me levanta, medio me tira alejándome de Peter. La herida de mi hombro late, pero casi no lo siento a través del pulso de la adrenalina. Me tuerzo hacia él y trato de ignorar los rostros atónitos de los Concordia y Abnegación —y



Tobias— a mí alrededor, una mujer se arrodilla junto a Peter, susurrando palabras en un tono suave de voz. Trato de ignorar sus quejidos de dolor y la culpa apuñalándome en el estómago. Lo odio. No me importa. Lo odio.

—¡Tris, cálmate! —dice Tobias.

—¡Él tiene el disco duro! —le grito—. ¡Él me lo robó! ¡Él lo tiene!

Tobias se acerca a Peter, ignorando a la mujer que estaba agachada junto a él, y presiona el pie en la caja torácica de Peter manteniéndolo en su lugar. Luego mete la mano en el bolsillo de Peter y saca el disco duro.

Tobias le dice en voz muy baja: —No vamos a estar en la casa segura por siempre, y esto no fue muy inteligente de tu parte. —Luego se da vuelta hacia mí y añade—. No muy inteligente de tu parte, tampoco. ¿Quieres hacer que nos echen?

Frunzo el ceño. El hombre Concordia con su mano en mi brazo empieza a tirar de mí por el pasillo. Trato de torcer mi cuerpo fuera de su alcance.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame!

—Violaste los términos de nuestro acuerdo de paz —dice suavemente—. Tenemos que seguir el protocolo.

—Sólo ve —dice Tobias—. Necesitas enfriarte.

Busco en los rostros de la multitud que se ha reunido. Nadie discute con Tobias. Sus ojos eluden los míos. Así que les permito a los dos hombres Concordia escoltarme por el pasillo.

—Cuidado con el escalón —dice uno de ellos—. Las tablas del piso son desiguales aquí.

Mi cabeza late, una señal de que me estoy calmando. El hombre canoso de Concordia abre una puerta a la izquierda. Una etiqueta en la puerta dice:

*HABITACIÓN DE CONFLICTO.*

—¿Me están poniendo en un tiempo de descanso o algo así? —Frunzo el ceño. Eso es algo que Concordia haría: ponerme en tiempo de descanso, y luego enseñarme a hacer respiraciones de limpieza o a tener pensamientos positivos.



La habitación es tan brillante que tengo que entrecerrar los ojos para ver. La pared de enfrente tiene grandes ventanales que dan a la huerta. A pesar de esto, la habitación se siente pequeña, probablemente es debido a que el techo, las paredes y el piso, también está cubierto con tablas de madera.

—Por favor, siéntate —dice el hombre más viejo, señalando hacia el taburete en el centro de la habitación. Es, como todos los demás muebles en el recinto de Concordia, esta hecho de madera sin pulir, y se ve robusto, como si todavía estuviese atado a la tierra. No me siento.

—La pelea terminó —le digo—. No voy a hacerlo de nuevo. No aquí.

—Tenemos que seguir el protocolo —dice el hombre más joven—. Por favor siéntate, y vamos a discutir lo que pasó, y luego te dejaremos ir.

Todas sus voces son tan suaves. No silenciosa, como Abnegación habla, siempre pisando tierra santa, y tratando de no molestar. Suave, calmante, baja; me pregunto, entonces, si eso es algo que enseñan a sus iniciados aquí. La mejor forma de hablar, moverse y sonreír, para fomentar la paz.

No quiero sentarme, pero lo hago, me siento en el borde de la silla para que pueda irme rápidamente, si es necesario. El hombre más joven se para delante de mí. Las maderas crujen detrás de mí. Miro por encima de mi hombro, el hombre más viejo es torpe con algo en un mostrador detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo el té —dice.

—No creo que el té realmente sea la solución a esto.

—Entonces dínos —dice el hombre más joven, llamando mi atención de nuevo a las ventanas. Él me sonríe—. ¿Cuál crees que sea la solución?

—Sacar a Peter de este recinto.

—Me parece a mí —dice el hombre gentilmente—, que tú fuiste la que lo atacó, de hecho, que fuiste tú la que le disparó en el brazo.

—No tienes idea de lo que hizo para merecer esas cosas. —Mis mejillas se calientan de nuevo, imitando los latidos de mi corazón—. Él trató de matarme. Y a otra persona, apuñaló a otra persona en el ojo... con un cuchillo de manteca. Él es malo. Tenía todo el derecho de...



Siento un fuerte dolor en mi cuello. Manchas oscuras cubren al hombre delante de mí, ocultando mi vista de su rostro.

—Lo siento, querida —dice—. Sólo estamos siguiendo el protocolo.

El hombre más viejo esta sosteniendo una jeringa. Unas pocas gotas de todo lo que sea que me inyectó todavía están en ella. Son de color verde brillante, el color de la hierba. Parpadeo rápidamente y desaparecen las manchas oscuras, pero el mundo todavía está nadando delante de mí, como si me estuviera moviendo hacia adelante y atrás en una silla mecedora.

—¿Cómo te sientes? —dice el hombre más joven.

—Me siento... —Enojada, estaba a punto de decir. Enojada con Peter, enojada con Concordia. Pero eso no es verdad, ¿no? Sonríe—. Me siento bien. Me siento un poco como... como si estuviera flotando. O balanceándome. ¿Cómo te sientes tú?

—El mareo es un efecto secundario del suero. Si lo deseas puedes descansar esta tarde. Y me siento bien. Gracias por preguntar —dice—. Puedes irte ahora, si quieres.

—¿Puedes decirme dónde encontrar a Tobias? —le digo. Cuando me imagino su cara, el afecto por él brota dentro de mí, y todo lo que quiero hacer es besarlo—. Cuatro, quiero decir. Es guapo, ¿no? Realmente no sé por qué me quiere tanto. No soy muy agradable, ¿verdad?

—No, la mayoría del tiempo, no —dice el hombre—. Pero creo que podrías serlo, si lo intentarás.

—Gracias —le digo—. Es muy lindo de tu parte decirlo.

—Creo que lo vas a encontrar en la huerta —dice—. Lo vi salir afuera después de la pelea.

Me río un poco. —La pelea. Qué cosa más tonta...

Y si parece una tontería, golpear tu puño contra el cuerpo de otra persona. Como una caricia, pero demasiado dura. Una caricia es mucho más agradable. Tal vez debería haber corrido mi mano por el brazo de Peter en su lugar. Eso se habría sentido mejor para los dos. Mis nudillos no dolerían ahora.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Tengo que apoyarme contra la pared para mantener el equilibrio, pero es resistente, por lo que no me importa. Me tropiezo por el pasillo, riéndome de mi incapacidad para



mantener el equilibrio. Soy torpe de nuevo, como era cuando era más joven. Mi madre solía sonreírme y decirme: —*Ten cuidado de dónde pones los pies, Beatrice. No quiero que te hagas daño.*

Camino afuera y el verde de los árboles parece más verde, tan potente que casi puedo saborearlo. Tal vez pueda saborearlo, y es como la hierba que decidí masticar cuando era un niña sólo para ver cómo era. Estuve a punto de caerme por las escaleras a causa de los vaivenes y estallé en risas cuando la hierba me hizo cosquillas en los pies descalzos. Vagué hacia el huerto.

—¡Cuatro! —llamé. ¿Por qué estoy llamando a un número? Oh, sí. Porque ese es su nombre. Llamo de nuevo—: ¡Cuatro! ¿Dónde estás?

—¿Tris? —dice una voz de entre los árboles a mi derecha. Casi suena como si el árbol me estuviese hablando. Me río, pero por supuesto que sólo es Tobías, agachándose bajo una rama.

Corro hacia él, y la tierra se sacude a un costado, así que casi me caigo. Su mano toca mi cintura, estabilizándome. El toque envía choques a través de mi cuerpo, y todo mi interior arde como si sus dedos me hubiesen encendido. Me tiro más cerca de él, presionando mi cuerpo contra el suyo, y levanto la cabeza para darle un beso.

—¿Qué hicieron ellos... —empieza, pero lo detengo con mis labios. Él me besa en respuesta, pero demasiado rápido, por lo que suspiro pesadamente.

—Eso fue lamentable —le digo—. Bueno, no, no lo fue, pero...

Me pongo en puntillas para besarlo otra vez, y él presiona con un dedo en mis labios para detenerme.

—Tris —dice—. ¿Qué te hicieron? Estás actuando como una lunática.

—Eso no fue muy amable de tu parte —le digo—. Me pusieron de buen humor, eso es todo. Y ahora lo que realmente quiero es darte un beso, así que si sólo te pudieras relajar...

—No voy a besarte. Voy a averiguar lo que está pasando —dice.

Deslizo hacia adelante mi labio inferior un segundo, pero luego sonrío cuando las piezas se unen en mi mente.

—¡Eso es por lo que me gustas! —exclamo—. ¡Porque tú no eres muy agradable tampoco! Tiene mucho más sentido ahora.

—Ven —dice—. Vamos a ver a Johanna.



—Me gustas, también.

—Eso es alentador —responde rotundamente—. Vamos. Oh, por el amor de Dios. Sólo te llevaré.

Me balancea en sus brazos, un brazo debajo de mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y le planto un beso en la mejilla. Entonces descubro que el aire se siente bien en mis pies cuando los pateo, así que muevo los pies hacia arriba y abajo mientras él nos dirige hacia el edificio donde Johanna trabaja.

Cuando llegamos a su oficina, está sentada detrás de un escritorio con una pila de papel delante de ella, masticando la goma de borrar de un lápiz. Ella levanta la vista hacia nosotros, y su boca se abre ligeramente. Un poco de su oscuro cabello cubre el lado izquierdo de su cara.

—Realmente no deberías ocultar tu cicatriz —le digo—. Te ves más linda con el pelo fuera de tu cara.

Tobias me baja demasiado fuerte. El impacto es discordante y me duele el hombro un poco, pero me gusta el sonido que mis pies hacen cuando llegan al piso. Me río, pero ni Johanna, ni Tobias se ríen conmigo. Extraño.

—¿Qué hiciste con ella? —dice Tobias, lacónico—. ¿Qué, en nombre de Dios, hiciste?

—Yo... —Johanna me frunce el ceño—. Tienen que haberle dado demasiado. Ella es muy pequeña, es probable que no tomaran su altura y peso en cuenta.

—¿Tienen que haberle dado demasiado de qué? —dice él.

—Tienes una linda voz —le digo.

—Tris —dice—. Por favor, estate callada.

—El suero de la paz —dice Johanna—. En pequeñas dosis, tiene un efecto relajante y mejora el estado de ánimo. El único efecto secundario es un ligero mareo. Lo administramos a los miembros de nuestra comunidad que tienen problemas para mantener la paz.

Tobias resopla. —No soy un idiota. Cada miembro de tu comunidad tiene problemas para mantener la paz, porque todos son humanos. Probablemente lo ponen en el suministro de agua.





Johanna no responde por unos segundos. Dobra las manos delante de ella.

—Claramente sabes que no es el caso, o este conflicto no habría ocurrido —dice ella—. Pero lo que sea que estamos de acuerdo en que hacer aquí, lo hacemos juntos, como una Facción. Si pudiera darle el suero a todo el mundo en esta ciudad, lo haría. Ciertamente no estarías en la situación que estas ahora si lo hiciera.

—Oh, definitivamente —dice él—. Drogar a toda la población es la mejor solución a nuestro problema. Gran plan.

—El sarcasmo no es amable, Cuatro —dice ella gentilmente—. Ahora, siento haber cometido el error de haberle dado demasiado a Tris, realmente lo hago. Sin embargo, ella violó los términos de nuestro acuerdo, y me temo que ustedes podrían no ser capaces de quedarse aquí mucho tiempo más como resultado. El conflicto entre ella y el chico —Peter— no es algo que podamos olvidar.

—No te preocupes —dice Tobias—. Tenemos la intención de salir de acá tan pronto como nos sea humanamente posible.

—Bueno —dice ella con una pequeña sonrisa—. La paz entre Concordia e Intrepidez sólo puede ocurrir cuando mantenemos distancia entre nosotros.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Perdón? —dice ella—. ¿Qué estás insinuando?

—Eso explica —dice, apretando los dientes—, por qué, bajo el pretexto de neutralidad —¡como si tal cosa es posible!— nos dejaron morir en manos de los Sabiduría.

Johanna suspira en silencio y mira por la ventana. Más allá de ella hay un pequeño patio con enredaderas que crecen en él. Las viñas se arrastran en las esquinas de las ventanas, como si estuviesen tratando de entrar y unirse a la conversación.

—Concordia no haría algo así —le digo—. Eso es malo.

—Es por el bien de la paz que permanecemos al margen —Johanna comienza.

—Paz. —Tobias casi escupe la palabra—. Sí, estoy seguro de que será muy pacífico cuando todos estemos muertos o acurrucados en sumisión



bajo la amenaza del control mental o atrapados en una simulación sin fin.

La cara de Johanna se contorsiona y la imito, para ver qué se siente tener la cara de esa manera. No se siente muy bien. No estoy segura de por qué lo hizo ella, para empezar.

Ella lentamente dice: —La decisión no es mía para hacerla. Si lo fuera, tal vez estaríamos teniendo una conversación diferente en estos momentos.

—¿Estás diciendo que no estás de acuerdo con ellos?

—Estoy diciendo —dice—, que no es mi lugar para estar en desacuerdo con mi Facción públicamente, pero es posible que lo esté, en la intimidad de mi propio corazón.

—Tris y yo nos iremos en dos días —dice Tobias—. Espero que tu Facción no cambie su decisión de hacer de este recinto una casa segura.

—Nuestras decisiones no son desechas fácilmente. ¿Qué pasa con Peter?

—Vas a tener que tratar con él por separado —dice—. Porque él no viene con nosotros.

Tobias toma mi mano, y su piel se siente bien contra la mía, aunque no es suave o blanda. Sonrío disculpándome a Johanna y su expresión se mantiene sin cambios.

—Cuatro —dice ella—. Si a ti y a tus amigos les gustaría quedarse... al margen de nuestro suero, es posible que deseen evitar el pan.

Tobias le da las gracias sobre su hombro mientras hacemos nuestro camino por el pasillo juntos, yo saltando cada dos pasos.



## CAPÍTULO 7

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Monicab*

**E**l suero desaparece cinco horas más tarde, cuando el sol está empezando a caer. Tobias me encerró en mi cuarto por el resto del día, controlándome cada hora. Esta vez cuando viene, estoy sentada en la cama, mirando a la pared.

—Gracias a Dios —dice, presionando la frente en la puerta—. Estaba empezando a pensar que nunca se desgastaría y que tendría que dejarte aquí... para oler flores, o hacer lo que sea que quisieras hacer mientras estabas en esa cosa.

—Voy a matarlos —le digo—. Voy a matarlos.

—No te molestes. Nos vamos pronto de todos modos —dice, cerrando la puerta tras él. Saca el disco duro de su bolsillo trasero—. Pensé que podríamos ocultar esto detrás de tu cómoda.

—Ahí es donde estaba antes.

—Sí, y por eso Peter no lo buscará ahí de nuevo. —Tobias corre la cómoda de la pared con una mano y mete el disco duro detrás con la otra.

—¿Por qué no pude luchar contra el suero de la paz? —le digo—. Si mi cerebro es lo suficientemente extraño como para resistir el suero de la simulación ¿por qué no a éste?

—No lo sé, realmente —dice. Dejándose caer a mi lado en la cama, empujando el colchón—. Tal vez con el fin de luchar contra un suero, tienes que quererlo.

—Bueno, obviamente yo lo quería —le digo, frustrada, pero sin convicción. ¿Lo quería? ¿O fue agradable olvidarse de la ira, olvidarse del dolor, olvidarse de todo durante unas horas?

—A veces —dice él, deslizando su brazo sobre mis hombros—, la gente sólo quiere ser feliz, aunque no sea real.

Tiene razón. Incluso ahora, esta paz entre nosotros viene de no hablar de las cosas de Will, o de mis padres, ni a mí casi disparándole en la



cabeza, o de Marcus. Pero no me atrevo a molestarle con la verdad, porque estoy muy ocupada aferrándome a él por apoyo.

—Puede que tengas razón —le digo en voz baja.

—¿Estás cediendo? —dice, su boca abierta, con fingida sorpresa—. Parece que el suero hizo algo bueno después de todo....

Lo empujo tan duro como puedo. —Retira lo dicho. Retíralo ahora.

—¡Bien, bien! —Levanta las manos—. Es sólo que... no soy muy amable tampoco, ya sabes. Es por eso que te gusto tant...

—¡Fuera! —le grito, apuntando a la puerta.

Riendo para sí mismo, Tobias me besa en la mejilla y sale del cuarto.

Esa noche, me siento muy avergonzada por lo que pasó para ir a cenar, por lo que paso el tiempo en las ramas de un manzano en el otro extremo de la huerta, recogiendo manzanas maduras. Subo tan alto como me atrevo para obtenerlas, los músculos quemando. Descubrí que el quedarse sentada deja pequeños espacios para que la pena entre, por lo que me mantengo ocupada.

Estoy limpiando mi frente con el borde de mi camisa, de pie sobre una rama, cuando escucho el sonido. Es débil, en un primer momento, uniéndose al zumbido de las cigarras. Me quedo quieta para escuchar, y después de un momento, me doy cuenta de lo que es: autos.

Concordia es dueño de una docena de camiones que utilizan para transportar las mercancías, pero eso sólo lo hacen los fines de semana. La parte trasera de mi cuello hormiguea. Si no es Concordia, probablemente sea Sabiduría. Pero tengo que estar segura.

Me agarro de la rama por encima de mí con las dos manos, pero tiro de mí misma sólo con mi brazo izquierdo. Me sorprende todavía ser capaz de hacer eso. Me paro encorvada, ramitas y hojas se enredan en mi cabello. Unas pocas manzanas caen al suelo cuando cambio mi peso. Los manzanos no son muy altos; puede que no sea capaz de ver lo suficientemente lejos.

Uso las ramas cercanas como pasos, con las manos para estabilizarme, torciéndome y apoyándome en el laberinto del árbol. Me acuerdo de subir la Rueda de la Fortuna en el muelle, mis músculos se agitan, mis manos palpitan. Estoy herida ahora, pero más fuerte, y escalar se siente más fácil.



Las ramas se vuelven más delgadas, más débiles. Me chupo los labios y miro a la siguiente. Tengo que subir tan alto como me sea posible, pero la rama que estoy buscando es corta y se ve flexible. Pongo mi pie en ella, probando su fuerza. Se dobla, pero se sostiene. Empiezo a levantarme a mí misma, para poner el otro pie abajo, y la rama se rompe.

Jadeo mientras caigo hacia atrás, aprovechando el tronco del árbol en el último segundo. Esto tendrá que ser lo suficientemente alto. Me paro en puntillas y espío en la dirección del sonido.

En un primer momento no veo más que un tramo de tierra de cultivo, una franja de terreno vacío, la alambrada, y los campos y los comienzos de los edificios que se encuentran más allá de ella. Pero acercándose a la puerta hay algunas motas en movimiento —plata, cuando la luz las atrapa. Autos con techos negros— paneles solares, que significa una sola cosa. Sabiduría.

Un soplo silba entre mis dientes. No me dejo pensar a mí misma; pongo un pie abajo, luego el otro, tan rápido que desprendo cáscaras de corteza de las ramas que caen hacia el suelo. Tan pronto como mis pies tocan la tierra, corro.

Cuento las hileras de árboles mientras las paso. Siete, ocho. Las ramas se vuelven bajas, y paso justo por debajo de ellas. Nueve, diez. Sostengo mi brazo derecho contra mi pecho mientras corro más rápido, la herida de bala en mi hombro palpita con cada paso. Once, doce.

Cuando llego a la fila trece, lanzo mi cuerpo hacia la derecha, por uno de los pasillos. Los árboles están muy juntos en la fila trece. Sus ramas crecen unas con otras, creando un laberinto de hojas, ramitas y las manzanas.

Mis pulmones pican por la falta de oxígeno, pero no estoy muy lejos del final de la huerta. El sudor corre entre mis cejas. Llego al comedor y abro las puertas, empujándome a través de un grupo de hombres Concordia, y él está ahí; Tobias se sienta en un extremo de la cafetería con Peter, Caleb y Susan. Apenas puedo ver entre las manchas en mi visión, pero Tobias me toca el hombro.

—Sabiduría. —Es todo lo que consigo decir.

—¿Viniendo? —dice.

Asiento.

—¿Tenemos tiempo para correr?



No estoy segura de eso.

Para ahora, los Abnegación en el otro extremo de la mesa están prestando atención. Ellos se reúnen a nuestro alrededor.

—¿Por qué tenemos que correr? —dice Susan—. Concordia estableció este lugar como una casa segura. Ningún conflicto está permitido.

—Concordia tendrá problemas para aplicar esa política —dice Marcus—. ¿Cómo detener el conflicto sin conflicto?

Susan asiente.

—Pero no podemos salir —dice Peter—. No tenemos tiempo. Nos van a ver.

—Tris tiene un arma —dice Tobias—. Podemos tratar de pelear nuestro camino afuera.

Él se dirige hacia el dormitorio.

—Espera —le digo—. Tengo una idea. —Escaneo la multitud de Abnegación—. Disfraces. Sabiduría no sabe a ciencia cierta que todavía estamos aquí. Podemos pretender ser Concordias.

—Aquellos de nosotros que no visten como Concordia deben ir a los dormitorios, entonces —dice Marcus—. El resto de ustedes, pongan su cabello hacia abajo, traten de imitar su comportamiento.

Los Abnegación que se visten de color gris abandonan el comedor en manada y cruzan el patio hacia los dormitorios de huéspedes. Una vez dentro, corro a mi habitación, me pongo en mis manos y rodillas, y meto la mano debajo del colchón para sacar el arma.

La siento durante unos pocos segundos antes de que la encuentre, y cuando lo hago, mi garganta se cierra, y no puedo tragar. No quiero tocar el arma. No quiero tocarla de nuevo.

Vamos, Tris. Meto el arma en la cintura de los pantalones rojos. Es una suerte que sean tan anchos. Me doy cuenta de los viales de ungüento curativo y el medicamento para el dolor en la mesita de noche y los meto en el bolsillo, sólo en caso de que nos las arreglemos para escapar.

Entonces busco detrás de la cómoda el disco duro.

Si los Sabiduría nos atrapan —lo cual es probable— nos van a revisar, y no quiero simplemente entregarles la simulación del ataque de nuevo. Pero este disco duro también contiene las imágenes de vigilancia del



ataque. El registro de nuestras pérdidas. De las muertes de mis padres. Lo único que me queda. Y porque Abnegación no toma fotos, es la única documentación que tengo de cómo se veían.

Dentro de unos años, cuando mis recuerdos empiezan a desvanecerse, ¿qué tengo que me recuerden como se veían? Sus rostros van a cambiar en mi mente. Nunca los volveré a ver.

*No seas estúpida. Eso no es importante.*

Aprieto el disco duro con tanta fuerza que duele.

Entonces, ¿por qué se siente tan importante?

—No seas estúpida —digo en voz alta. Aprieto los dientes y agarro la lámpara de mi mesita de noche. Tiro del enchufe de la toma, tiro la pantalla de la lámpara sobre la cama, y me agacho sobre el disco duro. Parpadeando las lágrimas en mis ojos, golpeo la base de la lámpara en él, creando una mella.

Dejo caer la lámpara de nuevo, una, otra, y otra vez, hasta que las grietas en el disco duro, se extendieron por el suelo. Entonces pateo los fragmentos debajo del aparador, pongo la lámpara de vuelta, y camino por el pasillo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano.

Unos minutos más tarde, un pequeño grupo de hombres vestidos de gris y mujeres —y Peter— de pie en el pasillo, clasificaban a través de pilas de ropa.

—Tris —dice Caleb—. Estás usando gris todavía.

Agarro la camisa de mi padre, y dudo.

—Era de papá —le digo. Si me la cambio, voy a tener que dejarlo atrás. Me muerdo el labio para que el dolor constante me endurezca. Tengo que deshacerme de ella. Es sólo una camisa. Eso es todo lo que es.

—La voy a poner debajo de la mía —dice Caleb—. Nunca la verán.

Asiento y agarro una camiseta roja de la pila cada vez menor de ropa. Es lo suficientemente grande como para ocultar la protuberancia del arma. Me meto en la habitación cercana para cambiarme, y darle la camisa a Caleb cuando llego al pasillo. Una puerta está abierta, y a través de ella veo a Tobias rellenando la basura con la ropa de Abnegación.

—¿Crees que Concordia va a mentir por nosotros? —le pregunto, asomándome a la puerta abierta.



—¿Para evitar un conflicto? —Tobias asiente—. Absolutamente.

Lleva una camisa roja con cuello y un par de pantalones vaqueros desgastados en la rodilla. La combinación parece ridícula en él.

—Linda camisa —le digo.

Él me arruga la nariz. —Fue la única cosa que cubría el tatuaje del cuello, ¿de acuerdo?

Sonrío nerviosamente. Me olvidé de mis tatuajes, pero la camiseta los esconde bastante bien.

Los autos de Sabiduría entran en el recinto. Hay cinco de ellos, todos plateados con techos negros. Sus motores parecen ronronear mientras las ruedas golpean sobre el terreno irregular. Me meto justo en el interior del edificio, dejando la puerta abierta detrás de mí, y Tobias se ocupa de asegurar la papelera de reciclaje.

Todos los autos paran, y las puertas se abren, revelando al menos cinco hombres y mujeres de azul Sabiduría.

Y unos quince en negro de Intrepidez.

Cuando Intrepidez se acerca, veo las tiras de tela azul, envueltas alrededor de sus brazos lo que sólo puede significar su lealtad a Sabiduría. La Facción que esclavizó sus mentes.

Tobias toma mi mano y me lleva al dormitorio.

—No pensé que nuestra Facción sería tan estúpida —dice—. Tienes la pistola, ¿verdad?

—Sí —le digo—. Pero no hay garantías de que pueda dispararla eficazmente con la mano izquierda.

—Tienes que trabajar en eso —dice. Siempre un instructor.

—Lo haré —le digo. Tiemblo un poco mientras que agregó—, Si vivimos.

Sus manos rozan mis brazos desnudos. —Sólo rebota un poco cuando camines —dice, besándome en la frente—, y pretende tener miedo de sus armas. —Otro beso entre las cejas—, y actúa como la tímida violeta que nunca podrías ser. —Un beso en la mejilla—, y te irá bien.

—Está bien —le digo. Mis manos tiemblan mientras lo agarra del cuello de la camisa. Pongo su boca abajo en la mía.





Suena un timbre, una, dos, tres veces. Es una llamada al comedor, donde Concordia se reúne para ocasiones menos formales que la reunión a la que asistimos. Nos unimos a la multitud de Abnegación convertida en Concordia.

Le saco pasadores del cabello a Susan; su peinado es demasiado severo para Concordia. Ella me da una pequeña sonrisa, agradecida ya que su cabello cae sobre sus hombros, es la primera vez que la veo de esta manera. Suaviza su cuadrada mandíbula.

Se supone que debo ser más valiente que Abnegación, pero no parecen tan preocupados como yo lo estoy. Se ofrecen sonrisas unos a los otros y caminan en silencio... en demasiado silencio. Me muevo entre ellos y le toco a una de las mujeres mayores en el hombro.

—Dile a los niños que jueguen a la mancha —le digo.

—¿La mancha? —dice.

—Están actuando respetuosos y Estirados... —le digo, encogiéndome mientras digo la palabra que era mi apodo en Intrepidez—. Y los niños Concordia estarían causando un alboroto. Sólo hazlo, ¿de acuerdo?

La mujer toca a un niño de Abnegación en el hombro y le susurra algo, y unos segundos más tarde un pequeño grupo de niños corren por el pasillo, esquivando los pies de los Concordia y gritando: —¡Te toque! ¡Tú la traes!

—¡No, esa era mi manga!

Caleb lo entiende, golpeando suavemente a Susan en las costillas para que ella grite de risa. Trato de relajarme, poniendo un rebote en mi paso como Tobias sugirió, dejando que mis brazos se balancearan mientras giraba en las esquinas. Es increíble como pretender ser de una Facción diferente lo cambia todo, incluso la forma en que camino. Debe ser por eso que es tan extraño que yo fácilmente podría pertenecer a tres de ellas.

Alcanzamos a Concordia que está frente a nosotros mientras cruzamos el patio para llegar al comedor y nos dispersamos entre ellos. Mantengo a Tobias en mi visión periférica, sin querer alejarme demasiado de él. Los Concordia no hacen preguntas; sino que simplemente nos dejan mezclarnos en su Facción.

Un par de traidores Intrepidez se paran en la puerta del comedor, con sus armas en mano, y yo me pongo tiesa. Se siente real para mí, de pronto, que estoy desarmada y siendo conducida a un edificio rodeado



de Sabiduría e Intrepidez, y si me descubren, no habrá a donde huir. Ellos me dispararán en el acto.

Considero la posibilidad de huir. Pero, ¿a dónde iría para que no puedan agarrarme? Trato de respirar normalmente. Estoy casi más allá de ellos —no mires, no mires. Unos pocos pasos lejos— ojos lejos, lejos.

Susan cruza su brazo con el mío.

—Te estoy diciendo una broma —dice ella—, que encontraras muy divertida.

Cubro con la mano mi boca y fuerzo una risa que suena aguda y extraña, pero a juzgar por la sonrisa que ella me da, fue creíble. Nos aferramos una a la otra como las chicas Concordia hacen, mirando a los Intrepidez y riéndonos otra vez. Estoy sorprendida de cómo me las arreglo para hacerlo, con la sensación de plomo dentro de mí.

—Gracias —murmuro una vez que estamos dentro.

—De nada —responde ella.

Tobias se sienta frente a mí en una de las largas mesas, y Susan se sienta a mi lado. El resto de Abnegación se extiende por todo el ambiente, Caleb y Peter están unos asientos más allá del mío.

Me golpeteo los dedos sobre mis rodillas mientras esperamos a que algo suceda. Durante mucho tiempo sólo nos sentamos allí, y finjo estar escuchando la historia que una chica Concordia está contando a mi izquierda. Pero de vez en cuando miro a Tobias, y él me mira en respuesta, como si estuviéramos pasando el miedo de ida y vuelta entre nosotros.

Finalmente Johanna entra con una mujer Sabiduría. Su camisa azul brillante parece resplandecer contra su piel, que es de color marrón oscuro. Ella busca a través de la habitación mientras habla con Johanna. Aguanto la respiración mientras sus ojos encuentran los míos, y la dejo salir cuando ella se mueve adelante sin un momento de vacilación. Ella no me reconoció.

Al menos, no todavía.

Alguien golpea una mesa, y la sala queda en silencio. Esto es todo. Este es el momento en que ella nos entrega, o no lo hace.

—Nuestros amigos de Sabiduría e Intrepidez están buscando a algunas personas —dice Johanna—. Varios miembros de Abnegación, tres



miembros de Intrepidez, y un iniciado de Sabiduría. —Sonríe—. En aras de la plena cooperación, les dije que las personas que están buscando estuvieron, de hecho, aquí, pero han seguido adelante. Les gustaría tener permiso para registrar el recinto, lo que significa que tenemos que votar. ¿Alguna persona objeta la búsqueda?

La tensión en su voz sugiere que si alguien se opone, deben mantener su boca cerrada. No sé si Concordia agarra ese tipo de cosas, pero nadie dice nada. Johanna asiente a la mujer Sabiduría.

—Tres de ustedes quédense alrededor —dice la mujer a los guardias de Intrepidez agrupados en la entrada—. El resto, busquen en todos los edificios e informen si encuentran algo. Vayan.

Hay tantas cosas que pueden encontrar. Las piezas del disco duro. Ropa que me olvidé de tirar. La falta sospechosa de baratijas en las decoraciones de nuestras viviendas. Siento mi pulso detrás de mis ojos mientras los tres soldados que se quedaron atrás recorren arriba y abajo las filas de mesas.

La parte trasera de mi cuello zumba mientras uno de ellos camina detrás de mí, sus pasos fuertes y pesados. No es la primera vez en mi vida, que me alegro de ser pequeña y sencilla. No llamo la atención de la gente a mí.

Pero Tobias sí. Lleva su orgullo en su postura, en la forma en que sus ojos claman todo en lo que aterrizan. Eso no es un rasgo de Concordia. Solo puede ser de un Intrepidez.

La mujer Intrepidez caminando hacia él lo mira de inmediato. Sus ojos se estrechan mientras camina más cerca, y luego se detiene justo detrás de él.

Me gustaría que el cuello de su camisa fuera más alto. Me gustaría que no tuviera tantos tatuajes. Me gustaría...

—Tu cabello es muy corto para un Concordia —dice ella.

—...él no se cortó el pelo como un Abnegación.

—Hace calor —dice él.

La excusa podría funcionar si él supiese cómo entregarla, pero él lo dice de forma abrupta.

Ella extiende su mano y, con su dedo índice, tira del cuello de la camisa para ver su tatuaje.



Y Tobias se mueve.

Él agarra la muñeca de la mujer, tirando de ella hacia delante así ella pierde el equilibrio. Ella se golpea la cabeza contra el borde de la mesa y cae. Al otro lado de la habitación, un arma se dispara, alguien grita, y todo el mundo se mete bajo la mesa o se agacha al lado de los bancos.

Todo el mundo excepto yo. Me siento donde estaba antes que el disparo sonara, aferrada al borde de la mesa. Sé que ahí es donde estoy, pero no veo la cafetería. Veo el callejón por el que me escapé después de que mi madre murió. Me quedo mirando el arma en mis manos, a la piel suave entre las cejas de Will.

Un pequeño sonido gorgotea en mi garganta. Hubiera sido un grito, si mis dientes estuviesen fijamente cerrados. El flash de memoria se desvanece, pero todavía no me puedo mover.

Tobias agarra a la mujer Intrepidez por la parte posterior del cuello y le hace una llave al ponerse de pie. Él tiene su arma en la mano. La utiliza como escudo para protegerse cuando dispara justo por encima del hombro de ella al soldado de Intrepidez en la habitación.

—Tris —grita—. ¿Un poco de ayuda aquí?

Me levanto la camiseta apenas lo suficiente para alcanzar el mango del arma, y mis dedos encuentran el metal. Se siente tan fría que me duelen los dedos, pero eso no puede ser; hace demasiado calor aquí. Un hombre de Intrepidez al final del pasillo levanta su propia arma contra mí. El punto negro al final del cañón crece a mí alrededor, y puedo escuchar mi corazón, pero nada más.

Caleb se lanza hacia delante y agarra mi arma. La sostiene con ambas manos y le dispara en las rodillas al hombre de Intrepidez que está a pocos metros lejos de él.

El hombre de Intrepidez grita y colapsa, con las manos agarrándose la pierna, lo que le da a Tobias la oportunidad de dispararle en la cabeza. Su dolor es momentáneo.

Todo mi cuerpo está temblando y no puedo parar. Tobias todavía tiene a la mujer de Intrepidez por la garganta, pero esta vez, apunta su arma a la mujer de Sabiduría.

—Di una sola palabra —dice Tobias—, y te dispararé.

La boca de la mujer Sabiduría está abierta, pero ella no habla.



—El que sea que esté con nosotros debe comenzar a correr —dice Tobias, su voz llena la habitación.

Todos a la vez, los Abnegación se levantan de sus lugares debajo de las mesas y bancos, y comienzan a ir hacia la puerta. Caleb me levanta del banco. Corro a la puerta.

Entonces veo algo. Un tic, un atisbo de movimiento. La mujer Sabiduría levanta una pequeña arma, le apunta a un hombre en una camisa amarilla frente a mí. Por instinto, sin la presencia de la mente, lo empujo en un salto. Mis manos chocan con el hombre, y la bala golpea la pared en lugar de a él, o en vez de a mí.

—Baja el arma —dice Tobias, apuntando con su pistola a la mujer Sabiduría—. Tengo muy buena puntería, y te apuesto a que tú no.

Parpadeo varias veces para sacar la visión borrosa de mis ojos. Peter me mira. Acabo de salvar su vida. No me da las gracias, y no lo reconozco.

La mujer Sabiduría deja caer su arma. Juntos Peter y yo nos acercamos a la puerta. Tobias nos sigue, caminando hacia atrás para poder mantener su arma en la mujer Sabiduría. En el último segundo antes de que él pase el umbral, se cierra la puerta entre él y ella.

Y todos corremos.

Corremos por el pasillo central de la huerta en una manada sin aliento. El aire de la noche es pesado como una manta y huele a lluvia. Gritos nos siguen. Puertas de autos golpeándose. Corro más rápido de lo que puedo correr, como si estuviera respirando adrenalina en lugar de aire. El ronroneo de los motores me persigue a través de los árboles. La mano de Tobias se cierra alrededor de la mía.

Corremos a través de un campo de maíz en una larga fila. Para entonces, los autos nos han alcanzado. Los faros se arrastran a través de los tallos altos, iluminando una hoja aquí, una mazorca de maíz allí.

—¡Divídanse! —alguien grita, y suena como Marcus.

Nos dividimos y nos extendemos por el campo como agua derramada. Agarro el brazo de Caleb. Escucho a Susan jadeando detrás de Caleb.

Nos caemos sobre los tallos de maíz. Las gruesas hojas cortan mis mejillas y brazos. Me quedo mirando entre los omóplatos de Tobias mientras corremos. Escucho un golpe sordo y un grito. Hay gritos por todas partes, a mi izquierda, a mi derecha. Disparos. Los Abnegación



están muriendo otra vez, muriendo como cuando fingí estar bajo la simulación. Y lo único que hago es correr.

Finalmente llegamos al Alambrado. Tobias corre a lo largo, empujándolo hasta que encuentra un agujero. Él sostiene el alambrado hacia atrás para que Caleb, Susan, y yo podamos gatear por debajo. Antes de empezar a correr de nuevo, me detengo y miro hacia atrás al campo de maíz que acabamos de dejar. Veo luces distantes que brillan intensamente. Pero no se escucha nada.

—¿Dónde están los otros? —susurra Susan.

Yo digo:

—Muertos.

Susan solloza. Tobias me tira hacia su lado más o menos, y empezamos a seguir. Mi cara quema por los cortes superficiales de las hojas de maíz, pero mis ojos están secos. Las muertes de Abnegación son sólo otro peso que no soy capaz de establecer.

Nos mantenemos alejados de la carretera de tierra que Sabiduría e Intrepidez usó para llegar al recinto de Concordia, siguiendo las vías del tren hacia la ciudad. No hay ningún lugar para esconderse aquí, no hay árboles o edificios que nos protejan, pero no importa. Sabiduría no puede conducir a través del alambrado de todos modos, y les llevará un tiempo llegar a la puerta.

—Tengo que... parar... —dice Susan de algún lugar en la oscuridad detrás de mí.

Nos detenemos. Susan cae al suelo, llorando, y Caleb se agacha junto a ella. Tobias y yo miramos la ciudad, la cual sigue iluminada, porque no es medianoche todavía. Quiero sentir algo. Miedo, ira, dolor. Pero no lo hago. Todo lo que siento es la necesidad de mantenerme en movimiento.

Tobias se da la vuelta hacia mí.

—¿Qué fue eso, Tris? —dice.

—¿Qué? —digo, y me avergüenzo de lo débil que mi voz suena. No sé si él está hablando de Peter o de lo que vino antes u otra cosa.

—¡Te congelaste! ¡Alguien estaba a punto de matarte y te sentaste allí!  
—Él está gritando ahora—. ¡Pensé que podía confiar en ti por lo menos para proteger tu propia vida!

—¡Hey! —dice Caleb—. Dale un descanso, ¿de acuerdo?



—No —dice Tobias, mirándome fijamente—. Ella no necesita un descanso. —Su voz se suaviza—. ¿Qué pasó?

Él todavía cree que soy fuerte. Lo suficientemente fuerte como para no necesitar su simpatía. Solía pensar que tenía razón, pero ahora no estoy segura. Aclaro mi garganta.

—Entré en pánico —digo—. No volverá a suceder.

Levanta una ceja.

—No lo hará —digo de nuevo, esta vez más fuerte.

—Está bien. —No parece convencido—. Tenemos que llegar a algún lugar seguro. Van a reagruparse y empezar a buscar por nosotros.

—¿Crees que les importamos tanto? —digo.

—Nosotros, sí —dice—. Probablemente éramos los únicos tras los cuales estaban realmente, aparte de Marcus, quien está probablemente muerto.

No sé cómo me esperaba que dijera eso, con alivio, tal vez, porque Marcus, su padre y la amenaza de su vida, finalmente se han ido. O con dolor y tristeza, porque su padre podría haber sido asesinado, y a veces el dolor no tiene mucho sentido. Pero él lo dice sólo como un hecho, como la dirección en la que nos estamos moviendo, o la hora del día.

—Tobias... —empiezo a decir, pero luego me doy cuenta de que no sé lo que viene después de eso.

—Es hora de irse —dice Tobias por encima del hombro.

Caleb levanta a Susan a sus pies. Ella se mueve sólo con la ayuda del brazo de él en su espalda, presionándola hacia delante.

No me di cuenta hasta ese momento, que la Iniciación de Intrepidez me enseñó una lección importante: cómo seguir adelante.



## CAPÍTULO 8

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por LizC*

**D**ecidimos seguir las vías del tren a la ciudad, porque ninguno de nosotros es bueno para la navegación. Camino de enlace a enlace, Tobias se equilibra sobre el riel, bamboleándose sólo ocasionalmente, y Caleb y Susan arrastran los pies detrás de nosotros. Tiemblo con cada ruido no identificado, tensándome hasta que me doy cuenta de que es sólo el viento, o el rechinar de los zapatos de Tobias en el riel. Me gustaría que pudiésemos seguir corriendo, pero es una hazaña que mis piernas se estén incluso moviendo en este punto.

Entonces escuchó un gemido desde los carriles.

Me agacho y presionó las palmas de las manos en el riel, cerrando los ojos para concentrarme en la sensación del metal debajo de mis manos. La vibración se siente como un suspiro pasando por mi cuerpo. Miro entre las rodillas de Susan a las vías y no veo la luz del tren, pero eso no quiere decir nada. El tren podría estar en marcha sin bocina y sin lámparas para anunciar su llegada.

Veo el brillo del vagón de un pequeño tren, muy lejos ahora pero acercándose rápidamente.

—Está llegando —digo. Es todo un esfuerzo ponerme de pie cuando lo único que quiero hacer es sentarme, pero lo hago, limpiándome las manos en mis pantalones vaqueros—. Creo que deberíamos irnos en él.

—¿Incluso si es manejado por Sabiduría? —dice Caleb.

—Si Sabiduría estuviesen manejando el tren, lo habrían llevado al recinto de Concordia en busca de nosotros —dice Tobias—. Creo que vale la pena el riesgo. Seremos capaces de escondernos en la ciudad. Aquí estamos a la espera de ser encontrados.

Todos nos alejamos de las vías. Caleb le da a Susan instrucciones paso a paso para subir a un tren en movimiento, en la única forma que un iniciado en Sabiduría lo puede hacer. Veo el primer vagón acercarse; escucho el rítmico golpe del vagón en los enlaces, el susurro de la rueda de metal contra el riel de metal.





A medida que el primer vagón me pasa, empiezo a correr. Ignorando el ardor en mis piernas. Caleb ayuda a Susan a subirse en un vagón de la mitad primero, luego salta él. Tomo una respiración rápida y tiro mi cuerpo hacia la derecha, chocando contra el suelo del vagón con las piernas colgando sobre el borde. Caleb me agarra del brazo izquierdo y me tira el resto del camino. Tobias utiliza la palanca para meterse él mismo detrás de mí.

Miro hacia arriba, y dejo de respirar.

Ojos brillan en la oscuridad. Oscuras formas sentadas en el vagón, más numerosos de lo que nosotros somos.

Son Sin Facción.



El viento silba a través del vagón. Todo el mundo está de pie y armados —excepto Susan y yo, que no tenemos armas. Un hombre Sin Facción con un parche en el ojo tiene una pistola apuntada a Tobias. Me pregunto cómo la consiguió.

Junto a él, una mujer mayor Sin Facción sostiene un cuchillo, del tipo que utilizo para cortar pan. Detrás de él, alguien más sostiene una gran tabla de madera con un clavo que sobresale de ella.

—Nunca he visto a Concordia armados antes —dice la mujer Sin Facción con el cuchillo.

El hombre Sin Facción con la pistola me parece familiar. Lleva ropa hecha jirones en diferentes colores: una camiseta negra con una chaqueta de Abnegación rota por encima, pantalones vaqueros de color rojo zurcidos, botas marrones. La ropa de todas las Facciones está representada en el grupo delante de mí: pantalones negros de Sinceridad combinados con camisas negras de Intrepidez, vestidos amarillos con camisetas azules sobre ellos. La mayoría de los artículos están rotos o manchados de alguna manera, pero algunos no lo están. Recién robados, me imagino.

—Ellos no son Concordia —dice el hombre de la pistola—. Son de Intrepidez.



Entonces lo reconozco: es Edward, un compañero Iniciado que dejó Intrepidez después de que Peter lo atacara con un cuchillo de mantequilla. Es por eso que lleva un parche en el ojo.

Recuerdo estabilizarle la cabeza mientras yacía gritando en el suelo, y limpiar la sangre que dejó atrás.

—Hola, Edward —le digo.

Él inclina la cabeza hacia mí, pero no baja su arma. —Tris.

—Lo que sea que sean —dice la mujer—, tendrán que bajarse de este tren si quieren seguir vivos.

—Por favor —dice Susan, su labio temblando. Sus ojos se llenan de lágrimas—. Hemos estado corriendo... y el resto de ellos están muertos y yo no... —Ella empieza a llorar otra vez—. No creo que pueda seguir adelante, yo...

Tengo la extraña necesidad de golpear mi cabeza contra la pared. Los sollozos de otras personas me incomodan. Es egoísta de mi parte, tal vez.

—Estamos escapando de Sabiduría —dice Caleb—. Si bajamos, será más fácil para ellos encontrarnos. Por lo tanto, le agradeceríamos si nos dejaran viajar a la ciudad con ustedes.

—¿Sí? —Edward inclina la cabeza—. ¿Qué han hecho por nosotros?

—Te ayudé cuando nadie más lo hizo —le digo—. ¿Recuerdas?

—Tú, tal vez. ¿Pero los otros? —dice Edward—. No tanto.

Tobias da un paso adelante, por lo que el arma de Edward está casi contra su garganta.

—Mi nombre es Tobias Eaton —dice Tobias—. No creo que quieran empujarme de este tren.

El efecto del nombre en las personas del vagón es inmediato y apabullante: ellos bajan las armas. Intercambian significativas miradas.

—¿Eaton? ¿En serio? —dice Edward, enarcando las cejas—. Tengo que admitir, que no vi eso venir. —Se aclara la garganta—. Está bien, pueden venir. Pero cuando lleguemos a la ciudad, tienen que venir con nosotros.

Luego sonrío un poco.



—Conocemos a alguien que te ha estado buscando, Tobias Eaton.



Tobias y yo nos sentamos en el borde del vagón con las piernas colgando sobre el borde.

—¿Sabes quién es?

Tobias asiente.

—¿Quién, entonces?

—Es difícil de explicar —dice—. Tengo mucho que contarte.

Me apoyo en él.

—Sí —le digo—. Yo también.



No sé cuánto tiempo pasa antes de que nos digan que tenemos que bajar. Pero cuando lo hacen, estamos en la parte de la ciudad donde los Sin Facción viven, algo así como un kilómetro de donde crecí. Reconozco cada edificio que pasamos como uno por el cual caminaba cada vez que me perdía el autobús a casa desde la escuela. Aquel con los ladrillos rotos. Aquel con una farola caída apoyada en él.

Nos paramos en la puerta del vagón del tren, nosotros cuatro en una línea. Susan gime.

—¿Y si nos lastimamos? —dice ella.

Le agarro la mano.

—Vamos a saltar juntas. Tú y yo. He hecho esto una docena de veces y nunca me lastimé.

Ella asiente y me aprieta los dedos con tanta fuerza que me duele.

—A las tres. Uno —digo—. Dos. *Tres*.



Salto, y tiro de ella conmigo. Mis pies chocan contra el suelo y sigo adelante, pero Susan sólo cae al pavimento y rueda sobre su costado. Aunque aparte de una rodilla raspada, parece estar bien. Los otros saltan sin dificultad... incluso Caleb, que sólo ha saltado de un tren una vez antes, por lo que sé.

No estoy segura de quién podría conocer a Tobias entre los Sin Facción. Podría ser Drew o Molly, quienes fallaron en la Iniciación de Intrepidez; pero ni siquiera saben el verdadero nombre de Tobias, y además, Edward probablemente los habría matado para ahora, a juzgar por cuán preparado estaba para dispararnos. Debe ser alguien de Abnegación, o de la escuela.

Susan parece haberse calmado. Ella camina por su cuenta ahora, junto a Caleb, y sus mejillas se están secando sin lágrimas nuevas para mojarlas.

Tobias camina a mi lado, tocándome el hombro ligeramente.

—Ha pasado un tiempo desde que comprobé como está tu hombro —dice—. ¿Cómo está?

—Está bien. Traje el medicamento para el dolor, por suerte —le digo. Me alegro de poder hablar de algo ligero... tan ligero como una herida puede ser, de todos modos—. Pienso que no lo estoy dejando sanar muy bien. Sigo usando mi brazo o aterrizando en él.

—Habrá un montón de tiempo para sanar una vez que todo esto haya terminado.

—Sí. —*O no importará si sano, añado en silencio, porque voy a estar muerta.*

—Ten —dice, sacando un pequeño cuchillo de su bolsillo trasero y entregándomelo—. Por si acaso.

Lo pongo en mi propio bolsillo. Me siento más nerviosa ahora.

Sin Facción nos llevan por la calle a la izquierda en un callejón sucio que apesta a basura. Las ratas se dispersan frente a nosotros, con chirridos de terror, y no veo más que sus colas, deslizándose entre los montones de basura, latas vacías, y cajas de cartón empapadas. Respiro por la boca, así no vomito.

Edward se detiene junto a uno de los edificios de ladrillo y fuerza una puerta de acero para abrirla. Me estremezco, medio esperando que todo el edificio se venga abajo si tira demasiado fuerte. Las ventanas tienen



tanta suciedad que la luz casi no las penetra. Seguimos a Edward en una habitación fría y húmeda. En la parpadeante luz de una linterna, veo... personas.

Personas sentadas al lado de rollos de ropa de cama. Personas curioseando latas abiertas de alimento. Personas bebiendo de botellas de agua. Y niños, tejidos entre los grupos de adultos, sin limitarse a un determinado color de ropa... niños Sin Facción.

Estamos en un almacén de Sin Facción y, Sin Facción, quienes se suponen que están dispersos, aislados y sin comunidad... están juntos dentro de él. Están juntos, como una *Facción*.

No sé qué es lo que esperaba de ellos, pero me sorprendió lo normales que parecen. No pelean entre sí o se evitan el uno al otro. Algunos de ellos dicen bromas, otros se hablan el uno al otro en voz baja. Poco a poco, sin embargo, todos parecen darse cuenta de que no se supone que debamos estar allí.

—Vamos —dice Edward, doblando el dedo para atraernos hacia él—. Ella está allá atrás.

Miradas y silencio nos saludan mientras seguimos a Edward más profundo en un edificio que se supone que debe estar abandonado. Finalmente no puedo contener mis preguntas por más tiempo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué están todos juntos de esta manera?

—Pensaste que ellos, nosotros, estábamos todos separados —dice Edward por encima del hombro—. Bueno, lo estaban, por un tiempo. Demasiados hambrientos como para otra cosa que buscar comida. Pero entonces los Estirados comenzaron a darles comida, ropa, herramientas, todo. Y se hicieron más fuertes, y esperaron. Estaban así cuando los encontré, y me dieron la bienvenida.

Entramos en un pasillo oscuro. Me siento en casa, con la oscuridad y la tranquilidad que son como los túneles del recinto de Intrepidez. Tobias, sin embargo, enreda un hilo suelto de su camisa alrededor de su dedo, hacia atrás y hacia adelante, una y otra vez. Él sabe con quién estamos por encontrarnos, pero todavía no tengo ni idea. ¿Cómo es que sé tan poco sobre el chico que dice que me ama... el chico cuyo nombre real es lo suficientemente poderoso como para mantenernos con vida en un vagón de tren lleno de enemigos?

Edward se detiene en una puerta de metal y la golpea con el puño.



—Espera, ¿dijiste que estaban esperando? —dice Caleb—. ¿Qué estaban esperando, exactamente?

—Que todo el mundo se desmorone —dice Edward—. Y ahora lo ha hecho.

La puerta se abre, y una mujer de aspecto severo, con un ojo perezoso se para en el umbral. Su ojo estable nos escanea a los cuatro.

—¿Errantes? —dice ella.

—Difícilmente, Therese. —Él señala con el pulgar por encima del hombro, a Tobias—. Éste es Tobias Eaton.

Therese mira a Tobias por unos segundos, luego asiente.

—Ciertamente lo es. Espera.

Ella cierra la puerta otra vez. Tobias traga duro, moviendo su manzana de Adán de arriba hacia abajo.

—Sabes a quién va a buscar ella, ¿no es así? —le dice Caleb a Tobias.

—Caleb —dice Tobias—. Por favor, cállate.

Para mi sorpresa, mi hermano suprime su curiosidad Sabiduría.

La puerta se abre de nuevo, y Therese camina hacia atrás para dejarnos entrar. Caminamos en una sala de calderas con maquinaria antigua que surge de la oscuridad tan de repente que me golpeó las rodillas y los codos. Therese nos lleva a través del laberinto de metal a la parte posterior de la sala, donde varias bombillas cuelgan desde el techo sobre una mesa.

Una mujer de mediana edad se encuentra detrás de la mesa. Ella tiene el cabello negro rizado y piel aceitunada. Sus características son duras, tan angulares que casi la hacen poco atractiva, pero no del todo.

Tobias agarra mi mano. En ese momento me doy cuenta de que él y la mujer tienen la misma nariz: aguileña, un poco demasiado grande en la cara de ella, pero del tamaño correcto en la de él. También tienen la misma mandíbula fuerte, barbilla distintiva, el mismo labio superior, orejas adheridas al cráneo. Sólo sus ojos son diferentes: en lugar de azul, son tan oscuros que parecen en negros.

—Evelyn —dice él, su voz tiembla un poco.

Evelyn era el nombre de la esposa de Marcus y la madre de Tobias. Mi agarre sobre la mano de Tobias se afloja. Hace apenas unos días atrás



me estaba acordando de su funeral. Su *funeral*. Y ahora se pone de pie frente a mí, con los ojos más fríos que los de cualquier mujer Abnegación que haya visto nunca.

—Hola. —Camina alrededor de la mesa, observándolo—. Te ves más maduro.

—Sí, bueno. El paso del tiempo tiende a hacer eso a una persona.

Él ya sabía que ella estaba viva. ¿Hace cuanto tiempo que lo sabe?

Ella sonríe.

—Así que finalmente has venido...

—No por la razón que piensas —la interrumpe—. Estábamos escapándonos de Sabiduría, y la única posibilidad de escapar que teníamos me obligó a decirle a tus lacayos armados mi nombre.

Debe haberlo enojado de alguna manera. Pero no puedo dejar de pensar que si yo descubro que mi madre está viva después de pensar que estaba muerta durante tanto tiempo, nunca le hablaría a ella de la manera que Tobias le habla a su madre ahora, sin importar lo que haya hecho.

La verdad de ese pensamiento me hace doler. Lo empujo a un lado y me centro en lo que está delante de mí. En la mesa detrás de Evelyn hay un gran mapa con marcadores por todas partes. Un mapa de la ciudad, obviamente, pero no estoy segura de lo que signifiquen los marcadores. En la pared detrás de ella hay una pizarra con un gráfico en él. No puedo descifrar la información contenida en el gráfico; está escrita en una forma abreviada que no conozco.

—Ya veo. —La sonrisa de Evelyn permanece, pero sin su toque antiguo de diversión—. Preséntame a tus compañeros refugiados, entonces.

Sus ojos derivan hasta nuestras manos unidas. Los dedos de Tobias se separan. Él me señala a mí primero. —Esta es Tris Prior. Su hermano, Caleb. Y su amiga Susan Black.

—Prior —dice ella—. Conozco a varios Prior, pero ninguno de ellos se llama Tris. Beatrice, sin embargo...

—Bueno —digo—, conozco a varios Eaton vivos, pero ninguno de ellos se llama Evelyn.

—Evelyn Johnson es el nombre que prefiero. Particularmente entre una manada de Abnegación.



—Tris es el nombre que *yo* prefiero —le respondo—. Y no somos Abnegación. No todos nosotros, de todos modos.

Evelyn le da una mirada a Tobias.

—Interesantes amigos los que hiciste.

—¿Esos son recuentos de la población? —dice Caleb detrás de mí. Camina hacia adelante, con la boca abierta—. Y... ¿qué? ¿Casas seguras de Sin Facción? —Apunta a la primera línea en el gráfico, cuyo texto dice 7..... *Grn Hse*—. Quiero decir, ¿estos lugares, en el mapa? Son casas seguras, como está, ¿cierto?

—Esas son un montón de preguntas —dice Evelyn, arqueando una ceja. Reconozco esa expresión. Le pertenece a Tobias; como su disgusto por las preguntas—. Por razones de seguridad, no voy a responder a ninguna de ellas. De todos modos, es hora de cenar.

Hace un gesto hacia la puerta. Susan y Caleb van hacia ella, seguidos por mí, y Tobias y su madre son los últimos. Trabajamos nuestro camino a través del laberinto de la maquinaria de nuevo.

—No soy tonta —dice en voz baja—. Sé que no quieres tener nada que ver conmigo, aunque todavía no entiendo muy bien por qué...

Tobias resopla.

—Pero —dice ella—, te extenderé mi invitación de nuevo. Podríamos usar tu ayuda aquí, y sé que sabes sobre los sistemas de las Facciones...

—Evelyn —dice Tobias—. Elegí Intrepidez.

—Las elecciones se pueden hacer de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que estoy interesado en pasar tiempo en algún lugar *cerca* de ti? —exige. Escucho sus pasos detenerse, y reduzco la velocidad para poder escuchar cómo responde.

—Porque soy tu madre —dice ella, y su voz casi se rompe con las palabras, extrañamente vulnerable—. Porque tú eres mi hijo.

—Realmente no lo entiendes —dice él—. No tienes la menor idea de lo que me hiciste. —Él suena sin aliento—. No quiero unirme a tu pequeña banda de Sin Facción. Quiero salir de aquí lo antes posible.





—Mi *pequeña* banda de Sin Facción es dos veces del tamaño de Intrepidez —dice Evelyn—. Te haría bien en tomártelo en serio. Sus acciones pueden determinar el futuro de esta ciudad.

Con eso, camina delante de él, y delante de mí. Sus palabras resuenan en mi mente: *Dos veces del tamaño de Intrepidez*. ¿Cuándo se volvieron tantos?

Tobias me mira, bajando las cejas.

—¿Hace cuánto tiempo lo sabes? —digo.

—Alrededor de un año. —Se desploma contra la pared y cierra los ojos—. Me envió un mensaje codificado a Intrepidez, diciéndome que la encontrara en el patio de trenes. Lo hice, porque tenía curiosidad, y allí estaba ella. Viva. No fue una reunión feliz, como probablemente adivinarás.

—¿Por qué dejó Abnegación?

—Tuvo un romance. —Él sacude la cabeza—. Y no es de extrañar, ya que mi padre... —Sacude la cabeza de nuevo—. Bueno, digamos que Marcus no era más amable con ella que lo era conmigo.

—¿Es... por eso que estás enojado con ella? ¿Por qué le fue infiel?

—No —dice demasiado severo, abriendo los ojos—. No, eso no es por lo que estoy enojado.

Me acerco a él como si me estuviera acercando a un animal salvaje, con cuidado de cada paso en el piso de cemento. —Entonces, ¿por qué?

—Tenía que dejar a mi padre, entiendo eso —dice él—. Pero, ¿pensó en llevarme con ella?

Frunzo los labios. —Oh. Te dejó con él.

Ella lo dejó solo con su peor pesadilla. No es de extrañar que la odie.

—Sí. —Patea el piso—. Lo hizo.

Mis dedos encuentran los suyos, buscando a tientas, y él los acomoda en los espacios entre los suyos. Sé que son suficientes preguntas, por ahora, así que dejo al silencio instalarse entre nosotros hasta que él decida romperlo.

—Me parece —dice—, que Sin Facción son mejores amigos que enemigos.



—Tal vez. Pero, ¿cuál sería el costo de esa amistad? —le digo.

Sacude la cabeza.

—No lo sé. Pero podemos no tener ninguna otra opción.



## CAPÍTULO 9

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por LizC*

Uno de Sin Facción hizo un fuego para que pudiésemos calentar nuestra comida. Los que querían comer se sentaron en un círculo alrededor del gran tacho de metal que contenía el fuego, primero calentaron las latas, después pasaron las cucharas y tenedores, y luego pasaron las latas alrededor para que todos pudiesen tener un bocado de todo. Trato de no pensar en todas las enfermedades que pueden propagarse de esta manera mientras sumerjo mi cuchara en una lata de sopa.

Edward se tira en el suelo a mi lado y toma la lata de sopa de mis manos.

—Así que todos fueron Abnegación, ¿eh? —Se mete varios fideos y trozos de zanahoria en la boca, y le pasa la lata a la mujer que está a su izquierda.

—Lo fuimos —digo—. Pero, obviamente Tobias y yo nos transferimos, y... —De repente se me ocurre que no debería decirle a nadie que Caleb se unió a Sabiduría—. Caleb y Susan todavía están en Abnegación.

—Y él es tu hermano. Caleb —dice—. ¿Abandonaste a tu familia para convertirte en una Intrepidez?

—Hablas como los Sinceridad —le digo irritada—. ¿Te importaría mantener tus juicios para ti mismo?

Therese se inclina. —Él fue Sabiduría primero, en realidad. No Sinceridad.

—Sí, lo sé —digo—, yo...

Ella me interrumpe.

—Al igual que yo. Sin embargo, me tuve que ir.

—¿Qué pasó?

—No era lo suficientemente inteligente. —Se encoge de hombros y toma una lata de frijoles de Edward, hundiendo su cuchara en ella—. No obtuve una puntuación lo suficientemente alta en mi test de inteligencia



de la iniciación. Ellos dijeron: “Pasa toda tu vida limpiando los laboratorios de investigación, o vete”. Y me fui.

Mira hacia abajo y lame la cuchara hasta dejarla limpia. Tomo los guisantes de ella y se los paso a Tobias, quien está mirando fijamente el fuego.

—¿Muchos de ustedes son de Sabiduría? —digo.

Therese niega.

—De hecho, la mayoría son de Intrepidez. —Ella mueve la cabeza hacia Edward, quien frunce el ceño—. Después Sabiduría, Sinceridad, y luego un puñado de Concordia. Aunque, nadie falla la Iniciación de Abnegación, por lo que tenemos muy pocos de ellos, a excepción de un grupo que sobrevivió al ataque de la simulación y vinieron a nosotros buscando de refugio.

—Supongo que no debería estar sorprendida de los Intrepidez —digo.

—Bueno, sí. Tienen una de las peores Iniciaciones, y con toda esa cosa de la vejez.

—¿Cosa de la vejez? —digo. Le doy un vistazo a Tobias. Él está escuchando ahora, y parece casi normal otra vez, con los ojos pensativos y oscuros a la luz del fuego.

—Una vez que los Intrepidez llegan a un cierto nivel de deterioro físico —dice él—, se les pide que se vayan. De una forma u otra.

—¿Cuál es la otra manera? —Mi corazón late fuertemente, como si ya conociera una respuesta a la que no puedo hacer frente sin preguntar.

—Digamos —dice Tobias—, que para algunos, la muerte es preferible a Sin Facción.

—Esas personas son idiotas —dice Edward—. Prefiero ser Sin Facción que un Intrepidez.

—Qué suerte que acabaste en la forma en que lo hiciste, entonces —dice Tobias con frialdad.

—¿Suerte? —Edward resopla—. Sí. Soy muy afortunado, con mi único ojo y todo.

—Creo recordar escuchar algunos rumores de que tú provocaste ese ataque —dice Tobias.



—¿De qué estás hablando? —digo—. Él estaba ganando, eso es todo, y Peter estaba celoso, entonces él sólo...

Veo la sonrisa en la cara de Edward y dejo de hablar. Tal vez no sé todo sobre lo que sucedió durante la iniciación.

—Hubo un incidente inicial —dice Edward—. Del cual Peter no salió vencedor. Pero ciertamente eso no justifica un cuchillo para mantequilla en el ojo.

—No hay argumentos aquí —dice Tobias—. Si te hace sentir mejor, le dispararon en el brazo de cerca durante el ataque de la simulación.

Y parece que de hecho Edward se siente mejor, porque su sonrisa se extiende en su rostro.

—¿Quién hizo eso? —dice—. ¿Tú?

Tobias niega.

—Tris lo hizo.

—Bien hecho —dice Edward.

Asiento, pero me siento un poco enferma por ser felicitada por eso.

Bueno, no *tan* enferma. Era Peter, después de todo.

Me quedo mirando las llamas que se envuelven alrededor de los fragmentos de madera que les sirven como combustible. Se mueven y cambian, como mis pensamientos. Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que nunca había visto a un anciano en Intrepidez. Y cuando me di cuenta de que mi padre era demasiado viejo para subir las sendas hacia La Fosa. Ahora entiendo más de lo que me gustaría.

—¿Sabes mucho acerca de cómo están las cosas ahora? —le pregunta Tobias a Edward—. ¿Todo Intrepidez se puso del lado de Sabiduría? ¿Sinceridad ha hecho algo?

—Intrepidez se dividió por la mitad —dice Edward, hablando con comida en la boca—. La mitad en la sede de Sabiduría, la mitad en la sede de Sinceridad. Lo que queda de Abnegación está con nosotros. Nada más ha sucedido todavía. A excepción de lo que les haya sucedido a ustedes, supongo.

Tobias asiente. Me siento un poco aliviada de saber que la mitad de Intrepidez, al menos, no son traidores.



Como cucharada tras cucharada hasta que mi estómago está lleno. Entonces Tobias nos consigue colchonetas y mantas, y encuentro una esquina vacía para que nosotros nos acostemos. Cuando se inclina para desatarse los zapatos, veo el símbolo de Concordia en la parte baja de su espalda, las ramas enroscándose sobre su espalda. Cuando se endereza, paso a través de las mantas y pongo mis brazos alrededor de él, rozando el tatuaje con los dedos.

Tobias cierra los ojos. Confío en que el disminuido fuego nos disfrace mientras paso la mano por su espalda, tocando cada tatuaje sin verlos. Imagino los ojos de Sabiduría mirando, las escalas de Sinceridad no balanceadas, las manos juntas de Abnegación, y las llamas de Intrepidez. Con mi otra mano encuentro el parche de fuego tatuado sobre su caja torácica. Siento su respiración pesada contra mi mejilla.

—Desearía que estuviéramos solos —dice.

—Casi siempre deseo eso —le digo.



Me pierdo a la deriva durmiéndome, llevada por el sonido de las distantes conversaciones. En estos días es más fácil para mí conciliar el sueño cuando hay ruido a mí alrededor. Puedo concentrarme en el sonido en vez de en cualquier pensamiento que se arrastra a mi cabeza en el silencio. El ruido y la actividad son los refugios de los desconsolados y culpables.

Me levanto cuando el fuego es sólo un resplandor, y sólo unos pocos Sin Facción todavía están despiertos. Me toma unos segundos averiguar por qué me desperté: escuché las voces de Evelyn y Tobias, a pocos metros lejos de mí. Me quedo quieta y espero a que no descubran que estoy despierta.

—Vas a tener que decirme lo que está pasando aquí si quieres que considere ayudarte —dice él—. Aunque todavía no estoy seguro de por qué me necesitas en absoluto.

Veo la sombra de Evelyn en la pared, parpadeando con el fuego. Es delgada y fuerte, como Tobias. Sus dedos se retuercen en su cabello mientras habla.

—¿Qué te gustaría saber, exactamente?



—Háblame del gráfico. Y el mapa.

—Tu amigo estaba en lo cierto en pensar que el mapa y el gráfico enlistan todas nuestras casas seguras —dice ella—. Estaba equivocado acerca de los recuentos de la población... más o menos. Los números no documentan a todos Sin Facción; sólo a algunos. Y apuesto a que podrás adivinar a cuáles son.

—No estoy de humor para adivinanzas.

Ella suspira.

—Los Divergentes. Estamos documentando a los Divergentes.

—¿Cómo sabes quiénes son?

—Antes del ataque de la simulación, parte del esfuerzo de ayuda de Abnegación implicaba hacer algunas pruebas a Sin Facción por una determinada anomalía genética —dice—. A veces las pruebas involucraban volver a administrar la prueba de aptitud. A veces eran más complicadas que eso. Pero nos explicaron que sospechaban que podríamos tener la mayor población Divergente que cualquier otra Facción en la ciudad.

—No entiendo. Por qué...

—¿Por qué Sin Facción tendrían una mayor población de Divergentes?

—Suena como si estuviera sonriendo—. Obviamente, aquellos que no pueden limitarse a sí mismos a pensar de una forma en particular tienen más probabilidades de dejar una Facción o de fallar en su Iniciación, ¿verdad?

—Eso no era lo que iba a preguntar —dice él—. Quiero saber por qué a *ti* te importa cuántos Divergentes hay.

—Los Sabiduría están buscando mano de obra. La encontraron temporalmente en Intrepidez. Ahora van a estar buscando por más, y nosotros somos el lugar obvio, al menos que se den cuenta de que tenemos más Divergente que cualquier otro grupo. Sólo en caso de que no lo hagan, me gustaría saber cuántas personas tenemos que son resistentes a las simulaciones.

—Lo suficientemente justo —dice él—, pero ¿por qué estaban tan preocupado Abnegación en la búsqueda de Divergentes? No era para ayudar a Jeanine, ¿verdad?



—Por supuesto que no —dice ella—. Pero me temo que no lo sé. Abnegación estuvo reacia a proporcionar información que sólo sirviera para aliviar la curiosidad. Nos dijeron todo lo que creyeron que deberíamos saber.

—Extraño —murmura.

—Tal vez deberías preguntarle a tu padre acerca de eso —dice ella—. Él fue quien me habló de ti.

—De mí —dice Tobias—. ¿Qué de mí?

—Del hecho de que él sospechaba que fueras Divergente —dice—. Siempre te estaba mirando. Observando tu comportamiento. Estaba muy atento a ti. Es por eso que... es por eso que pensé que estarías a salvo con él. Más seguro con él que conmigo.

Tobias no dice nada.

—Ahora veo que debo haber estado equivocada.

Él todavía no dice nada.

—Me gustaría... —empieza.

—No te atrevas a tratar de pedir disculpas. —Su voz tiembla—. Esto no es algo que puedas arreglar con una o dos palabras y algunos abrazos, o algo por el estilo.

—Está bien —dice ella—. De acuerdo. No lo haré.

—¿Para qué se están uniendo Sin Facción? —dice—. ¿Qué piensan hacer?

—Queremos apoderarnos de Sabiduría —dice ella—. Una vez que nos deshagamos de ellos, no hay mucho que nos impida controlar el gobierno.

—Eso es lo que esperas en que te ayude. A derrocar a un gobierno corrupto y en vez de eso crear algún tipo de tiranía Sin Facción —resopla—. Ni de casualidad.

—No queremos ser tiranos —dice ella—. Queremos establecer una nueva sociedad. Una Sin Facciones.

Mi boca se seca. ¿Sin Facciones? ¿Un mundo en el que nadie sepa quiénes son o en dónde encajan? Ni siquiera puedo comprenderlo. Me imagino sólo el caos y el aislamiento.





Tobias suelta una carcajada.

—De acuerdo. Entonces, ¿cómo vas a usurpar a Sabiduría?

—A veces un cambio drástico requiere medidas drásticas. —La sombra de Evelyn levanta un hombro—. Me imagino que implica un alto nivel de destrucción.

Me estremezco al escuchar la palabra “destrucción.” En algún lugar en las partes más oscuras de mí, busco destrucción, mientras que Sabiduría sea la destruida. Pero la palabra tiene un significado nuevo para mí, ahora que he visto lo que puede parecer: cuerpos vestidos de gris colgando de los bordillos y aceras, los líderes de Abnegación asesinados en el césped de sus jardines, junto a sus buzones. Aprieto mi cara contra la colchoneta en la que estoy durmiendo, tan fuerte que me duele la frente, sólo para forzar la memoria fuera, fuera, *fuera*.

—En cuanto a por qué te necesito —dice Evelyn—. Para hacer esto, vamos a necesitar la ayuda de Intrepidez. Ellos tienen las armas y la experiencia en combate. Podrías cerrar la brecha entre nosotros y ellos.

—¿Crees que soy importante para Intrepidez? Porque no lo soy. Sólo soy alguien que no se asusta a menudo.

—Lo que estoy sugiriendo —dice ella—, es que te *conviertas* en importante. —Se pone de pie, su sombra se extiende desde el techo al suelo—. Estoy segura de que podrás encontrar una manera, si quieres. Piensa en ello.

Tira hacia atrás su cabello rizado y lo ata en un nudo.

—La puerta está siempre abierta.

Unos minutos más tarde él se acuesta a mi lado otra vez. No quiero admitir que lo estaba escuchando, pero quiero decirle que no me fío de Evelyn, o de Sin Facción, o de cualquier persona que habla tan a la ligera sobre la destrucción de una Facción entera.

Antes de que pueda reunir el valor para hablar, su respiración se vuelve lenta, y se duerme.



# CAPÍTULO 10

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por NayeliR*

**M**e paso la mano por la parte de atrás de mi cuello para levantar el pelo que se me pega allí. Me duele todo el cuerpo, sobre todo mis piernas, las que queman con ácido láctico, incluso cuando no estoy en movimiento. Y no huelo muy bien. Necesito una ducha.

Deambulo por el pasillo y el cuarto de baño. No soy la única persona con un baño en la mente, un grupo de mujeres están en las duchas, la mitad de ellas desnudas, la otra mitad completamente sin inmutarse por ello. Encuentro una ducha libre en la esquina y meto la cabeza bajo el grifo, dejando que se derrame el agua fría sobre mis oídos.

—Hola —dice Susan. Doy vuelta la cabeza hacia un lado. Con el agua cayendo por mi mejilla y nariz. Ella lleva dos toallas: una blanca y una gris, ambas deshilachadas en los bordes.

—Hola —digo.

—Tengo una idea —dice. Ella me da la espalda y sostiene una toalla, bloqueándome del resto del baño. Suspiro de alivio. Privacidad. O tanto de ella como es posible.

Me saco la ropa de forma rápida y agarro la barra de jabón junto al fregadero.

—¿Cómo estás? —dice ella.

—Estoy bien. —Sé que me lo está preguntando solamente porque las reglas de la Facción establecen que lo haga. Me gustaría que ella sólo me hablara libremente—. ¿Cómo estás tú, Susan?

—Mejor. Therese me dijo que hay un gran grupo de refugiados de Abnegación en una de las casas seguras de los Sin Facción —dice Susan mientras hago espuma con el jabón en mi cabello.



—¿Oh? —digo. Meto la cabeza bajo el grifo de nuevo, esta vez masajeo el cuero cabelludo con la mano izquierda para lavar el jabón—. ¿Te vas a ir?

—Sí —dice Susan—. A menos que necesites mi ayuda.

—Gracias por la oferta, pero creo que tu Facción te necesita más —le digo, girando la llave del agua. Me gustaría no tener que vestirme. Hace demasiado calor para pantalones de mezclilla. Sin embargo, agarro la otra toalla del suelo y me seco apresuradamente.

Me pongo la camiseta roja que llevaba antes. No quiero ponerme algo que me ensucie de nuevo, pero no tengo otra opción.

—Sospecho que algunas de las mujeres Sin Facción tienen ropa de repuesto —dice Susan.

—Probablemente tengas razón. Bueno, tu turno.

Me quedo con la toalla mientras Susan se baña. Mis brazos empiezan a doler después de un rato, pero ella ignoró el dolor por mí, así que voy a hacer lo mismo para ella. El agua me salpica los tobillos cuando se lava el pelo.

—Esta es una situación en la que nunca pensé que estaríamos juntas —digo después de un tiempo—. Bañándonos en la pileta de un edificio abandonado, huyendo de Sabiduría.

—Pensé que íbamos a vivir cerca una de la otra —dice Susan—. Yendo a eventos sociales juntas. Nuestros hijos caminando hacia la parada del autobús juntos.

Me muerdo el labio en eso. Es mi culpa, por supuesto, que esa nunca fuera una posibilidad, porque elegí otra Facción.

—Lo siento, no quise sacarlo —dice ella—. Sólo lamento que no te presté mayor atención. Si lo hubiera hecho, tal vez hubiera sabido lo que estabas pasando. Actué de manera egoísta.

Me río un poco.

—Susan, no hay nada malo con la manera en que actuaste.



—Ya he terminado —dice ella—. ¿Puedes darme esa toalla?

Cierro los ojos y giro para que pueda tomar la toalla de mis manos. Cuando Therese entra en el cuarto de baño, alisándose el cabello en una trenza, Susan le pregunta por su ropa de repuesto.

Para el momento en que salimos del baño, tengo un jeans y una camisa negra que es tan suelta en la parte de arriba que se desliza de mis hombros, y Susan lleva unos pantalones anchos y una camisa blanca de Sinceridad con un collar. Ella abrochó los botones hasta el cuello. Abnegación es modesta hasta el punto de incomodidad.



Cuando entro en la habitación grande de nuevo, algunos de los Sin Facción están caminando con baldes de pintura y pinceles. Los veo hasta que la puerta se cierra detrás de ellos.

—Ellos van a escribir un mensaje para las otras casas seguras —dice Evelyn detrás de mí—. En una de las tablas publicitarias. Códigos formados de información personal, tal y como, color favorito, la mascota de la infancia de otra persona.

No estoy segura de por qué elige decirme algo acerca de los códigos de los Sin Facción hasta que me doy la vuelta. Veo un aspecto familiar en sus ojos, es el mismo que Jeanine tenía cuando le dijo a Tobias que había desarrollado un suero que podía controlarlo: orgullo.

—Listo —le digo—. ¿Fue idea tuya?

—Lo fue, en realidad. —Se encoge de hombros, pero no me dejo engañar. Ella es cualquier cosa menos indiferente—. Era una Sabiduría antes de que fuera una Abnegación.

—Oh —digo—. ¿Supongo que no podías continuar con una vida académica, entonces?

Ella no muerde el anzuelo.

—Algo así, sí. —Hace una pausa—. Me imagino que tu padre se fue por la misma razón.



Estuve a punto de alejarme para poner fin a la conversación, pero sus palabras crean una especie de presión dentro de mi mente, como si estuviera exprimiendo mi cerebro entre sus manos. La miro fijamente.

—¿No lo sabías? —Ella frunce el ceño—. Lo siento, me olvidé que los miembros de una Facción rara vez hablan de sus antiguas Facciones.

—¿Qué? —digo, mi voz quebrándose.

—Tu padre nació en Sabiduría —dice—. Sus padres eran amigos de los padres de Jeanine Matthews, antes de morir. Tu padre y Jeanine solían jugar juntos cuando eran niños. Solía verlos pasarse libros de ida y de vuelta en la escuela.

Me imagino a mi padre, un hombre maduro, sentado junto a Jeanine, una mujer adulta, en una mesa en mi vieja cafetería, un libro entre ellos. La idea es tan ridícula que doy un medio bufido, medio risa. No puede ser verdad.

Excepto.

Excepto: *Nunca hablaba de su familia o de su infancia.*

Excepto: *No tenía la actitud tranquila de alguien que creció en Abnegación.*

Excepto: *Su odio por Sabiduría era tan vehemente que debería haber sido personal.*

—Lo siento, Beatrice —dice Evelyn—. No tenía intención de reabrir las heridas cerradas.

Le frunzo el ceño.

—Sí, lo hacías.

—¿Qué quieres decir...?

—Escucha con atención —digo, bajando la voz. Compruebo por encima del hombro de ella por Tobias, para asegurarme de que no está escuchando. Todo lo que veo es a Caleb y a Susan en el piso en una esquina, pasándose un frasco de mantequilla de maní ida y vuelta. Sin Tobias.



—No soy tonta —le digo—. Puedo ver que estás tratando de usarlo. Y se lo voy a decir, si es que él no lo ha descubierto ya.

—Mi querida niña —dice ella—. Soy su familia. Soy permanente. Tú eres sólo temporal.

—Sí —digo—. Su mamá lo abandonó, y su padre lo golpeaba. ¿Cómo podría su lealtad no estar con su sangre, con una familia como esa?

Me alejo, mis manos temblando, y me siento junto a Caleb en el suelo. Susan esta ahora a través de la sala, ayudando a uno de los Sin Facción a limpiar. Él me pasa el frasco de mantequilla de maní. Me acuerdo de las hileras de plantas de maní en los invernaderos de Concordia. Cultivan maní, ya que son ricos en proteínas y grasa, que es importante para los Sin Facción en particular. Saco algo de mantequilla de maní con mis dedos y me lo como.

¿Le digo lo que Evelyn me acaba de decir? No quiero hacerle creer que él tiene a Sabiduría en la sangre. No quiero darle ninguna razón para volver con ellos.

Decido guardarlo por ahora.

—Quería hablar contigo de algo —dice Caleb.

Asiento, todavía trabajando la mantequilla de maní en mi paladar.

—Susan quiere ir a ver a los Abnegación —dice—. Y yo también quiero asegurarme de que todo está bien. Pero no quiero dejarte.

—Está bien —digo.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —pregunta—. Abnegación te daría la bienvenida, estoy seguro.

También lo estoy. Abnegación no guarda rencor. Pero estoy vacilando en el borde de la boca de la pena y, si vuelvo a la vieja Facción de mis padres, me tragaré.

Niego con la cabeza.

—Tengo que ir a la sede de Sinceridad y averiguar lo que está pasando —le digo—. Me estoy volviendo loca, sin saber. —Me obligo a sonreír—.



Pero deberías ir. Susan te necesita. Parece estar bastante mejor, pero aún te necesita.

—Está bien. —Caleb asiente—. Bueno, voy a tratar de unirme a ti pronto. Sé cuidadosa, sin embargo.

—¿No lo soy siempre?

—No, creo que la palabra para como generalmente eres es “imprudente”.

Caleb me aprieta el hombro bueno ligeramente. Como otro poco de mantequilla de maní con las puntas de los dedos.

Tobias emerge del baño de los hombres unos minutos más tarde, la camisa roja de Concordia reemplazada por una camiseta negra, y su pelo corto brillando con agua. Nuestros ojos se encuentran a través del cuarto, y sé que es hora de irse.

La sede de Sinceridad es lo suficientemente grande como para contener todo un mundo. O al menos eso me parece a mí.

Se trata de un ancho edificio de cemento que pasa por encima de lo que antes fue un río. El letrero dice: *MERC IS MART*, solía leerse “*Merchandise Mart*”, pero la mayoría de las personas se refieren a él como *Merciless Mart*<sup>1</sup>, porque Sinceridad es despiadado, pero honesto. Ellos parecen haber adoptado el apodo. No sé qué esperar, porque nunca he estado dentro. Tobias y yo nos detenemos fuera de las puertas y nos miramos entre nosotros.

—Aquí vamos —dice.

No puedo ver nada más allá de mi reflejo en las puertas de cristal. Tengo aspecto cansado y sucio. Por primera vez, se me ocurre que no tenemos que hacer nada. Podríamos ocultarnos con los Sin Facción y dejar que el resto ordene este lío. Podríamos ser don nadie, seguros, juntos.

Él todavía no me contó de la conversación que tuvo con su madre ayer por la noche, y no creo que vaya a hacerlo. Parecía tan decidido a llegar a la sede de Sinceridad que me pregunto si está planeando algo sin mí.

---

<sup>1</sup> **Merciless Mart**: centro despiadado.



No sé por qué camino por las puertas. Tal vez decidí que como llegamos hasta aquí, bien podríamos ver lo que está pasando. Pero sospecho que es más que porque sé lo que es verdad y lo que no. Soy Divergente, por lo que no soy nadie, no hay tal cosa como “seguridad”, y tengo otras cosas en mi mente que jugar a la casita con Tobias. Y también, aparentemente, las tiene él.

El vestíbulo es amplio y bien iluminado, con pisos de mármol negro que se remontan a un ascensor. Un anillo de baldosas de mármol blanco en el centro de la habitación toman la forma del símbolo de Sinceridad: una escala desequilibrada, que simboliza el peso de la verdad contra la mentira. La sala está llena de Intrepidez armados.

Una soldado Intrepidez con el brazo en un cabestrillo se acerca a nosotros, con un arma lista fija en Tobias.

—Identifíquense —dice. Es joven, pero no lo suficientemente joven como para conocer a Tobias.

Otros se reúnen detrás de ella. Algunos de ellos nos miran con sospecha, el resto con curiosidad, pero mucho más que ambos es la luz que veo en algunos de sus ojos. Reconocimiento. Puede ser que conozcan a Tobias, pero, ¿cómo podrían reconocerme?

—Cuatro —dice. Él asiente hacia mí—. Y esta es Tris. Ambos Intrepidez.

Los ojos de la soldado Intrepidez se amplian, pero ella no baja su arma.

—¿Alguna ayudar aquí? —pregunta. Algunos de los Intrepidez dan un paso hacia adelante, pero lo hacen con cautela, como si fuéramos peligrosos.

—¿Hay algún problema? —dice Tobias.

—¿Están armados?

—Por supuesto que estoy armado. Soy de Intrepidez, ¿no?

—De pie con las manos detrás de la cabeza —lo dice violentamente, como si ella esperara que nos negáramos. Miro a Tobias. ¿Por qué está todo el mundo actuando como si estuviéramos a punto de atacarlos?





—Entramos por la puerta grande —digo lentamente—. ¿Crees que lo habría hecho si estuviéramos aquí para hacer daño?

Tobias no me mira. Él sólo se toca con los dedos la parte posterior de su cabeza. Después de un momento, hago lo mismo. Los soldados de Intrepidez se agolpan a nuestro alrededor. Uno de ellos da palmadas a lo largo de las piernas de Tobias mientras que otro toma el arma escondida debajo de su cintura. Otro, un chico con cara redonda y mejillas rosadas, me mira como disculpándose.

—Tengo un cuchillo en mi bolsillo trasero —le digo—. Pon tus manos sobre mí, y voy a hacer que te arrepientas.

Murmura algún tipo de disculpa. Sus dedos pellizcan el mango del cuchillo, con cuidado de no tocarme.

—¿Qué está pasando? —pregunta Tobias.

La primer soldado intercambia miradas con algunos de los otros.

—Lo siento —dice ella—. Pero se nos ordenó arrestarlos a su llegada.



# CAPÍTULO 11

*Traducido por Lorenaa  
Corregido por NayeliR*

**E**llos nos rodean, pero no nos esposan, y nos encaminamos hacia los elevadores. No importa cuántas veces pregunte por qué estamos bajo arresto, nadie me dice nada ni miran en mi dirección. Con el tiempo me doy por vencida y permanezco callada, como Tobias.

Vamos al tercer nivel, donde nos llevan a una pequeña habitación con el suelo de mármol blanco en vez de negro. No hay mobiliario excepto por un banco a lo largo de la pared posterior. Cada Facción se supone que tiene habitaciones para los que causan problemas, pero yo nunca he estado en una antes.

La puerta se cierra detrás de nosotros, se bloquea, y estamos solos otra vez.

Tobias se sienta en el banco, frunce el ceño. Yo voy arriba y abajo por delante de él. Si él tuviera una idea de por qué estamos aquí, me lo diría, así que no pregunto. Ando cinco pasos hacia delante y cinco hacia atrás, cinco pasos hacia delante y cinco pasos hacia atrás, al mismo ritmo, esperando que esto me ayude a descubrir algo.

Si Sabiduría no se hubiera hecho cargo de Sinceridad, —y Edward nos dijo que no lo hizo—, ¿por qué Sinceridad nos arrestaría? ¿Qué podríamos haberles hecho?

Si Sabiduría no se hubiera hecho cargo, el único delito real que queda es ponerse de su parte. ¿Hice algo que se pudiera interpretar como que estoy del lado de Sabiduría? Clavo mis dientes en mi labio inferior tan fuerte que hago una mueca de dolor. Sí. Lo hice. Disparé a Will. Disparé a un número de otros Intrépidos. Ellos estaban bajo una simulación, pero quizá Sinceridad no lo sabe o no piensa que sea una razón suficiente.

—¿Te puedes calmar, por favor? —dice Tobias—. Estás poniéndome nervioso.

—Ésta soy yo calmándome.



Se inclina hacia delante, descansando sus codos sobre sus rodillas, y mira entre sus zapatillas.

—La herida de tu labio se ve diferente.

Me siento a su lado y abrazo mis rodillas contra mi pecho con un brazo, mi brazo derecho colgando a mi lado. Por un largo rato, él no dice nada, y mi brazo envuelve más y más fuerte mis rodillas. Me siento como que me hago más pequeña, estoy más segura.

—A veces —dice Tobias—. Me preocupa que no confíes en mí.

—Confío en ti —digo—. Por supuesto que confío en ti. ¿Por qué piensas que sería de otra manera?

—Sólo parece que hay cosas que no estás diciéndome. Yo te he contado cosas... —Él sacude su cabeza—, que no debería haberle dicho a nadie. Hay algo que te está pasando y todavía no me has dicho.

—Están sucediendo muchas cosas. Lo sabes —digo—. De todas formas. ¿Qué pasa contigo? Podría decir lo mismo de ti.

Él toca mi mejilla, sus dedos haciendo a un lado mi pelo. Ignorando mi pregunta justo como yo he ignorado la suya.

—Si es sobre tus padres —dice suavemente—, dímelo y te creeré.

Sus ojos deberían estar salvajes con aprensión, dado dónde nos encontramos, pero están calmados y oscuros. Ellos me transportan a lugares familiares, lugares seguros, donde confesar que disparé a uno de mis mejores amigos sería fácil, donde no tendría miedo de la forma en que Tobias me mirará cuando descubra lo que hice.

Cubro su mano con la mía.

—Eso es todo —digo débilmente.

—Bien —dice. Toca su boca con la mía. Siento presión culpable en mi estómago.



La puerta se abre. Unas cuantas personas entran... dos Sinceridad con armas; uno de piel oscura, un Sinceridad anciano; una mujer Intrepidez que no reconocí. Y después: Jack Kang, el representante de Sinceridad. Para los estándares de la mayoría de las Facciones, él es un líder joven... sólo de treinta y nueve años. Pero para los estándares de Intrepidez, eso no es nada. Eric se convirtió en un líder joven a los diecisiete. Pero esa es probablemente una de las razones por la que las otras Facciones no toman en serio nuestras opiniones o decisiones.

Jack es guapo también, con el pelo negro corto y cálidos ojos rasgados, como los de Tori, y pómulos altos. A pesar de verse bien, él no sabe ser encantador, probablemente es porque es un Sinceridad y ellos ven el encanto como un engaño. Confío en que él nos dirá lo que está pasando sin perder el tiempo en amabilidades. Eso es algo.

—Ellos me dijeron que parecían confundidos del por qué habían sido arrestados —dice. Su voz es profunda, pero extrañamente plana, como si no pudiera crear eco ni en la profundidad de una caverna vacía—. Para mí eso significa que han sido falsamente acusados o que son buenos fingiendo. Lo único...

—¿De qué estamos acusados? —lo interrumpo.

—Él está acusado de crímenes contra la humanidad. Tú estás acusada de ser su cómplice.

—¿Crímenes contra la humanidad? —Tobias finalmente parece enfadado. Le da a Jack una mirada disgustada—. ¿Qué?

—Nosotros vimos las secuencias de video del ataque. Ustedes estaban ejecutando la simulación del ataque —dice Jack.

—¿Cómo han podido ver el video? Tomamos los datos —dice Tobias.

—Tomaron una copia de los datos. Todo el video de Intrepidez fue completamente registrado durante el ataque y también fue enviado a otros ordenadores a través de la ciudad —dice Jack—. Y vimos como ejecutaste la simulación y ella fue golpeada casi hasta la muerte antes de darse por vencida. Entonces tú lo paraste, tenía la reconciliación de amantes más bruta, y robaron el disco duro juntos. Una razón posible es porque la simulación estaba acabada y no querías que nosotros pusiéramos nuestras manos en ella.



Casi me río. Mi gran acto de heroísmo. La única cosa importante que he hecho, y ellos piensan que estaba trabajando para Sabiduría cuando lo hice.

—La simulación no acabó —digo—. Nosotros la paramos, tú... —Jack sostiene sus manos hacia arriba.

—No estoy interesado lo que tengas que decir ahora mismo. La verdad saldrá cuando ambos sean interrogados bajo la influencia del suero de la verdad.

Christina me habló del suero de la verdad una vez. Ella me dijo que la parte más difícil de la Iniciación de Sinceridad era cuando te daban el suero de la verdad y respondías preguntas personales delante de todos los miembros de la Facción. No necesito buscar en mí misma los más profundos, y oscuros secretos para saber que el suero de la verdad es la última cosa que quiero en mi cuerpo.

—¿El suero de la verdad? —Sacudo mi cabeza—. No, de ninguna manera.

—¿Tienes algo que ocultar? —dice Jack, elevando ambas cejas.

Quiero decirle que cualquiera con una pizca de dignidad quiere guardarse algunas cosas para sí mismo, pero no quiero aumentar sus sospechas. Así que sacudo mi cabeza.

—Todo correcto, entonces. —Él comprueba su reloj—. Ahora es medio día. El interrogatorio será a las siete. No se molesten en prepararse. No pueden retener información mientras están bajo la influencia del suero de la verdad.

Él se gira sobre sus talones y sale de la habitación.

—Que hombre más agradable —dice Tobias.

Un grupo de Intrepidez armados me escolta al baño temprano por la tarde. Me tomo mi tiempo, dejando que mis manos se vuelvan rojas con el agua caliente del grifo y mirando mi reflejo. Cuando era Abnegación y no estaba permitido mirarse en los espejos, solía pensar lo mucho que podía cambiar la apariencia de una persona en tres meses.

Me veo mayor. Quizás es el pelo corto o quizá que llevo todo lo que ha sucedido como una máscara. De cualquier manera, siempre pensé que



sería feliz cuando ya no pareciera una niña. Pero todo lo que siento es un nudo en mi garganta. Ya no soy la hija que mis padres conocían. Ellos nunca sabrán como soy ahora.

Me giro lejos del espejo y empujo la puerta del pasillo abriéndola con la palma de mis manos.

Cuando el Intrepidez me deja en la sala de espera, me detengo en la puerta. Tobias luce como la primera vez que lo encontré... camiseta negra, pelo corto, expresión dura. La visión de él solía llenarme de nerviosa excitación. Recuerdo cuando cogí sus manos fuera de la habitación de entrenamiento, sólo por unos cuantos segundos, o cuando nos sentamos juntos en las rocas cerca del abismo, y siento una punzada de nostalgia de cómo las cosas solían ser.

—¿Hambrienta? —pregunta. Me ofrece un sándwich del plato cercano a él.

Lo tomo y me siento, inclinando mi cabeza en su hombro. Todo lo que nos queda es esperar, así que eso hacemos. Comemos hasta que la comida se termina. Nos sentamos hasta que nos sentimos incómodos. Luego nos tumbamos cerca el uno del otro en el suelo, hombro con hombro, mirando a la misma zona del techo blanco.

—¿Qué temas decir? —dice él.

—Cualquier cosa. Todo. No quiero revivir nada.

Él asiente. Cierro los ojos y finjo dormir. No hay reloj en la habitación, así que no puedo contar los minutos que quedan hasta el interrogatorio. El tiempo bien no podría existir en este sitio, excepto por que siento la presión contra mí mientras las siete en punto se acercan inevitablemente, empujándome hacia los azulejos del suelo.

Tal vez el tiempo no se sentiría tan duro si no tuviera este sentimiento de culpa... la culpa por conocer la verdad y arrepintiéndome donde nadie puede verlo, ni Tobias. Quizá no tendría que estar tan asustada de decir algo, porque honestamente me hará sentir liberada.

Debí dormirme con el tiempo, porque me desperté de repente con el sonido de la puerta abriéndose. Unos pocos Intrepidez entran cuando nos estábamos levantando, y uno de ellos dice mi nombre. Christina empuja su camino a través de los demás y tira sus brazos a mi alrededor. Sus dedos se clavan en la herida de mi hombro y grito.



—Recibí un disparo —digo—. En el hombro. *Ow*.

—Oh, Dios. —Ella me libera—. Lo siento, Tris.

Ella no parece la Christina que recuerdo. Su pelo es más corto, como el de un chico, y su piel es grisácea en vez del cálido marrón. Ella me sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos, los cuales todavía se ven cansados. Intento sonreírle de vuelta, pero estoy demasiado nerviosa. Christina estará en mi interrogatorio. Ella escuchará lo que le hice a Will. Nunca me perdonará.

A menos que combata el suero, y trague la verdad... si puedo. ¿Pero es eso lo que quiero realmente? ¿Dejar que esto se quede dentro de mí para siempre?

—¿Estás bien? Escuché que estabas aquí así que pedí acompañarte — me dice mientras dejamos la sala de espera—. Sé que no lo hiciste. Tú no eres una traidora.

—Estoy bien —digo—. Y gracias. ¿Cómo estas?

—Oh, yo... —Su voz se desvanece, y se muerde el labio—. Alguien te lo ha dicho... Quiero decir, quizás ahora no es el momento, pero...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Um... Will murió en el ataque —dice.

Ella me da una mirada triste y expectante. ¿Esperando que? Oh. Se supone que no sé que Will ha muerto. Puedo fingir estar conmocionada, pero probablemente no sería muy convincente. Es mejor admitir que ya lo sé. Pero no sé como explicárselo sin decírselo todo. De pronto me siento enferma. ¿De verdad estoy evaluando la mejor manera de engañar a mi amiga?

—Lo sé —digo—. Lo vi por los monitores, cuando estuve en la sala de control. Lo siento, Christina.

—Oh. —Ella asiente—. Bueno... Me alegro de que ya lo supieras. Yo realmente no quería darte la noticia en el pasillo.

Una pequeña risa. Un destello de una sonrisa. Ninguna de las dos como solía ser.



Entramos en el ascensor. Puedo sentir a Tobias mirándome... Él sabe que no vi a Will por los monitores, y él no sabía que Will estaba muerto. Miro hacia delante y finjo que sus ojos no me estaban incendiando.

—No te preocupes por el suero de la verdad —dice ella—. Es fácil. Apenas sabes lo que está sucediendo cuando estás bajo su influencia. Sólo cuando resurges sabes lo que has dicho. Yo lo hice cuando era una niña. Es muy común en Sinceridad.

Los otros Intrepidez del elevador se miran entre ellos. En circunstancias normales, alguien la regañaría por discutir sobre su antigua Facción, pero esta no es una circunstancia normal. En ningún otro momento de la vida de Christina, ella tendría que escoltar a su mejor amiga, ahora una sospechosa traidora, a un interrogatorio público.

—¿Están todos los demás de acuerdo? —digo—. ¿Uriah, Lynn, Marlene?

—Todos están aquí —dice ella—. Excepto el hermano de Uriah, Zeke, que está con los otros Intrepidez.

—¿Qué? —Zeke, el que aseguró mis cuerdas en la tirolesa, ¿un traidor? El ascensor para en el piso superior, y los otros salieron.

—Lo sé —dice—. Nadie lo vio venir.

Ella toma mi brazo y me dirige hacia la puerta. Andamos por un pasillo de mármol negro... debe ser fácil perderse en la sede de Sinceridad, todo aquí parece igual. Caminamos por otro pasillo y cruzamos unas puertas dobles. Desde el exterior el Merciless Mart es un bloque rechoncho con una parte estrecha en el centro. Desde dentro, esa parte estrecha es un hueco de tres plantas de salas con paredes vacías en vez de ventanas. Veo el cielo oscuro sobre mí, sin estrellas.

Aquí los suelos de mármol son blancos, con el símbolo de Sinceridad negro en el centro de la sala, y las paredes están iluminadas con líneas de luces amarillo oscuro, así toda la habitación está iluminada. Todas las voces hacen eco.

La mayoría de los Sinceridad y el resto de Intrepidez ya están reunidos. Algunos de ellos están sentados en las gradas que envuelven el borde de la habitación, pero no hay espacio suficiente para todos, así que el resto está abarrotado alrededor del símbolo de Sinceridad. En el centro del símbolo entre las escalas desequilibradas, hay dos sillas vacías.





Tobias alcanza mi mano. Uno mis dedos con los suyos.

Nuestros guardias Intrepidez nos conducen al centro de la habitación, donde nos dan la bienvenida, con lo mejor, murmullos, y con lo peor, burlas. Veo a Jack Kang en la primera fila de las gradas.

Un hombre viejo de piel oscura, camina hacia delante, con una caja negra en sus manos.

—Me llamo Niles —dice—. Seré su interrogador. Tú... —Señala a Tobias—. Tú iras primero. Así que si puedes caminar hacia....

Tobias aprieta mi mano, y luego la libera, y me quedo con Christina en el borde del símbolo de Sinceridad. El aire en la habitación es cálido... húmedo, aire de verano, aire de puesta de sol... pero se siente frío.

Niles abre la caja negra, contiene dos agujas, una para Tobias y una para mí. Él también toma una toallita antiséptica de su bolsillo y se la ofrece a Tobias. Nosotros no nos preocupamos por esa clase de cosas en Intrepidez.

—El sitio de tu inyección es en tu cuello —dice Niles.

Todo lo que escucho, cuando Tobias se aplica el antiséptico en su piel, es el viento. Niles camina hacia delante y clava la aguja en el cuello de Tobias, exprimiendo el líquido turbio y azulado en sus venas. La última vez que vi a alguien inyectándole algo a Tobias, fue a Janine, poniéndolo en una nueva simulación, una que era efectiva incluso para los Divergentes... o eso creía ella. Pensé entonces, que lo había perdido para siempre.

Me estremezco.



## CAPÍTULO 12

*Traducido por Susanauribe  
Corregido por Mlle\_Janusa*

— **L**es haré una serie de simples preguntas, así pueden acostumbrarse al suero mientras hace todo su efecto —dice Niles—. Ahora, ¿cuál es tu nombre?

Tobias se sienta con hombros derechos y la cabeza baja, cómo si su cuerpo fuera demasiado pesado para él. Frunce el ceño y se retuerce, y a través de sus dientes apretados dice:

—Cuatro.

Tal vez no es posible mentir bajo el suero de la verdad, pero sí seleccionar cuál parte de la verdad decir: Cuatro es su nombre, pero no es su nombre.

—Es un sobrenombre —dice Niles—. ¿Cuál es tu nombre real?

—Tobias —dice.

Christina me codea.

—¿Sabías eso?

Asiento.

—¿Cuáles son los nombres de tus padres, Tobias?

Tobias abre la boca para responder, y luego aprieta su mandíbula como para evitar escupir las palabras.

—¿Por qué esto es relevante? —pregunta.

Concordia a mí alrededor murmura entre sí, algunos de ellos frunciendo el ceño. Le alzo mi ceja a Christina.

—Es extremadamente difícil no responder inmediatamente las preguntas mientras estás bajo el efecto del suero —dice ella—. Quiere decir que tiene una voluntad seriamente fuerte. Y algo que ocultar.

—Tal vez no era relevante antes, Tobias —dice Niles—, pero lo es ahora que te has resistido a contestar la pregunta. Los nombres de tus padres, por favor.



Tobias cierra los ojos.

—Evelyn y Marcus Eaton.

Los apellidos son sólo significados adicionales de identificación, útiles solamente para prevenir la confusión en los registros oficiales. Cuando nos casamos, un esposo tiene que tomar el apellido del otro, o ambos uno nuevo. Sin embargo, mientras podemos traer nuestros nombres de familia a la facción, rara vez los mencionamos. Pero todo el mundo reconoce el apellido de Marcus. Puedo notarlo por el clamor que se eleva en la sala después de que Tobias habla. Todos los Concordia saben que Marcus es el oficial de gobierno más influyente, y algunos deben haber leído el artículo que Jeanine publicó sobre la crueldad hacia su hijo. Fue una de las cosas que dijo ella que era cierta. Y ahora todo saben que Tobias era ése hijo.

Tobias Eaton es un nombre poderoso.

Niles espera por silencio, luego continúa:

—¿Entonces eres un Transferido de Facción, verdad?

—Sí.

—¿Te transferiste de Abnegación a Intrepidez?

—Sí —Tobias dice bruscamente—. ¿No es obvio?

Me muerdo mi labio. Debe calmarse; está diciendo mucho. Entre más reacio sea a responder una pregunta, más determinado Niles estará por escuchar la respuesta.

—Uno de los propósitos de este interrogatorio es determinar tus lealtades —dice Niles—, así que debo preguntar: ¿Por qué te transferiste?

Tobias mira a Niles, y mantiene su boca cerrada. Segundos pasan en completo silencio. Entre más se resiste al suero, más difícil parece para él: color llena sus mejillas, y su respiración es más rápida, pesada. Mi pecho duele por él. Los detalles de su infancia deberían quedarse dentro de él, si eso es lo que quiere. Concordia es cruel por forzárselos, por arrebatar su libertad.

—Esto es horrible —le digo con vehemencia a Christina—. Erróneo.

—¿Qué? —dice ella—. Es una simple pregunta.

Niego con mi cabeza.



—No lo entiendes.

Christina me sonríe un poco.

—En verdad te importa.

Estoy demasiado ocupada viendo a Tobias para responder.

Niles dice:

—Lo preguntare de nuevo. Es importante que entendamos la amplitud de tu lealtad a tu facción elegida.  Por qué te transferiste a Intrepidez, Tobias?

—Para protegerme —dice Tobias—. Me transfer  para protegerme.

— Protegerte de qué?

—De mi padre.

Todas las conversaciones en la habitación se detienen, y el silencio que deja a su paso es peor que lo que eran los murmullos. Espero que Niles sigan sondeando, pero no lo hace.

—Gracias por tu honestidad —dice Niles.

Concordia repite la frase en voz baja. A mi alrededor hay “Gracias por tu honestidad” en diferentes volúmenes y voces, y mi odio empieza a disolverse. Las palabras susurradas parecen recibir a Tobias, parecen adoptar su secreto más oscuro y luego desecharlo.

No es crueldad, tal vez, pero hay un deseo por entender, qué los motiva. Eso no me asusta menos de estar bajo el efecto del suero.

— Eres leal con tu Facción actual, Tobias? —Niles dice.

—Mi lealtad est  con quien no quiera apoyar el ataque a Abnegación —dice.

—Hablando de eso —Niles dice—, creo que necesitamos concentrarnos en lo que sucedió ese día.  Qu  recuerdas de estar bajo simulación?

—No estaba bajo simulación, al principio —dice Tobias—. No funcionó.

Niles se ríe un poco.

— Qu  quiere decir con que no funcionó?



—Una de las características definidas de los Divergentes es que sus mentes son resistentes a las simulaciones —dice Tobias—. Soy Divergente. Así que no funcionó.

Más murmullos. Christina me codea.

—¿Tú también? —dice, junto a mi oído para que pueda permanecer en silencio—. ¿Es por eso que estás despierta?

La miro. He pasado los últimos meses asustada de la palabra “Divergente”, aterrorizada de que alguien descubra lo que soy. Pero no seré capaz de ocultarlo por más tiempo. Asiento.

Es como si sus ojos crecieran para llenar sus cuencas; son tan grandes como pueden serlo. Tengo problemas para identificar su expresión. ¿Es shock? ¿Miedo? ¿Asombro?

—¿Sabes lo qué eso significa? —digo.

—Lo escuché cuando era pequeña —dice en un susurro de reverencia.

Definitivamente asombro.

—Fue como una historia de fantasía —dice ella—. ¡Hay personas con poderes especiales entre nosotros! Así.

—Bueno, no es fantasía, y no es la gran cosa —digo—. Es como la simulación de miedo a los paisajes, estabas consciente de que estabas ahí, y podías manipularlo. Excepto que para mí, es así en cada simulación.

—Pero Tris —dice, poniendo su mano en mi codo—. Eso es imposible.

En el centro de la habitación, Niles tiene sus manos extendidas y está intentando callar a la multitud, pero hay demasiado susurros; algunos hostiles, algunos atemorizados, algunos de asombro, como los de Christina.

Finalmente Niles se pone de pie y grita:

—¡Si no hacen silencio, pediré que se vayan!

Al final todos se callan. Niles se sienta.

—Ahora —dice él—. Cuando dices “resistente a las simulaciones”, ¿qué quieres decir?

—Usualmente, significa que estoy consciente durante las simulaciones —dice Tobias. Parece estar mejor con el suero de la verdad cuando



responde preguntas objetivas en vez de las emocionales. No suena como si estuviera bajo el efecto del suero en absoluto, aunque su postura recta y ojos desubicados indican otra cosa—. Pero la simulación del ataque fue diferente, usando una clase de suero diferente, uno con transmisores de largo alcance. Obviamente los transmisores no funcionaron en los Divergentes en absoluto, porque me desperté en mi propia mente esa mañana.

—Dijiste que no estaba bajo la simulación al principio. ¿Puedes explicar que querías decir con eso?

—Quiero decir que fui descubierto y llevado hacia Jeanine, ella inyectó una versión del suero de simulación específicamente dirigido a los Divergentes. Estaba consciente durante esa simulación, pero no hizo mucho bien.

—Las secuencias de las oficinas centrales de Intrepidez te muestran dirigiendo la simulación —dice Niles oscuramente—. ¿Cómo, exactamente, explicas eso?

—Cuando una simulación está en curso, tus ojos siguen viendo y procesando el mundo real, pero tu cerebro ya no los comprende. En cierto nivel, sin embargo, tu cerebro sabe qué estás viendo y quién eres. La naturaleza de esta nueva simulación fue que grabó mis respuestas emocionales a las estimulaciones exteriores —Tobias dice, cerrando sus ojos por unos segundos—, y responder al alterar la apariencia de esa estimulación. La simulación convirtió a mis amigos en enemigos, a enemigos en amigos. Pensé que estaba apagando la simulación. En verdad estaba recibiendo instrucciones acerca de cómo hacer que siguiera funcionando.

Christina asiente junto con sus palabras. Me siento más calmada cuando veo que la mayoría de la multitud está haciendo lo mismo. Es el beneficio del suero de la verdad, me doy cuenta. El testimonio de Tobias es irrefutable de esta manera.

—Hemos visto las tomas de lo que últimamente te sucedió en la sala de control —dice Niles—, pero es confuso. Por favor descríbelo para nosotros.

—Alguien entró en la habitación, pensé que era un soldado Intrepidez, tratando de detenerme de destruir la simulación. Estaba peleando con ella, y... —Tobias frunce el ceño, luchando—, y luego se detuvo, y me confundí. Incluso si hubiera estado despierto, habría estado confundido. ¿Por qué se rendiría? ¿Por qué no sólo me mataba?



Sus ojos buscaron la multitud hasta que me encontraron. Los latidos de mi corazón viviendo en mi garganta, en mis mejillas.

—Todavía no lo entiendo —dice suavemente—, como si ella supiera que eso iba a funcionar.

Viviendo en mis dedos.

—Creo que mis emociones en conflicto confundieron a la simulación —dice él—. Y luego escuché su voz. De alguna forma, eso me permitió pelear contra la simulación.

Mis ojos arden. Había tratado de no pensar en ese momento, cuando pensé que él estaba tan perdido para mí y que pronto estaría muerto, cuando todo lo que quería hacer era sentir su latido. Trato de no pensar en eso ahora; pestañeo las lágrimas fuera de mis ojos.

—La reconocí, finalmente —dice—. Volvimos a la habitación de control y detuvimos la simulación.

—¿Cuál es el nombre de esta persona?

—Tris —dice él—. Beatrice Prior, quiero decir.

—¿La conocías?

—Sí.

—¿Cómo la conociste?

—Fui su instructor —dice—. Ahora estamos juntos.

—Tengo una última pregunta —dice Niles—. En Concordia, antes de que una persona sea aceptada en nuestra comunidad, tienen que exponerse completamente. Dadas las circunstancias en las que estamos, requerimos lo mismo de ti. Así que, Tobias Eaton: ¿cuál es tu arrepentimiento más profundo?

Lo miré, desde sus zapatillas desgastadas a sus dedos largos y sus cejas rectas.

—Me arrepiento... —Tobias levanta su cabeza, y suspira—. Me arrepiento de mi decisión.

—¿Qué decisión?

—Intrepidez —dice—. Nací en Abnegación. Estaba planeando dejar Intrepidez, y volverme un Sin Facción. Pero luego la conocí, y... sentí como si tal vez podía convertir mi decisión en algo más.



Ella.

Por un momento, es como si estuviera mirando a una persona diferente, metida en la piel de Tobias, una cuya vida no es tan simple como pensé. Él quería dejar Intrepidez, pero se quedó por mí. Nunca me dijo eso.

—Escoger Intrepidez para escapar de mi padre fue un acto de cobardía —dice—. Me arrepiento de esa cobardía. Significa que no soy digno de mi Facción. Siempre me arrepentiré.

Espero que Intrepidez deje escapar gritos indignados, tal vez que carguen su silla y lo vuelvan una pulpa. Son capaces de hacer cosas mucho más erráticas que eso. Pero no lo hacen. Se quedan en silencio sepulcral, con rostros de piedra, mirando al joven hombre que no los traicionó, pero nunca sintieron que en verdad les perteneciera.

Por un momento todos estamos en silencio. No sé quién empieza el murmullo; parece originarse de la nada, salir de nadie, pero alguien susurra “Gracias por tu honestidad” y el resto de la habitación lo repite.

—Gracias por tu honestidad —susurran.

Y no me uno.

Soy la única cosa que lo mantuvo en la facción que quería dejar. No valgo eso.

Tal vez merece saberlo.

Niles se para en el medio de la habitación con una aguja en la mano. Las luces encima de él la hacen brillar. Alrededor de mí, los Intrépidos y Concordia esperan que de un paso adelante y escupa mi vida entera frente a ellos.

Una idea se me ocurre: tal vez pueda luchar con el suero. Pero no sé si debo intentarlo. Puede ser mejor para las personas que amo si lo hago honesto. Camino rígidamente hacia el centro de la habitación mientras Tobias se va de esta. Mientras pasamos el uno junto al otro, toma mi mano y aprieta mis dedos.

Luego se va y sólo somos Niles, la aguja y yo. Limpio un lado de mi cuello con el antiséptico, pero cuando él se mueve con la aguja, me muevo hacia atrás.

—Prefiero hacerlo yo —digo, extendiendo mi mano.

Nunca dejaré que otra persona me inyecte de nuevo, no después de dejar que Eric me inyectara con el suero de simulación de ataque





después de mi ataque final. No puedo cambiar el contenido de la jeringa sólo haciéndolo yo, pero al menos de esta manera, soy el instrumento de mi propia destrucción.

—¿Sabes cómo? —dice, alzando una poblada ceja.

—Sí.

Niles me ofrece la jeringa. La posiciono encima de la vena en mi cuello, inserto la aguja, y presiono el émbolo. A penas siento el pinchazo. Estoy demasiado cargada de adrenalina.

Alguien viene con una caneca de basura, y lanzo la aguja dentro. Siento los efectos del suero inmediatamente después de eso. Hace que la sangre se sienta como plomo en mis venas. Casi colapso llegando a la silla, Niles tiene que agarrar mi brazo y guiarme hacia allí.

Segundos después mi cerebro se vuelve silencioso. ¿Qué estaba pensando? No parece importar. Nada importa excepto la silla debajo de mí y el hombre sentado frente a mí.

—¿Cuál es tu nombre? —dice.

Al segundo que él hace la pregunta, la respuesta salta fuera de mi boca.

—Beatrice Prior.

—¿Pero te dicen Tris?

—Sí.

—¿Y cuáles son los nombres de tus padres, Tris?

—Andrew y Natalie Prior.

—También eres una transferida de facción, ¿verdad?

—Sí —digo.

Pero un nuevo pensamiento susurra en la parte posterior de mi cabeza. ¿También? también se refiere a alguien más, y en ese caso, ese alguien más es Tobias. Frunzo el ceño mientras trato de imaginar a Tobias, pero es difícil forzar la imagen de él en mi mente. No tan difícil que no pueda hacerlo, sin embargo. Lo veo, y veo un destello de él, sentado en la misma silla en la que estoy.

—¿Venías de Abnegación? ¿Y escogiste Intrepidez?



—Sí —digo de nuevo, pero esta vez, la palabra suena lacónica. No sé por qué, exactamente.

—¿Por qué te transferiste?

La pregunta es más complicada, pero sé la respuesta. No era lo suficientemente buena para Abnegación, está en la punta de mi lengua, pero otra frase la reemplaza: quería ser libre. Ambas son ciertas. Quiero decirlas. Aprieto los descansabrazos y trato de recordar dónde estoy, qué estoy haciendo. Veo personas a mí alrededor, pero no sé por qué están ahí. Me someto, de la manera que solía someterme cuando casi recordaba la respuesta a una pregunta en un examen pero no la podía meter en mi mente. Solía cerrar mis ojos e imaginar la página del libro en la que estaba la respuesta. Lucho por unos segundos, pero no puedo hacerlo; no puedo recordar.

—No era lo suficientemente buena para Abnegación —digo—, y quería ser libre. Así que elegí Intrepidez.

—¿Por qué no eras lo suficientemente buena?

—Porque era egoísta —digo.

—¿Eras egoísta? ¿Ya no?

—Por supuesto que lo soy. Mi mamá dice que todos somos egoístas —digo—, pero me volví menos egoísta en Intrepidez. Descubrí que había personas por las cuales pelearía. Moriría, incluso.

Esa respuesta me sorprende, ¿por qué? Aprieto mis labios por un momento. Porque es verdad, si lo digo aquí, debe ser verdad. Ese pensamiento me da el eslabón perdido de la cadena de pensamiento que estaba intentando encontrar. Estoy aquí para una prueba de detector de mentiras. Todo lo que diga es cierto.

Siento una gota de sudor bajar por la parte posterior de mi cuello.

Prueba de detector de mentiras. Suero de la verdad. Tengo que recordarme a mí misma. Es muy fácil perderse en la honestidad.

—Tris, ¿podrías decirnos qué pasó el día del ataque?

—Me desperté —digo—, y todos estaban bajo una simulación. Así que seguí la corriente hasta que encontré a Tobias.

—¿Qué pasó después de que tú y Tobias se separaron?



—Jeanine trató de que me mataran, pero mi madre me salvó. Solía ser Intrepidez, así que sabía cómo usar un arma.

Mi cuerpo se siente más pesado ahora, pero ya no frío. Siento algo agitándose en mi pecho, algo peor que la tristeza, peor que el arrepentimiento.

Sé lo que sigue. Mi madre murió y yo maté a Will; le disparé, lo maté.

—Distrajo a los soldados Intrepidez para que pudiera irme, y la mataron —digo.

Algunos corrieron tras de mí, y los maté. Pero había Intrépidos en la multitud a mí alrededor, Intrepidez, maté algunos de Intrepidez, no debería hablar de eso aquí.

—Seguí corriendo —digo—. Y... —y Will corrió tras de mí. Y lo maté. No, no. Siento sudor en mi línea de nacimiento del cabello.

—Y encontré a mi hermano y mi padre —digo, mi voz reprimida—. Formamos un plan para destruir la simulación.

Los bordes del descansa brazos se entierran en mi palma. Retuve un poco de la verdad. Seguramente eso cuenta como decepción.

Peléé contra el suero. Y en ese momento, gané. Me debo sentir triunfadora. En cambio, siento el peso de lo que hice aplastándome de nuevo.

—Entramos en el recinto de Intrepidez, y mi padre y yo fuimos a la sala de control. Peleó contra soldados de Intrepidez a expensas de su vida —digo—. Llegué a la sala de control, y Tobias estaba allí.

—Tobias dijo que peleaste con él, pero luego te detuviste. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me di cuenta que uno de los dos tendría que matar al otro —digo—, y no quería matarlo.

—¿Te rendiste?

—¡No! —digo rápidamente—. No, no exactamente. Recordé algo que había hecho en paisaje de miedo en mi iniciación de Intrepidez... en una simulación, una mujer exigió que matara a mi familia, y dejé que me disparara en cambio. Funcionó en ese momento. Pensé... —pellizco el puente de mi nariz. Mi cabeza está comenzando a doler, mi control se ha ido y mis pensamientos corren en palabras—. Estaba tan



desesperada, pero todo en lo que pude pensar fue que estaba ahí; que había fuerza. No podía matarlo, así que lo intenté.

Pestaño las lágrimas de mis ojos.

—¿Así que nunca estuviste bajo simulación?

—No —presiono la palma de mis manos en mis ojos, sacando las lágrimas así no pueden caer a mis mejillas para que todos las vean.

—No —digo de nuevo—. No, soy Divergente.

—Sólo para clarificar —dice Niles—. ¿Me estás diciendo que fueron asesinados por Sabiduría... y luego hiciste tu camino hacia el recinto de Intrepidez... y destruiste la simulación?

—Sí —digo.

—Creo que hablo por todos —dice—, cuando digo que te ganaste el título de Intrepidez.

Gritos se alzan desde la esquina izquierda de la habitación, y veo borrones de puños presionándose en el oscuro aire. Mi facción, llamándome.

Pero no, están equivocados, no soy valiente, no soy valiente, le disparé a Will y no puedo admitirlo, ni siquiera puedo admitirlo...

—Beatrice Prior —dice Niles—, ¿cuál es tu arrepentimiento más profundo?

¿De qué me arrepiento? No me arrepiento de elegir Intrepidez o dejar Abnegación. Ni siquiera me arrepiento de dispararles a los guardias afuera de la sala de control, porque era tan importante pasarlos.

—Me arrepiento de...

Mis ojos dejan el rostro del Niles y pasean por la habitación, aterrizando en Tobias. Está inexpresivo, su boca en una línea firme, su mirada impasible. Sus manos cruzadas encima de su pecho, manos tan apretadas que sus nudillos están blancos. Junto a él está Christina. Mi pecho se aprieta, no puedo respirar.

Tengo que decirles. Tengo que decirles la verdad.

—Will —digo. Suena como un jadeo, como si fuera sacado directamente de mi estómago. Ahora no hay vuelta atrás.



—Le disparé a Will —digo—, mientras estaba bajo la simulación. Lo maté. Iba a matarme, pero yo lo maté. Mi amigo.

Will, con las arrugas entre sus cejas, con ojos tan verdes como el apio y la habilidad de recitar manifiestos de Intrepidez de memoria. Siento un dolor en mi estómago tan intenso que casi gruño. Duele recordarlo. Duele cada parte de mí.

Y hay algo más, algo de lo que no me había dado cuenta antes. Estaba dispuesta a morir en vez de matar a Tobias, pero nunca se me ocurrió eso con Will. Decidí matar a Will en una fracción de segundo.

Me sentí vacía. No me di cuenta que usaba mis secretos como una armadura hasta que se habían ido, y ahora todos me ven como soy.

—Gracias por tu honestidad —dicen ellos.

Pero Tobias y Christina no dicen nada.



## CAPÍTULO 13

*Traducido por Caami.  
Corregido por Mlle\_Janusa.*

**M**e levanto de la silla. No me siento tan mareada como lo hacia hace un momento; el suero se está desgastando. La multitud se inclina, y busco una puerta. No acostumbro a huir de las cosas, pero estaba escapando de esto.

Todo el mundo empieza a presentarse fuera de la habitación, a excepción de Christina. Está donde la dejé, sus manos en puños están en proceso de desenrollarse. Sus ojos encuentran los míos, y sin embargo no lo hacen. Lagrimas nadando en sus ojos, y sin embargo no está llorando.

—Christina —digo, pero las únicas palabras que se me ocurren “lo siento” suenan más como un insulto que como una disculpa. Lamentarlo es lo que dices cuando golpeas a alguien con tu codo, lo que dices cuando interrumpes a alguien. Estoy más que arrepentida.

—Tenía una pistola —digo—. Estaba a punto de pegarme un tiro. Él estaba bajo la simulación.

—Lo mataste —dice. Sus palabras suenan más grandes de lo que usualmente lo hacen, como expandiéndose en su boca antes de que las diga. Me mira como si me reconociera por unos segundos, luego se gira.

Una chica joven con el mismo color de piel y la misma altura toma su mano; la hermana menor de Christina. La vi en el Día de Visita, hace mil años. El suero de la verdad hace que la vista de ello nade antes que yo, o podrían ser las lágrimas reuniéndose en mis ojos.

—¿Estás bien? —dice Uriah, emergiendo de la multitud para tocar mi hombro. No lo he visto desde antes del ataque de simulación, pero no puedo encontrar algo en mi para darle la bienvenida.

—Sí.

—Hey —aprieta mi hombro—. Hiciste lo que tenias que hacer, ¿verdad? Para salvarnos de ser esclavos de Sabiduría. Ella se dará cuenta con el tiempo. Cuando disminuya el dolor.

Ni siquiera me puedo encontrar para asentir. Uriah me sonrío y camina lejos. Algunos Intrépidos me rozan y murmuran palabras que suenan



como gratitud, cumplidos o tranquilidad. Otros me eluden, me miran con ojos entrecerrados, sospechosos.

Los cuerpos vestidos de negro se expanden en frente mío. Estoy vacía. Todo ha salido en tropel de mí.

Tobias está junto a mí. Me preparo para su reacción.

—Recuperé nuestras armas —dice, ofreciéndome un cuchillo.

Lo meto en mi bolsillo trasero, sin mirarlo a los ojos.

—Podemos hablar sobre eso mañana —dice. Tranquilamente. La tranquilidad es peligrosa, con Tobias.

—Está bien.

Desliza su brazo sobre mis hombros. Mi mano encuentra su cadera, y lo empujo contra mí. Me agarro fuerte mientras andamos juntos hacia los ascensores.



Nos encuentra dos catres al final del vestíbulo, en algún sitio. Nos acostamos con nuestras cabezas a centímetros de distancia, sin hablar.

Cuando estoy segura de que está dormido, me escapo desde debajo de las mantas y paseo por el pasillo, pasando una docena de Intrepidez. Encuentro la puerta que conduce a las escaleras.

A medida que subo, paso a paso, y mis músculos empiezan a arder, mis pulmones luchan por aire, siento los primeros momentos de alivio que he experimentado en días.

Puede que sea buena corriendo en terrenos planos, pero subir las escaleras es otra cosa. Masajeo el tendón de mi pantorrilla mientras paso por el duodécimo piso y trato de recobrar parte de mi aire perdido. Sonrío abiertamente a la quemadura feroz en mis piernas, en mi pecho. Usando el dolor para aliviar el dolor. No tiene mucho sentido.

En el momento en que llego al piso dieciocho, mis piernas se sienten como si se hubiesen convertido en líquido. Arrastro los pies hasta el lugar donde fui interrogada. Está vacío ahora, pero los bancos del anfiteatro todavía están ahí, al igual que la silla en que me senté. La luna brilla detrás de una neblina de nubes.



Pongo las manos sobre el respaldo de la silla. Es simple: de madera, un poco chirriante. Que raro que algo tan simple podría haber sido clave en mi decisión de arruinar una de mis relaciones más importantes, y dañar a otro.

Ya es bastante malo que maté a Will, que no pensé lo suficientemente rápido como para llegar a otra solución. Ahora tengo que vivir con el juicio de los demás, así como el mío, y el hecho de que nada, ni siquiera yo, será lo mismo de nuevo.

Sinceridad canta los elogios a la verdad, pero nunca te dicen cuánto cuesta.

El borde de la silla muerde mis manos. La estaba apretando más fuerte de lo que pensaba. Miro abajo hacia por un segundo y luego la levanto, balanceando sus patas en mi hombro bueno. Busco en el borde de la habitación por una escala o escalera que me ayude a subir. Todo lo que veo son bancos de anfiteatro, elevándose del suelo.

Me acerco al banco más grande, y levanto la silla por encima de mi cabeza. Apenas toca la repisa debajo de uno de los espacios de la ventana. Salto, empujando la silla hacia delante, y deslizándola por la repisa. El hombro me duele, realmente no debería estar usando mi brazo, pero tengo otras cosas en mi mente.

Salto, agarro la repisa, y tiro de mí misma, mis brazos temblando. Balanceo mi pierna y arrastro el resto de mi cuerpo sobre la repisa. Cuando estoy arriba, me acuesto por un momento, aspiro el aire y me levanto otra vez.

Estoy en la cornisa, bajo el arco de lo que solía ser una ventana, observando la ciudad. El río muerto se enrosca alrededor del edificio y desaparece. El puente, su pintura roja descascarada, se despliega por el lodo. A través de ellos los edificios, la mayoría vacíos. Es difícil creer que alguna vez hubo gente en la ciudad, suficiente como para llenarlos.

Por un momento, me permito entrar de nuevo en la memoria de los interrogatorios. La falta de expresión de Tobias; su ira después, suprimida por el bien de mi salud mental. La mirada vacía de Christina. Los susurros: “Gracias por tu honestidad”. Es fácil decir que lo que hice no les afecta.

Agarro la silla y la empujo fuera de la repisa. Un débil lloriqueo se me escapa. Se convierte en un chillido, que se transforma en un grito, y luego estoy de pie en el borde de *Merciless Mart*, gritando mientras la silla vuela hacia el suelo, gritando hasta que me quema la garganta.





Luego, la silla cae al suelo, haciéndose añicos como un frágil esqueleto. Me siento en la cornisa, apoyada en un lado del marco de la ventana, y cierro los ojos.

Entonces pienso en Al.

Me pregunto cuánto tiempo se situó en el borde antes de que se lanzara, dentro del Foso Intrépido.

Debió haber estado allí mucho tiempo, haciendo una lista de todas las cosas terribles que había hecho —cuando casi me mató es una de ellas— y otra lista de todas las cosas buenas, heroicas, valientes que no había hecho, y luego decidió que estaba cansado. Cansado, no sólo de la vida, sino de existir. Cansado de ser Al.

Abro los ojos, y miro los pedazos de silla que vagamente se pueden ver sobre el pavimento. Por primera vez siento que entiendo a Al. Estoy cansada de ser Tris. He hecho cosas malas. No puedo tomarlas de vuelta, y son parte de lo que soy. La mayor parte del tiempo, pareciera que son lo único que soy.

Me inclino hacia delante, en el aire, sosteniéndome del lado de la ventana con una mano. Otros cuantos centímetros y mi peso me tirarían al suelo. No sería capaz de pararlo.

Pero no puedo hacerlo. Mis padres perdieron la vida por amor a mí. Perderme sin una buena razón sería una terrible forma de pagarles por ese sacrificio, no importa lo que he hecho.

—*Deja que la culpa te enseñe cómo comportarte la próxima vez* —decía mi padre.

—*Te amo. No importa que* —decía mi madre.

Una parte de mi desea poder quemarlos de mi mente, así nunca tendría que llorar por ellos. Pero, el resto de mí, tiene miedo acerca de quién sería yo sin ellos.

Mis ojos borrosos por lágrimas, me bajo de vuelta, en la sala de interrogación.





Vuelvo a mi cama temprano por la mañana y Tobias ya está despierto. Se gira y camina hacia los ascensores, lo sigo, porque sé que es lo que quiere. Nos paramos en el ascensor, uno al lado del otro. Escucho un zumbido en mis oídos.

El elevador se hunde en el segundo piso, y me pongo a temblar. Inicia en mis manos, pero se desplaza a mis brazos y mi pecho, hasta que un ligero estremecimiento pasa por todo mi cuerpo y no tengo ningún modo de pararlo. Estamos entre los elevadores, justo encima de otro símbolo de Sinceridad, escalas irregulares. El símbolo que señala también el medio de su columna vertebral.

No me mira por un largo tiempo. Permanece de pie con los brazos cruzados y la cabeza abajo hasta que ya no aguanto más, hasta que siento que podría gritar. Debo decir algo, pero no sé qué. No puedo pedir disculpas, porque sólo dije la verdad, y no puedo cambiar la verdad por una mentira. No puedo dar excusas.

—No me lo dijiste —dice—. ¿Por qué no?

—Porque yo no... —sacudo mi cabeza—. No sabía cómo.

Frunce el ceño.

—Es muy fácil, Tris...

—Oh, sí —digo, asintiendo—. Es tan fácil. Todo lo que tengo que hacer es ir a ti y decirte: “por cierto, le disparé a Will, y ahora la culpa esta rompiéndome en fragmentos, pero, ¿qué hay para desayunar?”, ¿verdad? ¿Verdad? —de repente es demasiado, demasiado para contener. Las lágrimas llenan mis ojos, y chillo—. ¿Por qué no tratas de matar a uno de tus mejores amigos y luego le haces frente a la consecuencias?

Me cubro la cara con mis manos. No quiero que me vea llorando otra vez. Me toca el hombro.

—Tris —dice, suavemente esta vez—. Lo siento. No debería pretender que lo entiendo. Yo solo quería decir... —lucha por un momento—. Me gustaría que confiaras en mí lo suficiente como para contarme cosas así.

*Confío en ti*, es lo que quiero decir. Pero no es cierto, no confío en él para amarme a pesar de las cosas terribles que había hecho. No confío en nadie por hacer eso, pero ese no es su problema; es el mío.



—Quiero decir —dice—, tuve que descubrir que casi te ahogas en un tanque de agua de Caleb ¿No te parece un poco extraño?

Justo cuando estaba a punto de pedir disculpas.

Limpio mis mejillas, fuertemente con las yemas de mis dedos, y lo miro.

—Otras cosas parecen extrañas —digo, tratando de darle luz a mi voz—. Como descubrir que la madre, supuestamente muerta, de tu novio todavía está viva para ver en persona. U oír por casualidad sus planes de aliarse con los Sin Facción, pero nunca te dice nada al respecto. Eso me parece un poco extraño a mí.

Saca la mano de mi hombro.

—No pretendas que este es mi problema —digo—. Si no confío en ti, tú no confías en mí tampoco.

—Pensé que llegaríamos a esas cosas tarde o temprano —dice—. ¿Tengo que decirte todo de inmediato?

Me siento tan frustrada que ni siquiera puedo hablar por unos segundos. El calor llena mis mejillas.

—¡Dios, Cuatro! —me quiebro—. No tienes que decirme todo de inmediato, ¿pero yo tengo que decirte todo de inmediato? ¿No puedes ver lo estúpido que es eso?

—Primero, no utilices mi nombre como un arma contra mí —dice, señalándome—. Segundo, no estaba haciendo planes para aliarme con los Sin Facción; sólo lo estaba pensando. Si hubiera tomado una decisión, habría dicho algo. Tercero, esto habría sido diferente si hubieses tomado la decisión de decirme sobre Will en algún momento, pero es obvio que no lo hiciste.

—¡Te dije acerca de Will! —digo—. Eso no era el suero de la verdad; era yo. Lo dije porque lo escogí.

—¿De qué estás hablando?

—Estaba consciente. Bajo el suero. Podría haber mentido; podría haberlo ocultado. Pero no lo hice, porque pensé que merecías saber la verdad.

—¡Que manera de decírmelo! —dice, frunciendo el ceño—. ¡En frente de más de un centenar de personas! ¡Cuán íntimo!



—Oh, ¿así que no es suficiente con que te lo haya dicho, sino que tenemos que estar en el lugar correcto? —levanto las cejas—. La próxima vez, ¿debo preparar una taza de té y asegurarme de que la iluminación es correcta también?

Tobias deja escapar un sonido frustrado y se aleja de mí, caminando unos pasos. Cuando se vuelve, sus mejillas están manchadas. No recuerdo haber visto su cara antes cambiar de color.

—A veces —dice en voz baja—, no es fácil estar contigo, Tris.

Mira hacia otro lado.

Quiero decirle que sé que no es fácil, que no lo habría hecho la semana pasada sin él. Pero solamente con mirarlo, mi corazón late con fuerza en mis oídos.

No puedo decirle que lo necesito. No lo puedo necesitar, por un periodo, o en realidad, no podemos necesitarnos mutuamente, porque ¿Quién sabe cuánto tiempo cualquiera de nosotros va a durar en esta guerra?

—Lo siento —le digo, toda mi rabia desapareció—. Debería haber sido honesta contigo.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes para decir? —frunce el ceño.

—¿Qué más quieres que diga?

Sacude su cabeza.

—Nada, Tris. Nada.

Lo veo alejarse. Siento cómo un espacio se ha abierto dentro de mí, expandiéndose tan rápido que me va a separar.



## CAPÍTULO 14

*Traducido por Areli97 y Dark heaven  
Corregido por LadyPandora*

—**E**stá bien, ¿qué diablos estás haciendo aquí? —  
demanda una voz.

Me siento en un colchón en medio del pasillo. Vine aquí a hacer algo, pero perdí mi línea de pensamiento cuando llegué, así que en cambio sólo me senté. Miro hacia arriba. Lynn, a quien conocí por primera vez cuando me pisó los dedos de los pies en el ascensor del edificio Hancock, se encuentra por encima de mí con las cejas arqueadas. Su cabello está creciendo, todavía es corto, pero ya no puedo ver su cráneo.

—Estoy sentada —dije—. ¿Por qué?

—Eres ridícula, eso es lo que eres —suspira—. Junta tus cosas. Eres Intrepidez, y es hora de que actúes como tal. Nos estás dando mala reputación entre los Sinceridad.

—¿Y cómo estoy haciendo eso exactamente?

—Actuando como si no nos conocieras.

—Sólo le estoy haciendo un favor a Christina.

—Christina —bufa Lynn—. Es un cachorro enfermo de amor. Las personas mueren. Eso es lo que pasa en la guerra. Lo descubrirá tarde o temprano.

—Sí, la gente muere, pero no siempre es tu buena amiga quien los mata.

—Lo que sea —Lynn suspira impacientemente—. Vamos.

No veo una razón para negarme. Me levanto y la sigo por una serie de pasillos. Se mueve a un ritmo acelerado, y es difícil mantener su paso.

—¿Dónde está tu aterrador novio? —dice.



Mis labios se fruncen como si acabara de probar algo amargo.

—No es aterrador.

—Seguro que no —sonríe.

—No sé donde está.

Se encoge de hombros.

—Bueno, puedes tomarle una litera también. Estamos tratando de olvidar a esos bastardos niños Intrepidez-Sabiduría. Juntarnos otra vez.

Me reí.

—Niños bastardos Intrepidez-Sabiduría, huh.

Empuja una puerta, y estamos en un cuarto largo y abierto que me recuerda al vestíbulo del edificio. Como es de esperar, los pisos son negros con un gran símbolo blanco en el centro de la habitación. Pero la mayor parte ha sido cubierta con literas. Hombres, mujeres y niños Intrépidos están por todas partes, y no hay un solo Sinceridad a la vista.

Lynn me lleva a la parte izquierda del cuarto y entre la fila de literas. Mira al chico sentado en una de las literas de abajo, es unos años menor que nosotras, y está tratando de deshacer un nudo de sus cordones.

—Hec —le dice ella—, vas a tener que encontrar otra litera.

—¿Qué? De ninguna manera —responde, sin levantar la mirada—. No me voy a reubicar de nuevo sólo porque quieres tener una charla de media noche con una de tus estúpidas amigas.

—Ella no es mi amiga —suelta Lynn. Casi me río. Tiene razón, la primera cosa que hizo cuando me conoció fue pisotearme los pies—. Hec, esta es Tris. Tris, este es mi hermano pequeño, Hector.

Al sonido de mi nombre, su cabeza se sacude hacia arriba, y me mira fijamente, con la boca abierta.

—Encantada de conocerte —le digo.



—Tú eres Divergente —dice—. Mi mamá dice que me mantenga alejado de ti porque puedes ser peligrosa.

—Sí. Es una gran y aterradora Divergente, y va a hacer que tu cabeza explote sólo con el poder de su cerebro —dice Lynn, golpeándolo entre los ojos con su dedo índice—. No me digas que realmente crees todas esas cosas de niños acerca de Divergente.

Su cara se vuelve rojo brillante y arrebató algunas cosas de una pila al lado de la cama. Me siento mal por hacerlo moverse hasta que lo veo lanzar sus cosas a algunas literas de distancia. No tiene que irse muy lejos.

—Pude haber hecho eso —digo—. Dormir allí, quiero decir.

—Sí, lo sé. —Lynn sonríe—. Se lo merece. Llamó a Zeke traidor justo en frente de la cara de Uriah. No es como si no fuera verdad, pero no es razón para hacer el idiota sobre eso. Pienso que Sinceridad se le está borrando. Cree que puede decir lo que quiera. ¡Oye, Mar!

Marlene asoma la cabeza por una de las literas y me sonríe ampliamente.

—¡Hey, Tris! —dice Marlene—. Bienvenida. ¿Qué pasa, Lynn?

—¿Puedes traer a algunas de las chicas más pequeñas y que renuncien a algunas piezas de ropa cada una? —dice Lynn—. Pero no sólo camisas. Vaqueros, ropa interior, ¿tal vez un par de zapatos de repuesto?

—Claro —dice Marlene.

Pongo mi cuchillo a un lado de la litera de abajo.

—¿A qué “cosas de niños” te referías? —dije.

—El Divergente. ¿Personas con poderes mentales especiales? Vamos. —Se encoge de hombros—. Sé que tú crees en eso, pero yo no.

—¿Entonces cómo explicas que estuviera despierta durante las simulaciones —digo—. ¿O resistir una entera?



—Creo que los líderes escogen personas al azar y cambian las simulaciones para ellos.

—¿Por qué harían eso?

Ondea su mano en mi cara.

—Distracción. Estás demasiado ocupada preocupándote sobre ser Divergente, como mi mamá, que olvidas preocuparte acerca de lo que los líderes están haciendo. Sólo es un tipo de control mental diferente.

Sus ojos eluden los míos, y patea el suelo de mármol con la punta de su zapato. Me pregunto si está recordando la última vez que estuvo en control mental. Durante la simulación del ataque.

He estado tan concentrada en lo que pasó en Abnegación que casi olvidé lo que le sucedió a Intrepidez. Cientos de Intrepidez se despertaron para descubrir la marca negra del asesino en ellos, y ellos ni siquiera lo habían escogido para sí mismos.

Decidí no discutir con ella. Si quería creer en una conspiración gubernamental, no creo que pueda disuadirla. Tendría que experimentarlo por sí misma.

—Vengo con ropa de apoyo —dice Marlene, parándose en frente de nuestra litera. Sostiene un montón de ropa negra del tamaño de su torso, que me ofrece con una mirada orgullosa en su cara—. Incluso invadí con culpa a tu hermana para que entregara un vestido, Lynn. Trajo tres.

—¿Tienes una hermana? —le pregunto a Lynn.

—Sí —dice—, tiene dieciocho años. Estaba en la clase de Iniciación de Cuatro.

—¿Cómo se llama?

—Shauna —dice. Mira a Marlene—. Le dije que ninguna de nosotras necesitaría vestidos en un corto plazo, pero no me escuchó, como normalmente hace.

Recuerdo a Shauna. Es una de las personas que me atraparon después de la tirolesa.





—Pienso que hubiera sido más fácil pelear en un vestido —dice Marlene, golpeando su pecho—. Le daría a tus piernas más libertad de movimiento. ¿Y a quién le importa realmente si le das a la gente un vistazo de tu ropa interior, mientras te mantengas sacando la mierda de esta?

Lynn se queda en silencio, como si reconociera la chispa de brillantez pero no pudiera admitírselo a sí misma.

—¿Esto es sobre vistazos de ropa interior? —dice Uriah, parándose a un lado de nuestra litera—. Sea lo que sea, estoy dentro.

Marlene lo golpea en el brazo.

—Algunos de nosotros vamos a ir esta noche al edificio Hancock —dice Uriah—. Deberíais venir. Nos vamos a las diez.

—¿Tirolesa? —dice Lynn.

—No. Vigilancia. Escuchamos que Sabiduría mantiene las luces encendidas toda la noche, lo que haría más fácil mirar por sus ventanas. Ver que están haciendo.

—Iré —digo.

—Yo también —dice Lynn.

—¿Qué? Oh. Yo también —dice Marlene, sonriéndole a Uriah—. Voy a conseguir comida. ¿Quieres venir?

—Claro —dice él.

Marlene se despide mientras camina. Solía caminar con un ascenso en su paso, como si estuviera saltando. Ahora sus pasos son más suaves, más elegantes, tal vez; pero carecen de la alegría infantil que asocio con ella. Me pregunto que hizo mientras estaba en la simulación.

Lynn frunce la boca.

—¿Qué? —digo.



—Nada —suelta. Sacude su cabeza—. Sólo que han estado pasando todo el tiempo solos, últimamente.

—Él necesita todos los amigos que pueda conseguir, suena como... —digo—, como con Zeke y los demás.

—Sí. Qué pesadilla fue aquello. Un día estaba aquí y al siguiente... —suspira—. No importa lo mucho que te entrenen para ser valiente, nunca sabes si lo son o no hasta que pasa algo real.

Sus ojos se encuentran con los míos. Nunca me di cuenta de lo raros eran, eran de color café dorado. Y ahora que su cabello había crecido un poco y su calvicie no es la primera cosa que veo, también me doy cuenta de su delicada nariz, sus labios llenos, es impresionante sin proponérselo. Estoy celosa por un momento, y después pienso que probablemente lo debe odiar, y por eso es que rapó su cabeza.

—Tú eres valiente —dice—. No necesitas que yo lo diga, porque ya lo sabes. Pero quiero que sepas que lo sé.

Me está alagando, pero aun así siento como si me hubiera golpeado con algo.

Entonces agrega.

—No lo arruines.

Unas horas más tarde, después de haber almorzado y tomado una siesta, me siento en el borde de la cama para cambiar el vendaje de mi hombro. Me saco la camisa, quedándome sólo con una camiseta de tirantes, hay bastantes Intrepidez alrededor, reunidos entre las literas, riéndose de los chistes que se cuentan unos a otros. Acabo de terminar de aplicar más unguento curativo cuando escucho un grito de risa. Uriah carga por el pasillo entre las camas con Marlene encima de su hombro. Ella me saluda mientras pasan, con la cara roja.

Lynn, quien está sentada en la litera de al lado, resopla.

—No veo cómo él puede coquetear con todo lo que está pasando.

—¿Se supone que tiene que arrastrar los pies con el ceño fruncido todo el tiempo? —le digo, llegando por encima del hombro para presionar el vendaje en mi piel—. Tal vez puedes aprender algo de él.



—Lo mismo te digo —dice—. Siempre estás deprimida. Deberíamos empezar a llamarte Beatrice Prior, Reina de la Tragedia.

Me levanto y la golpeo en el brazo, más duro que si estuviera bromeando, más suave que si hablara en serio.

—Cállate.

Sin mirarme, mete mi hombro en la litera. —No acato órdenes de Estiradas.

Me doy cuenta de una ligera curva en su labio y reprimo una sonrisa por mí misma.

—¿Lista para ir? —dice Lynn.

—¿Adónde vas? —dice Tobias, deslizándose entre su cama y la mía para estar en el pasillo con nosotras. Mi boca se siente seca. No hablé con él en todo el día, y no estoy segura de qué esperar. ¿Va a ser difícil, o vamos a volver a la normalidad?

—Arriba del edificio Hancock para espiar a Sabiduría —dice Lynn—. ¿Quieres venir?

Tobias me echa un vistazo. —No, tengo un par de cosas que atender aquí. Pero tengan cuidado.

Asiento. Sé por qué no quiere venir, Tobias trata de evitar las alturas, si es posible. Me toca el brazo, sosteniéndome sólo un momento. Me pongo tensa, no me ha tocado desde antes de nuestra pelea, y me libera.

—Nos vemos más tarde —murmura—. No hagas nada estúpido.

—Gracias por el voto de confianza —le contesto frunciendo el ceño.

—No quise decir eso —dice—. Quiero decir, que no dejes que nadie haga nada estúpido. A ti te escucharán.

Se inclina hacia mí como si me fuera a besar, después parece pensarlo mejor y se inclina hacia atrás, mordiéndose el labio. Es un pequeño acto, pero aun así, se siente como un rechazo. Evito sus ojos y corro detrás de Lynn.



Lynn y yo caminamos por el pasillo hacia el ascensor. Algunos de Intrepidez han comenzado a marcar las paredes con cuadrados de colores. El recinto de Sinceridad es como un laberinto para ellos, y quieren aprender a navegarlo. Sólo sé cómo llegar a los lugares más básicos: la zona para dormir, la cafetería, el vestíbulo, y la sala de interrogatorios.

—¿Por qué todo el mundo se fue del recinto de Intrepidez? —digo—. ¿Los traidores no están allí, verdad?

—No, están en la sede de Sabiduría. Nos fuimos porque el recinto de Intrepidez tiene más cámaras de vigilancia que cualquier otra zona de la ciudad —dice Lynn—. Sabíamos que Sabiduría probablemente podría tener acceso a todas las imágenes, y que tardaríamos una eternidad en encontrar todas las cámaras, por lo que pensamos que era mejor irnos.

—Inteligente.

—Tenemos nuestros momentos.

Lynn pulsa con el dedo el botón correspondiente a la primera planta. Me quedo mirando nuestros reflejos en las puertas. Ella es más alta que yo, por unos pocos centímetros, y aunque su camisa y pantalones holgados tratan de ocultarlo, puedo decir que su cuerpo se encorva y se curva como se supone que debe.

—¿Qué? —dice, frunciéndome el ceño.

—¿Por qué te afeitaste la cabeza?

—Iniciación —responde—. Me encanta Intrepidez, pero los chicos de Intrepidez no ven a las chicas Intrépidas como una amenaza durante la Iniciación. Me cansé de ello. Así que pensé que si no se me veía tanto como una chica, a lo mejor no me mirarían de esa manera.

—Creo que podrías haber utilizado esa subestimación como ventaja.



—Sí, ¿y qué? ¿Hago como si me desmayo cada vez que algo aterrador dé la vuelta? —Lynn rueda los ojos—. ¿Crees que tengo cero dignidad o algo así?

—Creo que un error que los Intrepidez cometen es negarse a ser astutos —le digo—. No siempre tienes que golpear a la gente en la cara con toda tu fuerza.

—Tal vez deberías vestirse de azul a partir de ahora —dice—, si vas a actuar como un Sabio. Además, tú haces lo mismo, pero sin afeitarte la cabeza.

Me deslizo fuera del ascensor antes de decir algo que lamentaré. Lynn es rápida en perdonar, pero también rápida para encenderse, como la mayoría de Intrepidez. Como yo, excepto en la parte “rápida en perdonar”.

Como de costumbre, algunos Intrepidez con armas largas cruzan de un lado a otro frente de las puertas, buscando intrusos. Justo enfrente de ellos se encuentra un pequeño grupo de jóvenes Intrepidez, incluyendo a Uriah; Marlene; la hermana de Lynn, Shauna; y Lauren, que les enseñó a los Iniciados nacidos en Intrepidez como Cuatro nos enseñó a los Transferidos de Facciones durante la Iniciación. Su oreja brilla cuando mueve la cabeza, está perforada de arriba a abajo.

Lynn para de repente, y camino sobre sus talones. Ella jura.

—Qué encantadora estás —dice Shauna, sonriendo a Lynn. No se parecen mucho, excepto por el color de cabello, que es un marrón medio, pero el de Shauna es largo hasta la barbilla, como el mío.

—Sí, ese es mi objetivo. Ser encantadora —responde Lynn.

Shauna pasa un brazo sobre los hombros de Lynn. Es extraño ver a Lynn con una hermana, o ver a Lynn conectada a otra persona, de todos modos. Shauna me mira y su sonrisa desaparece. Parece cautelosa.

—Hola —digo, porque no hay nada más que decir.

—Hola —dice ella.



—Oh, Dios, ¿mamá también fue a ti, no es así? —Lynn se cubre el rostro con una mano—. Shauna...

—Lynn. Mantén la boca cerrada por una vez —dice Shauna, con los ojos todavía en mí. Parece tensa, como si pensara que podría atacarla en cualquier momento. Con mis poderes cerebrales especiales.

—¡Oh! —dice Uriah, rescatándome—. Tris, ¿conoces a Lauren?

—Sí —dice Lauren, antes de que pueda contestar. Su voz es nítida y clara, como si estuviera regañándolo, excepto que parece ser la forma en que ella suena naturalmente—. Examinó mi paisaje de miedo para la práctica durante la Iniciación. Así que me conoce mejor de lo que debería, probablemente.

—¿En serio? Pensé que los Transferidos examinaban los paisajes de Cuatro —dice Uriah.

—Como si él dejara a alguien hacer eso —dice ella, resoplando.

Algo dentro de mí se vuelve caliente y suave. Él me dejó hacerlo. Veo un destello de color azul sobre el hombro de Lauren, y miro a su alrededor para tener una mejor visión.

Después, las armas dan salida.

Las puertas de cristal estallan en fragmentos. Soldados Intrepidez con brazaletes azules están de pie en la acera, portando armas de fuego que nunca he visto antes, armas con haces estrechos, una luz azul fluye desde encima de sus barriles.

—¡Traidores! —grita alguien.

Los Intrepidez sacan sus armas de fuego, casi al unísono. Yo no tengo una, así que me agacho detrás de la pared de Intrépidos leales que hay delante de mí, mis zapatos hacen crujir trozos de cristal, y saco mi cuchillo del bolsillo trasero. Todo a mi alrededor, la gente, cae al suelo. Mis compañeros miembros de Facción. Mis amigos más cercanos. Todos ellos caen, deben estar muertos, o muriendo, mientras el golpe ensordecedor de las balas llena mis oídos.



Entonces me congeló. Una de las luces azules se fija en mi pecho. Me sumerjo de lado para salir de la línea de fuego, pero no me muevo lo suficientemente rápido.

El arma da salida. Caigo.



## CAPÍTULO 15

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por LadyPandora*

**E**l dolor cede a un dolor sordo. Deslizo mi mano debajo de mi chaqueta y siento la herida.

No estoy sangrando. Pero la fuerza de la bala me tiró al suelo, por lo que tuve que haber sido golpeada con algo. Paso los dedos por encima de mi hombro, y siento un bulto duro en la piel que solía ser suave.

Escucho un crujido en el suelo al lado de mi cara, y un cilindro de metal del tamaño de mi mano rueda hasta pararse contra mi cabeza. Antes de que lo pueda mover, un humo blanco sale de los dos extremos. Toso, y lo arrojo lejos de mí, más profundo, en el vestíbulo. Sin embargo, no es el único cilindro, están por todas partes, llenando la habitación con un humo que no quema ni arde. De hecho, sólo oscurece mi visión durante unos segundos antes de evaporarse completamente.

*¿Cuál era el punto de eso?*

Tendidos en el suelo a mí alrededor los soldados Intrepidez están con los ojos cerrados. Frunzo el ceño mientras miro a Uriah de arriba hacia abajo, no parece estar sangrando. No veo ninguna herida cerca de sus órganos vitales, lo que significa que no está muerto. Entonces, ¿que lo dejó inconsciente? Miro por encima de mi hombro izquierdo, donde Lynn cayó en una extraña posición, medio curvada. Ella también está inconsciente.

Los traidores Intrepidez entran en el vestíbulo, con sus armas levantadas. Me decido a hacer lo que siempre hago cuando no estoy segura de lo que está pasando: actúo como todos los demás. Dejo caer mi cabeza y cierro los ojos. Mi corazón late fuerte mientras los pasos de los Intrépidos se acercan más y más, sonando en los suelos de mármol. Me muerdo la lengua para reprimir un grito de dolor cuando uno de ellos camina sobre mi mano.

—No sé por qué no podemos dispararles a todos en la cabeza —dice uno de ellos—. Si no hay ejército, ganamos.

—Ahora, Bob, no podemos sólo *matarlos* a todos —dice una voz fría.





El pelo en la parte de atrás de mi cuello se eriza. Reconocería esa voz en cualquier lugar. Pertenece a Eric, uno de los líderes Intrepidez.

—Sin personas, significa que no queda nadie para crear condiciones de prosperidad —continúa Eric—. De todos modos, no es tu trabajo hacer preguntas.

Levanta la voz.

—¡La mitad en los ascensores, la otra mitad en las escaleras! ¡Izquierda y derecha! ¡Adelante!

Hay un arma de fuego a pocos metros a mi izquierda. Si abro los ojos, puedo agarrarla y disparar antes de que él sepa que le golpeó. Pero no hay garantías de que fuera capaz de tocarla sin entrar en pánico de nuevo.

Espero hasta escuchar los últimos pasos desapareciendo detrás de la puerta del ascensor o del hueco de la escalera antes de abrir los ojos. Todo el mundo en el vestíbulo parece estar inconsciente. Lo que sea que es el gas con el que nos rociaron, tiene que ser un inductor para simulación o no sería la única despierta. No tiene ningún sentido, no sigue las reglas de simulación que conozco, pero no tengo tiempo para pensar en eso.

Agarro mi cuchillo y me levanto, tratando de ignorar el dolor en mi hombro. Corro hacia uno de los traidores Intrepidez muertos, cerca de la puerta. Era de mediana edad, hay toques de gris en su cabello oscuro. Trato de no mirar a la herida de bala en su cabeza, pero la poca luz ilumina algo que parece ser el hueso, y me atraganto.

*Piensa.* No me importa quién era ella, o cuál era su nombre, o qué edad tenía. Solo me importa el brazalete azul que lleva. Tengo que centrarme en eso. Trato de conectar mi dedo alrededor de la tela, pero no se suelta. Parece que esta adherida a la chaqueta negra. Voy a tener que tomarla, también.

Me desabrocho la chaqueta y la lanzo sobre su cara, así no tengo que mirarla. Luego desabrocho su chaqueta y tiro de ella, primero su brazo izquierdo, y luego su brazo derecho, apretando los dientes mientras la deslizo por debajo de su pesado cuerpo.



—Tris —dice alguien. Me doy la vuelta, la chaqueta en una mano, el cuchillo en la otra. Pongo el cuchillo lejos, los invasores Intrepidez no los llevaban, y no quiero llamar la atención. Uriah está detrás de mí.

—¿Divergente? —pregunto. No hay tiempo para estar sorprendida.  
—Sí —dice.

—Conseguí una chaqueta —le digo. Se agacha junto a otro de los traidores Intrepidez, este es joven, ni siquiera tenía la edad suficiente para ser un miembro de Intrepidez. Me estremezco a la vista de su cara pálida-como-la-muerte. Alguien tan joven no debería estar muerto; ni siquiera debería haber estado aquí en primer lugar.

Mi cara se calienta de ira, me encojo de hombros en la chaqueta de la mujer. Uriah saca su propia chaqueta con la boca apretada.

—Ellos son los únicos que están muertos —dice en voz baja—. ¿Algo de esto te parece raro?

—Tienen que haber sabido que dispararíamos contra ellos, pero vinieron de todas formas —le digo—. Las preguntas más tarde. Tenemos que llegar hasta arriba.

—¿Arriba? ¿Por qué? —dice—. Debemos salir de aquí.

—¿Quieres salir corriendo antes de saber lo que está pasando? —le frunzo el ceño—. ¿Antes de que los Intrepidez del piso de arriba sepan que los golpeó?

—¿Qué pasa si alguien nos reconoce?

Me encojo de hombros.

—Sólo tenemos que esperar que no lo hagan.

Doblo hacia el hueco de la escalera, y me sigue. Tan pronto como mi pie toca el primer escalón, me pregunto lo que tengo la intención de hacer. Obligadamente hay más Divergentes en este edificio, pero ¿ellos saben que lo son? ¿Sabrán cómo esconderse? Y, ¿qué espero obtener al sumergirme en el ejército de traidores de Intrepidez?

Muy dentro de mí sé la respuesta: estoy siendo imprudente. Probablemente no voy a ganar nada. Probablemente voy a morir.



Y lo más inquietante aún: Realmente no me importa.

—Van a trabajar su camino hacia arriba —le digo entre respiraciones—. Así que deberías... ir al tercer piso. Diles que... evacuen. Silenciosamente.

—¿A dónde *vas* entonces?

—Segundo piso —le digo.

Meto mi hombro en la puerta del segundo piso. Sé lo que hacer en el segundo piso: buscar a los Divergentes.

Mientras camino por el pasillo, pasando por encima de las personas inconscientes, vestidas de negro y blanco, pienso en un verso de la canción que los niños Sinceridad suelen cantar cuando pensaban que nadie los podía escuchar:

*Intrepidez es el más cruel de los cinco*

*Se desgarran entre sí en pedazos...*

Nunca me pareció más real que ahora, viendo a los traidores de Intrepidez inducir a una simulación en sueños que no es tan diferente de la que los obligó a matar a los miembros de Abnegación, no hace un mes.

Somos la única Facción que podría dividirse de esta manera. Concordia no permitiría un cisma; nadie en Abnegación sería tan egoísta; Sinceridad discutiría hasta que encontrarán una solución común, e incluso Sabiduría nunca haría algo tan ilógico. Realmente somos la Facción más cruel.

Paso por encima de un brazo cubierto y sobre una mujer con la boca abierta, y tarareo el comienzo del siguiente verso de la canción bajo mi respiración.

*Sabiduría es el más frío de los cinco*

*El conocimiento es algo caro...*

Me pregunto cuándo se dio cuenta Jeanine que Sabiduría e Intrepidez harían una combinación mortal. La crueldad y la fría lógica, al parecer,



pueden lograr casi cualquier cosa, incluso poner una Facción y media a dormir.

Puedo escanear rostros y cuerpos mientras camino, buscando respiraciones irregulares, parpadeos, algo que sugiera que la gente tirada en el piso está fingiendo estar inconsciente. Hasta el momento, todas las respiraciones son uniformes y todos los párpados quietos. Tal vez ninguno de Sinceridad es Divergente.

—¡Eric!

Escucho a alguien gritar desde el pasillo. Aguanto la respiración cuando camina derecho hacia mí. Trato de no moverme. Si me muevo, me verá, y me va a reconocer, lo sé. Miro hacia abajo, y me tenso tanto que tiemblo. *No me mires, no me mires, no me mires...*

Eric pasa delante de mí y por el pasillo a mi izquierda. Debo continuar mi búsqueda lo más rápido posible, pero la curiosidad me impulsa hacia quien llamó a Eric. El grito sonó urgente.

Cuando levanto mis ojos, veo a un soldado de Intrepidez de pie, junto a una mujer arrodillada. Lleva una blusa blanca y una falda negra, y tiene sus manos detrás de la cabeza. La sonrisa de Eric se ve codiciosa, incluso de perfil.

—Divergente —dice—. Bien hecho. Tráela a los ascensores. Vamos a decidir cuáles matar y cuáles llevaremos más tarde.

El soldado Intrepidez agarra a la mujer por el cabello y se dirige hacia el ascensor, arrastrándola detrás de él. Ella grita y después se pone de pie, inclinándose. Trato de tragar, pero se siente como si tuviera una bola de algodón en la garganta.

Eric sigue por el pasillo, lejos de mí, y trato de no mirar mientras la mujer Sinceridad tropieza delante de mí, con el pelo todavía atrapado en el puño del soldado de Intrepidez. Pero, ahora, sé cómo funciona el terror: dejo que me controle durante unos segundos, y luego me obligo a actuar.

*Uno... dos... tres...*

Empiezo a caminar hacia adelante con un nuevo propósito. Mirar a cada persona para ver si está despierta está tomando demasiado



tiempo. La próxima persona inconsciente que me encuentre, doy un paso fuerte en su dedo meñique. No hay respuesta, ni siquiera un tic. Camino por encima de ellos y busco el dedo de la siguiente persona, presionando fuertemente con la punta de mi zapato. No hay respuesta tampoco.

Escucho a alguien gritar:

—¡Tengo a uno!

Suena desde un pasillo lejano, y comienzo a sentirme desesperada. Salto sobre un hombre caído, tras una mujer caída, a lo largo de niños, adolescentes y ancianos, caminando en sus dedos, o estómagos, o tobillos, buscando signos de dolor. Apenas veo sus caras después de un tiempo, pero aun así no obtengo respuesta. Estoy jugando al escondite con los Divergentes, pero no soy la única persona que está en “eso”.

Y entonces sucede. Me paro en el dedo meñique de una niña Sinceridad, y su cara hace una mueca. Sólo un poco, un impresionante intento de ocultar el dolor, pero lo suficiente como para captar mi atención.

Miro por encima de mi hombro para ver si alguien está cerca de mí, pero todos pasaron al pasillo central. Compruebo la escalera más cercana, hay una a sólo tres metros de distancia, por un pasillo lateral a mi derecha. Me agacho junto a la cabeza de la niña.

—Hey, niña —le digo lo más silenciosamente que puedo—. Está bien. No soy una de ellos.

Sus ojos se abren, sólo un poco.

—Hay una escalera a unos tres metros de distancia —digo—. Te diré cuando nadie está mirando, y después tienes que correr, ¿entiendes?  
—Ella asiente.

Me levanto y giro en un círculo lento. Un traidor Intrepidez a mi izquierda está mirando a otro lado, empujando a un Intrépido inconsciente con el pie. Dos traidores Intrepidez detrás de mí se están riendo de algo. Uno frente a mí está en mi dirección, pero luego levanta la cabeza y empieza a bajar el pasillo de nuevo, lejos.

—Ahora —digo.



La niña se levanta y corre hacia la puerta de la escalera. La miro hasta que la puerta se cierra, y veo mi reflejo en una de las ventanas. Pero no estoy sola en un pasillo de personas que duermen, como pensaba. Eric está de pie, justo detrás de mí.

Miro a su reflejo, y él me mira. Me tomo un respiro. Si me muevo lo suficientemente rápido, él podría no tener los reflejos para agarrarme. Pero sé, incluso cuando la idea se me ocurre, que no voy a ser capaz de correr más rápido. Y no voy a ser capaz de pegarle un tiro, porque no tomé un arma.

Me doy la vuelta, levantando el codo mientras lo hago, y lo lanzo hacia la cara de Eric. Golpeo el extremo de su barbilla, pero no lo suficiente como para hacer cualquier daño. Me agarra el brazo izquierdo con una mano y me presiona el cañón del arma en la frente con la otra, sonriéndome.

—No entiendo —dice—. Cómo podrías ser tan estúpida como para venir aquí sin armas.

—Bueno, soy lo suficientemente inteligente como para hacer esto —le digo. Piso duro en el pie que disparé hace menos de un mes. Grita, su cara se retuerce, e impulsa la culata del arma a mi mandíbula. Aprieto los dientes para reprimir un gemido. La sangre corre por mi cuello, me destrozó la piel.

A través de todo eso, su agarre en mi brazo no se afloja ni una sola vez. Pero el hecho de que no me acaba de disparar en la cabeza me dice una cosa: Él no tiene permitido matarme todavía.

—Me sorprendí al descubrir que aún estabas viva —dice él—. Teniendo en cuenta que soy él que le dije a Jeanine que construyese el tanque de agua sólo para ti.

Trato de averiguar qué puedo hacer que sea lo suficientemente doloroso como para que me suelte. Acabo por decidir una patada a la ingle, cuando se desliza detrás de mí y me agarra los brazos, apretándose contra mí, así que apenas puedo mover los pies. Sus uñas se clavan en mi piel, y aprieto los dientes, tanto por el dolor como por la horrible sensación de su pecho sobre mi espalda.

—Ella pensó que estudiar la reacción de uno de los Divergentes en una versión de la vida real de una simulación sería fascinante —dice, y me



presiona hacia delante, así que tengo que caminar. Su aliento me hace cosquillas en el pelo.

—Y yo estaba de acuerdo. Verás, el ingenio, una de las cualidades que más valoramos en Sabiduría, requiere de creatividad.

Retuerce las manos, así que sus callos rozan mis brazos. Puedo cambiar mi cuerpo ligeramente hacia la izquierda mientras camino, tratando de posicionar uno de mis pies entre sus pies que avanzan. Me doy cuenta con placer feroz que está cojeando.

—A veces, la creatividad parece un desperdicio, ilógica... a menos que sea hecho por un propósito mayor. En este caso, la acumulación de conocimiento.

Dejo de caminar lo suficiente como para levantar mi talón, fuerte, entre sus piernas. Un grito agudo se engancha en su garganta, deteniéndolo antes de que realmente comenzara, y sus manos se relajaron por un momento. En ese momento, giro mi cuerpo tan fuerte como puedo y me libero. No sé por dónde voy a correr, pero tengo que correr, tengo que...

Él me agarra del codo, tirándome hacia atrás, y empuja su dedo en la herida de mi hombro, torciéndolo hasta que el dolor hace que mi visión se ponga negra en los bordes, y grito con todos mis pulmones.

—Me pareció recordar, en las imágenes del tanque de agua, que recibiste un disparo en ese hombro —dice—. Parece que tenía razón.

Mis rodillas tiemblan debajo de mí, y me agarra el cuello de la chaqueta casi sin cuidado, arrastrándome hacia el ascensor. La tela se clava en mi garganta, me ahoga, y tropiezo detrás de él. Mi cuerpo vibra un con dolor persistente.

Cuando llegamos a la orilla del ascensor, me obliga a ponerme de rodillas junto a la mujer Sinceridad que vi antes. Ella y otros cuatro se sientan entre las dos filas de ascensores, mantenidos en su lugar por Intrépidos armados.

—Quiero un arma encima de ella en todo momento —dice Eric—. No sólo dirigida a ella. *Encima* de ella.



Un hombre Intrepidez empuja el cañón de un arma en la parte trasera de mi cuello. Formando un círculo frío en mi piel. Levanto mis ojos a Eric. Su cara es de color rojo, sus ojos llorosos.

—¿Qué te pasa, Eric? —digo, alzando las cejas—. ¿Tienes miedo de una pequeña chica?

—No soy tonto —dice, empujándose las manos por el pelo—. Ese acto de la pequeña niña pudo haber funcionado en mí antes, pero no va a funcionar de nuevo. Eres el mejor perro de ataque que tienen.

Se inclina más cerca de mí.

—Esa es la razón por la que estoy seguro de que te humillarás muy pronto.

Una de las puertas del ascensor se abre, y un soldado Intrépido empuja a Uriah, cuyos labios están manchados con sangre, hacia la corta fila de Divergentes. Uriah me mira, pero no puedo leer su expresión lo suficientemente bien como para saber si tuvo éxito o no. Si él está aquí, probablemente no. Ahora van a encontrar a todos los Divergentes en el edificio, y la mayoría de nosotros va a morir.

Probablemente debería tener miedo. Pero en vez de eso una risa histérica burbujea dentro de mí, porque me acabo de acordar de algo: Tal vez no pueda sostener un arma. Pero tengo un cuchillo en mi bolsillo trasero.





## CAPÍTULO 16

*Traducido por yumigood y Dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**M**uevo mi mano de nuevo, centímetro a centímetro, porque el soldado que está apuntando con un arma hacia mí no se da cuenta. Las puertas del ascensor se abren otra vez, trayendo más Divergentes con más traidores Intrepidez. La mujer Sinceridad a mi derecha gime. Hebras de su cabello se pegan a sus labios, que están mojados con saliva o lágrimas, No lo puedo decir.

Mi mano llega a la esquina de mi bolsillo trasero. Me mantengo constante, mis dedos temblando de anticipación. Tengo que esperar al momento justo, cuando Eric se encuentre cerca.

Me concentro en la mecánica de la respiración, imaginando al aire llenando cada parte de mis pulmones mientras lo inhalo, después recuerdo mientras lo exhalo cómo toda mi sangre, oxigenada y desoxigenada, viaja desde y hasta el mismo corazón.

Es más fácil pensar en la biología, que en la línea de Divergentes sentados delante de los ascensores. Un niño de Sinceridad que no puede ser mayor de once años se sienta a mi izquierda. Es más valiente que la mujer de mi derecha, mira al soldado de Intrepidez frente a él, inquebrantable.

Aire adentro, aire afuera. La sangre empuja todo el camino a mis extremidades; el corazón es un músculo potente, el músculo más fuerte en el cuerpo en términos de longevidad. Más Intrepidez llegan, presentan los exitosos informes de los barridos de los pisos específicos de Merciless Mart. Centenares de personas inconscientes en el suelo, disparados con algo más que balas, y no tengo ni idea de por qué.

Pero estoy pensando en el corazón. Ya no en mi corazón, sino en el de Eric, y en lo vacío que su pecho sonará cuando su corazón no esté latiendo. A pesar de lo mucho que lo odio, realmente no quiero matarlo, al menos no con un cuchillo, estaré cerca donde podré ver la vida abandonarlo. Pero tengo una última oportunidad de hacer algo útil, y si quiero golpear a Sabiduría dónde le duele, tengo que tomar a uno de sus líderes.



Me doy cuenta de que nadie trajo a la niña Sinceridad a la que alerté en los ascensores, lo que significa que debe haber escapado. *Bien.*

Eric junta sus manos en la espalda y comienza a caminar, ida y vuelta, ante la línea de Divergentes.

—Mis órdenes son tomar sólo dos de ustedes de vuelta a Sabiduría para hacer pruebas —dice Eric—. El resto han de ser ejecutados. Hay varias maneras de determinar quién de entre ustedes será el menos útil para nosotros.

Sus pasos se vuelven lentos cuando se me acerca. Pongo tensos mis dedos, a punto de agarrar el mango del cuchillo, pero él no está lo suficientemente cerca. Sigue caminando y se detiene frente al niño a mi izquierda.

—El cerebro se termina de desarrollar a la edad de veinticinco años —dice Eric—. Por tanto, tu Divergencia no está completamente desarrollada.

Él saca su arma y dispara.

Un grito ahogado salta de mi cuerpo mientras el niño cae al suelo, y aprieto los ojos cerrados. Cada músculo de mi cuerpo se tensa hacia él, pero me retengo. *Espera, espera, espera.* No puedo pensar en el niño. *Espera.* Me obligo a mantener mis ojos abiertos y parpadear para sacar las lágrimas de ellos.

Mi grito logró una cosa: ahora Eric está delante de mí, sonriendo. Llamé su atención.

—Tú también eres bastante joven —dice—. Para nada cerca de terminar el desarrollo.

Da un paso hacia mí. Mis dedos están una pulgada más cerca del mango del cuchillo.

—La mayor parte de los Divergentes obtienen dos resultados en la prueba de aptitud. Algunos sólo consiguen una. Nadie ha conseguido tres, no por la aptitud, sino simplemente porque en orden para obtener ese resultado, tienes que negarte a elegir algo —dice, acercándose aún más. Inclino mi cabeza hacia atrás para mirarlo, a todo el metal brillante en su cara, a sus ojos vacíos.

—Mis superiores sospechan que tú tiene dos, Tris —dic—. Ellos no creen que tu seas tan compleja —sólo una mezcla uniforme de



Abnegación e Intrepidez— desinteresada hasta el punto de la idiotez. ¿O es valiente hasta el punto de la idiotez?

Cierro mi mano alrededor del mango del cuchillo y aprieto. Él se acerca más.

—Entre tú y yo... creo que podrías haber llegado a tres, porque tú eres del tipo de persona obstinada, que sería capaz de negarse a hacer una simple elección sólo porque se le dice —dice—. ¿Te importaría iluminarme?

Tambaleándome hacia delante, tiro mi mano del bolsillo. Cierro mis ojos mientras levanto el cuchillo hacia arriba y hacia él. No quiero ver su sangre.

Siento el cuchillo entrar y luego tiro de él hacia atrás. Mi cuerpo entero late al ritmo de mi corazón. La parte trasera de mi cuello esta pegajosa por el sudor. Abro los ojos, mientras Eric cae en el suelo, y entonces el caos.

Los traidores Intrepidez no están sosteniendo armas letales, las únicas que tienen son con las que dispararon antes lo que sea que fuere, así que todos pelean para buscar sus armas reales. Mientras lo hacen, Uriah se lanza a uno de ellos y lo golpea duro en la mandíbula. La vida sale de los ojos del soldado y se cae, fuera de combate. Uriah toma el arma del soldado y comienza a disparar contra los Intrepidez más cercanos a nosotros.

Alcanzo a buscar el arma de Eric, tan en pánico que apenas puedo ver, y cuando miro hacia arriba, juro que la cantidad de Intrepidez en la sala se duplicó. Disparos llenan mis oídos, y me caigo al suelo cuando todo el mundo comienza a correr. Mis dedos rozan el cañón del arma, y me estremezco. Mis manos están demasiado débiles para agarrarla.

Un pesado brazo se envuelve alrededor de mis hombros y me empuja hacia la pared. Mi hombro derecho arde, y veo el símbolo Intrepidez tatuado en la parte posterior del cuello. Tobias se da vuelta, se agacha a mí alrededor para protegerse de los disparos, y dispara.

—¡Dime si alguien está detrás de mí! —dice.

Me asomo por encima del hombro, cerrando las manos en puños en torno a su camisa.

Hay más Intrepidez en la sala, Intrepidez sin el brazalete azul, leales a Intrepidez. Mi Facción. Mi Facción ha llegado a salvarnos. ¿Cómo están despiertos?



Los traidores de Intrepidez corren lejos de los ascensores. No estaban preparados para un ataque, no desde todos los lados. Algunos de ellos luchan, pero la mayoría huyen por las escaleras. Tobias dispara una y otra vez, hasta que su arma se queda sin balas, y el gatillo hace el sonido de *click* en su lugar. Mi visión está muy borrosa por las lágrimas y mis manos demasiado inútiles para disparar un arma. Grito a través de mis dientes apretados, frustrada. No puedo evitarlo. No valgo nada.

En el suelo, Eric suelta gemidos. Aún con vida, por ahora.

Los disparos cesan gradualmente. Mi mano está mojada. Una visión de rojo me dice que está cubierta de sangre; la de Eric. La limpio en mis pantalones y trato de parpadear y alejar las lágrimas. Mis oídos suenan.

—Tris —dice Tobias—. Puedes bajar el cuchillo ahora.



# CAPÍTULO 17

*Traducido por Azula, SOS LizC y SOS Little Rose  
Corregido por Angeles Rangel*

**T**obías me cuenta esta historia:

Cuando los Sabiduría alcanzaron la escalera del lobby, uno de ellos no subió al segundo piso, en vez de eso, ella subió a uno de los niveles superiores del edificio. Ahí ella evacuó un grupo de leales Intrepidez —incluyendo a Tobías— hacia una salida para incendios que los traidores Intrepidez no habían sellado.

Los leales Intrepidez se reunieron en el lobby y se separaron en dos grupos que tomaron las escaleras simultáneamente, rodeando a los traidores Intrepidez, quienes se habían agrupado en torno a los ascensores.

Los traidores Intrepidez no estaban preparados para tanta resistencia. Pensaron que todos excepto los Divergentes estaban inconscientes, así que corrieron.

La mujer de Sabiduría era Cara, la hermana mayor de Will.

Soltando un suspiro dejo caer la chaqueta y reviso mi hombro. Un disco de metal del tamaño de la uña de mi dedo meñique está incrustado en mi piel, rodeada de una telaraña de hilos azules como si alguien hubiera inyectado pequeñas venas debajo de la superficie de mi piel. Frunciendo el ceño, trato de sacar el disco de mi piel y un dolor agudo se dispara por mi brazo.

Aprieto los dientes, uso la parte plana de mi cuchillo para sacar el disco. Grito entre dientes mientras el dolor me recorre, haciendo que vea todo negro por un momento. Pero sigo presionando, lo más que puedo, hasta que el disco se levanta de mi piel lo suficiente como para meter mis dedos a su alrededor. Unida a la parte inferior del disco hay una aguja.

Me tapo la boca y tomo el disco en mis manos y tiro una última vez, esta vez, la aguja se libera. Es tan larga como mi dedo pequeño y está manchada con mi sangre. Ignoro la sangre que corre por mi brazo y sostengo el disco y la aguja en la luz sobre el lavabo.



A juzgar por el colorante azul en mi brazo y en la aguja, nos debieron haber inyectado algo. Pero, ¿qué? ¿Veneno? ¿Explosivos?

Sacudo mi cabeza. Si hubieran querido asesinarnos, muchos ya estaríamos inconscientes, así solo tendrían que dispararnos a todos. Lo que sea que nos hayan inyectado no es para matarnos.

Alguien toca la puerta. No tengo idea por qué, estoy en un baño público, después de todo.

—Tris, ¿Estás ahí? —pregunta la voz apagada de Uriah

—Sí —respondo.

Uriah se ve mejor que hace una hora —había lavado la sangre de su boca, y algo de color había regresado a su rostro. Me detengo de repente al notar lo guapo que es, todas sus facciones son proporcionadas, sus ojos oscuros y animados, su piel bronceada. Y el probablemente siempre ha sido así de atractivo. Solo los chicos que han sido guapos desde una tierna edad tienen esa arrogancia en su sonrisa.

No como Tobías, que es casi tímido cuando sonríe, como si se sorprendiera de que te tomaras la molestia de mirarlo.

Me duele la garganta. Pongo la aguja y el disco en el borde del lavabo.

Uriah pasa la vista del disco y la aguja en mi mano a la sangre corriendo por mi hombro hacia mi muñeca.

—Asqueroso —dice.

—No me di cuenta —digo. Bajo la aguja y tomo una toalla de papel, limpiando la sangre de mi brazo—. ¿Cómo están los demás?

—Marlene está haciendo bromas como siempre —la sonrisa de Uriah se hace más grande haciendo que aparezca un hoyuelo en su mejilla—. Lynn está refunfuñando. Espera ¿sacaste eso de tu propio brazo? —señala la aguja—. Dios, Tris. ¿No tienes terminaciones nerviosas o algo?

—Creo que necesito una venda.

—¿Eso crees? —Uriah sacude la cabeza—. Necesitas un poco de hielo para tu rostro también. Así que, todo el mundo se está levantando ahora. Es una casa de locos allá afuera.

Toco mi mandíbula. Se siente sensible donde el arma de Eric me golpeó, tendré que ponerle unguento para que no se haga un moretón.

—¿Eric está muerto? —No sé qué clase de respuesta espero, sí o no.



—No. Algunos Sinceridad decidieron darle tratamiento médico —Uriah frunce el seño al lavabo—. Algo sobre el tratamiento honorable a los prisioneros. Kang está interrogándolo en privado ahora. No nos quiere ahí perturbando la paz o lo que sea.

Resoplo.

—Sí, de todas maneras nadie lo capta —dice, recargándose sobre el borde del lavabo, a mi lado—. ¿Por qué irrumpir aquí y dispararnos esas cosas y mantenernos fuera de combate? ¿Por qué no solo matarnos?

—No tengo idea —digo—. La única utilidad que le veo es que le ayudó a saber quién es Divergente y quién no. Pero solo ésa puede ser la única razón de que lo hicieran.

—No entiendo por qué la tienen con nosotros. Digo, cuando intentaban crear un ejército con control mental, por supuesto, pero ¿ahora? Parece inútil.

Fruncí el ceño mientras presionaba una toalla limpia de papel sobre mi hombro para parar la hemorragia. Él tenía razón. Jeanine ya tenía un ejército, así que, ¿Por qué matar a los Divergentes ahora?

—Jeanine no quiere matar a todos —dije lentamente—. Ella sabe que sería ilógico, sin cada una de las Facciones la sociedad no funciona, porque cada Facción entrena a sus miembros para trabajos en particular. Lo que quiere es control.

Dirigí mi mirada hacia mi reflejo. Mi cara está inflamada, y marcas de uñas aún están sobre mis hombros. Asqueroso.

—Debe estar planeando otra simulación —dice— Lo mismo que antes, pero esta vez, quiere estar segura de que todos están bajo su influencia o muertos.

—Pero la simulación solo dura cierto periodo de tiempo —dice—. No es útil a menos de que estés intentando hacer algo en específico.

—Correcto —suspiro—. No lo sé, no lo entiendo —tomo la aguja—. No sé tampoco qué es ésta cosa. Si es como las otras inyecciones que inducían la simulación, solo es útil para una vez. Así que, ¿Por qué disparar estas cosas a nosotros solo para ponernos inconscientes? No tiene ningún sentido.



—No tengo ni idea Tris, pero ahora tenemos todo un edificio con gente aterrorizada con el que lidiar. Vamos a conseguir tu venda —hace una pausa y luego agrega—. ¿Me puedes hacer un favor?

—¿De qué se trata?

No le digas a nadie que soy Divergente —se muerde el labio—. Shauna es mi amiga y no quiero que de repente me tema.

—Claro —digo, forzando una sonrisa—. Lo guardaré para mí misma.



Me quedo despierta toda la noche sacando agujas de los brazos de la gente. Después de algunas horas paro de ser gentil. Sólo tiro lo más fuerte que puedo.

Me entero que el chico Sinceridad al que Eric disparó en la cabeza se llamaba Bobby, que Eric se encuentra en condición estable y que de los cientos de personas que están en Merciless Mart sólo ochenta no tienen agujas enterradas en su carne, setenta de los cuales son Intrepidez y uno de ellos es Christina. Toda la noche pienso sobre agujas, sueros y simulaciones, tratando de ponerme en la cabeza de mis enemigos.

En la mañana, me quedo sin agujas por remover y voy a la cafetería, frotándome los ojos. Jack Kang avisó que tendríamos una reunión al mediodía, así que tal vez pueda dormir algo antes de comer.

Sin embargo, cuando entro a la cafetería, veo a Caleb.

Caleb corre hacia mí y me envuelve cuidadosamente con sus brazos. Doy un suspiro de alivio. Pensé que había llegado al punto en que no necesitaba más de mi hermano, pero no creo que ese punto realmente exista. Me relajó en él por un momento, y veo los ojos de Tobías sobre el hombro de Caleb.

—¿Te encuentras bien? —dice Caleb, retrocediendo un poco—. Tu mandíbula...

—No es nada —digo—. Sólo está hinchada.

—Oí que tomaron un grupo de Divergentes y empezaron a dispararles, gracias a Dios no te encontraron.





—De hecho, lo hicieron. Pero solo mataron a uno —dije, presioné el puente de mi nariz para aliviar un poco de la presión en mi cabeza—. Pero estoy bien. ¿Cuándo llegaste?

—Hace como diez minutos. Vine con Marcus —dice—. Como nuestro único líder político legal, sintió que era su deber estar aquí, no oímos del ataque hasta hace como una hora. Uno de los Sin Facción vio a los Intrepidez irrumpiendo en el edificio, y las noticias tardan algo en viajar entre los Sin Facción.

—¿Marcus está vivo? —digo. Nosotros nunca lo vimos morir cuando escapamos del complejo de Concordia, pero asumí que así había sucedido. No se cómo me siento exactamente. ¿Decepcionada, tal vez, porque lo odio por cómo ha tratado a Tobías? O ¿Aliviada, porque es el único líder de Abnegación que sigue con vida? ¿Es posible sentir ambos sentimientos juntos?

—Él y Peter escaparon, y caminaron de regreso a la ciudad —dice Caleb.

No siento alivio al oír que Peter aún está vivo.

—¿Dónde está Peter entonces?

—Donde esperarías que estuviera —replica Caleb.

—Sabiduría —dije. Sacudí mi cabeza—. Maldito...

No puedo siquiera encontrar una palabra lo suficientemente fuerte para describirlo. Aparentemente necesito expandir mi vocabulario.

El rostro de Caleb se tuerce por un momento, luego asiente y toca mi hombro.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te traiga algo?

—Si, por favor —digo—. Estaré ahí en poco rato, ¿de acuerdo? Necesito hablar con Tobías.

—De acuerdo —Caleb aprieta mi brazo y se va, probablemente a formarse en la cola enorme de la cafetería. Tobías y yo estamos metros lejos el uno del otro por unos segundos.

Se me acerca lentamente.

—¿Estás bien? —dice.

—Voy a vomitar si tengo que responder a esa pregunta una vez más —digo—. No tengo una bala en mi cabeza, ¿verdad? , así que estoy bien.



—Tu rostro está tan hinchado que parece que almacenas comida en tu mejilla, y acabas de apuñalar a Eric —dice, frunciendo el ceño—. ¿No tengo permitido preguntar si te encuentras bien?

Suspiro. Debería decirle sobre Marcus, pero no quiero hacerlo aquí, con tanta gente alrededor.

—Sí, estoy bien.

Sus manos se sacuden como si quisiera tocarme pero estuviera peleando en contra de ese deseo. Luego lo reconsidera y desliza su brazo alrededor de mí, jalándome hacia él.

De repente pienso que tal vez dejaré a alguien más asumir todos los riesgos, tal vez empezaré a ser egoísta y así poder estar cerca de Tobías sin lastimarlo. Todo lo que quiero es enterrar mi cara en su cuello y olvidar que todo lo demás existe.

—Lamento haberme tardado tanto en venir a buscarte —susurra en mi cabello.

Suspiro y toco su espalda con sólo las yemas de mis dedos. Podría quedarme aquí parada hasta quedar inconsciente de cansancio, pero no debería; no puedo. Retrocedo y digo.

—Necesito hablar contigo, ¿Podemos ir a algún lugar tranquilo?

El asiente, y dejamos la cafetería. Uno de los Intrepidez que pasamos grita: —¡Miren! ¡Es Tobías Eaton!

Casi había olvidado sobre el interrogatorio, y el nombre que había revelado a todos los Intrepidez.

Otro gritó: —¡Vi a tu padre por aquí antes, Eaton! ¡¿Te vas a esconder?!

Tobías se endereza y se pone rígido, como si alguien estuviera sosteniendo un arma contra su pecho en vez de estar mofándose de él.

—Sí, ¿te vas a esconder, cobarde?

Unas cuantas personas a nuestro alrededor se ríen. Tomo el brazo de Tobías y lo llevo hacia los ascensores antes de que pueda reaccionar. Se veía como si fuera a pegarle a alguien o a hacer algo mucho peor.

—Iba a decirte... vino con Caleb —le digo—. Él y Peter escaparon de Concordia...



—¿Qué estabas esperando, entonces? —dice él, pero no con dureza. Su voz suena de alguna manera separada de él, como si estuviera flotando entre nosotros.

—No es el tipo de noticias que puedes pronunciar en una cafetería —le digo.

—Muy bien —dice.

Esperamos en silencio por el ascensor, Tobias mordiéndose los labios y mirando al vacío. Lo hace todo el camino hasta el piso dieciocho, el cual está vacío. Allí, el silencio se envuelve a mí alrededor como lo hizo el abrazo de Caleb, calmándome. Me siento en uno de los bancos al borde de la sala de interrogatorios, y Tobias tira de la silla de Niles para sentarse delante de mí.

—¿No solía haber dos de estas? —dice, frunciendo el ceño hacia la silla.

—Sí —le digo—. Yo, eh... la arrojé por la ventana.

—Qué extraño —dice. Se sienta—. Entonces, ¿de qué quieres hablar? ¿O era eso sobre Marcus?

—No, eso no fue todo. ¿Estás... bien? —digo con cautela.

—Yo no tengo una bala en mi cabeza, ¿no? —dice, mirándose las manos—. Así que estoy bien. Me gustaría hablar de otra cosa.

—Quiero hablar acerca de las simulaciones —digo—. Pero primero, algo más... tu madre pensó que Jeanine iría detrás de los Sin Facción después. Evidentemente estaba mal; y no estoy segura de por qué. No es que los Sinceridad estén listos para la batalla, ni nada así...

—Bueno, piensa en ello —dice él—. Piensa absolutamente en ello, como los Sabiduría.

Le doy un vistazo.

—¿Qué? —dice—. Si no puedes, el resto de nosotros no tiene esperanza.

—Bien —le digo—. Um... tenía que ser, porque Intrepidez y Sinceridad eran los blancos más lógicos. Porque... los Sin Facción se encuentran en varios lugares, mientras que todos estamos en el mismo lugar.

—Correcto —dice él—. Además, cuando Jeanine atacó a Abnegación, ella obtuvo todos los datos de Abnegación. Mi madre me dijo que los Abnegación habían documentado las poblaciones Sin Facción Divergentes, lo que significa que después del ataque, Jeanine debe



haber encontrado que la proporción de los Divergentes entre los Sin Facción es mayor que entre los Sinceridad. Eso los hace un blanco ilógico.

—De acuerdo. Entonces cuéntame sobre el suero de nuevo —le digo—. Tiene algunas partes, ¿verdad?

—Dos —dice, asintiendo con la cabeza—. El transmisor y el líquido que induce la simulación. El transmisor comunica la información al cerebro desde la computadora, y viceversa, y el líquido altera el cerebro para ponerlo en un estado de simulación.

Asiento con la cabeza. —Y el transmisor solamente funciona para una simulación, ¿verdad? ¿Qué sucede después de eso?

—Se disuelve —responde—. Hasta donde yo sé, los Sabiduría no han sido capaces de desarrollar un transmisor que dure más de una simulación, a pesar de que el ataque simulado dure mucho más tiempo que cualquier simulación que he visto antes.

Las palabras “hasta donde yo sé” se aferran en mi mente. Jeanine ha pasado la mayor parte de su vida adulta desarrollando los sueros. Si ella todavía está persiguiendo a los Divergente, está probablemente todavía obsesionada con la creación de versiones más avanzadas de la tecnología.

—¿Qué es eso, Tris? —dice.

—¿No has visto esto todavía? —digo, señalando en el vendaje que cubre mi hombro.

—No de cerca —dice él—. Zeke y yo estuvimos transportando a los heridos Sabiduría hasta el cuarto piso durante toda la mañana.

Me retiro el borde de la venda, revelando la herida punzante —ya dejando de sangrar, gracias a Dios— y el parche de colorante azul que no parece estar desvaneciéndose. Entonces meto la mano en el bolsillo y saco la aguja que estaba enterrada en mi brazo.

—Cuando atacaron, no estaban tratando de matarnos. Nos estaban disparando con estos —le digo.

Su mano toca la piel teñida en torno a la herida punzante. No lo había notado antes porque estaba ocurriendo justo en frente de mí, pero se ve diferente de lo que solía, durante la Iniciación. Dejó que su vello facial creciera un poco, y su cabello es más largo de lo que he visto; lo



suficientemente denso como para demostrarme que es de color marrón, no negro.

Él toma la aguja de mí y golpetea el disco de metal al final de la misma. —Esto probablemente es hueco. Debe haber contenido cualquiera que sea esa cosa azul que está en tu brazo. ¿Qué sucedió después de que te dispararon?

—Tiraron esos cilindros que sueltan gas en la habitación, y todo el mundo quedó inconsciente. Es decir, todo el mundo, excepto Uriah, yo y el otro Divergente.

Tobias no parece sorprendido. Entrecierro mis ojos.

—¿Sabías que Uriah era Divergente?

Se encoge de hombros. —Por supuesto. Dirigí sus simulaciones, también.

—¿Y nunca me dijiste?

—Información privilegiada —dice—. Información peligrosa.

Siento un brote de cólera. —¿Cuántas cosas más vas a seguir ocultándome? —Y trato de sofocarlo. Por supuesto que no podía decirme que Uriah era Divergente. Simplemente estaba respetando la privacidad de Uriah. Tiene sentido.

Me aclaro la garganta. —Salvaste nuestras vidas, sabes —le digo—. Eric estaba tratando de cazarnos.

—Creo que estamos más allá de seguir el rastro de quién ha salvado la vida de quién. —Él me mira por unos largos segundos.

—De todos modos —digo para romper el silencio—. Después que nos dimos cuenta de que todo el mundo estaba dormido, Uriah corrió escaleras arriba para advertir a la gente que estaba allí, y yo fui al segundo piso para averiguar lo que estaba pasando. Eric tenía a todos los Divergente en los ascensores, y él estaba tratando de averiguar cuál de nosotros se iba a llevar de vuelta con él. Dijo que se le permitía llevarse dos. No sé por qué se iba a llevar a alguno.

—Extraño —dice.

—¿Alguna idea?

—Mi conjetura es que la aguja se inyecta con un transmisor —dice—, y el gas era una versión en aerosol del líquido que altera el cerebro. Pero



por qué... —Un pliegue aparece entre sus cejas—. Oh. Ella puso a todos a dormir para averiguar quiénes eran los Divergente.

—¿Crees que es la única razón para dispararnos con transmisores?

Sacude la cabeza, y sus ojos encuentran los míos. Su color azul es tan oscuro y familiar que siento como si pudieran tragarme entera. Por un momento me gustaría que lo hicieran, para así poder escapar de este lugar y todo lo que ha sucedido.

—Creo que ya lo has descubierto —dice él—, pero quieres que te contradiga. Y no voy a hacerlo.

—Han desarrollado un transmisor de larga duración —digo.

Él asiente con la cabeza.

—Así que ahora estamos todos conectados por múltiples simulaciones —agrego—. Tantas como Jeanine quiera, tal vez.

Él asiente con la cabeza otra vez.

Mi siguiente respiración se agita al salir de mi boca. —Esto es realmente malo, Tobias.

En el pasillo fuera de la sala de interrogatorios, se detiene, apoyándose en la pared.

—Así que atacaste a Eric —dice—. ¿Eso fue durante la invasión? ¿O cuando estabas junto a los ascensores?

—Junto a los ascensores —le digo.

—Una cosa que no entiendo —dice él—. Tú estabas en la planta baja. Podrías haber huido simplemente. Pero en cambio, decidiste zambullirte entre una multitud de Intrepidez armados todo por ti misma. Y estoy dispuesto a apostar que no llevabas un arma.

Presiono mis labios juntos.

—¿Es cierto? —exige.

—¿Qué te hace pensar que no tenía un arma? —le frunzo el ceño.

—No has sido capaz de tocar un arma desde el ataque —dice—. Entiendo por qué, con toda la cosa de Will, pero...

—Eso no tiene nada que ver con esto.

—¿No? —Levanta las cejas.



—Hice lo que tenía que hacer.

—Sí. Pero ahora deberías poder hacerlo —dice, alejándose de la pared para mirarme a la cara. Los pasillos de Sinceridad son anchos, lo suficientemente anchos para todo el espacio que deseo mantener entre nosotros—. Deberías haberte quedado en Concordia. Deberías haberte quedado muy lejos de todo esto.

—No, no debería —le digo—. ¿Crees que sabes lo que es mejor para mí? No tienes ni idea. Me estaba volviendo loca con los Concordia. Aquí finalmente me siento... cuerda otra vez.

—Lo cual es extraño, teniendo en cuenta que estás actuando como una psicópata —dice—. No es valiente, elegir la posición en la que estabas ayer. Es más que estúpido... es suicida. ¿No tienes ninguna consideración por tu propia vida?

—¡Por supuesto que sí! —replico—. ¡Estaba tratando de hacer algo útil!

Por unos segundos, sólo se me queda mirando.

—Eres más que Intrepidez —dice en voz baja—. Pero si quieres ser como ellos, lanzándote a ti misma en situaciones ridículas sin ninguna razón y tomar represalias contra tus enemigos sin ninguna consideración por lo que es ético, adelante. ¡Pensé que eras mejor que eso, pero tal vez me equivoqué!

Aprieto mis manos, mi mandíbula.

—No deberías insultar a los Intrepidez —le digo—. Te aceptaron cuando no tenías ningún otro lugar adonde ir. Confiaron en ti con un buen trabajo. Te dieron a todos tus amigos.

Me apoyo contra la pared, los ojos en el suelo. Los azulejos en el Merciless Mart son siempre blancos y negros, y aquí son de un patrón a cuadros. Si desenfoco los ojos, veo exactamente en lo que Sinceridad no cree en... tonos gris. Tal vez Tobias y yo no creemos en ello tampoco. En realidad no.

Pesa demasiado, más de lo que mi cuerpo puede soportar, tanto que debería caer justo directo al piso.

—Tris.

Sigo mirando.

—Tris.



Finalmente miro hacia él.

—No quiero perderte.

Nos quedamos ahí durante unos minutos. No digo lo que pienso, y es que puede que él tenga razón. Hay una parte de mí que quiere que pierda, que lucha por unirse a mis padres y Will de modo que no tenga que sufrir por ellos nunca más. Una parte de mí que quiere ver lo que sea que viene después.



—¿Así que eres su hermano? —dice Lynn—. Supongo que ya sabemos quién recibió los buenos genes.

Me río ante la expresión de Caleb, con la boca formando una mueca y los ojos como platos.

—¿Cuándo tienes que regresar? —digo, golpeándolo con mi codo.

Muerdo el sándwich que Caleb me consiguió de la cafetería. Estoy nerviosa por tenerlo aquí, mezclando los tristes restos de mi vida familiar con los tristes restos de mi vida como Intrepidez. ¿Qué pensará de mis amigos, mi Facción? ¿Qué pensará mi Facción de él?

—Pronto —dice—. No quiero que nadie se preocupe.

—No sabía que Susan se había cambiado el nombre a “Nadie” —digo alzando las cejas.

—Ja ja —dice, mirándome.

Molestarnos sobre hermanos debería sentirse familiar, pero no lo es. Abnegación desalentó a todas las cosas que podrían hacer sentir a alguien incómodo, y eso incluye los chistes.

Puedo sentir qué tan cuidadosos somos con el otro, ahora que descubrimos una nueva forma de relacionarnos ante nuestras nuevas Facciones y las muertes de nuestros padres. Cada vez que lo veo, comprendo que es toda la familia que me queda y me siento desesperada, desesperada por mantenerlo cerca, desesperada por salvar la distancia que nos separa.

—¿Susan es otra desertora de Sabiduría? —dice Lynn, pinchando unos frijoles con su tenedor. Uriah y Tobias siguen en la fila del almuerzo,





esperando detrás de dos docenas de Sinceridad que están demasiado ocupados para conseguirse la comida.

—No, era nuestra vecina de niños. Es Abnegación —digo.

—¿Y tú estás involucrado con ella? —le pregunta a Caleb—. ¿No crees que suena como una película tonta? Quiero decir, cuando todo acabe, estarán viviendo en diferentes Facciones, en lugares completamente diferentes...

—Lynn —dice Marlene, tocando su hombro—. Cállate.

Del otro lado del cuarto, algo azul llama mi atención. Cara acaba de entrar. Dejo mi sándwich, ya sin apetito, y la miro con la cabeza gacha. Se dirige a la esquina lejana de la cafetería, donde hay algunas mesas con refugiados Sabiduría. La mayoría han dejado su ropa azul en beneficio de los trajes blanco y negro, pero siguen usando anteojos. Intento concentrarme en Caleb, pero Caleb también mira a los Sabiduría.

—Yo puedo volver a Sabiduría tanto como ellos —dice Caleb—. Cuando esto termine, ya no tendré una Facción.

Por primera vez noto lo triste que parece cuando habla del Sabiduría. No sabía qué tan difícil debe haber sido dejarlos.

—Podrías ir y sentarte con ellos —digo haciendo un gesto con la cabeza a los refugiados.

—No los conozco. —Se encoje de hombros—. Sólo estuve allí un mes, ¿recuerdas?

Uriah deja su bandeja en la mesa, con un gemido. —Oí a alguien hablando de la interrogación de Eric en la fila. Aparentemente no sabía nada del plan de Jeanine.

—¿Qué? —Lynn deja caer el tenedor a la mesa—. ¿Cómo es eso posible?

Uriah se encoje de hombros y se sienta.

—No me sorprende —dice Caleb.

Todos lo miran.

—¿Qué? —se sonroja—. Sería estúpido confiarle todo tu plan a alguien. Es mucho más inteligente darle algún dato a todos los que trabajan contigo. Así, si alguien te traiciona, no es una gran pérdida.

—Oh —dice Uriah.



Lynn toma su tenedor y sigue comiendo.

—Oí que el Sinceridad hizo helado —dice Marlene, volviendo la cabeza para ver la fila del almuerzo—. Ya saben, apesta que seamos atacados, pero al menos tenemos postres.

—Ya me siento mejor —dice secamente Lynn.

—Probablemente no será tan bueno como el pastel de Intrepidez —dice burlonamente Marlene. Suspira, y un mechón de cabello cae en sus ojos.

—Tenemos buen pastel —le digo a Caleb.

—Teníamos bebidas energizantes —dice.

—¿Ah, pero tenían un puente que daba a un río subterráneo? —dice Marlene, alzando las cejas—. ¿O un cuarto donde veías todas tus pesadillas de una?

—No —dice Caleb—. Y la verdad me alegro de ello.

—Si-ssi —suspira Marlene.

—¿Todas tus pesadillas? —dice Caleb, con la mirada iluminada—. ¿Cómo funciona eso? ¿Quiero decir, son pesadillas de tu mente o las hace una computadora?

—Oh Dios. —Lynn deja caer la cabeza—. Aquí vamos.

Marlene se lanza a una descripción de las simulaciones, y dejo que su voz junto con la de Caleb me bañen mientras termino el sándwich.

Luego, a pesar del ruido de tenedores y las conversaciones a mí alrededor, apoya la cabeza en la mesa y me quedo dormida.



## CAPÍTULO 18

*Traducido por Little Rose  
Corregido por maggiuh*

—**T**odo el mundo, silencio!  
Jack kang levanta las manos, y la multitud hace silencio. Eso es talento.

Estoy de pie entre la multitud de Intrepidez que llegó tarde, cuando ya no había lugares. Un destello de luz me llama la atención-iluminación. No es el mejor momento para reunirnos en un cuarto con hoyos en lugar de ventanas, pero es el más grande.

—Sé que muchos están confundidos por lo que pasó ayer —dice Jack—. He oído muchos reportes de diversas perspectivas, y tengo una idea de lo que es obvio y lo que requiere más investigación.

Me pongo el cabello mojado detrás de las orejas. Me levanté diez minutos antes de la reunión y corrí a la ducha. Aunque sigo agotada, me siento más alerta.

—Lo que me parece requiere más investigación —dice Jack—, son los Divergentes.

Se ve cansado, tiene marcas oscuras bajo los ojos y el cabello oscuro está en todas direcciones, como si se lo hubiera movido con las manos toda la noche. A pesar del calor del cuarto lleva una camisa mangas largas con botones en las muñecas; debe haber estado distraído al cambiarse.

—Si eres Divergente, por favor da un paso para que podamos oír de ti.

Miro a Uriah. Esto se siente peligroso. Mi Divergencia es algo que debo ocultar. Admitirlo debe significar muerte. Pero no tiene sentido ocultarlo ahora, ya saben sobre mí.

Tobias es el primero en moverse. Avanza en la multitud, primero utilizando su cuerpo para hacerse camino, y luego, cuando le ceden el paso, va hacia Jack Kang con los hombros erguidos.

Yo también avanzo, murmurando, “disculpa” a la gente que tengo cerca. Retroceden como si los hubiera amenazado de muerte. Otros también



avanzan, utilizando el blanco y negro de Sinceridad, pero no muchos. Una es la chica que ayudé.

A pesar de la notoriedad que Tobias tiene ahora entre Intrepidez, y mi nuevo título como: “la chica que apuñaló a Eric”, no somos el centro de atención. Marcus lo es.

—¿Tú Marcus? —dice Jack cuando Marcus llega al centro del cuarto.

—Sí —responde—. Entiendo que están preocupados, que todos lo están. Nunca habían oído de los Divergente hasta hace una semana y ahora sólo saben que es inmune a algo a lo que son susceptibles, y eso da miedo. Pero puedo asegurar que no hay nada que temer, respecto a nosotros.

Mientras habla tuerce la cabeza y alza las cejas en simpatía, y comprendo por qué a la gente le agrada. Te hace sentir que si pones todo en sus manos, él se ocupará de todo.

—Me parece claro —dice Jack—. Que fuimos atacados para que Sabiduría pudiera encontrar a los Divergentes. ¿Sabes por qué?

—No, no lo sé —dice Marcus—. Quizá solo querían identificarnos. Parece algo útil de saber, si intentan volver a usar simulaciones.

—Esa no era su intención —las palabras salen antes de que decida decirlas. Mi voz suena alta y débil comparada a las de Marcus y Jack, pero es muy tarde.

—Querían matarnos. Han estado matándonos desde antes que esto ocurriera.

Jack frunció el ceño. Oigo cientos de segundos golpear el suelo. El cuarto oscurece, como bajo el peso de lo que dije.

—Eso suena a una teoría de conspiración —dice Jack—. ¿Qué razones tendría Sabiduría para matarlos?

Mi madre decía que la gente temía a los Divergentes porque no podíamos ser controlados. Eso puede ser verdad, pero temerle a lo incontrolable no es motivo suficiente para darle a Jack el por qué Sabiduría nos quiere muertos. Mi corazón se acelera al no poder responder.

—Yo... —comienzo. Tobias me interrumpe.

—Obviamente no lo sabemos —dice—. Pero hay cerca de una docena de muertes misteriosas entre Intrepidez los últimos seis años, y hay una



correlación entre esa gente y resultados irregulares en el examen de aptitud o resultados de la simulación de iniciación.

Cae un rayo, iluminando el cuarto. Jack sacude la cabeza. —Mientras que eso es intrigante, la correlación no constituye evidencia.

—Un líder Intrepidez le disparó a un chico Sinceridad en la cabeza —espeto—. ¿Recibiste un reporte por ello? ¿Parecía “valer una investigación”?

—De hecho lo hice —dice—. Y dispararle a un menor a sangre fría es un crimen terrible que no puede no ser castigado. Afortunadamente, tenemos en custodia al perpetrador y lo llevaremos a juicio. Sin embargo debemos tener en cuenta que los soldados Intrepidez no dieron señales de querer lastimarnos a la mayoría, o nos habrían disparado estando inconscientes.

Oigo murmullos irritados a mí alrededor.

—Su invasión pacífica sugiere que puede ser posible negociar un tratado de paz con Sabiduría y el resto de Intrepidez —continúa—. Por lo que acordaré una reunión con Jeanine Matthews para discutir esa posibilidad tan pronto como sea posible.

—Su invasión no fue pacífica —digo. Puedo ver a Tobias donde estoy, y quiere sonreír. Inspiro hondo y vuelvo a comenzar—. Sólo porque no les dispararon a todos en la cabeza no significa que sus intenciones fueran honorables. ¿Por qué creen que vinieron? ¿Para recorrer los pasillos, dejarlos inconscientes e irse?

—Asumo que vinieron por gente como tú —dice Jack—. Y mientras me preocupa su seguridad, no creo que podamos atacarlos sólo porque querían matar a una fracción de la población.

—Matar no es lo peor que pueden hacer —digo—. Controlarlos sí.

Jack sonrío divertido. Divertido. —¿Oh? ¿Y cómo logran eso?

—Les dispararon agujas —dice Tobias—. Agujas llenas de transmisores de simulación. Las simulaciones los controlan. Así.

—Sabemos como funcionan las simulaciones —dice Jack—. El transmisor no es un implante permanente. Si quisieran controlarnos, lo habrían hecho.

—Pero... —comienzo.



Me interrumpe. —Sé que has estado bajo mucha presión, Tris —dice en voz baja—. Y que has servido enormemente a tu Facción y a Abnegación. Pero creo que tu experiencia traumatizante haya afectado tu capacidad de ser objetiva. No puedo organizar un ataque por las especulaciones de una niña.

Me congelo, incapaz de creer que puede ser tan estúpido. Mi rostro arde. *Niñita, me llamó.* Una niña que se estresó al punto de la paranoia. Esa no soy yo, pero ahora es quien Sinceridad cree que soy.

—Tú no decides por nosotros, Kang —dice Tobias.

A mí alrededor Intrepidez murmuró su asentimiento. Alguien gritó. — ¡No eres el líder de la Facción!

Jack espera a que dejen de gritar y dice:

—Es verdad. Si lo quieren, son libres de atacar Sabiduría. Pero lo harán sin nuestro apoyo, y déjenme recordarles que son superados en número y no están preparados.

Tiene razón. No podemos atacar a los traidores Intrepidez y Sabiduría sin el número de Sinceridad. Sería un baño de sangre. Jack tiene todo el poder. Y ahora lo sabemos.

—Eso creí —dice alegremente—. Muy bien. Contactaré a Jeanine Matthews, y veré si podemos negociar la paz. ¿Objeciones?

*No podemos luchar sin Sinceridad, pienso, a no ser que tengamos a los Sin Facción.*



## CAPÍTULO 19

*Traducido por PaulaMayfair  
Corregido por maggiuh*

**E**sa tarde me uní al grupo de Sinceridad e Intrepidez limpiando la ventana rota en el vestíbulo. Me enfoqué en el camino de la escoba, manteniendo mis ojos en el polvo que se acumulaba entre los fragmentos de vidrio. Mis músculos recuerdan el movimiento antes de que el resto de mí lo haga, pero cuando miro abajo, en lugar de mármol oscuro veo sencilla baldosa blanca y el fondo de una pared gris claro; veo hebras de pelo rubio que mi madre recortó, y el espejo que sin temor a equivocarme está escondido detrás del panel en la pared.

Mi cuerpo se debilita, y me apoyo en el palo de la escoba por apoyo.

Una mano toca mi hombro, y doy un tirón lejos de ella. Pero es solo una chica de sinceridad, una niña. Ella me mira, con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —dice, su voz alta y poco clara.

—Estoy bien —dije. Demasiado bruscamente. Me apresuro a corregirlo—. Sólo cansada. Gracias.

—Creo que estás mintiendo —dice.

Noto un vendaje asomándose del final de su manga, probablemente cubriendo el pinchazo de la aguja. La idea de esta pequeña niña en una simulación me da náuseas. No puedo incluso mirarla. Aparto la vista.

Y los veo: afuera, un hombre traidor de Intrepidez, apoyando a una mujer con una pierna sangrando. Veo los mechones grises en el pelo de la mujer y la terminación ganchuda de la nariz del hombre y el brazalete azul de un traidor de Intrepidez justo por debajo de sus hombros, y los reconozco a los dos. Tori y Zeke.

Tori está tratando de caminar, pero una de sus piernas se arrastra detrás de ella, inútil. Humedad, una mancha oscura cubre la mayor parte de su muslo.

Sinceridad deja de barrer y los miran fijamente. Los guardias de Intrepidez de pie cerca de los elevadores van con prisa hacia la entrada con sus armas levantadas. Mis compañeros barredores dan marcha



atrás para salir del camino, pero yo me quedo donde estoy, calor corriendo a través de mí mientras Zeke y Tori se acercan.

—¿Están incluso armados? —dice alguien.

Tori y Zeke alcanzan lo que solía ser las puertas, y el levanta una de sus manos cuando ve la fila de los de Intrepidez con armas. La otra se mantiene envuelta alrededor de la cintura de Tori.

—Ella necesita atención médica —dice Zeke—. Ahora mismo.

—¿Porque debemos darle a un traidor atención médica? —uno de Intrepidez con ralo cabello rubio y dos perforaciones en el labio pregunta sobre su arma. Una mancha de tinte azul marca su antebrazo.

Tori se queja, y me deslizo entre dos hombres Intrepidez para llegar a ella. Pone su mano, que esta pegajosa con la sangre, en la mía. Zeke la baja a la tierra con un gruñido.

—Tris —dice ella sonando aturdida.

—Mejor da un paso atrás, chica —dice el hombre rubio de Intrepidez.

—No —digo—. Baja tu arma.

—Te dije que los Divergentes estaban locos —uno de los otros Intrepidez armado murmura a la mujer a su lado.

—¡No me importa si tienes que llevarla arriba y atarla a la cama para impedir que vaya a iniciar un tiroteo! —dice Zeke frunciendo el ceño—. ¡No la dejen sangrar hasta la muerte en el vestíbulo de la cede de Sinceridad!

Finalmente, unos pocos Intrepidez dan un paso adelante y levantan a Tori.

—¿Donde debemos... llevarla? —pregunta uno de ellos.

—Encuentra a Helena —dice Zeke—. Enfermera de Intrepidez.

El hombre asiente y la lleva hacia los ascensores. Zeke y yo cruzamos miradas.

—¿Que pasó? —le pregunto.

—Los Intrepidez traidores descubrieron que estábamos recogiendo información de ellos —dice—. Tori trató de huir, pero le dispararon mientras estaba corriendo. La ayudé a llegar aquí.





—Esa es una linda historia —dice el hombre Intrepidez rubio—. ¿Quieres decirlo de nuevo bajo el suero de la verdad?

Zeke se encoge de hombros. —Está bien —Pone sus muñecas juntas frente a él dramáticamente—. Llévame lejos, si estás tan desesperado.

Sus ojos se enfocan en algo sobre mi hombro, y comienza a caminar. Giro para ver a Uriah corriendo desde el ascensor. Esta sonriendo de oreja a oreja.

—Escuché un rumor de que eras un sucio traidor —dice Uriah.

—Si, como sea —dice Zeke.

Ellos chocan en un abrazo que se ve casi doloroso para mí, golpeándose uno al otro las espaldas y riendo con sus puños unidos entre ellos.



—No puedo creer que no nos dijeras —dice Lynn, sacudiendo la cabeza. Ella se sienta al otro lado de mí en la mesa, sus abrazos cruzados y una de sus piernas apoyadas.

—Oh, no te pongas toda enfadada sobre eso —dice Zeke—. No estaba supuesto incluso decirle a Shauna y Uriah. Y echaría por tierra ser espía si les dices a todos lo que eres.

Nos sentamos en una sala en la sede de Sinceridad que se llamaba el Punto de Reunión, que los Intrepidez han tomado a decir en una forma burlona cada vez que pueden. Es grande y abierto, con tela blanca y negra que cubren toda la pared, y un círculo de podios en el centro de la sala. Grandes mesas redondas rodean los podios. Lynn me dijo que albergan los debates mensuales aquí, por entretenimiento, y también celebran servicios religiosos aquí una vez a la semana. Pero incluso cuando no hay eventos programados, la sala esta usualmente llena.

Zake fue absuelto por Sinceridad hace una hora, en un breve interrogatorio en el piso dieciocho. No fue una tan sombría ocasión como la interrogación de Tobias y la mía, en parte porque no había imágenes de video sospechosas implicando a Zeke, y en parte porque Zeke es divertido incluso bajo el suero de la verdad. Quizás especialmente así. En cualquier caso, vinimos a el Punto de Reunión por una “oye, no eres un sucio traidor” celebración, como lo expresó Uriah.



—Si, pero hemos estado insultándote desde el ataque de simulación —dice Lynn—. Y ahora me siento como una idiota sobre eso.

Zake pone su brazo alrededor de Shauna. —Eres una idiota Lynn. Es parte de tu encanto.

Lynn le lanza un vaso plástico, que desvía. Chorros de agua caen en la mesa, golpeándolo en el ojo.

—De cualquier forma, como estaba diciendo —dice Zeke, frotándose el ojo—, estaba principalmente trabajando en sacar a los desertores de Sabiduría en forma segura. Eso es el por qué hay un gran grupo de ellos aquí, y un pequeño grupo en la sede de Concordia. Pero Tori... no tengo idea de qué estaba haciendo. Se mantuvo escabulléndose por horas, y siempre que ella estaba alrededor, era como si estuviera a punto de explotar. No es una sorpresa que nos delatara.

—¿Como conseguiste el trabajo? —dice Lynn—. No eres tan especial.

—Fue más por el lugar donde yo estaba después del ataque de Simulación. Precisamente en un grupo de traidores Intrepidez. Decidí ir por ello —dice—. No estoy seguro sobre Tori, sin embargo.

—Ella fue Transferida de Sabiduría —digo.

Lo que no digo, porque estoy segura de que ella no querría que todo el mundo supiera, es que Tori probablemente parecía a punto de explotar en la sede de Sabiduría porque asesinaron a su hermano por ser Divergente.

Una vez me dijo que estaba esperando por una oportunidad para tomar venganza.

—Oh —dice Zeke—. ¿Cómo sabes eso?

—Bueno, todos los Transferidos de Facciones tienen un club secreto —digo, recostándome en mi silla—. Nos reunimos cada tercer jueves.

Zeke resopla.

—¿Dónde está Cuatro? —dice Uriah, revisando su reloj—. ¿Deberíamos comenzar sin él?

—No podemos —dice Zeke—. Él esta consiguiendo la información.

Uriah asiente con la cabeza como si eso significara algo. Luego se detiene y dice:

—¿Qué información, otra vez?



—La información sobre la planificación de la pequeña reunión de Kang con Jeanine —dice Zeke—. Obviamente.

Al otro lado de la sala, veo a Christina sentada en una mesa con su hermana. Las dos están leyendo algo.

Todo mi cuerpo se tensa. Cara, la hermana mayor de Will, está caminando a través de la sala hacia la mesa de Cristina. Bajo la cabeza.

—¿Qué? —dice Uriah mirando sobre su hombro. Quiero darle un puñetazo.

—¡Detente! —digo—. ¿Podrías ser mas obvio? —Me inclino hacia delante, cruzando mis brazos en la mesa—. La hermana de Will esta allá.

—Si, hablé con ella sobre escapar de Sabiduría una vez, mientras yo estaba allí —dice Zeke—. Dijo que vio a una mujer Abnegación morir mientras estaba en una misión para Jeanine y no pudo aguantar más.

—¿Estamos seguros de que ella no es solo un espía de Sabiduría? —dice Lynn.

—Lynn, ella salvó a la mitad de nuestra Facción de esta cosa —dice Marlene, tocando el vendaje de su brazo donde los traidores Intrepidez le dispararon—. Bueno, la mitad de la mitad de nuestra Facción.

—En algunos círculos le llaman a eso un cuarto, Mar —dice Lynn.

—De cualquier forma, ¿A quién le importa si es una traidora? —dice Zeke—. No estamos planeando sobre nada que ella pueda informarles. Y ciertamente no la incluiríamos si nosotros fuéramos hacer algo así.

—Hay un montón de información para ella reunida aquí —dice Lynn—. Cuántos de nosotros somos, por ejemplo, o cuántos de nosotros no están conectados por las simulaciones.

—Tu no la viste cuando estaba diciéndome por qué se fue —dice Zeke—. Le creo.

Cara y Christina se han levantado y están caminando fuera de la sala.

—Ya vuelvo —digo—. Tengo que ir al baño.

Espero hasta que Cara y Christina han pasado por las puertas, luego mitad camino, mitad corro en esa dirección. Abro una de las puertas despacio, así no hace ningún ruido, y la cierro lentamente detrás de mí.



Estoy en un pasillo oscuro que huele como basura; esto debe ser donde Sinceridad bota la basura.

Oigo dos voces femeninas alrededor de la esquina y me arrastro hacia el final del pasillo para escuchar mejor.

—...Sólo no puedo manejar que ella este aquí —una de ellas solloza. *Christina*—. No puedo dejar de imaginarme... lo que hizo... ¡No entiendo cómo pudo haber hecho eso!

Los sollozos de Christina me hacen sentir como que estoy a punto de resquebrajarme.

Cara toma su tiempo en responder.

—Bueno, yo sí —dice ella.

—¿Qué? —dice Christina con un hipo.

—Tienes que entender; estamos capacitados para ver las cosas de la manera más lógica posible —dice Cara—. No pienso que sea insensible. Pero esa chica estaba probablemente muerta de miedo, ciertamente incapaz de evaluar la situación inteligentemente en el momento, si alguna vez estuvo en condiciones de hacerlo.

Mis ojos se abrieron. ¿*Qué?* Corro a través de una breve lista de insultos en mi mente antes de escucharla continuar.

—Y la simulación la hizo incapaz de razonar con él, así que cuando él amenazó su vida, ella reaccionó como había sido entrenada a reaccionar por Intrepidez: disparar a matar.

—¿Qué estás diciendo? —dice Christina amargamente—. ¿Sólo debemos olvidarlo porque tiene sentido?

—Por supuesto que no —dice Cara. Su voz tiembla, solo un poco, y repite, tranquilamente esta vez—. Por supuesto que no.

Se aclara la garganta. —Es sólo que tienes que estar alrededor de ella, y quiero que sea más fácil para ti. No tienes que perdonarla. En realidad, no estoy segura de por qué eras amiga de ella en primer lugar; siempre me pareció un poco errática.

Me tensó mientras espero que Christina esté de acuerdo con ella, pero para mi sorpresa, y alivio, ella no lo hace.

Cara continúa. —De todas formas. No tienes que perdonarla, pero debes tratar de entender que lo que hizo no fue con mala intención, sino que



estaba en pánico. De este modo, puedes mirarla sin esperar darle un puñetazo en su nariz excepcionalmente larga.

Mis manos se mueven automáticamente a mi nariz. Christina ríe un poco, lo que se siente como un fuerte codazo en el estómago. Vuelvo a través de la puerta al Punto de Reunión.

A pesar de que Cara fue grosera, y el comentario de la nariz fue un golpe bajo, estoy muy agradecida por lo que dijo.



Tobias emerge de una puerta escondida detrás de un trozo de tela blanca. Empuja la tela lejos de su camino con irritación antes de llegar a nosotros y sentarse a mi lado en la mesa en el Punto de Reunión.

—Kang va a reunirse con un representante de Jeanine Matthews a las siete de la mañana —dice.

—¿Un representante? —dice Zeke—. ¿No viene ella misma?

—Sí, ¿y estar a la intemperie donde un manojito de personas enojadas con armas le pueda apuntar? —Uriah sonríe un poco—. Me gustaría verla intentándolo. No, realmente, podría.

—¿Está Kang el Brillante tomando un escolta Intrepidez, por lo menos? —dice Lynn.

—Sí —dijo Tobias—. Algunos de los antiguos miembros se ofrecieron voluntarios. Pero dijo que iba a mantener sus oídos abiertos e informarme.

Lo miré con el ceño fruncido. ¿Cómo sabe toda esta información? ¿Y por qué, después de dos años evitando convertirse en un líder Intrepidez a toda costa está de repente actuando como uno?

—Así que supongo que la verdadera pregunta es —dice Zeke, cruzando sus manos sobre la mesa—, si fueras Sabiduría, ¿qué dirías en esta reunión?

Todos me miran. Con expectación.

—¿Qué? —digo.

—Tú eres Divergente —responde Zeke.



—Así como Tobias.

—Si, pero él no tiene aptitud para Sabiduría.

—¿Y cómo sabes que yo lo hago?

Zeke levanta sus hombros. —Parece probable. ¿No parece probable?

Uriah y Lynn asienten con la cabeza. Los labios de Tobias se mueven, como en una sonrisa, pero si eso es lo que era, la reprime. Siento como si una piedra sólo cae en mi estómago.

—Todos ustedes tenían un cerebro funcional, la última vez que me fije —digo—. Pueden pensar como Sabiduría también.

—¡Pero no tenemos cerebros Divergentes especiales! —dice Marlene. Ella toca con la punta de sus dedos mi cuero cabelludo y presiona ligeramente—. Vamos, haz tu magia.

—No hay tal cosa como la magia Divergente Mar —dice Lynn.

—Y si la hay, no deberíamos estar consultándolo —dice Shauna. Es la primera cosa que ha dicho desde que nos sentamos. Ni siquiera me mira cuando lo dice; ella solo le frunce el ceño a su hermana menor.

—Shauna... —comienza Zeke.

—¡Nada de “Shauna” —dice ella, centrando su ceño fruncido en él en su lugar—. ¿No crees que alguien con la aptitud para múltiples Facciones podría tener un problema de lealtad? Si ella tiene aptitud para Sabiduría, ¿Cómo podemos estar seguros de que no está trabajando para Sabiduría?

—No seas ridícula —dice Tobias en voz baja.

—No estoy siendo ridícula —Ella golpea la mesa—. Yo sé que pertenezco a Intrepidez porque todo lo que hice en la prueba de aptitud me lo dijo. Soy leal a mi Facción por esa razón, porque no hay ningún otro lugar de dónde yo podría ser. ¿Pero ella? ¿Y tú? —Agita su cabeza—. No tengo idea de quién de ustedes es leal. Y yo no voy a pretender que todo está bien.

Se levanta, y cuando Zeke la alcanza, ella tira la mano lejos, marchando hacia una de las puertas. La miro hasta que la puerta se cierra detrás de ella y la tela negra que cuelga frente a ellas se arregla.

Me siento furiosa, como si pudiera gritar, solo que Shauna no está aquí para gritarle.



—No es magia —digo con vehemencia—. Sólo tienes que preguntarte cuál es la respuesta más lógica en una situación particular.

Soy recibida por miradas perdidas.

—En serio —digo—. Si estuviera en esa situación, mirando fijamente a un grupo de guardias Intrepidez y Jack Kang, probablemente no recurriría a la violencia, ¿Correcto?

—Bueno, puedes, si tenías tus propios guardianes Intrepidez. Y luego todo lo que te toma es un disparo, *bam*, él está muerto, y mejor de Sabiduría —dice Zeke.

—Quien sea a quien envíen a hablar con Jack Kang no va a ser un chico Sabiduría cualquiera; va a ser alguien importante —digo—. Sería un movimiento estúpido disparar contra Jack Kang y un riesgo de perder a quien sea que envíen como representante de Jeanine.

—¿Ves? Ese es el por qué te necesitamos para analizar la situación —dice Zeke—. Si fuera yo, lo habría matado; valdría la pena el riesgo.

Me pellizco el puente de la nariz. Ya tengo un dolor de cabeza. —Bien.

Trato de ponerme en el lugar de Jeanine Matthews. Ya sé que no va a negociar con Jack Kang. ¿Por qué necesitaría eso? Él no tiene nada que ofrecerle. Ella va a usar la situación a su favor.

—Creo —digo—, que Jeanine Matthews va a manipularlo. Y que él hará cualquier cosa para proteger a su Facción, incluso si eso significa sacrificando a Divergentes. —Hago una pausa por un momento, recordando como él mantuvo la influencia de su Facción sobre nuestras cabezas en la reunión—. O sacrificar a Intrepidez. Así que necesitamos escuchar qué dicen en esa reunión.

Uriah y Zeke intercambian una mirada. Lynn sonríe, pero no es su sonrisa de siempre. No llega a sus ojos, que se ven más como el oro que nunca, con esa frialdad en ellos.

—Así que vamos a escuchar —dice ella.



## CAPÍTULO 20

*Traducido por Azuloni.  
Corregido por Monicab*

**M**iro el reloj. Son las siete de la tarde. A sólo doce horas hasta que podamos escuchar lo que Jeanine tiene que decirle a Jack Hang. He comprobado mi reloj al menos una docena de veces en la última hora, como si eso hiciese que el tiempo pase más rápido. Tengo ganas de hacer algo, cualquier cosa excepto sentarme en la cafetería con Lynn, Tobias y Lauren, recogiendo mi cena y mirando a escondidas a Christina, que se sienta con su familia Sinceridad en una de las otras mesas.

—Me pregunto si seremos capaces de volver a las viejas formas, después de que todo esto haya terminado —dice Lauren.

Ella y Tobias han estado hablando de los métodos de entrenamiento para los Iniciados Intrepidez por lo menos durante cinco minutos ya. Es probablemente la única cosa que tienen en común.

—Si hay alguna Facción que quede después que todo esto haya terminado —dice Lynn, apilando su puré de patatas sobre un panecillo.

—No me digas que te vas a comer un sándwich de puré de patatas —le digo.

—¿Y qué si lo hago?

Un grupo de Intrepidez camina entre las mesas y se acercan a nosotros. Son mayores que Tobias, pero no por mucho. Una de las chicas tiene cinco colores diferentes en el pelo y los brazos están cubiertos con tatuajes de manera que no puedo ver ni un centímetro de la piel desnuda.

Uno de los chicos se inclina cerca de Tobias, y le susurra “Cobarde”, mientras pasa.

Algunos de los otros hacen lo mismo, silban “Cobarde” en los oídos de Tobias y luego continúan su camino. Él se para con su cuchillo contra un pedazo de pan, un pegote de mantequilla esperando ser esparcido, y mira fijamente a la mesa.

Espero, tensa, a que él explote.





—Qué idiotas —dice Lauren—. Y los Sinceridad, por hacer que cuentes la historia de tu vida para que todo el mundo pueda verlo... son idiotas también.

Tobias no responde. Él baja el cuchillo y el trozo de pan, y los empuja hacia atrás en la mesa. Sus ojos se levantan y se centran en algo a través de la habitación.

—Esto tiene que parar —dice distante, y se dirige hacia lo que sea que está mirando antes de que pueda averiguar lo que es. Esto no puede ser bueno.

Él se desliza entre las mesas y la gente como si fuese más líquido que sólido, y yo tropiezo detrás de él, murmurando disculpas al empujar a la gente a un lado.

Y luego veo exactamente hacia dónde se dirige Tobias. Marcus. Está sentado con unos pocos de los adultos de Sinceridad.

Tobias llega y lo agarra por la parte posterior del cuello, arrancándolo de su asiento. Marcus abre la boca para decir algo, lo que es un error, porque Tobias le golpea duro en los dientes. Alguien grita, pero nadie se apresura a ayudar a Marcus. Estamos en una habitación llena de Intrepidez, después de todo.

Tobias empuja a Marcus hacia el centro de la habitación, donde hay un espacio entre las mesas para revelar el símbolo de Sinceridad.

Marcus se tropieza con uno de los escalones, con las manos cubriéndole la cara, así que no puedo ver el daño que le ha hecho Tobias.

Tobias empuja a Marcus al suelo y presiona el talón de su zapato en la garganta de su padre.

Marcus golpea a Tobias en la pierna, sangre fluyendo entre sus labios, pero incluso si estuviese en su mejor momento, todavía no sería tan fuerte como su hijo. Tobias deshace la hebilla de su cinturón y lo desliza entre las presillas.

Levanta el pie de la garganta de Marcus y señala al cinturón.

—Esto es por tu propio bien —dice.

Eso, recuerdo, es lo que Marcus y sus múltiples manifestaciones, siempre le dicen a Tobias en su pasaje del miedo.

A continuación, el cinturón vuela por el aire y golpea a Marcus en el brazo.



La cara de Marcus es de color rojo brillante, y se cubre la cabeza cuando el siguiente golpe cae, éste le golpea en la espalda. Todos a mí alrededor ríen, provenientes de las mesas de Intrepidez, pero no me estoy riendo, me es imposible.

Finalmente llego a mis sentidos. Corro hacia adelante y agarro el hombro de Tobias.

—¡Detente! —le digo—. Tobias, ¡detente ahora mismo!

Espero ver una mirada salvaje en sus ojos, pero cuando él me mira, no está. Su rostro está vacío y sus respiraciones son constantes. Esto no es un acto realizado en el calor de la cólera, enfado, disgusto.

Es un acto calculado.

Deja caer el cinturón y busca en su bolsillo. Saca una cadena de plata con un anillo colgando de ella.

Marcus está de lado, jadeando. Tobias tira el anillo en el suelo junto al rostro de su padre. Está hecho de metal deslucido, sin brillo, un anillo de bodas de Abnegación.

—Mi madre —dice Tobias—. Te manda saludos.

Tobias se aleja, y tardo unos pocos segundos en volver a respirar. Cuando lo hago, dejo a Marcus encogido en el suelo y corro detrás de él. Me lleva llegar hasta el pasillo para alcanzarle.

—¿Qué ha sido eso? —exijo.

Tobias presiona el botón *ABAJO* del ascensor y no me mira.

—Era necesario —dice.

—¿Necesario para qué? —le digo.

—¿Qué, sientes pena por él ahora? —dice Tobias, volviéndose hacia mí con el ceño fruncido—. ¿Sabes cuántas veces me lo hizo él a mí? ¿Cómo crees que aprendí los movimientos?

Me siento frágil, como si pudiese quebrarme. Parecía ensayado, como si Tobias hubiese repasado los pasos en su mente, recitando las palabras frente a un espejo. Él se lo sabía de memoria, sólo que en esta ocasión estaba jugando la otra parte.

—No —digo en voz baja—. No, no siento pena por él, en absoluto.



—¿Entonces qué pasa, Tris? —Su voz es áspera, podría ser la cosa que haga que me quiebre—. No te has preocupado acerca de lo que he hecho o dicho durante la pasada semana; ¿Cuál es la diferencia?

Casi tengo miedo de él. No sé qué decir o hacer alrededor de la parte errática de él, y aquí esta, hirviendo justo debajo de la superficie, al igual que mi parte cruel. Los dos tenemos una guerra dentro de nosotros. A veces nos mantiene vivos. A veces, amenaza con destruirnos.

—Nada —le digo.

El ascensor hacer un pitido cuando llega. Él entra, y pulsa el botón *CERRAR* para que las puertas se cierren entre nosotros. Me quedo mirando el metal pulido, tratando de pensar sobre los últimos diez minutos.

“Esto tiene que parar” ha dicho. “Esto” eran las burlas, lo cual era el resultado de los interrogatorios, donde él admitió que se unió a Intrepidez para escapar de su padre. Y luego le dio una paliza a Marcus en público, donde todos los Intrepidez podían verlo.

¿Por qué? ¿Para salvar su orgullo? No puede ser. Es algo demasiado intencionado para eso.

En mi camino de regreso a la cafetería, veo a un hombre de Sinceridad llevando a Marcus hacia el baño. Camina lentamente, pero no está encorvado, lo que me hace pensar que Tobias no le hizo ningún daño serio. Miro como la puerta se cierra detrás de él.

Me había olvidado de lo que había oído en el recinto de Concordia, sobre la información por la que mi padre arriesgó su vida. Supuestamente, me recuerdo a mí misma. Puede que no sea sabio confiar en Marcus. Y yo me prometí que no iba a preguntar acerca de él otra vez.

Pierdo el tiempo fuera del baño, hasta que el hombre Sinceridad sale, y luego pongo el pie antes de que la puerta tenga la oportunidad de cerrarse correctamente. Marcus está sentado en el suelo al lado del fregadero con un fajo de toallas de papel pegadas a la boca. No parece contento de verme.

—¿Qué, estás aquí para regodearte? —dice—. Fuera de aquí.

—No —le digo.

¿Por qué estoy aquí, exactamente?



Él me mira expectante.

—¿Y bien?

—He pensado que podrías utilizar un recordatorio —le digo—. Sea lo que sea que desees obtener de Jeanine, no serás capaz de hacerlo solo, y no vas ser capaz de hacerlo tan sólo con Abnegación como ayuda.

—Pensaba que estábamos haciéndolo. —Su voz está ahogada por las toallas de papel—. La idea de que ustedes podrían ayudar...

—No sé de dónde sacas la ilusión de que soy inútil, pero eso es lo que es —chasquéé—. Y no estoy interesada en escuchar acerca de ello. Todo lo que quiero decirte es que cuando dejes de delirar y comiences a sentirte desesperado porque eres demasiado inepto para resolver esto por tu cuenta, ya sabes a dónde tienes que ir.

Le dejo el cuarto de baño justo cuando el hombre Sinceridad vuelve con una bolsa de hielo.



# CAPÍTULO 21

Traducido por *Yosbe*  
Corregido por *Monicab*

**M**e voy hacia los lavabos en el baño de las mujeres en el piso recién reclamado de Intrepidez, con una pistola apoyada en mi palma.

Lynn la puso ahí hace unos minutos, parecía confundida de que no envuelva mi mano alrededor de ella y la ponga en algún lugar, en una funda o debajo de la cinturilla de los vaqueros. Sólo dejo que se quede allí, y camino al baño antes de empezar a entrar en pánico.

*No seas idiota.* No puedo proponerme a hacer lo que estoy haciendo sin un arma. Sería una locura. Así que tendré que resolver este problema que he tenido en los próximos cinco minutos.

Hundo mi dedo meñique alrededor del mango, luego mi segundo dedo, y luego los demás. El peso es familiar. Mi dedo índice se desliza alrededor del gatillo. Libero el aliento.

Empiezo a levantarla, llevando mi mano izquierda a encontrarse con la derecha para estabilizarla. Alejo el arma de mi cuerpo, mis brazos rectos, así como Cuatro me enseñó, cuando ese era su único nombre. Usé un arma como esta para defender a mi padre y a mi hermano de los sometidos bajo simulación de Intrepidez. La usé para impedir que Eric le disparara a Tobias en la cabeza. No es intrínsecamente malo. Es sólo una herramienta.

Veo un destello de movimiento en el espejo, y antes de que me pueda parar, me quedo mirando mi reflejo. Así es como le parecía a él, creo. Así es como lucía cuando le disparé.

Gimiendo como un animal herido, dejo caer el arma de las manos y envuelvo mis brazos alrededor de mi estómago. Quiero llorar porque sé que me hará sentir mejor, pero no puedo obligar a las lágrimas a salir. Acabo de cuclillas en el baño, mirando las baldosas blancas. No puedo hacerlo. No puedo tomar el arma conmigo. Yo ni siquiera debería ir, pero todavía lo voy a hacer.

—¿Tris? —Alguien me toca. Me levanto y descruzo los brazos mientras la puerta se abre unos pocos centímetros. Tobias entra a la habitación.



—Zeke y Uriah me dijeron que ibas a espiar a Jack —dice.

—Oh.

—¿Lo vas a hacer?

—¿Por qué debería decirte? Tú no me cuentas acerca de tus planes.

Sus cejas rectas se arrugan.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de darle a Marcus una buena paliza frente a todo Intrepidez, sin razón aparente. —Doy un paso hacia él—. Pero hay una razón, ¿no es así? Porque no es como que tú pierdas el control; no es que él haya hecho algo para provocarte, ¡así que tiene que haber una razón!

—Necesitaba probarle a Intrepidez que no soy un cobarde —dice él—. Eso es todo. Eso fue todo.

—¿Por qué necesitarías... —comienzo.

¿Por qué Tobias necesita probarse a sí mismo con los Intrepidez?

Sólo si él quería que lo tuvieran en alta estima. Sólo si quiere convertirse en un líder de Intrepidez. Recuerdo la voz de Evelyn, hablando en las sombras en la casa de seguridad de los Sin Facción:

—*Lo que estoy sugiriendo es que te conviertas en importante.*

Él quiere que los de Intrepidez se unan con los Sin Facción, y sabe que la única manera en la que puede hacer que pase es hacerlo él mismo.

Por qué no sentía la necesidad de compartir este plan conmigo es otro misterio completamente. Antes de que pueda preguntar, dice:

—¿Entonces vas a espiar o no?

—¿Qué importa?

—Te estás arrojando al peligro sin razón alguna —dice él—. Al igual que cuando irrumpiste para luchar contra los Sabiduría con sólo una... una navaja de bolsillo para protegerte.



—Hay una razón. Una buena razón. No sabremos qué está pasando al menos que espiemos, y necesitamos saber qué pasa.

Cruza los brazos. Él no es voluminoso, de la forma en que algunos chicos Intrepidez lo son. Y algunas chicas podrían centrarse en la forma en que sus orejas sobresalen, o la forma de su nariz ganchosa al final, pero para mí...

Me trago el resto de ese pensamiento. Él está aquí para gritarme.

Me está ocultando cosas. Donde sea que estamos ahora, no puedo disfrutar de pensamientos acerca de lo atractivo que es. Solo hará más difícil para mí hacer lo que hay que hacer. Y ahora mismo, eso es escuchar lo que Jack Kang tiene que decir a los de Sabiduría.

—No te estás cortando el cabello como los Abnegación ya —digo—. ¿Eso es porque quieres ser más Intrepidez?

—No cambies el tema —dice—. Hay cuatro personas más que ya van a espiar. No necesitas estar allí.

—¿Por qué eres tan insistente en que me quede en casa? —Mi voz se vuelve más alta—. ¡No soy la clase de persona que solo se sienta atrás y deja que otras personas tomen todo el riesgo!

—Mientras seas una persona que no ve el valor de su propia vida... alguien que ni siquiera puede tomar un arma... —Se inclina hacia mí—. Deberías sentarte y dejar que otras personas tomen el riesgo.

Su voz tranquila pulsa a mí alrededor como un segundo latido del corazón. Escucho las palabras “no ve el valor de su propia vida” una y otra vez.

—¿Qué vas a hacer? —digo—. ¿Encerrarme en el baño? Porque es la única manera que podrías evitar que vaya.

Toca su frente y deja que su mano se arrastre hacia abajo al lado de su cara. Nunca he visto su cara ceder de esa manera antes.

—No quiero detenerte. Quiero que tú te detengas —dice—. Pero si vas a ser imprudente, no puedes evitar que vaya contigo.

Todavía está oscuro, pero por poco tiempo, cuando llegamos al puente, que es de dos niveles, con pilares de piedra en cada esquina. Bajamos las escaleras junto a uno de los pilares de piedra y nos desplazamos



silenciosamente al nivel del río. Grandes charcos de agua estancada brillaban mientras la luz del día los golpeaba. El sol está saliendo, tenemos que llegar a la posición.

Uriah y Zeke se encuentran en los edificios a ambos lados del puente para poder tener una mejor vista y cubrirnos desde la distancia. Tienen mejor puntería que Lynn o Shauna, quien vino porque Lynn le pidió que lo hiciera, a pesar de su explosión en el lugar de encuentro.

Lynn va de primero, la espalda pegada a la piedra mientras avanza poco a poco a lo largo del borde inferior de los soportes del puente. La sigo, con Shauna y Tobias detrás de mí. El puente se apoya en cuatro estructuras metálicas curvas que lo sujetan a la pared de piedra, y por un laberinto de estrechas vigas debajo de su nivel más bajo. Lynn se mantiene en una de las estructuras de metal y sube rápidamente, manteniendo las vigas estrechas por debajo de ella mientras hace su camino hacia la mitad del puente.

Dejo a Shauna ir por delante de mí porque no puedo subir tan bien. Mi brazo izquierdo se sacude mientras trato de equilibrarme en la parte superior de la estructura metálica. Siento la fría mano de Tobias en mi cintura, sujetándome.

Me agacho para encajar en el espacio entre la parte inferior del puente y las vigas debajo de mí. No llego muy lejos antes de tener que parar, mis pies están sobre una viga y el brazo izquierdo en otro. Y voy a tener que permanecer así durante mucho tiempo.

Tobias se desliza a lo largo de una de las vigas y pone la pierna debajo de mí. Es lo suficientemente larga para estirarse debajo de mí hacia una segunda viga. Exhalo y le sonrío como una especie de agradecimiento. Es la primera vez que nos reconocemos el uno al otro desde que salimos de *Merciless Mart*.

Él me devuelve la sonrisa, pero sombríamente.

Esperamos el momento oportuno en silencio. Respiro por la boca y trato de controlar el temblor de mis brazos y piernas. Shauna y Lynn parecen comunicarse sin hablar. Ellos se hacen las caras el uno al otro que no sé interpretar, y asienten y sonríen cuando llegan a un entendimiento. Nunca he pensado en cómo sería tener una hermana. ¿Caleb y yo seríamos más cercanos si él fuera una chica?

La ciudad esta tan tranquila en la mañana que los pasos hacen eco cuando se acercan al puente. El sonido viene de detrás de mí, que debe significar que Jack y su escolta Intrepidez, no de Sabiduría, han





llegado. El de Intrepidez sabe que estamos aquí, aunque el propio Jack Kang no lo hace.

Si se queda mirando hacia abajo por más de unos segundos, nos puede ver a través de la malla metálica debajo de sus pies. Trato de respirar lo más silenciosamente posible.

Tobias mira su reloj, y luego extiende su brazo hacia mí para mostrarme el tiempo. Siete en punto.

Volteo hacia arriba y miro con atención a través de la red de acero por encima de mí.

Pies pasan por encima de mi cabeza. Y entonces lo oigo.

—Hola, Jack —dice él.

Es Max, quien nombró a Eric al liderazgo de Intrepidez a petición de Jeanine, quien implementó las políticas de la crueldad y la brutalidad en el inicio de la Iniciación de Intrepidez. Nunca he hablado con él directamente, pero el sonido de su voz me hace temblar.

—Max —dice Jack—. ¿Dónde está Jeanine? Pensé que por lo menos tendría la cortesía de mostrarse por aquí.

—Jeanine y yo nos dividimos nuestras responsabilidades de acuerdo con nuestras fuerzas —dice—. Lo que significa que yo tomaré todas las decisiones militares. Eso incluye lo que vamos a hacer hoy.

Frunzo el ceño. No había escuchado a Max hablar mucho, pero algo acerca de las palabras que estaba usando, y su ritmo, sonaban... apagados.

—Bien —dice Jack—. Vine a...

—Debería informarte que esto no será una negociación —dice Max—. Con el fin de negociar, tienes que estar al mismo nivel de igualdad, y tú, Jack, no lo estas,

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que eres la única Facción desechable. Sinceridad no nos proporciona protección, sustento, o innovación tecnológica. Por lo tanto, son prescindibles para nosotros. Y tú no has hecho mucho para ganarte el favor de tus invitados de Intrepidez —dice Max—. Por lo que estás



completamente vulnerable y completamente inútil. Te recomiendo, por tanto, que hagas exactamente lo que yo digo.

—Pedazo de basura —dice Jack con los dientes apretados—. ¿Cómo te atreves...?

—Ahora no nos pongamos de mal genio —dice Max.

Me muerdo el labio. Debo confiar en mis instintos y mis instintos me dicen que algo anda mal aquí. Ningún hombre que se respete a sí mismo de Intrepidez diría la palabra “mal genio”. Tampoco iba a reaccionar con tanta calma a un insulto. Él está hablando como alguien más. Él está hablando como Jeanine.

La parte de atrás de mi cuello hormiguea. Tiene perfecto sentido.

Jeanine no confiaría en nadie, especialmente en un volátil Intrepidez, para hablar en su nombre. La mejor solución a este problema es dar a Max un auricular. Y la señal de un audífono puede llegar sólo a medio kilómetro a lo sumo.

Capto la atención de Tobias, y lentamente muevo la mano para apuntar a mi oído. Luego apunto por encima de mí, en mi mejor aproximación de donde Max se encuentra.

Tobias frunce el ceño por un momento, luego asiente, pero no estoy segura de si me entiende.

—Tengo tres solicitudes —dice Max—. En primer lugar, que regreses al líder de Intrepidez que actualmente tienes en cautiverio ileso. En segundo lugar, que permitas que tu recinto sea revisado por nuestros soldados para que podamos extraer los Divergentes, y tercero, que nos proporciones los nombres de aquellos que no fueron inyectados con el suero de simulación.

—¿Por qué? —Jack dice con amargura—. ¿Qué estás buscando? ¿Y por qué necesitas esos nombres? ¿Qué intentas hacer con ellos?

—El propósito de nuestra búsqueda sería localizar y capturar cualquier Divergente de los edificios. Y en cuanto a los nombres, no es de tu incumbencia.

—¡No es de mi incumbencia! —Oigo pasos rechinar por encima de mí y miro a través de la malla. De lo que puedo ver, Jack tiene el cuello de la camisa de Max envuelto alrededor de su puño.



—Suéltame —dice Max—. U ordenaré a mis guardias disparar.

Frunzo el ceño. Si Jeanine está hablando a través de Max, ella tiene que poder ver para saber qué lo está agarrando. Me inclino hacia adelante para ver los edificios del otro lado del puente. A mi izquierda, el río se curva, y un edificio de cristal se sitúa en el borde. Allí debe ser donde está.

Comienzo a subir hacia atrás, hacia la estructura metálica donde se apoya el puente, hacia la escalera que me conducirá a *Wacker Drive*. Tobias me sigue inmediatamente, y Shauna da un toque a Lynn en el hombro. Pero Lynn hace algo más.

Estaba demasiado ocupada pensando en Jeanine. No me di cuenta de que Lynn sacó su arma y comenzó a subir hacia el borde del puente. La boca de Shauna se abre y pone los ojos como platos, mientras Lynn se balancea hacia adelante, agarrando el borde del puente, y empuja el brazo sobre ella. Su dedo aprieta el gatillo.

Max jadea, con la mano poniéndola sobre el pecho y da un traspié hacia atrás. Cuando aleja su mano, está oscura con sangre.

No me molesto en subir más. Me dejo caer en el barro, seguida de cerca por Tobias, Lynn, y Shauna. Mis piernas se hunden en el fango, y mis pies hacen ruidos de absorción mientras tiro de ellos. Mis zapatos se resbalan pero sigo adelante hasta llegar al concreto. Armas y balas de fuego se clavan en el barro junto a mí. Me lanzo contra la pared bajo el puente para que no puedan darme.

Tobias se presiona en la pared detrás de mí, tan cerca que la barbilla flota sobre mi cabeza y puedo sentir su pecho contra mis hombros. Escudándome.

Puedo correr de nuevo a la sede de Sinceridad, y estar temporalmente segura. O puedo encontrar a Jeanine en lo que es, probablemente, el estado más vulnerable en el que estaría.

Ni siquiera es una elección.

—¡Vamos! —digo. Subo las escaleras, los demás en mis talones. En el nivel inferior del puente, nuestros Intrepidez le disparan a los traidores Intrepidez. Jack está a salvo, inclinado con un brazo colgando de un Intrepidez a la espalda. Corro más rápido. Corro a través del puente y no miro detrás de mí. Ya puedo oír los pasos de Tobias. Él es el único que puede estar a mi altura.



El edificio de cristal está a la vista... Y entonces oigo más pasos, más disparos. Me muevo de un lado a otro mientras corro, para que sea más difícil para los traidores Intrepidez pegarme.

Estoy cerca del edificio de vidrios. Estoy a metros de distancia. Aprieto los dientes y me impulso más fuerte hacia delante. Mis piernas están entumecidas; apenas siento el suelo debajo de mí. Pero antes de que alcance las puertas, veo movimiento en el pasillo a mi derecha. Me desvío bruscamente y los sigo.

Tres figuras corren por el pasillo. Una es rubia. Otra es alta. Y otra es Peter. Me tropiezo, y casi caigo.

—¡Peter! —grito. Levanta su arma, y detrás de mí, Tobias levanta la suya, y nos quedamos parados solo metros de distancia uno del otro, en un punto muerto. Detrás de él, la mujer rubia, Jeanine, probablemente, y el alto traidor de Intrepidez giran en una esquina.

A pesar de que no tengo un arma, y no tengo un plan, quiero correr detrás de ellos, y quizá lo hubiese hecho si Tobias no hubiese puesto una mano sobre mi pecho y me detuviera allí.

—Tú, traidor —le digo a Peter—. Lo sabía. Lo sabía.

Un grito atraviesa el aire. Es angustioso y de mujeres.

—Parece que tus amigas te necesitan —dice Peter con el asomo de una sonrisa, o con dientes al descubierto, es difícil decirlo. Mantiene su arma estable—. Entonces tienen una elección, nos pueden dejar ir, y ayudarlas, o pueden morir tratando de seguirnos.

Casi grito. Los dos sabemos qué voy a hacer.

—Espero que mueras —digo.

Me resguardo en Tobias, que se resguarda conmigo, hasta llegar al final del callejón, y luego damos la vuelta y corremos.



## CAPÍTULO 22

Traducido por carmen170796

Corregido por LizC

Shauna yace en el piso, boca abajo, la sangre manchando su blusa, Lynn se agacha a su lado. Mirando. Sin hacer nada.

—Es mi culpa —masculla Lynn—. No debí haberle disparado. No debí haberle...

Me quedo mirando la mancha de sangre. Una bala la golpeó en la espalda. No puedo decir si está respirando o no. Tobias coloca dos dedos en un lado de su cuello, y asiente.

—Tenemos que salir de aquí —dice—. Lynn. Mirame. Voy a cargarla, y le va a doler un montón, pero es la única opción.

Lynn asiente. Tobias se agacha a lado de Shauna y pone sus manos bajo sus brazos. Él la levanta, y ella gime. Me apresuro a ayudarlo a poner su flácido cuerpo sobre su hombro. Mi garganta se cierra, y tengo que toser para aliviar la presión.

Tobias se pone de pie con un gruñido de esfuerzo, y juntos caminamos hacia el Merciless Mart; Lynn de primera, con su arma, y yo de última. Camino de espaldas para observar detrás de nosotros, pero no veo a nadie. Creo que los traidores Intrepidez se marcharon. Pero tengo que asegurarme.

—¡Oye! —grita alguien. Es Uriah, trotando hacia nosotros—. Zeke tenía que ayudarlos a conseguir que Jack... oh no —Se detiene—. Oh no. ¿Shauna?

—No es el momento —dice Tobias con dureza—. Corre de vuelta al *Merciless Mart* y consigue un doctor.

Pero Uriah sólo mira fijamente.

—¡Uriah! ¡Ve, ahora! —El grito suena ruidoso sin nada en la calle para suavizar el sonido de ello. Uriah finalmente se da la vuelta y sale corriendo en la dirección del Merciless Mart.

Sólo está a media milla de distancia, pero con los resoplidos de Tobias y la respiración irregular de Lynn y el saber que Shauna está



desangrándose, se siente interminable. Observo los músculos en la espalda de Tobias expandirse y contraerse con cada respiración fatigosa, y no escucho nuestras pisadas; sólo escucho el latido de mi corazón. Cuando finalmente llegamos a las puertas, siento como si fuera a vomitar, o desmayarme, o gritar a todo pulmón.

Uriah, un hombre de Sabiduría con un peinado estilo cortinilla, y Cara nos esperan dentro de la entrada. Ellos ponen una sábana para acostar a Shauna encima. Tobias la baja en ella, y los doctores empiezan a trabajar inmediatamente, cortando la blusa de la espalda de Shauna. Me doy la vuelta. No quiero ver la herida de bala.

Tobias está de pie frente a mí, su cara roja debido al esfuerzo. Quiero que me envuelva dentro de sus brazos otra vez, como hizo después del último ataque, pero no lo hace, y sé mejor como para iniciarlo.

—No voy a pretender saber que está pasando contigo —dice—. Pero si arriesgas tu vida insensatamente de nuevo...

—No estoy arriesgando mi vida insensatamente. Estoy tratando de hacer *sacrificios*, como mis papás habrían hecho, como...

—No eres como tus padres. Eres una chica de dieciséis años...

Aprieto mis dientes.

—¿Cómo te *atreves*...?

—... quien no entiende que el valor de un sacrificio yace en su *necesidad*, ¡no en desperdiciar tu vida! Y si haces eso de nuevo, tú y yo terminamos.

No estaba esperando que dijera eso.

—¿Me estás dando un ultimátum? —Trato de mantener mi voz baja para que así los otros no pueden escuchar.

Él sacude su cabeza.

—No, te estoy diciendo un hecho. —Sus labios son solo una línea—. Si te vuelves a arrojar al peligro sin ninguna razón, te convertirás en nada más que una adicta a la adrenalina de Intrepidez buscando el éxito, y no te voy a ayudar a hacerlo. —Espeta las palabras amargamente—. Amo a Tris la Divergente, quien toma decisiones aparte de la lealtad a su Facción, quien no es algún prototipo de alguna Facción. Pero la Tris que está tratando de destruirse a sí misma con todas sus fuerzas... no puedo amarla.



Quiero gritar. No porque esté enojada, sino porque tengo miedo de que él tenga razón. Mis manos tiemblan y agarro el dobladillo de mi blusa para estabilizarlas.

Él presiona su frente contra la mía y cierra sus ojos.

—Creo que todavía estas ahí dentro —dice contra mi boca—. Vuelve.

Me besa suavemente, y estoy demasiado sorprendida para detenerlo.

Él camina de vuelta a lado de Shauna, y me pongo de pie sobre una de las balanzas de Sinceridad en el lobby, confundida.



—Ha pasado tiempo.

Me dejo caer en una cama al otro lado de Tory. Ella está sentada, su pierna sostenida sobre una pila de almohadas.

—Sí, es cierto —digo—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran disparado. —Una sonrisa juguetea en sus labios—. Escuché que estás familiarizada con la sensación.

—Sí. Es genial, ¿cierto? —En todo lo que puedo pensar es la bala en la espalda de Shauna. Al menos Tori y yo nos recuperaremos de nuestras heridas.

—¿Descubriste algo interesante en la reunión con Jack? —dice.

—Unas cuantas cosas. ¿Sabes cómo podríamos hacer para convocar una junta de Intrepidez?

—Puedo hacer que pase. Una cosa acerca de ser tatuadora en Intrepidez es... que básicamente conoces a todo el mundo.

—Cierto —digo—. Además tienes el prestigio de ser una ex espía.

La boca de Tori se tuerce.

—Casi me había olvidado.

—¿Descubriste cosas interesantes? Me refiero, a como espía.



—Mi misión era primordialmente concentrarme en Jeanine Matthews.  
—Ella mira enfurecida sus manos—. Como pasaba sus días. Y, más importante aún, *dónde* los pasaba.

—¿Entonces no en su oficina?

Tori no responde al principio.

—Supongo que puedo confiar en ti, Divergente. —Me mira por el rabillo de su ojo—. Tiene un laboratorio privado en el nivel superior. Locas medidas de seguridad lo protegen. Estaba tratando de subir ahí cuando ellos se dieron cuenta de quién era.

—Estabas tratando de subir ahí —digo. Sus ojos revolotean lejos de los míos—. No para espirar, lo entiendo.

—Pensé que sería más... *conveniente* si Jeanine Matthews no sobrevivía mucho más tiempo.

Vi sed de venganza en su expresión, la misma que vi cuando ella me contó sobre su hermano en el cuarto trasero de la tienda de tatuajes. Antes del simulacro de ataque podría haberla llamado sed de justicia, o incluso venganza, pero ahora soy capaz de identificarla como sed de sangre. E incluso si bien me aterra, lo entiendo.

Lo cual debería aterrarme aún más.

Tori dice:

—Trabajaré en convocar esa reunión.



Los Intrepidez están reunidos en el espacio entre las filas de literas y las puertas, las cuales están cerradas por una sábana fuertemente envuelta, la mejor cerradura que Intrepidez pudo ingeniar. No tengo duda de que Jack Kang cederá ante las demandas de Jeanine. Ya no estamos seguros.

—¿Cuáles son los términos? —dice Tori. Ella está sentada en una silla entre unas cuantas literas, su pierna herida sobresale frente a ella. Le pregunta a Tobias, pero él no parece estar prestando atención. Está apoyado contra una de las literas, sus brazos cruzados, mirando el piso.

Aclaro mi garganta.





—Eran tres. Devolver a Eric a Sabiduría. Reportar los nombres de todos aquellos que no fueron inyectados la última vez. Y entregar a la Divergente a la sede de Sabiduría.

Miro a Marlene. Ella me devuelve la sonrisa con un poco de tristeza. Probablemente está preocupada por Shauna, quien todavía está con el doctor de Sabiduría. Lynn, Hector, sus padres, y Zeke están con ella.

—Si Jack Kang está negociando con Sabiduría, no nos podemos quedar aquí —dice Tori—. ¿Así que a dónde podemos ir?

Pienso en la sangre en la blusa de Shauna, y un rato en los huertos de Concordia, el sonido del viento en las hojas, la sensación de la corteza bajo mis manos. Nunca pensé que ansiaría ese lugar. No pensé que estaba en mí.

Cierro los ojos brevemente, y cuando los abro estoy de vuelta en la realidad, y Concordia es un sueño.

—Casa —dice Tobias, levantando su cabeza finalmente. Todos están escuchando—. Debemos recuperar lo que es nuestro. Podemos irrumpir las cámaras de seguridad en la sede de Intrepidez para que así los de Sabiduría no puedan vernos. Debemos ir a casa.

Alguien expresa su conformidad con un grito, y alguien más se une. Así es como las cosas en Intrepidez son decididas: con asentimientos y gritos. En estos momentos ya no parecemos individuos. Somos parte de la misma mente.

—Pero antes de que hagamos eso —dice Bud, quien una vez trabajó con Tori en la tienda de tatuajes y quien ahora está de pie con su mano en el respaldo de la silla de Tori—, necesitamos decidir qué hacer con Eric. Dejarlo quedarse aquí con los de Sabiduría, o ejecutarlo.

—Eric es de Intrepidez —dice Lauren, girando el aro en su labio con las yemas de sus dedos—. Eso significa que *nosotros* decidimos qué sucede con él. No Sinceridad.

Esta vez un grito sale de mi cuerpo voluntariamente, uniéndose con los otros en señal de acuerdo.

—Según las leyes de Intrepidez, sólo los líderes de Intrepidez pueden llevar a cabo una ejecución. Todos nuestros cinco ex líderes son traidores de Intrepidez —dice Tori—. Así que pienso que es tiempo de escoger nuevos. La ley dice que necesitamos más de uno, y necesitamos un número impar. Si tienen sugerencias, deben gritarlas ahora, y votaremos si necesitamos hacerlo.



—¡Tú! —grita alguien.

—Está bien —dice Tori—. ¿Alguien más?

Marlene acuna sus manos alrededor de su boca y grita—: ¡Tris!

Mi corazón late con fuerza. Pero para mi sorpresa, nadie murmura en desacuerdo y nadie ríe. En lugar de eso, unas cuantas personas asienten, al igual que hicieron cuando el nombre de Tori fue mencionado. Escaneo la multitud y encuentro a Christina. Ella está de pie con sus brazos cruzados, y no parece reaccionar a mi nominación en lo absoluto.

Me pregunto cómo me ven. Ellos deben ver a alguien que yo no veo. Alguien capaz y fuerte. Alguien que no puedo ser; alguien que podría ser.

Tori responde a Marlene con un asentimiento y escanea la multitud por otra recomendación.

—Harrison —dice alguien. No sé quién es Harrison hasta que alguien palmea a un hombre de mediana edad con una cola de caballo rubia en el hombro, y él sonríe. Lo reconozco, es el hombre de Intrepidez que me llamó “muchacha” cuando Zeke y Tori volvieron de la sede de Sabiduría.

Todos los Intrepidez están en silencio por un momento.

—Voy a nominar a Cuatro —dice Tori.

Aparte de unos cuantos murmullos enojados en la parte de atrás del cuarto, nadie discute. Ya nadie lo está llamando cobarde, no después de que venció a Marcus en la cafetería. Me pregunto cómo reaccionarían si supieran cuán calculado fue ese movimiento.

Ahora él puedo lograr exactamente lo que intentaba lograr. A menos que me interponga en su camino.

—Sólo necesitamos tres líderes —dice Tori—. Tendremos que votar.

Ellos nunca me habrían considerado si no hubiera detenido el simulacro de ataque. Y probablemente no me habrían considerado si no hubiera apuñalado a Eric en esos elevadores, o si no me hubiera puesto debajo de ese puente. Cuanto más temeraria me vuelvo, gozo de más simpatía de los Intrépidos.

Tobias me mira. No puedo gozar de la simpatía de los Intrépidos, porque él tiene razón, no soy Intrepidez; soy Divergente. Soy lo que sea que



escoja ser. Y no puedo escoger ser *esto*. Tengo que permanecer separada de ellos.

—No —digo. Aclaro mi garganta y lo digo más fuerte—. No, no tienen que votar. Rechazo mi candidatura.

Tori levanta las cejas hacia mí.

—¿Estás segura, Tris?

—Sí —digo—. No la quiero. Estoy segura.

Y entonces, sin discusión y sin ceremonia, Tobias es elegido para ser un líder de Intrepidez. Y yo no.



## CAPÍTULO 23

Traducido por Maru Belikov  
Corregido por LizC

**A** menos de diez segundos después de escoger a nuestros nuevos líderes, algo suena: una larga pulsación, luego dos cortas. Me muevo hacia el sonido, mi oído derecho hacia la pared, y encuentro un altavoz suspendido en el techo. Y otro se encuentra a través de la habitación.

Entonces la voz de Jack Kang habla alrededor de nosotros.

—Atención a todos los ocupantes de la sede de Sinceridad. Hace unas horas me reuní con un representante de Jeanine Matthews. Él me recordó que nosotros los Sinceridad estamos en una posición débil, dependemos de Sabiduría para nuestra supervivencia, y dijo que si intento mantener mi Facción libre, tendré que acceder a unas cuantas demandas.

Me quedo mirando al altavoz, asombrada. No debería estar sorprendida que el líder de Sinceridad sea tan directo, pero no estaba esperando un anuncio público.

—En orden para cumplir con estas demandas, pido que todos se dirijan al lugar al Espacio Público para informar si tienen o no un implante —dijo él—. Los de Sabiduría también han ordenado que todo Divergente sea entregado a Sabiduría. No sé con qué propósito.

Sonaba apático. Derrotado. *Bueno, él está derrotado, pienso. Porque fue muy débil para pelear en respuesta.*

Una cosa que Intrepidez sabe y que Sinceridad no, es cómo pelear incluso cuando parece inútil.

A veces siento como que estoy aprendiendo las lecciones que cada Facción tiene para enseñarme, y almacenándolas en mi mente como una guía turística para moverme a través del mundo. Allí siempre hay algo que aprender, siempre algo que es importante entender.

El anuncio de Jack Kang termina con los mismos tres sonidos con que empezó. Los de Intrepidez se apresuran por la habitación, lanzando sus cosas dentro de sus bolsos. Unos pocos hombres jóvenes Intrepidez cortan la sábana de la puerta, gritando algo sobre Eric. El codo de



alguien me presiona hacia una pared, y yo sólo me quedo parada y miro como el pandemonio aumenta.

Por otro lado, una cosa que Sinceridad sabe y que Intrepidez no, es cómo no dejarse llevar.



Los de Intrepidez permanecen de pie en un semicírculo alrededor de la silla de interrogación, donde Eric está sentado ahora. Él luce más muerto que vivo. Se desploma en la silla, el sudor brillando en su frente pálida. Mira a Tobias con su cabeza inclinada, de modo que sus pestañas armonizan con sus cejas. Intento mantener mis ojos en él, pero su sonrisa, como las perforaciones tiran cuando sus labios están extendidos, es casi demasiado horrible de soportar.

—¿Preferirías que yo diga tus crímenes? —dice Tori—. ¿O preferirías enumerarlos tú mismo?

La lluvia se esparce contra el lado del edificio y la corriente baja por las paredes. Estamos de pie en la sala de interrogación, en la parte superior de *Merciless Mart*. La tormenta de la tarde es más ruidosa aquí. Cada trueno y rayo de luz hace que la parte trasera de mi cuello cosquillee, como si la electricidad estuviera bailando sobre mi piel.

Me gusta el olor del pavimento mojado. Es débil aquí, pero una vez que esto haya terminado, todos los de Intrepidez saltarán por la escalera y se irán por la parte de atrás del *Merciless Mart*, y el pavimento mojado será lo único que huelga.

Tenemos nuestros bolsos con nosotros. El mío es un saco hecho de una sábana y una soga. Contiene mi ropa y un par de zapatos extras. Llevo la chaqueta que robé del traidor Intrepidez; quería que Eric la viera si me miraba.

Eric escanea la multitud por unos segundos, y entonces sus ojos se fijan en mí. Encaja sus dedos y los ajusta, con cautela, en su estómago.

—Prefiero que *ella* los enumere. Dado que es la que me apuñaló, claramente está familiarizada con ellos.

No sé cuál es el juego que está jugando, o cual es el punto de agitarme, especialmente ahora, antes de su ejecución. Parece arrogante, pero noto



que sus dedos tiemblan cuando los mueve. Incluso Eric debe estar asustado de la muerte.

—Déjala fuera de esto —dice Tobias.

—¿Por qué? ¿Porque lo están haciendo? —se burla Eric—. Oh, espera, lo olvidé. Los Estirados no *hacen* ese tipo de cosas. Sólo se atan los zapatos entre ellos y se cortan el cabello.

La expresión de Tobias no cambia. Creo que lo entiendo: a Eric realmente no le importo. Pero él sabe exactamente en dónde golpear a Tobias, y cuán duro. Y uno de los lugares para golpear a Tobias más fuerte es golpearme a mí.

Esto era lo que más quería evitar: que mis altas y bajas se convirtieran en las altas y bajas de Tobias. Ese es el por qué no puedo permitirle que dé la cara para defenderme ahora.

—Quiero que ella los enumere —repitió Eric.

Digo, lo más plano posible:

—Conspiraste con Sabiduría. Eres responsable por las muertes de cientos de Abnegación. —Mientras continúo, no puedo mantener más mi voz estable; y empiezo a escupir las palabras como veneno—. Traicionaste a Intrepidez. Le disparaste a un niño en la cabeza. Tú eres el ridículo juguete de Jeanine Matthews.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Merezco morir? —dice él.

Tobias abre su boca para interrumpir. Pero respondo antes que él pueda.

—Sí.

—Muy justo. —Sus oscuros ojos están vacíos, como fosas, como noche sin estrellas—. Pero ¿tienes el derecho de decidir eso, Beatrice Prior? ¿Cómo decidiste el destino de ese otro chico... cuál era su nombre? ¿Will?

No respondo. Escucho a mi padre preguntándome: “¿Qué te hace pensar que tienes el derecho de disparar a alguien?” Mientras nos abríamos paso a la sala de control en la sede de Intrepidez. Él me dijo que hay una manera de hacer lo correcto, y necesitaba descubrirlo. Sentí algo en mi garganta, como una bola de cera, tan gruesa que apenas podía tragar, apenas respirar.



—Has cometido cada crimen que merece la ejecución entre los de Intrepidez —dijo Tobias—. *Nosotros* tenemos del derecho de ejecutarte, bajo las leyes de Intrepidez.

Él se agacha por las tres armas de fuego en el suelo cerca de los pies de Eric. Una por una, vacía las cámaras de balas. Ellas casi tintinean mientras golpean el suelo, y luego ruedan, viniendo a detenerse contra los pies de Tobias. Él levanta el arma del medio y coloca una bala en la primera ranura.

Después mueve las tres armas del suelo, girando y girando, hasta que mis ojos no pueden seguir más el arma del medio. Pierdo el rastro de cuál contiene la bala. Levanta las armas y ofrece una a Tori, y otra a Harrison.

Intento pensar en la simulación de ataque, y lo que significó para Abnegación. Todos los cuerpos inocentes vestidos de gris yaciendo muertos en la calle. Allí ni siquiera quedaron suficientes de Abnegación para llevarse los cuerpos, así que muchos de ellos probablemente están todavía ahí. Y eso no hubiera sido posible sin Eric.

Pienso en el chico de Sinceridad, al que disparó sin dudarlo un segundo, cuán rígido estaba cuando cayó en la tierra cerca de mí.

Quizá nosotros no éramos quiénes para decidir si Eric vive o muere. Quizás es él quien decidió eso, cuando hizo todas esas terribles cosas.

Pero todavía es difícil de respirar.

Lo miro sin ninguna malicia, sin odio, y sin miedo. Los aros en su cara brillan, y un mechón de cabello sucio cae en sus ojos.

—Espera —dice—. Tengo una petición.

—No tomamos peticiones de criminales —dice Tori. Ella ha estado de pie en una pierna, y ha estado así por los últimos minutos. Suena cansada; probablemente quiere salir de esto de modo que pueda sentarse otra vez. Para ella esta ejecución es sólo un inconveniente.

—Soy un líder de Intrepidez —dijo él—. Y todo lo que quiero es que Cuatro sea quien dispare esa bala.

—¿Por qué? —dice Tobias.

—Así puedes vivir con la culpa —responde Eric—. De saber que me usurpaste y luego me disparaste en la cabeza.



Creo que lo entiendo. Él quiere ver a la gente romperse, siempre lo ha querido, ya que ajustó la cámara en la habitación de mi iniciación cuando casi me ahogué, y quizás mucho antes de eso. Y cree que si Tobias tiene que matarlo, él verá eso antes de que muera.

Enfermo.

—No habrá ninguna culpa —dijo Tobias.

—Entonces no tendrás problemas en hacerlo. —Eric sonrió otra vez.

Tobias levanta una de las balas.

—Dime —dijo Eric tranquilo—, porque siempre me he preguntado. ¿Es tu papi quien se presenta en cada paisaje de miedo por los que has pasado?

Tobias colocó la bala en una cámara vacía sin levantar la vista.

—¿No te gusta esa pregunta? —dice Eric—. ¿Qué? ¿Temeroso que los de Intrepidez vayan a cambiar su opinión acerca de ti? ¿Que se den cuenta que a pesar de que sólo tienes cuatro miedos, todavía eres un cobarde?

Se endereza en la silla y coloca sus manos en el reposabrazos.

Tobias sostuvo su arma desde su hombro izquierdo.

—Eric —dice—, sé valiente.

Aprieta el gatillo.

Y cierro mis ojos.





## CAPÍTULO 24

*Traducido por Otravaga  
Corregido por NayeliR*

**L**a sangre es de un color extraño. Es más oscura de lo que esperas que sea.

Me quedo mirando fijamente la mano de Marlene, la cual está envuelta alrededor de mi brazo. Las uñas de sus manos son cortas e irregulares... se las muerde. Me empuja hacia adelante, y debo estar caminando, porque puedo sentirme moviéndome, pero en mi mente estoy parada al lado de Eric y él sigue vivo.

Murió igual que lo hizo Will. Desplomándose como lo hizo Will.

Creí que la sensación de hinchazón en mi garganta desaparecería una vez que él estuviese muerto, pero no lo hace. Tengo que respirar fuerte y profundamente para conseguir suficiente aire. Buena cosa que la multitud a mi alrededor es tan ruidosa que ninguno puede oírme. Marchamos hacia las puertas. Al frente de la manada está Harrison, cargando a Tori en su espalda como a una niña. Ella ríe, con los brazos envueltos alrededor de su cuello.

Tobias coloca su mano en mi espalda. Lo sé porque lo veo venir por detrás de mí y hacerlo, no porque lo sienta. No siento nada en absoluto.

Las puertas se abren desde afuera. Nos detenemos medio atropellando a Jack Kang y al grupo de Sinceridad que lo siguió aquí.

—¿Qué han hecho? —dice él—. Me acaban de informar que Eric desapareció de su celda de retención.

—Él estaba bajo nuestra jurisdicción —dice Tori—. Le dimos un juicio y lo ejecutamos. Debería estar agradeciéndonos.

—¿Por qué...? —El rostro de Jack se vuelve rojo. La sangre es más oscura que un sonrojo, incluso a pesar de que uno está compuesto por lo otro—. ¿Por qué debería estar agradeciéndoles?

—Porque ustedes también querían que él fuese ejecutado, ¿cierto? ¿Puesto que asesinó a uno de sus niños? —Tori inclina su cabeza, con los ojos ensanchados, inocentes—. Bueno, nos hicimos cargo por ustedes. Y ahora, si nos disculpa, estamos yéndonos.



—¿Qué...? ¿Yéndose? —farfulla Jack.

Si nos íbamos, él sería incapaz de cumplir con dos de las tres demandas que Max le hizo. La idea lo aterraba, y se mostraba en todo su rostro.

—No puedo dejarlos hacer eso —dice.

—Tú no nos dejas hacer nada —dice Tobias—. Si no te haces a un lado, nos veremos forzados a caminar por encima de ti en vez de a su lado.

—¿No vinieron aquí a buscar aliados? —Jack frunce el ceño—. Si hacen esto, nos pondremos del lado de los Sabiduría, se los prometo, y nunca encontrarán un aliado entre nosotros de nuevo, ustedes...

—No los necesitamos como un aliado —dice Tori—. Somos de Intrepidez.

Todo el mundo grita, y de alguna manera su grito perfora la neblina en mi mente. Toda la multitud presiona hacia adelante al mismo tiempo. Los Sinceridad en el corredor chillan y se precipitan fuera del camino cuando nos volcamos en el pasillo como el estallido de una cañería, agua de Intrepidez esparciéndose para llenar los espacios vacíos.

El agarre de Marlene en mi brazo se rompe. Corro escaleras abajo, persiguiéndole los talones a los Intrepidez frente a mí, ignorando los codazos y todos los gritos a mi alrededor. Siento que soy de nuevo una Iniciada, tomando por asalto las escaleras del Cubo justo después de la Ceremonia de Elección. Mis piernas arden, pero eso es bueno.

Alcanzamos el vestíbulo. Un grupo de Sinceridad y Sabiduría están esperando aquí, incluyendo a la mujer rubia Divergente que fue arrastrada por el cabello hacia los ascensores, la chica que ayudé a escapar y Cara. Ellos observan con miradas desvalidas en sus rostros la corriente de Intrepidez pasar a su lado.

Cara me divisa y agarra mi brazo, haciéndome retroceder de un tirón.

—¿A dónde van todos?

—A la sede de Intrepidez. —Trato de liberar mi brazo, pero ella no me soltará. No miro su rostro. No puedo verla justo ahora—. Ve a Concordia —le digo—. Ellos prometieron seguridad a cualquiera que la desee. No estarás segura aquí.

Me libera, casi empujándome lejos de ella en el proceso.



En el exterior, el suelo se siente resbaloso bajo mis zapatos deportivos, y mi saco de ropa golpetea contra mi espalda a medida que desacelero a un trote corto. La lluvia rocía mi cabeza y mi espalda. Mis pies chapotean los charcos, empapando las piernas de mis pantalones.

Huelo pavimento mojado, y finjo que esto es todo lo que hay.

Estoy parada en la barandilla con vistas al abismo. El agua golpea la pared detrás de mí, pero no llega lo suficientemente alto como para salpicar mis zapatos.

A unos noventa metros de distancia, Bud reparte armas de bolas de pintura. Alguien más reparte las bolas de pintura. Pronto los rincones ocultos de la sede de Intrepidez estarán cubiertos con pintura multicolor, bloqueando las lentes de las cámaras de vigilancia.

—Hola, Tris —dice Zeke, uniéndose a mí en la barandilla. Sus ojos están rojos e hinchados, pero su boca está curvada con una pequeña sonrisa.

—Hola. Lo conseguiste.

—Sí. Esperamos hasta que Shauna estuvo estable y luego la trajimos aquí. —Se frota uno de sus ojos con el pulgar—. Yo no quería moverla, pero... ya no era seguro con los de Sinceridad. Obviamente.

—¿Cómo está ella?

—No sé. Va a sobrevivir, pero la enfermera cree que ella puede estar paralizada de la cintura para abajo. Y eso no me molestaría, pero... —Él levanta un hombro—. ¿Cómo puede ser Intrepidez si no puede caminar?

Miro fijamente al otro lado de la Fosa, donde algunos niños Intrepidez se persiguen unos a otros hacia arriba por el sendero, lanzándole bolas de pintura a las paredes. Una de ellas se rompe y salpica de amarillo la piedra.

Pienso en lo que Tobias me dijo cuando pasamos la noche con los Sin Facción, acerca de los más viejos de Intrepidez dejando la Facción porque ya no eran físicamente capaces de permanecer en ella. Pienso en la canción de rimas de Sinceridad, la cual nos llama la más cruel de las facciones.

—Ella puede —digo.

—Tris. Ni siquiera será capaz de moverse por ahí.



—Seguro que lo hará. —Lo miro—. Puede conseguir una silla de ruedas, y alguien puede empujarla hacia arriba por el sendero en la Fosa, y hay un ascensor en el edificio allá arriba. —Apunto por encima de nuestras cabezas—. Ella no necesita ser capaz de caminar para deslizarse por la tirolesa o disparar un arma.

—Ella no querrá que la empuje. —Su voz se quiebra un poco—. No querrá que la levante, o la cargue.

—Entonces tendrá que superar eso. ¿Vas a permitirle que deje de ser miembro de Intrepidez por una estupidez como no ser capaz de caminar?

Zeke está inmóvil por algunos segundos. Sus ojos se deslizan por mi rostro, y los entrecierra, como si me pesara y me midiera.

Luego voltea, se inclina y envuelve sus brazos a mi alrededor. Ha pasado tanto tiempo desde que alguien me abrazó que me pongo rígida. Luego me relajo, y dejo que el gesto fuerce al calor a entrar a mi cuerpo, el cual está frío por la ropa húmeda.

—Voy a ir a disparar cosas —dice mientras se aleja—. ¿Quieres venir?

Me encojo de hombros y lo sigo a través del suelo de la Fosa. Bud nos tiende un arma de bolas de pintura a cada uno, y yo cargo la mía. Su peso, forma y material son tan diferentes de un revólver que no tengo problema en sostenerla.

—Tenemos casi toda la Fosa y el subterráneo cubiertos —dice Bud—. Pero ustedes deberían comenzar con la Pira.

—¿La Pira?

Bud apunta hacia arriba, al edificio de cristal encima de nosotros. La vista me atraviesa como una aguja. La última vez que estuve de pie en este lugar y miro fijamente a ese techo, estaba en una misión para destruir la simulación. Estaba con mi padre.

Zeke ya está en su camino sendero arriba. Me obligo a mí misma a seguirlo, un pie y luego otro. Es difícil caminar porque es difícil respirar, pero de alguna manera me las arreglo para hacerlo. Para el momento en que alcanzamos las escaleras, la presión en mi pecho casi ha desaparecido.

Una vez que estamos en la Pira, Zeke levanta su arma y apunta a una de las cámaras cerca del techo. Dispara, y rocía pintura verde a través de una de las ventanas, fallando el lente de la cámara.



—Ohh —digo, haciendo una mueca—. ¡Ay!

—¿Sí? Me gustaría verte hacerlo perfectamente la primera vez.

—¿Te gustaría? —Levanto mi propia arma, apoyándola en mi hombro izquierdo en lugar del derecho. El arma se siente poco familiar en mi mano izquierda, pero todavía no puedo soportar su peso con la derecha. A través de la mira encuentro la cámara, y luego entrecierro los ojos para mirar fijamente la lente. Una voz susurra en mi cabeza. Inhala. Apunta. Exhala. Dispara. Me toma unos cuantos segundos darme cuenta de que es la voz de Tobias, porque él es el que me enseñó a disparar. Aprieto el gatillo y la bola de pintura golpea la cámara, rociando pintura azul a través de la lente—. Ahí. Ahora lo has hecho. Con la mano incorrecta, además.

Zeke murmura algo en voz baja que no suena agradable.

—¡Oigan! —grita una alegre voz. Marlene asoma la cabeza por encima del piso de cristal. Pintura le mancha la frente, dándole una ceja de color púrpura. Con una sonrisa maliciosa, ella apunta a Zeke, le golpea la pierna, y luego a mí. La bola de pintura golpea mi brazo, escociendo.

Marlene se echa a reír y se agacha bajo el cristal. Zeke y yo nos miramos, y luego corremos tras Marlene. Ella se ríe y baja a toda velocidad por el sendero, abriéndose paso a través de una multitud de niños. Le disparo, y golpeo la pared en su lugar. Marlene le dispara a un chico cerca de la barandilla... Héctor, el hermano pequeño de Lynn. Él luce sorprendido al principio, pero entonces dispara de regreso, golpeando a la persona al lado de Marlene.

Sonidos de chasquidos llenan el aire cuando cada persona en la Fosa comienza a dispararle a otra, joven o viejo, con las cámaras momentáneamente olvidadas. Yo embisto sendero abajo, rodeada de risas y gritos. Nos agrupamos para formar equipos, y luego nos enfrentamos unos a otros.

Para el momento en que la lucha cesa, mi ropa es más pintura de colores que negra. Decido conservar la camisa para recordarme por qué elegí Intrepidez en primer lugar: no porque sean perfectos, sino porque están *vivos*. Porque son *libres*.



## CAPÍTULO 25

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por NayeliR*

**A**lguien incursionó en las cocinas de Intrepidez y calienta los alimentos no perecederos que había allí, así que tenemos una buena cena esa noche. Me siento en la misma mesa que solía reclamar con Christina, Al, y Will. Desde el momento en que me siento, siento un nudo en la garganta. ¿Cómo es que sólo la mitad de nosotros quedamos?

Me siento responsable de eso. Mi perdón podría haber salvado a Al, pero lo retuve. Mi lucidez podría haber salvado a Will, pero no pude convocarla.

Antes de que pueda hundirme demasiado en mi culpa, Uriah deja caer su bandeja a mi lado. Está cargada con estofado de carne y pastel de chocolate. Me quedo mirando a la pila de pastel.

—¿Había pastel? —digo, mirando a mi propio plato, que es más sensiblemente menos surtido que el de Uriah.

—Sí, alguien sólo lo sacó. Encontrando un par de cajas de la mezcla en la parte de atrás y lo horneó, —dice—. Puedes tener unos cuantos bocados del mío.

—¿Unos cuantos bocados? ¿Así que estás pensando en comer esa montaña de pastel por ti mismo?

—Sí —Él parece confundido—. ¿Por qué?

—No importa.

Christina se sienta del otro lado de la mesa tan lejos de mí como puede. Zeke pone su bandeja al lado de ella. Pronto se nos unieron Lynn, Héctor, y Marlene. Veo un destello de movimiento debajo de la mesa, y veo la mano de Marlene encontrarse con la de Uriah sobre la rodilla de él. Sus dedos enganchados juntos. Ambos están claramente tratando de parecer casuales, pero se miran a escondidas el uno al otro.

A la izquierda de Marlene, Lynn parece que probó algo amargo. Ella mete la comida en su boca.



—¿Dónde está el fuego? —le pregunta Uriah—. Vas a lanzar si sigues comiendo así de rápido.

Lynn le frunce el ceño.

—Voy a lanzar de todos modos, con ustedes dos haciéndose ojitos el uno al otro todo el tiempo.

Las orejas de Uriah se ponen rojas.

—¿De qué estás hablando?

—No soy idiota, y tampoco lo es cualquiera de nosotros. Así que, ¿por qué no acabas de besarla de una vez y acabas con esto?

Uriah se ve aturdido. Marlene, sin embargo, mira a Lynn, se inclina y besa a Uriah firmemente en la boca, deslizándolo sus dedos alrededor del cuello de él, debajo de la camisa. Me doy cuenta de que todos los guisantes se cayeron de mi tenedor, que estaba en su camino a mi boca.

Lynn agarra la bandeja y se va tormentosamente de la mesa.

—¿Qué fue todo eso? —dice Zeke.

—No me preguntes —dice Héctor—. Siempre está enojada por algo. Dejé de intentar seguir la pista.

Las caras de Uriah y Marlene todavía están juntas. Y siguen sonriendo.

Me obligo a mirar a mi plato. Es tan extraño ver a dos personas que he conocido por separado unirse, aunque lo vi suceder antes. Escucho un chirrido mientras Christina araña su plato con el tenedor.

—¡Cuatro! —dice Zeke en voz alta, haciendo señas. Se ve aliviado—. Ven aquí, hay espacio.

Tobias apoya su mano en mi hombro bueno. Algunos de sus nudillos están partidos, y la sangre se ve fresca.

—Lo siento, no puedo quedarme. —Él se inclina y dice—: ¿Puedo tomarte prestada por un tiempo?

Me levanto, moviendo la mano en un adiós a todos en la mesa que están prestando atención —el cual es sólo Zeke, en verdad, porque Christina y Héctor están mirando a sus platos, y Uriah y Marlene están hablando en voz baja. Tobias y yo salimos de la cafetería.

—¿A dónde vamos?



—Al tren —dice—. Tengo una reunión, y quiero que me ayudes a leer la situación.

Subimos por una de las rutas que recubren las paredes de la Fosa, hacia las escaleras que nos llevan a la Pire.

—¿Por qué necesitas que yo...?

—Porque eres mejor en eso que yo.

No tengo una respuesta a eso. Subimos las escaleras y cruzamos el suelo de cristal. En nuestro camino a la salida, caminamos por la habitación fría y húmeda en la que me enfrenté a mi paisaje miedo. A juzgar por la jeringa en el piso, alguien ha estado allí recientemente.

—¿Fuiste a través de tu paisaje de miedo hoy? —digo.

—¿Qué te hace decir eso? —Sus oscuros ojos encuentran los míos. Empuja la puerta abriéndola y el aire del verano nada a mi alrededor. No hay viento.

—Tus nudillos están cortados y alguien ha estado usando esa habitación.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Eres mucho más perceptiva que la mayoría. —Él mira su reloj—. Me dijeron que tome el que sale a las 08:05. Vamos.

Siento una oleada de esperanza. Tal vez no vamos a discutir en esta ocasión. Tal vez las cosas finalmente van a mejorar entre nosotros.

Caminamos a las pistas. La última vez que hicimos esto, él quería mostrarme que las luces estaban encendidas en el complejo de Sabiduría, quería contarme que Sabiduría estaba planeando un ataque a Abnegación. Ahora tengo la sensación de que estamos a punto de reunirnos con los Sin Facción.

—Lo suficientemente perceptiva para saber que estás evadiendo la pregunta —le digo.

Suspira.

—Sí, fui a través de mi paisaje de miedo. Quería ver si había cambiado.

—Y lo hecho, hecho. ¿No es así?

Se sacude un cabello suelto de la cara y evita mis ojos. No sabía que su cabello era tan tupido —era difícil saberlo cuando tenía el cabello corto, cabello de Abnegación, pero ahora que es cinco centímetros más largo y





casi cuelga sobre su frente. Le hace parecer menos amenazante, más parecido a la persona a la que he llegado a conocer en privado.

—Sí —dice—. Pero el número sigue siendo el mismo.

Escucho el silbato del tren a mi izquierda, pero la luz fijada al primer vagón no está encendida. En su lugar, se desliza sobre los raíles como una oculta, rampante cosa.

—¡Quinto vagón atrás! —grita él.

Ambos entramos en carrera. Encuentro el quinto vagón y agarro la manija del costado con mi mano izquierda, tirando tan duro como puedo. Trato de balancear mis piernas al interior, pero no lo hacen necesariamente, sino que están peligrosamente cerca de las ruedas, gritó, y me raspo la rodilla contra el suelo mientras me tiro hacia el interior.

Tobias entra detrás de mí y se arrodilla a mi lado. Me agarro mi rodilla y aprieto los dientes.

—Aquí, déjame ver —dice. Empuja mis jeans arriba por encima de mi rodilla. Sus dedos dejan manchas de frío en mi piel, invisibles al ojo, y pienso en envolver su camisa en mi puño y tirar de él para besarlo; pienso en presionarme contra él, pero no puedo, porque todos nuestros secretos mantienen un espacio entre nosotros. Mi rodilla está roja de sangre—. Es poco profunda. Va a sanar rápidamente —dice él.

Asiento. El dolor está remitiendo. Él enrolla mis jeans para que se mantengan arriba. Me recuesto, mirando el techo.

—¿Así que él todavía está en tu paisaje de miedo? —le digo.

Parece que alguien encendió un fósforo detrás de sus ojos.

—Sí. Pero no de la misma forma.

Él me dijo, una vez, que su paisaje de miedo, no había cambiado desde la primera vez que paso a través de él, durante su Iniciación. Así que si lo hizo, incluso de una pequeña forma, eso es algo.

—Tú estás en ella, sin embargo. —Frunce el ceño a sus manos—. En lugar de tener que disparar a esa mujer, como solía hacerlo, tengo que verte morir. Y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Sus manos tiemblan. Trato de pensar en algo útil que decir. No voy a morir, pero no lo sé. Vivimos en un mundo peligroso, y no estoy tan



apegada a la vida como para hacer cualquier cosa para sobrevivir. No puedo tranquilizarlo.

Él mira su reloj.

—Van a estar aquí en cualquier momento.

Me levanto, y veo a Evelyn y Edward posicionados a un lado de las pistas. Corren antes que el tren pase, y saltan con casi tan poco problema como Tobias. Deben haber estado practicando.

Edward me sonríe. Hoy, su parche en el ojo tiene una gran “X” azul cosida encima.

—Hola —dice Evelyn. Ella sólo ve a Tobias mientras lo dice, como si yo no estuviera aquí.

—Bonito lugar de reunión —dice Tobias. Es casi de noche, así que sólo veo las sombras de los edificios contra el cielo azul oscuro, y unas pocas luces brillantes cerca de la laguna que debe pertenecer a la sede de Sabiduría.

El tren toma un giro que generalmente no lo hace, izquierda, lejos del resplandor de Sabiduría y hacia la parte abandonada de la ciudad. Puedo decir por la creciente tranquilidad en el vagón que está desacelerando.

—Parecía lo más seguro —dice Evelyn—. Así que querías que nos encontremos.

—Sí. Me gustaría hablar de una alianza.

—Una alianza —repite Edward—. ¿Y quién te dio la autoridad para hacer eso?

—Es un líder de Intrepidez —digo—. Él tiene la autoridad.

Edward levanta las cejas, viéndose impresionado. Los ojos de Evelyn finalmente pasan a mí, pero sólo por un segundo antes de que ella le sonría a Tobias de nuevo.

—Interesante —dice ella—. ¿Y ella también es una líder de Intrepidez?

—No —dice—. Ella está aquí para ayudarme a decidir si debo o no confiar en ti.

Evelyn frunce los labios. Una parte de mí quiere levantar mi nariz a ella y decir, “¡Ja!” Pero me conformo con una pequeña sonrisa.



—Nosotros, por supuesto, acordaremos con una alianza... bajo un determinado conjunto de condiciones —dice Evelyn—. Un garantizado —e igualitario— lugar en cualquier gobierno que se forme después de que Sabiduría sea destruido, y un control total sobre los datos de Sabiduría después del ataque. Claramente...

—¿Qué vas a hacer con los datos de Sabiduría? —interrumpo.

—Obviamente vamos a destruirlos. La única manera de privar de poder a Sabiduría es privarlos del conocimiento.

Mi primer instinto es decirle que es una tonta. Pero algo me detiene. Sin la tecnología de simulación, sin los datos que tienen acerca de todas las otras Facciones, sin sus avances tecnológicos, el ataque de Abnegación no habría sucedido. Mis padres estarían vivos.

Incluso si logramos matar a Jeanine, ¿podría confiar en Sabiduría para no atacarnos y controlarnos otra vez? No estoy segura.

—¿Qué recibimos a cambio, bajo esas condiciones? —dice Tobias.

—Nuestra mano de obra muy necesaria, a fin de tomar la sede de Sabiduría, y un lugar igual en el gobierno, con nosotros.

—Estoy seguro de que Tori también solicitará el derecho de librar del mundo de Jeanine Matthews —dice él en voz baja.

Alzo las cejas. No sabía que el odio de Tori a Jeanine era de conocimiento común, o tal vez no lo es. Él debe saber cosas que otros no, ahora que él y Tori son líderes.

—Estoy segura de que podría arreglarse —responde Evelyn—. No me importa quién la mate, sólo quiero verla muerta.

Tobias me mira. Me gustaría poder decirle por qué me siento tan conflictiva... explicarle por qué yo, de todas las personas, tengo reservas acerca de *quemar a Sabiduría al piso*, por así decirlo. Pero no sé cómo decirlo, incluso si tuviera el tiempo para hacerlo. Se de vuelta hacia Evelyn.

—Entonces estamos de acuerdo —dice.

Él extiende su mano, y ella la sacude.

—Deberíamos convocarnos una vez a la semana —dice ella—. En territorio neutral. La mayor parte de Abnegación ha aceptado amablemente dejarnos estar en su sector de la ciudad para planificar, mientras limpian tras el ataque.



—La mayoría de ellos —dice él.

La expresión de Evelyn se vuelve plana.

—Me temo que tu padre sigue contando con la lealtad de muchos de ellos, y les aconsejó evitarnos cuando vino de visita hace algunos días.

—Ella sonríe con amargura—. Y ellos acordaron, tal como lo hicieron cuando él los convenció de exiliarme.

—¿Te exiliaron? —dice Tobias—. Pensé que te fuiste.

—No, los Abnegación se inclinaron hacia el perdón y la reconciliación, como podrías esperar. Pero tu padre tiene una gran influencia sobre Abnegación, y siempre lo ha hecho. Decidí irme en lugar de hacer frente a la humillación del exilio público.

Tobias se ve aturdido.

Edward, que ha estado apoyado a un costado del vagón durante unos segundos, dice:

—¡Es hora!

—Nos vemos en una semana —dice Evelyn.

Cuando el tren llega hasta el nivel de la calle, Edward salta. Unos segundos más tarde, Evelyn lo sigue. Tobias y yo nos quedamos en el tren, escuchando el silbido en contra de los carriles, sin hablar.

—¿Para qué me trajiste contigo, si sólo ibas a hacer una alianza de todos modos? —digo rotundamente.

—No me detuviste.

—¿Qué se supone que debía hacer, agitar las manos en el aire? —Le frunzo el ceño—. No me gusta.

—Tiene que hacerse.

—No creo que lo haga —le digo—. Tiene que haber otra manera...

—¿Qué otra manera? —dice, cruzando los brazos—. Simplemente no te gusta ella. No lo hace desde que la conociste.

—¡Obviamente, no me gusta! ¡Ella te abandonó!

—La exiliaron. ¡Y si decido que la perdono, es mejor que trates de hacerlo también! Soy el único que se quedó atrás, no tú.



—Esto es algo más que eso. No confío en ella. Creo que ella está tratando de usarte.

—Bueno, no es para que tú lo decidas.

—¿Por qué me has traído, de nuevo? —digo, cruzando los brazos reflejándolo—. Oh sí, para que pudiera leer la situación para ti. Bueno, la leí, y sólo porque no te gusta lo que he decidido no quiere decir...

—Me olvidé de cómo tus prejuicios nublan tu juicio. Si lo hubiera recordado, podría no haberte traído.

—Mis prejuicios. ¿Qué pasa con tus prejuicios? ¿Qué hay de ti pensando que todo el mundo que odie a tu padre lo hace un aliado?

—¡Esto no se trata sobre él!

—¡Por supuesto que lo es! Él sabe las cosas, Tobias. Y deberíamos estar tratando de averiguar lo que son.

—¿Eso de nuevo? Pensé que habíamos resuelto esto. Él es un mentiroso, Tris.

—¿Sí? —Levanto mis cejas—. Bueno, también lo es tu madre. ¿Crees que Abnegación realmente exiliaría a alguien? Porque yo no lo hago.

—No hables de mi madre de esa manera.

Veo una luz más adelante. Pertenece a la Pire.

—Bien. —Camino a la orilla de la puerta del vagón—. No lo haré.

Salto, corriendo unos pocos pasos para mantener el equilibrio. Tobias salta detrás de mí, pero no le doy la oportunidad para alcanzarme, camino en línea recta al edificio, bajo las escaleras, y vuelvo a la Fosa para encontrar un lugar donde dormir.



## CAPÍTULO 26

Traducido por LizC.  
Corregido por Mlle\_Janusa.

**A**lgo me despierta de una sacudida.  
—¡Tris! ¡Levántate!  
Un grito. No lo cuestiono. Lanzo mis piernas sobre el borde de la cama y dejo que una mano me empuje hacia la puerta. Mis pies están descalzos, y el terreno es desigual aquí. Este raspa en mis dedos de los pies y los bordes de mis talones. Echo un vistazo hacia delante de mí para averiguar quién me está arrastrando. Christina. Está casi tirando de mi brazo izquierdo de su cavidad.

—¿Qué pasó? —digo—. ¿Qué está pasando?

—¡Cierra la boca y corre!

Corremos a la Fosa, y el rugido del río me sigue por los caminos. La última vez que Christina me sacó de la cama, fue para ver el cuerpo de Al sobresaliendo de la cima. Aprieto los dientes y trato de no pensar en eso. No puede haber sucedido otra vez.

*No puede.*

Jadeo —ella corre más rápido que yo— a medida que se lanza a lo largo del suelo de cristal de la Pira. Christina golpea su palma de la mano en un botón del ascensor y se desliza en el interior antes de que las puertas estén completamente abiertas, arrastrándome detrás de ella. Golpea el botón *CERRAR LA PUERTA*, y luego el botón de la planta superior.

—Simulación —dice—. Hay una simulación. No es para todo el mundo, es sólo... sólo para unos pocos.

Pone sus manos en las rodillas y toma respiraciones profundas.

—Uno de ellos dijo algo acerca del Divergente —dice.

—¿Dijo eso? —digo—. ¿Mientras estaba bajo una simulación?

Asiente con la cabeza.



—Marlene. Sin embargo, no sonaba como ella. Demasiado... monótona.

Las puertas se abren, y la sigo por el pasillo hacia la puerta marcada *ACCESO AL TECHO*.

—Christina —le digo—, ¿por qué vamos a la azotea?

No me responde. Las escaleras a la azotea huelen como a pintura vieja. El graffiti de Intrepidez está garabateado en las paredes de bloques de cemento en color negro. El símbolo de Intrepidez. Iniciales emparejadas junto con los signos más: *RG + NT*, *BR + FH*. Parejas que son probablemente viejas ahora, tal vez ya hayan terminado. Me toco el pecho para sentir los latidos de mi corazón. Está tan rápido, que es una maravilla que todavía estoy respirando en absoluto.

El aire de la noche es frío; me pone la piel de gallina en mis brazos. Mis ojos se han adaptado a la oscuridad por ahora, y a través de la azotea veo tres figuras de pie en la cornisa, frente a mí. Una de ellas es Marlene. Otro de ellos es Héctor. Otro es alguien que no reconozco: un joven Intrepidez, apenas de ocho años de edad, con una raya verde en el cabello.

Están de pie en la cornisa, aunque el viento sopla fuerte, tirando de sus cabellos sobre sus frentes, en sus ojos, en sus bocas. Sus ropas se sacuden en el viento, pero aun así permanecen inmóviles.

—Sólo bajen de la cornisa ahora —dice Christina—. No hagan nada estúpido. Vamos, ahora...

—Ellos no pueden oírte —digo en voz baja mientras camino hacia ellos—. O verte.

—Deberíamos saltar hacia ellos a la vez. Voy a tomar a Hec, tú...

—Nos arriesgamos a empujarlo de la azotea si lo hacemos. Espera cerca de la niña, por si acaso.

Ella es demasiado joven para esto, pienso, pero no tengo el corazón para decirlo, porque significa que Marlene tiene la edad suficiente.

Miro fijamente a Marlene, cuyos ojos están en blanco como piedras pintadas, al igual que esferas de vidrio. Siento como si esas piedras se deslizan por mi garganta y se asientan en mi estómago, tirando de mí hacia el suelo. No hay manera de sacarla de esa cornisa.

Finalmente, ella abre la boca y habla.



—Tengo un mensaje para el Divergente —su voz suena plana. La simulación está utilizando sus cuerdas vocales, pero las despoja de las fluctuaciones naturales de la emoción humana.

Miro de Marlene a Héctor. Héctor, quien tenía tanto miedo de lo que soy porque su madre le dijo que tuviera. Lynn está, probablemente, todavía en la cabecera de Shauna, con la esperanza de que Shauna pueda mover las piernas cuando se despierte de nuevo. Lynn no puede perder a Héctor.

Paso al frente para recibir el mensaje.

—Esto no es una negociación. Es una advertencia —dice la simulación a través de Marlene, moviendo sus labios y vibrando en su garganta—. Cada dos días, hasta que uno de ustedes se entregue a la sede de Sabiduría, esto volverá a suceder de nuevo.

*Esto.*

Marlene da un paso atrás, y me lanzo hacia adelante, pero no a ella. No a Marlene, quien una vez dejó que Uriah disparara a un panecillo fuera de su cabeza por una apuesta. Quien reunió un montón de ropa para que yo me pusiera. Quien siempre, siempre me saludaba con una sonrisa.

No, no a Marlene.

Mientras Marlene y la otra niña de Intrepidez saltan del borde del techo, me lanzo hacia Héctor. Agarro lo que sea que mi mano puede encontrar. Un brazo. Un puñado de camisa. El techo duro raspa mis rodillas, a medida que su peso me arrastra hacia adelante. Yo no soy lo suficientemente fuerte como para levantarlo. Susurro:

—Ayuda —porque no puedo hablar más fuerte que eso.

Christina ya está en mi hombro. Me ayuda a transportar el cuerpo inerte de Héctor en el techo. Sus brazos descansan a los lados, sin vida. A unos metros de distancia, la niña yace boca arriba en la azotea. Entonces la simulación termina. Héctor abre los ojos, y ya no están vacíos.

—Ay —dice—. ¿Qué está pasando?

La pequeña niña gime y Christina se acerca a ella, murmurando algo en voz tranquilizadora.





Me pongo de pie, todo mi cuerpo temblando. Me inclino hacia el borde del techo y me quedo mirando el suelo. La calle no está muy bien iluminada, pero puedo ver el tenue contorno de Marlene en el pavimento.

Respirando... ¿Quién se preocupa por la respiración?

Me aparto de la vista, escuchando los latidos de mi corazón en mis oídos.

La boca de Christina se mueve. La ignoro, y camino hacia la puerta y bajo las escaleras, me dirijo al pasillo y al ascensor.

Las puertas se cierran y a medida que caigo a la tierra, al igual que Marlene hizo después de que decidí no salvarla, grito, mis manos desgarrando mi ropa. Mi garganta está en carne viva después de sólo unos segundos, y hay rasguños en mis brazos, donde perdí la tela, pero no dejo de gritar.

El ascensor se detiene con un *ding*. Las puertas se abren.

Estiro mi camisa, aliso mi cabello suelto, y salgo.

*Tengo un mensaje para el Divergente.*

*Yo soy Divergente.*

*Esto no es una negociación.*

No, no lo es.

Es una advertencia.

Entiendo.

*Cada dos días, hasta que uno de ustedes se entregue a la sede de Sabiduría...*

Lo haré.

*... esto volverá a suceder de nuevo.*

Nunca volverá a suceder.



## CAPÍTULO 27

Traducido SOS por LizC  
Corregido por Mlle\_Janusa

**M**e abro paso a través de la multitud al lado del abismo. Hay tanto ruido en la Fosa, y no sólo por el rugido del río. Quiero encontrar un poco de silencio, por lo que escapo hacia el pasillo que conduce a los dormitorios. No quiero oír el discurso que Tori hará en nombre de Marlene o estar alrededor para el tueste y el griterío cuando Intrepidez celebre su vida y su valentía.

Esta mañana Lauren informó que perdimos algunas de las cámaras en los dormitorios de los Iniciados, donde Christina, Zeke, Lauren, Marlene, Héctor y Kee, la niña con el cabello verde, estaban durmiendo. Así es como Jeanine descubrió a quien estaba controlando la simulación. No me cabe duda de que Jeanine eligió a jóvenes Intrepidez porque sabía que sus muertes nos afectarían más.

Me detengo en un pasillo desconocido y presiono la frente en la pared. La piedra se siente áspera y fría en mi piel. Puedo oír los gritos de Intrepidez detrás de mí, sus voces ahogadas por las capas de roca.

Escucho a alguien acercándose, y miro hacia el lado.

Christina, todavía vistiendo la misma ropa que llevaba la noche anterior, se encuentra a pocos metros.

—Hola —dice ella.

—Realmente no estoy de humor para sentirme más culpable en este momento. Así que vete, por favor.

—Sólo quiero decir una cosa, y entonces lo haré.

Sus ojos están hinchados y su voz suena un poco adormecida, lo cual puede ser debido al agotamiento, o un poco al alcohol, o ambas cosas.

Pero su mirada es directa, lo suficiente para saber lo que está diciendo. Me alejo de la pared.

—Nunca había visto ese tipo de simulación antes. Sabes, desde el exterior. Pero ayer... —niega con la cabeza—. Tenías razón. No podían oírte, no podían verte. Al igual que Will...



Se ahoga en su nombre. Se detiene, toma una respiración, traga duro. Parpadea unas cuantas veces. Entonces, vuelve a mirarme.

—Me dijiste que tenías que hacerlo, o él te habría disparado, y no te creí. Te creo ahora, y... voy a tratar de perdonarte. Eso es... todo lo que quería decir.

Hay una parte de mí que siente alivio. Me cree, está tratando de perdonarme, a pesar de que no será fácil.

Pero una gran parte de mí siente ira. ¿Qué pensaba, antes de ahora? ¿Que yo quería matar a Will, uno de mis mejores amigos? Tendría que haber confiado en mí desde el principio, debería haber sabido que no lo habría hecho si hubiera sido capaz de ver otra opción en ese momento.

—Qué suerte la mía que finalmente obtuviste la prueba de que no soy una asesina a sangre fría. Ya sabes, aparte de mi palabra. Quiero decir, ¿qué razón tendrías de confiar en eso? —fuerzo una risa, tratando de permanecer indiferente. Abre su boca, pero continuo hablando, sin poder detenerme—. Será mejor que te des prisa en esa cosa de perdonarme, porque no hay mucho tiempo...

Mi voz se agrieta, y yo no puedo contenerme junto más. Empiezo a sollozar. Me apoyo contra la pared por apoyo y me siento deslizándome a medida que mis piernas se debilitan.

Mis ojos están demasiado borrosos como para verla, pero la siento cuando envuelve sus brazos alrededor de mí y me aprieta tan fuerte que duele.

Ella huele a aceite de coco y se siente fuerte, exactamente como era en la Iniciación en Intrepidez, cuando se cernía sobre el abismo por la punta de los dedos. En aquel entonces, lo cual no fue hace mucho tiempo, me hizo sentir débil, pero ahora su fuerza me hace sentir como si pudiera ser más fuerte también.

Nos arrodillamos juntas en el suelo de piedra, y la agarro con tanta fuerza como ella me agarra.

—Ya está hecho —dice—. Eso es lo que quería decir. Que el perdón ya estaba hecho.





Todo el lugar de Intrepidez queda en silencio cuando entro en la cafetería esa noche. No los culpo. Como uno de los Divergentes, tengo el poder para que Jeanine mate a uno de ellos. La mayoría de ellos probablemente quieren que me sacrifique. O tienen miedo de que no lo haga.

Si esto fuera Abnegación, no Divergente, estarían sentados aquí ahora mismo.

Por un momento no sé a dónde ir o cómo llegar hasta allí. Pero entonces Zeke me señala a su mesa, con aspecto sombrío, y guio a mis pies en esa dirección. Pero antes de llegar allí, Lynn se me acerca.

Es diferente a la Lynn que siempre he conocido. No tiene una mirada feroz en sus ojos. En lugar de eso está pálida y mordiéndose el labio para ocultar su bamboleo.

—Um... —dice. Mira a la izquierda, a la derecha, a cualquier lugar, salvo a mi cara—. Realmente... echo de menos a Marlene. La he conocido desde hace mucho tiempo, y yo... —niega con la cabeza—. El punto es que, no creo que el que yo diga esto signifique algo por lo de Marlene —dice, como si me estuviera regañando—, pero... gracias por salvar a Hec.

Lynn desplaza el peso de un pie al otro, sus ojos recorriendo por la sala. Entonces me abraza con un brazo, su mano sujetando mi camisa. Brotes de dolor atraviesan mi hombro. No digo nada al respecto.

Ella me deja ir, sorbe, y camina de vuelta a su mesa como si nada. Me quedo mirándola a medida que se retira de vuelta durante unos segundos, y luego se sienta.

Zeke y Uriah se sientan de lado a lado en la mesa por lo demás vacía. La cara de Uriah luce floja, como si no estuviera completamente despierto.

Tiene una botella de color marrón oscuro en frente de él, a la que da sorbos cada pocos segundos.

Me siento con cuidado a su alrededor. Salvé a Hec... lo que significa que no pude salvar a Marlene. Pero Uriah no se fija en mí. Tiro de la silla frente a él y me siento en el borde de la misma.

—¿Dónde está Shauna? —digo—. ¿Aún en el hospital?

—No, está por allí —dice Zeke, asintiendo con la cabeza hacia la mesa a la que Lynn regresó. La veo allí, tan pálida que bien podría ser



traslúcida, sentada en una silla de ruedas —Shauna no debería estar levantada, pero Lynn está muy mal, por lo que está haciéndole compañía.

—Pero si te estás preguntando por qué están todo el camino hasta allá... es porque Shauna descubrió que soy Divergente —dice Uriah lentamente—. Y no lo quiere atrapar.

—Oh.

—Se comportó todo raro conmigo, también —dice Zeke, suspirando.

—¿Cómo sabes que tu hermano no está trabajando en contra de nosotros? ¿Has estado vigilándolo? Qué no daría yo para golpear el que envenenó su mente.

—No tienes que dar nada —dice Uriah—. Su madre está sentada justo allí. Ve adelante y golpéala.

Sigo su mirada a una mujer de mediana edad con rayas azules en el cabello y pendientes todo el camino bajo del lóbulo de su oreja. Es bonita, al igual que Lynn.

Tobias entra en la habitación un momento después, seguido por Tori y Harrison. He estado evitándolo. No he hablado con él desde esa pelea que tuvimos, antes de Marlene...

—Hola, Tris —dice Tobias cuando estoy lo suficientemente cerca para oírlo. Su voz es baja, dura. Me transporta a lugares tranquilos.

—Hola —le digo con una pequeña voz tensa que no me pertenece. Se sienta a mi lado y pone su brazo sobre el respaldo de mi silla, acercándose. No le devuelvo la mirada... me niego a mirar atrás.

Miro hacia atrás.

Ojos oscuros, de una peculiar tonalidad de azul, de algún modo capaz de cerrar el resto de la cafetería fuera, de consolarme y también de recordarme que estamos más lejos el uno del otro de lo que quiero que estemos.

—¿No vas a preguntarme si estoy bien? —digo.

—No, estoy bastante seguro de que no estás bien —sacude la cabeza—. Voy a pedirte que no tomes ninguna decisión hasta que no hayamos hablado de ello.

Es demasiado tarde, pienso. La decisión está hecha.



—Hasta que todos hayamos hablado de ello, quieres decir, ya que nos involucra a todos —dice Uriah—. No creo que nadie deba entregarse.

—¿Nadie? —digo.

—¡No! —Uriah frunce el ceño—. Creo que debemos atacar de vuelta.

—Sí —digo con voz hueca—, vamos a provocar a la mujer que puede obligar a la mitad de este recinto a quitarse la vida. Eso suena como una gran idea.

Fui demasiado dura. Uriah empina el contenido de la botella por su garganta. Bajó la botella sobre la mesa con tanta fuerza que temo que se rompa.

—No hables de eso así —dice en un gruñido.

—Lo siento —le digo—. Pero sabes que tengo razón. La mejor manera de asegurarse de que la mitad de nuestra Facción no muera es sacrificar una vida.

No sé lo que me esperaba. Tal vez que Uriah, quien sabe muy bien qué va a pasar si uno de nosotros no va, sería el propio voluntario. Pero mira hacia abajo. No queriendo.

—Tori, Harrison y yo decidimos aumentar la seguridad. Esperamos que si todo el mundo es más consciente de estos ataques, seremos capaces de detenerlos —dice Tobias—. Si no funciona, entonces vamos a pensar en otra solución. Fin de la discusión. Pero nadie va a hacer nada todavía. ¿De acuerdo?

Me mira cuando lo pregunta, y levanta las cejas.

—Está bien —le digo, no del todo encontrándome con sus ojos.



Después de la cena, trato de volver al dormitorio donde he estado durmiendo, pero no puedo caminar a través de la puerta.

En lugar de eso camino por los pasillos, rozando los muros de piedra con los dedos, escuchando los ecos de mis pasos.

Sin querer, paso la fuente de agua donde Peter, Drew, y Al me atacaron. Sabía que era Al por el modo en que olía, todavía podía evocar el aroma



de limón en mi mente. Ahora no lo asociaba con mi amigo, sino con la impotencia que sentí cuando me arrastró al abismo.

Camino más rápido, manteniendo los ojos bien abiertos de modo que será más difícil imaginar el ataque en mi mente. Tengo que salir de aquí, lejos de los lugares donde mis amigos me atacaron, donde Peter apuñaló a Edward, donde un ejército de mis amigos cegados comenzaron su marcha hacia el sector de Abnegación y comenzó toda esta locura.

Voy en línea recta hacia el último lugar donde me sentía a salvo: al pequeño apartamento de Tobias. Al segundo que llego a la puerta, me siento más tranquila.

La puerta no está completamente cerrada. La empujo con el pie para abrirla. Él no está allí, pero no me voy. Me siento en su cama y recojo la manta entre mis brazos, enterrando mi cara en la tela y respirando profundamente de ella a través de mi nariz. El olor que solía tener casi ha desaparecido, ha pasado tanto tiempo desde que no duermo en ella.

La puerta se abre y Tobias se desliza dentro. Mis brazos se relajan, y la colcha cae en mi regazo. ¿Cómo voy a explicar mi presencia aquí? Se supone que debo estar enfadada con él.

No frunce el ceño, pero su boca está tan tensa que sé que él está enojado conmigo.

—No seas una idiota —dice.

—¿Una idiota?

—Estabas mintiendo. Dijiste que no irías a Sabiduría, y estabas mintiendo, y el hecho de ir a Sabiduría te haría una idiota. Así que no lo hagas.

Bajo la manta y me levanto.

—No trates de simplificar esto —le digo—. No lo es. Sabes tan bien como yo que esto es lo correcto.

—¿Eliges este momento para actuar como los Abnegación?

Su voz llena la habitación y hace que el miedo agujee en mi pecho.

Su ira parece demasiado brusca. Demasiado extraña.



—Durante todo ese tiempo te la pasaste insistiendo en que eras demasiado egoísta para ellos, y ahora, cuando tu vida está en la línea, ¿tienes que ser una heroína? ¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Las personas mueren. ¡Simplemente saltaron de un edificio! ¡Y puedo evitar que suceda otra vez!

—Eres demasiado importante como para simplemente... morir —sacude la cabeza.

Ni siquiera me mira, sus ojos siguen desplazándose a través de mi rostro, a la pared detrás de mí, o al techo encima de mí, a todo menos en mí. Estoy demasiado aturdida como para estar enojada.

—No soy importante. Todo el mundo va a estar muy bien sin mí —le digo.

—¿Quién se preocupa por todo el mundo? ¿Y yo qué?

Baja la cabeza entre su mano, cubriendo sus ojos. Sus dedos tiemblan.

Luego cruza la habitación en dos zancadas y toca sus labios con los míos. Su suave presión borra los últimos meses, y soy la chica que se sentaba en las rocas junto al abismo, con el rociado del río en los tobillos, y lo besó por primera vez. Soy la chica que le agarró la mano en el pasillo sólo porque quería.

Me aparto, mi mano en su pecho para mantenerlo alejado. El problema es que yo también soy la chica que le disparó a Will y le mintió al respecto, y eligió entre Hector y Marlene, y ahora más de mil cosas más. Y no puedo borrar esas cosas.

—Estarás bien —no lo miro. Me quedo mirando a su camiseta entre mis dedos y la tinta negra rizada alrededor de su cuello, pero no lo miro a la cara.

—Al principio no. Pero seguirías adelante, y harás lo que tengas que hacer.

Envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me jala contra él.

—Eso es mentira —dice, antes de besarme de nuevo.

Esto está mal. Es un error olvidar en quién me he convertido, y dejar que él me bese cuando sé lo que voy a hacer.

Pero quiero hacerlo. Oh, quiero.





Me paro en puntillas y envuelvo mis brazos alrededor de él. Presiono una mano entre sus omóplatos y envuelvo el otro alrededor de la parte de atrás de su cuello. Puedo sentir su respiración contra la palma de mi mano, su cuerpo expandiéndose y contrayéndose, y sé que es fuerte, firme, imparable. Todas las cosas que tengo que ser, pero no soy, no lo soy.

Camina hacia atrás, tirando de mí con él, por lo que tropiezo. Me tropiezo justamente fuera de mis zapatos. Se sienta en el borde de la cama y me paro frente a él, y por fin estamos frente a frente.

Toca mi cara, cubriendo mis mejillas con sus manos, deslizando sus dedos por mi cuello, ajustando sus dedos en la ligera curva de mis caderas.

No puedo detenerme.

Encajo mi boca a la suya, y él sabe a agua y huele a aire fresco. Arrastro mis manos desde su cuello hasta la parte baja de su espalda, y las pongo debajo de su camisa. Me besa más duro.

Sabía que él era fuerte; no sabía qué tan fuerte hasta que lo sentí, los músculos de su espalda apretándose bajo mis dedos.

*Detente, me digo.*

De repente es como si estamos en un apuro, las yemas de sus dedos trazan mi costado debajo de mi camisa, mis manos se aferran a él, luchando por estar más cerca, pero no hay más. Nunca he deseado a alguien de esta manera, o así de demasiado.

Se aleja lo suficiente como para mirar a mis ojos, sus párpados están bajos.

—Prométeme —susurra—, que no irás. Por mí. Haz esta única cosa por mí.

¿Puedo hacer eso? ¿Podría quedarme aquí, arreglar las cosas con él, dejar que alguien más muera en mi lugar? Mirando hacia él, creo que por un momento puedo hacerlo. Y entonces veo a Will. El pliegue entre sus cejas. Los vacíos ojos unidos a la simulación.

El cuerpo desplomado.

*Haz esta única cosa por mí.* Los ojos oscuros de Tobias me ruegan. Pero si no voy a Sabiduría, ¿quién lo hará? ¿Tobias? Es el tipo de cosa que haría.



Siento una punzada de dolor en mi pecho mientras me acuesto con él.

—Está bien.

—Lo prometes —dice, frunciendo el ceño.

La punzada se convierte en un dolor, se extiende por todas partes, todo mezclado entre sí, la culpa, el terror y el anhelo.

—Te lo prometo.



## CAPÍTULO 28

*Traducido por Susanauribe  
Corregido por LadyPandora*

Cuando él comienza a dormirse, mantiene sus brazos alrededor de mí fuertemente, como una prisión para preservar la vida. Pero aguardo, manteniéndome despierta por el pensamiento de cuerpos golpeando el pavimento, hasta que su agarre se afloja y su respiración se estabiliza.

No dejaré que Tobias vaya a Sabiduría cuando suceda de nuevo, cuando alguien más muera. No lo permitiré.

Me escabullo fuera de sus brazos. Me pongo una de sus sudaderas, así puedo llevar su olor conmigo. Deslizo los pies en mis zapatos. No me llevo ni armas ni recuerdos.

Me detengo en la puerta y lo miro, medio enterrado en el edredón, tranquilo y fuerte.

—Te amo —digo en voz baja, probando las palabras. Dejo que la puerta se cierre detrás de mí.

Es tiempo de poner las cosas en orden.

Camino hacia el dormitorio donde los nacidos en Intrepidez o Iniciados una vez durmieron. La habitación luce justo como en la que yo dormí cuando fui una Iniciada: es larga y estrecha, con literas en un lado y un pizarrón en el otro. Veo, por una luz azul en la esquina, que nadie se ha molestado en borrar los rankings que están escritos allí, el nombre de Uriah sigue el primero.

Christina duerme en la litera inferior, debajo de Lynn. No quiero asustarla, pero no hay forma de despertarla de otra forma, así que cubro su boca con mi mano. Se despierta de un salto, con los ojos bien abiertos hasta que me encuentra. Toco mis labios con la mano y le hago señales para que me siga.

Camino hacia el final del pasillo y volteo en la esquina. El pasillo está iluminado por una lámpara de emergencia salpicada con pintura que



cuelga de una de las salidas. Christina no lleva zapatos; encoge sus dedos para protegerlos del frío.

—¿Qué es esto? —dice ella—. ¿Vas a alguna parte?

—Sí, voy... —Tengo que mentir, o trataré de detenerme—. Voy a ver a mi hermano. Está en Abnegación, ¿recuerdas?

Estrecha sus ojos.

—Lamento despertarte —digo—. Pero hay algo que necesito que hagas. Es realmente importante.

—De acuerdo. Tris, estás actuando muy extraño. ¿Estás segura de que no estás...?

—No. Escúchame. El momento del ataque de la simulación no fue al azar. La razón por la que sucedió en ese momento, fue porque Abnegación estaba a punto de hacer algo, no sé que era, pero tenía algo que ver con alguna información importante, y ahora Jeanine *tiene* esa información...

—¿Qué? —frunce el ceño—. ¿No sabes qué estaban a punto de hacer? ¿Sabes cuál es la información?

—No. —Debo sonar loca—. La cuestión, es que no he sido capaz de encontrar mucho sobre esto, porque Marcus Eaton es la única persona que sabe todo, y él no me lo dirá. Yo sólo... es la razón del ataque. Es la *razón*. Y necesitamos saberla.

No sé que más decir. Pero Christina ya está asintiendo.

—La razón por la que Jeanine nos forzó a atacar personas inocentes —dice agriamente—. Sí. Necesitamos saberlo.

Casi lo había olvidado, ella *estuvo* bajo simulación. ¿A cuántos Abnegados mató guiada por la simulación? ¿Cómo se sintió cuando se despertó de ese sueño de muerte? Nunca se lo he preguntado, ni nunca lo haré.

—Quiero tu ayuda, y pronto. Necesito que alguien persuada a Marcus para cooperar, y pienso que tú puedes hacerlo.



Ella inclina su cabeza y me mira unos segundos.

—Tris. No hagas nada estúpido.

Fuerzo una sonrisa.

—¿Por qué las personas me siguen diciendo eso?

Ella agarra mi brazo.

—No estoy bromeando.

—Te lo dije, voy a visitar a Caleb. Volveré en unos días, y podemos hacer una estrategia entonces. Sólo pensé que sería mejor si alguien más sabía todo esto antes de que me fuera. Por si acaso. ¿Está bien? Ella sostiene mi brazo unos segundos, y luego me suelta.

—Está bien —dice.

Camino hacia la salida. Me mantengo entera hasta que atravieso la puerta, y entonces la sensación de lágrimas llega.

Era la última conversación que tendría con ella, y estaba llena de mentiras.

Una vez que estoy fuera, me pongo la capucha de la sudadera de Tobias. Cuando alcanzo el final de la calle, miro arriba y abajo, buscando signos de vida.

No hay nada.

El frío aire pica en mis pulmones cuando entra, y cuando sale se despliega en una nube de vapor. El invierno llegará pronto. Me pregunto si Sabiduría e Intrepidez seguirían en pie en ese momento, esperando que un grupo destruya al otro. Estoy agradecida de no tener que verlo. Antes de escoger Intrepidez, pensamientos así nunca se me ocurrieron.

Me sentía segura de mi larga vida útil, nada más. Ahora no hay garantías, salvo que a donde voy, voy porque quiero.

Camino en las sombras de edificios, esperando que mis pasos no atraigan ninguna atención. Ninguna de las luces de la ciudad están



encendidas en este área, pero la luna es lo suficientemente brillante para caminar sin muchos problemas.

Voy por debajo de las vías elevadas. Se estremecen con el movimiento de un tren que viene. Tengo que caminar rápido si quiero llegar allí antes de que noten que me he ido. Dejo a un lado una gran grieta en la calle, y salto por encima de una luz caída.

No pienso en cuán lejos tendré que caminar para salir. No es mucho cuando mi cuerpo se calienta con el esfuerzo de caminar, mirar sobre mi hombro y esquivar los peligros en el camino. Mantengo el paso, medio caminando y medio trotando.

Pronto llego a la parte de la ciudad que reconozco. Las calles están más cuidadas aquí, limpias, con pocos huecos. A lo lejos veo el brillo del cuartel de Sabiduría, sus luces violan las leyes de la conservación de la energía. No sé qué hacer cuando llegue. ¿Exigir ver a Jeanine? ¿O sólo quedarme de pie hasta que alguien me note?

Mis dedos pasan rozando una ventana en el edificio que hay a mi lado.

No falta mucho. Los temblores que atraviesan mi cuerpo ahora que estoy cerca, hacen que sea difícil caminar. Respirar también se hace complicado; dejo de tratar de estar en silencio, y permito que el aire silbe saliendo y entrando en mis pulmones. ¿Qué me harán cuando llegue allí? ¿Qué planes tienen para mí antes de que sobrepase mi utilidad, y me maten? No dudo que al final me matarán. Me concentro en seguir adelante, en mover mis piernas aunque parecen incapaces de soportar mi peso.

Y entonces estoy de pie, frente al cuartel de Sabiduría.

En su interior, la multitud de personas con camisas azules se sientan alrededor de mesas, tecleando en computadores o inclinándose en libros, pasando trozos de papel hacia atrás y adelante. Algunos son personas decentes que no entenderían lo que su Facción ha hecho, pero si todo el edificio colapsara encima de ellos ante mis ojos, encontraría que no me importaba.

Este es el último momento para echarme atrás. El aire frío hace escocer mis mejillas y mis manos mientras vacilo. *Puedo alejarme ahora.* Refugiarme en el complejo de Intrepidez. Rezar, esperar y desear que nadie más muera por mi egoísmo.



Pero no puedo irme, o la culpa, el peso de la vida de Will, y las vidas de mis padres, y ahora la de Marlene, romperá mis huesos, hará que sea imposible respirar.

Lentamente comienzo a caminar hacia el edificio y empujo para abrir las puertas.

Esta es la única forma de evitar sofocarme.

Por un segundo, después de que mis pies tocan el suelo de manera, y me quede de pie frente al enorme retrato de Jeanine Matthews colgado en la pared opuesta, nadie me nota, ni siquiera los dos guardias traidores de Intrepidez que vigilan cerca de la entrada. Camino hacia la recepción, donde un hombre de mediana edad con una calva en la corona de su cabeza está sentado, ordenando una torre de papeles. Pongo las manos en el escritorio.

—Perdón —digo.

—Dame un momento —dice sin alzar la mirada.

—No.

Con eso, él alza la mirada, con las gafas torcidas, frunciendo el ceño como si estuviera a punto de reprenderme. Cualquier palabra que me fuera a decir parece quedarse atrapada en su garganta. Me mira con la boca abierta, sus ojos saltando de mi rostro a la sudadera que tengo puesta.

—Creo que Jeanine Matthews quería verme —digo—. Así que apreciaría si la contactara.

Hace señales hacia los traidores de Intrepidez en la puerta, pero no hay necesidad. Los guardias finalmente han caído en la cuenta. Los soldados Intrepidez de otros lugares de la habitación también han comenzado a caminar hacia adelante, y todos me rodean, pero no me tocan, ni me hablan. Escaneo sus rostros, tratando de lucir tan plácida como sea posible.

—¿Divergente? —pregunta finalmente uno de ellos mientras el hombre de detrás del escritorio agarra el receptor del sistema de comunicación del edificio.



Si cierro los puños, puedo hacer que dejen de temblar. Asiento.

Mis ojos se mueven hacia el Intrepidez que sale del elevador en el lado izquierdo de la habitación, y los músculos de mi rostro se vuelven flácidos. Peter está viniendo hacia nosotros.

Un millar de posibles reacciones, que van desde lanzarme hacia la garganta de Peter, a llorar, o a hacer algún tipo de broma, se apresuran hacia mi mente a la vez. No puedo decidirme en una. Así que me quedo de pie y lo observo. Jeanine debe haber sabido que vendría, debe haber escogido a Peter a propósito para recogerme, seguro que sí.

—Hemos sido instruidos para llevarte arriba —dice Peter.

Quiero decir algo duro, o despreocupado, pero el único sonido que se me escapa es un sonido de aceptación, apretado por mi garganta hinchada. Peter comienza a caminar hacia los elevadores, y yo lo sigo. Caminamos por una serie de pulcros pasillos. A pesar del hecho de que subimos varios niveles, todavía siento que estoy muy profunda en la tierra.

Espero que me lleven hacia Jeanine, pero no lo hacen. Dejan de caminar en un pasillo corto, con una serie de puertas de metal en cada lado. Peter mete un código para abrir una, y los traidores Intrepidez me rodean, hombro con hombro, formando un estrecho túnel para que pase a la habitación.

La habitación es pequeña, tal vez de metro ochenta de ancho por metro ochenta de largo. Las paredes, el suelo y el techo están hechos de los mismos paneles de luz sencillos, ahora poco iluminados, que brillaron en la habitación de prueba de aptitud. En cada esquina hay una pequeña cámara negra.

Miro de esquina a esquina, a las cámaras, y lucho contra el grito construyéndose en mi estómago, pecho y garganta. De nuevo me siento culpable y el dolor me araña dentro, en guerra el uno con el otro por la dominación, pero el terror es más fuerte que ambos. Inhalo, y no exhalo. Mi padre me dijo una vez que era la cura para el hipo. Le pregunté si podía morir por contener la respiración.

—No —dijo él—. *Los instintos de tu cuerpo tomarán el control y te forzarán a respirar.*





Una lástima, la verdad. Podría usarlo como una manera de salir. El pensamiento hace que me quiera reír. Y luego gritar.

Me hago un ovillo para poder presionar el rostro contra mis rodillas. Tengo que hacer un plan. Si puedo hacer un plan, no estaré asustada.

Pero no hay un plan. No hay escapatoria de la profundidad del cuartel de Sabiduría, no hay escapatoria de Jeanine, y no hay escapatoria de lo que he hecho.



## CAPÍTULO 29

*Traducido por Lorenaa  
Corregido por LadyPandora*

**O**lvidé el reloj. Minutos u horas después, cuando disminuye la angustia, es lo que más lamento. En primer lugar no venir aquí, lo que parecía una elección obvia, pero con la muñeca desnuda, hace que sea imposible saber cuánto tiempo he estado sentada en esta habitación. Me duele la espalda, lo cual es alguna señal, pero definitivamente, no lo suficiente.

Después de un rato, me levanto y camino, estirando los brazos por encima de mi cabeza. No me atrevo a hacer nada mientras las cámaras estén aquí, pero ellos no pueden aprender nada mirando cómo me toco los pies.

Ese pensamiento hace que me tiemblen las manos, pero no intento empujarlo fuera de mi mente. En su lugar, me digo a mí misma que soy Intrepidez y no soy desconocida al miedo. Moriré en este sitio. Quizás pronto. Tal cual.

Pero hay otras maneras de pensarlo. Pronto honraré a mis padres muriendo como ellos lo hicieron. Y si todo lo que creían sobre la muerte es verdad, pronto me uniré a ellos en lo que venga después.

Sacudo las manos cuando camino. Siguen temblando. Quiero saber qué hora es. Llegué un poco después de medianoche. Ahora debe ser casi por la mañana, quizás las 4:00 o las 5:00. O tal vez no ha pasado tanto tiempo, y sólo lo parece porque no he estado haciendo nada.

La puerta se abre, y al fin estoy cara a cara con mi enemigo y su guardián Intrepidez.

—Hola, Beatrice —dice Jeanine. Lleva unas sabias gafas azules y una sabia apariencia de superioridad que mi padre me enseñó a odiar—. Pensé que podrías ser tú la que viniese.

Pero no siento odio cuando la miro, no siento nada en absoluto, incluso sabiendo que es responsable de incontables muertes, incluyendo a Marlene. Las muertes existen en mi mente como una cadena de ecuaciones sin sentido, y me quedo inmóvil, incapaz de resolverlas.



—Hola, Jeanine —digo, es la única cosa que me viene a la mente.

Miro, desde los ojos grises llorosos de Janine hasta el guardia Intrepidez que la flanquea. Peter está parado al lado de su hombro derecho, y una mujer con líneas a ambos lados de su boca se encuentra a su izquierda. Detrás de ella está un hombre calvo con afilados planos en su cráneo. Frunzo el ceño.

¿Cómo se encuentra Peter en una posición de tanto prestigio, como guardaespaldas de Jeanine Matthews? ¿Dónde queda la lógica en todo esto?

—Me gustaría saber qué hora es —digo.

—Te gustaría —dice ella—. Eso es interesante.

Debería haber sabido que no me lo diría. Cada pieza de información se lo toma como un factor dentro de su estrategia, y no me dirá que hora es, a menos que decida que darme esa información es más inútil que no tenerla.

—Estoy segura de que mis compañeros de Intrepidez están decepcionados —dice—, ya que no has intentado sacarme los ojos todavía.

—Eso sería estúpido.

—Cierto. Excepto por tu tendencia a comportarte “actuando primero y pensando después”.

—Tengo dieciséis años —frunzo los labios—. Puedo cambiar.

—Qué interesante. —Tiene la manera de allanar incluso esas frases que tienen que tener una inflexión en ellas—. Vamos a dar un pequeño paseo. ¿De acuerdo?

Da unos pasos hacia atrás y gesticula hacia la puerta. La última cosa que quiero hacer es salir de esta habitación y dirigirme a un destino incierto, pero no vacilo. Salgo, la mujer de aspecto severo de Intrepidez va delante de mí. Peter me sigue de cerca.

El pasillo es largo y pálido. Giramos una esquina y caminamos por un segundo pasillo idéntico al primero.

Le siguen dos pasillos más, estoy tan desorientada que nunca encontraría el camino de vuelta, pero entonces, el entorno cambia... el túnel blanco se abre hacia una gran habitación donde hombres y mujeres Sabiduría están detrás de unas mesas, algunos sujetan



herramientas, otros mezclan líquidos multicolores, algunos miran la pantalla de unos monitores. Si tuviera que adivinar, diría que ellos están mezclando el suero de la simulación, pero dudo que el trabajo de Sabiduría se limite sólo a eso.

La mayoría se detiene a observar cómo vamos al centro del pasillo. O mejor dicho, a observarme a mí. Algunos susurran, pero la mayor parte permanece en silencio. Hay demasiado silencio.

Sigo a la traidora Intrepidez a través de una puerta, y paramos de manera tan abrupta que Peter choca contra mí.

Esta habitación es tan larga como la última, pero sólo hay una cosa aquí: una gran mesa de metal con una máquina al lado. Una máquina que vagamente reconozco como un monitor cardíaco. Y colgando por encima, una cámara. Tiemblo sin querer porque sé lo que es.

—Estoy muy contenta de que tú, en particular, estés aquí —dice Jeanine. Camina junto a mí y se posa sobre la mesa, con los dedos curvados en el borde—. Estoy contenta, desde luego, por tus resultados en las pruebas de aptitud.

Su pelo rubio, estirado contra el cráneo, refleja la luz y capta mi atención.

—Incluso entre los Divergentes, eres como una rareza, porque tienes aptitudes de las tres Facciones, Abnegación, Intrepidez y Sabiduría.

—¿Cómo...? —mi voz se rompe. Empujo la pregunta para que salga—. ¿Cómo sabes eso?

—Todo a su debido tiempo —dice—. De tus resultados he determinado que eres una de las Divergentes más fuertes, lo que no es un cumplido, pero explica mi propósito. Si voy a desarrollar una simulación que no pueda ser frustrada por la mente Divergente, debo de estudiar la mente Divergente más fuerte, a fin de reforzar las debilidades de la tecnología. ¿Lo entiendes?

No contesto. Sigo mirando el monitor cardíaco cerca de la mesa.

—Por lo tanto, durante tanto tiempo como sea posible, mis colegas científicos y yo te estudiaremos. —Sonríe un poco—. Y entonces, cuando termine el estudio, serás ejecutada.

*Sabía eso. Lo sabía, pero entonces, ¿por qué mis rodillas se debilitan? ¿Por qué mi estómago se revuelve? ¿Por qué?*



—La ejecución se llevará a cabo aquí. —Pasa los dedos por la mesa que tiene debajo—. En esta mesa. Pensé que sería interesante mostrártela.

Quiere estudiar mi reacción. Apenas puedo respirar. Solía pensar que la crueldad requería malicia, pero no es cierto. Jeanine no tiene razones para actuar con mala intención. Pero es cruel, porque no le importa lo que haga mientras eso le fascine. Podría ser un rompecabezas o una máquina rota que quiere arreglar. Abrirá mi cráneo simplemente para ver cómo funciona mi cerebro por dentro; moriré aquí, y eso será misericordioso.

—Sabía lo que iba a pasar cuando viniera aquí —digo—. Es solo una mesa. Y me gustaría volver a mi habitación ahora.

Realmente no entiendo el paso del tiempo, al menos no de la forma que solía hacerlo, cuando el tiempo estaba disponible para mí. Así que cuando la puerta se vuelve a abrir y Peter entra en mi celda, no sé cuánto tiempo ha pasado, sólo sé que estoy exhausta.

—Vamos, Estirada —dice él.

—No soy Abnegación. —Estiro mis brazos sobre mi cabeza, así que rozan la pared—. Y ahora que tú eres un lacayo de Sabiduría, no puedes llamarme Estirada, es incorrecto.

—He dicho que vamos.

—¿Cómo, no hay comentarios sarcásticos? —Le miro con fingida sorpresa—. ¿Nada de “No deberías haber venido aquí; tu cerebro debe ser tan deficiente como Divergente”?

—¿Realmente hace falta decirlo? —dice—. Puedes levantarte o puedo arrastrarte por el pasillo. Tú eliges.

Me siento más tranquila. Peter siempre sabe lo que tiene que decirme. Me es familiar.

Me levanto y camino fuera de la habitación. Noto cuando voy andando que el brazo de Peter, el que disparé, ya no lleva cabestrillo.

—¿Te arreglaron la herida de bala?

—Si —dice—. Ahora tendrás que encontrar una nueva debilidad que explotar. Lástima que acabo de salir de ellos. —Agarra mi brazo bueno y anda rápido, tirando de mí a su lado—. Llegamos tarde.

A pesar de lo largo y vacíos que están los pasillos, nuestros pasos no resuenan demasiado. Me siento como si alguien hubiera puesto sus



manos sobre mis oídos y simplemente notase eso. Intento hacer un seguimiento de los pasillos que recorreremos, pero pierdo la cuenta después de un rato. Alcanzamos el final de uno y giramos a la izquierda, entramos a una habitación oscura que me recuerda a un acuario. Una de las paredes está hecha de un cristal unidireccional, reflexivo en mi lado, pero estoy segura de que es transparente en el lado contrario.

Una gran máquina está en la otra parte, con una bandeja de tamaño humano saliendo de ella. Lo reconozco por mi libro de texto de Historia de las Facciones, la unidad sobre Sabiduría y la medicina. Es una máquina de resonancia magnética. Tomará fotos de mi cerebro.

Algo se ilumina dentro de mí. Ha pasado tanto tiempo desde que lo he sentido que apenas lo reconozco al principio. *Curiosidad.*

Una voz... la voz de Jeanine... habla por el intercomunicador.

—Acuéstate, Beatrice.

Miro la bandeja de tamaño humano que me deslizará dentro de la maquina.

—No.

Suspira.

—Si no lo haces por ti misma, tendremos que hacer que lo hagas.

Peter está de pie, detrás de mí. Incluso con un brazo herido es más fuerte que yo. Imagino sus manos sobre mí. Luchando sobre la bandeja, empujándome sobre el metal, tirando de las correas que cuelgan alrededor de mi cuerpo, con demasiada fuerza.

—Vamos a hacer un trato —digo—. Si coopero, puedo ver la exploración.

—Cooperarás, lo quieras o no.

Levanto un dedo.

—Eso no es verdad.

Miro hacia el espejo. No es muy difícil fingir que estoy hablando con Jeanine cuando estoy hablando con mi propio reflejo. Mi pelo es rubio como el suyo; ambas tenemos la piel clara y aspecto severo. La idea me resulta tan inquietante que pierdo el hilo de mis pensamientos por unos instantes, en lugar de estar con el dedo levantado y en silencio.



Tengo la piel pálida, el pelo claro, soy fría. Tengo curiosidad sobre las fotos de mi cerebro. Soy como Jeanine. Y puedo despreciarlo, atacarlo, erradicarlo... o usarlo.

—Eso no es verdad —repito—. No importa cuántas limitaciones uses, no puedes mantenerme tan quieta como necesitas para que las fotos sean claras. —Aclaro mi garganta—. Quiero ver los escáneres. Vas a matarme de todas maneras, así que realmente no importa lo mucho que sepa sobre mi propio cerebro antes que tú.

Silencio.

—¿Por qué quieres verlas tan desesperadamente? —dice.

—Seguramente, tú, entre todas las personas, lo entiendes. Tengo las mismas aptitudes para Sabiduría de las que tengo para Intrepidez y Abnegación, después de todo.

—Muy bien, puedes verlas. Acuéstate.

Camino hacia la bandeja y me acuesto. El metal parece el hielo. La bandeja se desliza hacia atrás, y estoy dentro de la máquina. Miro hacia la blancura. Cuando era pequeña, pensaba que así sería el cielo, todo luz blanca y nada más. Ahora sé que eso no puede ser verdad, porque la luz blanca es insignificante.

Mi corazón bombea, y cierro los ojos cuando recuerdo uno de los obstáculos de mi paisaje, unos puños golpeando en mis ventanas y los hombres invisibles tratando de secuestrarme. Finjo que los golpes son latidos de corazón, un golpe de tambor. El río estrellándose contra las paredes del complejo de Intrepidez. Los pies estampando al final de la Ceremonia de Iniciación. Los pies golpeando en la escalera después de la Ceremonia de Iniciación.

No sé cuánto ha pasado cuando los golpes se detienen y la bandeja se desliza de vuelta. Me siento y me froto el cuello con las manos.

La puerta se abre, revelando a Peter en el pasillo. Me llama.

—Vamos, puedes ver los escáneres ahora.

Salto de la bandeja y me dirijo hacia él. Cuando estamos en el pasillo, sacude la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

—No sé como lo haces para manejarlo todo como tú quieres.



—Sí, quería meterme en una celda del cuartel de Sabiduría. Y quería ser ejecutada.

Sueno arrogante, como si las ejecuciones fueran algo a lo que me enfrentara regularmente. Pero formar en mis labios la palabra “ejecución” me hace temblar. Finjo que tengo frío, frotándome los brazos.

—Sin embargo, ¿no querías? —dice—. Me refiero, viniste aquí por tu propia voluntad. Eso no es lo que yo llamo un buen instinto de supervivencia.

Marca una serie de números en el teclado de fuera de la puerta de al lado, y se abre. Entro en la habitación del otro lado del espejo. Está llena de pantallas y luces, reflejando en las gafas de los Sabiduría. Al otro lado, una puerta suena al cerrarse. Hay una silla vacía detrás de una de las pantallas, todavía girada. Alguien se acaba de ir.

Peter está parado detrás de mi, muy cerca... preparado para cogerme si decido atacar a alguien. Pero no atacaré a nadie. ¿Cuán lejos podría llegar si lo hiciera? ¿Correr un pasillo o dos? Y luego estaría perdida. No podría salir de aquí, incluso aunque no hubiera guardias para impedirlo.

—Ponlos ahí arriba —dice Jeanine, apuntando a la gran pantalla sobre la pared izquierda. Un Sabiduría marca en su propio ordenador, y una imagen aparece en la pared izquierda. Una imagen de mi cerebro.

No sé lo que estoy mirando exactamente. Sé cómo es un cerebro, y en general lo que hace cada región, pero no sé como comparar el mío con otros. Jeanine se toca el mentón y lo mira durante lo que parece mucho tiempo.

Finalmente dice:

—Que alguien instruya a la Señorita Prior de lo que hace la corteza frontal lateral.

—Es la región del cerebro que está detrás de la frente, por decirlo de alguna manera —dice una de las científicas. No parece mucho mayor que yo, y está usando unas gafas redondas grandes que hacen que sus ojos se vean enormes—. Es el responsable de organizar los pensamientos y las acciones para alcanzar las metas.

—Es grande —dice otro científico, esta vez un hombre con el pelo muy fino.





—Especifica —dice Jeanine. Como si lo estuviera reprendiendo.

Estoy en un aula. Lo descubro porque una habitación con más de un Sabiduría es un aula. Y entre ellos, Jeanine es la profesora más valorada. Todos la miran con los ojos muy abiertos y ansiosos, boquiabiertos, esperando impresionarla.

—Es mucho más grande de lo normal. —El hombre de pelo fino se corrige a si mismo.

—Mejor —Jeanine inclina su cabeza—. De hecho, es una de las cortezas frontales laterales más grandes que he visto nunca. Aunque la corteza orbitofrontal es remarcablemente pequeña. ¿Qué indican esos dos datos?

—La corteza orbitofrontal es el centro de recompensa del cerebro. Los que se exhiben a un comportamiento de búsqueda de recompensa tienen la corteza orbitofrontal grande —dice alguien—. Eso significa que la Señorita Prior se compromete en una pequeña búsqueda de recompensa.

—No solo eso —Jeanine sonríe un poco. La luz azul de las pantallas hace que los huesos de sus mejillas y su frente brillen, pero hacen sombra en la órbita de sus ojos—. No indica simplemente algo sobre su comportamiento, si no sobre sus deseos. Ella no está motivada por la recompensa. Aunque es extremadamente buena dirigiendo sus pensamientos y acciones hacia sus metas. Eso explica ambas tendencias hacia su comportamiento dañino pero desinteresado y, tal vez, su habilidad para salirse de las simulaciones. ¿Cómo vamos a enfocar estos cambios en el nuevo suero para simulaciones?

—Debería suprimir algo, pero no toda, la actividad en la corteza frontal —dice la científica con las gafas redondas.

—Exactamente —dice Janine. Finalmente me mira, sus ojos brillando alegremente—. Entonces así es como procederemos. ¿Es de su satisfacción mi final de nuestro acuerdo, Señorita Prior?

Mi boca está seca, así que es difícil tragar.

Y qué pasa si ellos suprimen la actividad de mi corteza frontal... ¿Y si dañan mi habilidad de tomar decisiones? ¿Qué pasa si este suero funciona, y me convierto en una esclava de las simulaciones igual que todos los demás? ¿Qué ocurre si olvido la realidad entera?



Yo no sabía que mi personalidad entera, mi entero ser, podría ser descartado como un subproducto de mi anatomía. ¿Y qué si realmente soy alguien con una corteza frontal grande... y nada más?

—Si —digo—. Lo ha sido.

En silencio, Peter y yo recorremos el camino de vuelta a mi habitación. Giramos a la izquierda, y un grupo de personas está al otro extremo del pasillo. Es el corredor más largo por el que hemos pasado, pero la distancia se reduce cuando le veo.

Sujetado de cada brazo por un traidor de Intrepidez, una pistola apuntándole en la nuca.

Tobias, la sangre corre por un lado de su camiseta blanca manchándola de rojo; Tobias, compañero Divergente, de pie, en la boca de este horno en el cual voy a arder.

Las manos de Peter me abrazan por los hombros, manteniéndome en el sitio.

—Tobias —digo, y suena como un jadeo.

El traidor Intrepidez presiona a Tobias hacia mí con el arma. Peter intenta empujarme también hacia delante, pero mis pies permanecen plantados. *Vine aquí para que nadie más muriera. Vine aquí para proteger a tanta gente como pudiese.* Y me preocupo más por la seguridad de Tobias que por la de cualquiera. Así que, ¿Por qué estoy aquí, si también lo está él? ¿Cuál es el punto?

—¿Por qué lo hiciste? —murmuro. Está a sólo unos metros de mí ahora, pero no lo bastante cerca para oírme. Cuando me pasa extiende su mano. La envuelve alrededor de mi palma y aprieta. Aprieta, y luego la suelta. Sus ojos están inyectados en sangre; está pálido.

—¿Por qué lo hiciste? —Esta vez la pregunta sale de mi garganta como un gruñido.

Me tiro sobre él, luchando contra el agarre de Peter, aunque sus manos me irriten.

—¿Por qué lo hiciste? —grito.

—Si tú mueres, yo también muero. —Tobias me mira sobre su hombro—. Te pedí que no hicieras esto. Tomaste tu decisión. Estas son las consecuencias.



Desaparece al girar la esquina. Lo último que veo de él y del traidor de Intrepidez que lo lleva es el brillo del cañón de la pistola y la sangre de una herida detrás del lóbulo de la oreja que no había visto antes.

Toda la vida sale de mí tan pronto como él se va. Paro de luchar y dejo que las manos de Peter me empujen hacia mi celda. Caigo al suelo tan pronto como entro, esperando que la puerta se cierre significando la marcha de Peter, pero no ocurre.

—¿Por qué vino aquí? —dice Peter.

—Porque es idiota.

—Bueno, sí.

Descanso mi cabeza contra la pared.

—¿Pensaba que podría rescatarte? —Peter se burla un poco—. Suena como algo que haría un Estirado de nacimiento.

—No lo creo —digo. Si Tobias intentara rescatarme, lo hubiera planificado; habría traído a otros. No hubiera irrumpido él solo en el cuartel general de Sabiduría.

Las lágrimas humedecen mis ojos, y no trato de apartarlas. En su lugar, miro a través de ellas y veo mi alrededor emborronarse. Unos días antes nunca hubiera llorado delante de Peter, pero ya no me importa. Es el menor de todos mis enemigos.

—Creo que vino para morir conmigo —digo. Me cubro la boca con la mano para reprimir un sollozo. Si puedo respirar, puedo dejar de llorar. No necesito, ni quiero, que muera conmigo. Quería mantenerlo a salvo. *Que idiota*, pienso, pero mi corazón no lo cree.

—Eso es ridículo —dice—. No tiene ningún sentido. Tiene dieciocho años; encontrará otra novia cuando estés muerta. Y es estúpido si no sabe eso.

Las lágrimas bajan por mis mejillas, calientes al principio, luego frías. Cierro los ojos.

—Si crees que se trata de eso... —Me trago otro sollozo—. Entonces, tú eres el estúpido.

—Sí. Lo que tú digas.

Sus zapatos chirrían cuando se da la vuelta. A punto de irse.



—¡Espera! —Miro hacia arriba a su silueta borrosa, incapaz de distinguir su cara—. ¿Qué le harán? ¿Lo mismo que me están haciendo a mí?

—No lo sé.

—¿Puedes averiguarlo? —Me seco las lágrimas con las manos, frustrada—. ¿Puedes por lo menos averiguar si está bien?

—¿Por qué haría eso? ¿Por qué haría algo por ti? —dice.

Un momento después escucho la puerta cerrarse.



## CAPÍTULO 30

*Traducido por Raveen  
Corregido por Angeles Rangel*

**L**eí en alguna parte, una vez, que el llanto desafía toda explicación científica. Las lágrimas sólo sirven para lubricar los ojos. No hay ninguna razón real para que las glándulas lacrimales produzcan lágrimas en exceso a instancias de la emoción.

Creo que llorar libera la parte animal de nosotros sin perder nuestra humanidad. Porque dentro de mí está un animal que gruñe, y se esfuerza hacia la libertad, hacia Tobias, y, sobre todo, hacia la vida. Y no importa cuán duro lo intente, no puedo matarlo.

Así que lloro en mis manos en su lugar.



Izquierda, derecha, derecha. Izquierda, derecha, izquierda. Derecha, derecha. Nuestras vueltas, en orden, desde nuestro punto de origen — mi celda— a nuestro destino.

Es una nueva habitación. En ella hay una silla reclinada parcialmente, como una silla de dentista. En una esquina hay una pantalla y un escritorio. Jeanine se sienta en el escritorio.

—¿Dónde está? —le digo.

He estado esperando durante horas para hacer esa pregunta. Me quedé dormida y soñé que estaba persiguiendo a Tobias a través de la sede de Intrepidez. No importaba lo rápido que corriera él siempre estaba lo suficientemente lejos delante de mí lo veía desaparecer en las esquinas, viendo una manga o el talón de un zapato.

Jeanine me da una mirada de perplejidad. Pero ella no está perpleja. Está jugando conmigo.

—Tobias —le digo de todos modos. Mis manos tiemblan, pero no de miedo esta vez, de ira—. ¿Dónde está? ¿Qué estás haciendo con él?



—No veo ninguna razón para darte esa información —dice Jeanine—. Y ya que estás fuera de apalancamiento, no veo ninguna manera de que me des una razón, a menos que quieras cambiar los términos de nuestro acuerdo.

Quiero gritarle que por supuesto, por supuesto, prefiero saber de Tobias que sobre mi Divergencia, pero no lo hago. No puedo tomar esa decisión apresurada. Ella hará lo que pretende hacerle a Tobias lo sepa yo o no. Es más importante que yo entienda perfectamente lo que me está pasando a mí.

Respiro por la nariz, y exhalo por la nariz. Sacudo mis manos. Me siento en la silla.

—Interesante —dice ella.

—¿No se supone que deberías estar manejando una Facción y planificando una guerra? —digo—. ¿Qué estás haciendo aquí, ejecutando pruebas a una chica de dieciséis años?

—Eliges diferentes formas de referirte a ti misma en función de lo que te es conveniente —dice ella, recostándose en su silla—. A veces insistes en que no eres una niña, y, a veces insistes en que lo eres. Lo que tengo curiosidad por saber es: ¿Cómo te ves realmente a ti misma? ¿Como una o la otra? ¿Como las dos? ¿Como ninguna de ellas?

Hago mi voz plana y objetiva, como la de ella. —No veo ninguna razón para darte esa información.

Escucho un resoplido leve. Peter está cubriéndose la boca. Jeanine lo mira, y su risa sin esfuerzo se transforma en un ataque de tos.

—La burla es infantil, Beatrice —dice ella—. No te sienta.

—La burla es infantil, Beatrice —repito en mi mejor imitación de su voz—. No te sienta.

—El suero —dice Jeanine, mirando a Peter. Da un paso hacia delante y tantea un cuadrado negro en el escritorio, sacando una jeringuilla con una aguja ya unida a ella.

Peter se dirige hacia mí, y yo extendiendo mi mano.

—Permíteme —le digo.

Él mira a Jeanine pidiendo permiso, y ella dice:



—Muy bien, entonces. —Él me da la jeringa y yo empujo la aguja a un lado de mi cuello, presionando hacia abajo el émbolo. Jeanine golpea uno de los botones con el dedo, y todo queda a oscuras.



Mi madre se encuentra en el pasillo con su brazo extendido sobre la cabeza para que pueda sostener la barra. Su rostro está encendido, no hacia las personas que se sientan a mí alrededor, sino hacia la ciudad que pasamos mientras el autobús se tambalea hacia adelante. Veo las arrugas en su frente y alrededor de su boca cuando frunce el ceño.

—¿Qué es? —le pregunto.

—Hay mucho por hacer —dice ella con un pequeño gesto hacia las ventanas del autobús—. Y muy pocos de nosotros que quedan para hacerlo.

Está claro a lo que se está refiriendo. Más allá del autobús hay escombros tan lejos como puedo ver. Cruzando la calle, un edificio está en ruinas. Fragmentos de vidrio brillan en los callejones. Me pregunto qué causó tanta destrucción.

—¿A dónde vamos? —le digo.

Ella me sonrío, y veo arrugas diferentes a las de antes, en las esquinas de sus ojos. —Vamos a la sede del Sabiduría.

Frunzo el ceño. La mayor parte de mi vida la he pasado evitando la sede de Sabiduría. Mi padre solía decir que a él ni siquiera le gustaba respirar el aire de allí. —¿Por qué vamos allí?

—Ellos nos van a ayudar.

¿Por qué siento una punzada en el estómago cuando pienso en mi padre? Me imagino su rostro, curtido por toda una vida de frustración con el mundo a su alrededor, y su pelo, muy corto por la práctica estándar de Abnegación, y siento el mismo tipo de dolor en mi estómago que cuando no he comido por mucho tiempo, un dolor hueco.

—¿Le pasó algo a papá? —le digo.

Ella niega con la cabeza. —¿Por qué lo preguntas?

—No sé.



No siento dolor cuando miro a mi madre. Pero si siento como si cada segundo que pasamos de pie a estos centímetros de distancia los tuviese que plasmar en mi mente hasta que mi memoria se ajuste a su forma compleja. Pero si ella no es permanente, ¿que es?

El autobús se detiene, y las puertas crujen abiertas. Mi madre empieza a ir por el pasillo, y la sigo. Ella es más alta que yo, así que me quedo mirando entre sus hombros, a la parte superior de su espina dorsal. Ella se ve frágil, pero no lo es.

Salgo hacia abajo sobre el pavimento. Piezas de vidrio crujen bajo mis pies. Ellas son azules y, a juzgar por los agujeros en el edificio a mi derecha, solían ser ventanas.

—¿Qué pasó?

—La guerra —dice mi madre—. Esto es lo que hemos estado tratando tan duramente de evitar.

—Y Sabiduría nos va a ayudar... ¿haciendo qué?

—Me preocupa que toda la fanfarronería de tu padre acerca de Sabiduría haya influido sobre tu perjuicio —dice ella con suavidad—. Ellos han cometido errores, por supuesto, pero, como todo el mundo, son una mezcla del bien y del mal, no es uno o el otro. ¿Qué haríamos sin nuestros médicos, nuestros científicos, nuestros maestros?

Me alisa el pelo.

—Ten cuidado de recordar eso, Beatrice.

—Lo haré —le prometo.

Seguimos caminando. Sin embargo algo sobre lo que dijo que me molesta. ¿Es lo que dijo sobre mi padre? No, mi padre siempre se está quejando de Sabiduría. ¿Es lo que dijo sobre Sabiduría? Salto sobre un gran trozo de vidrio. No, eso no puede ser. Ella tiene razón acerca de Sabiduría. Todos mis profesores eran Sabidurías, y también lo era el médico que curo el brazo de mi madre cuando ella se lo rompió hace varios años.

Es la última parte. —Ten cuidado de recordar. —Como si ella no va a tener la oportunidad de recordármelo más tarde.

Siento algo cambiando en mi mente, como si algo que se cerró se acabará de abrir.

—¿Mamá? —digo.





Ella me mira. Un mechón de su cabello rubio se sale de su nudo y le toca la mejilla.

—Te amo.

Señalo a la ventana a mi izquierda, y explota. Partículas de vidrio llueven sobre nosotras.

No quiero despertar en una habitación en la sede de Sabiduría, así que no abro los ojos de inmediato, ni siquiera cuando se desvanece la simulación. Trato de preservar la imagen de mi madre y de su cabello pegado a la mejilla durante el mayor tiempo que pueda. Pero cuando todo lo que veo es el enrojecimiento de mis propios párpados, los abro.

—Vas a tener que hacerlo mejor que eso —le digo a Jeanine.

Ella dice:

—Eso fue sólo el comienzo.



# CAPÍTULO 31

*Traducido por IreneRainbow  
Corregido por Angeles Rangel*

**A**quella noche sueño, no con Tobias, y no con Will, sino con mi madre. Estamos en los huertos de Concordia, donde las manzanas están maduras y cuelgan a escasas pulgadas de nuestras cabezas. Sombras se dibujan en su rostro, y viste de negro; aunque nunca la vi de negro cuando estaba viva. Está enseñándome a trenzar mi cabello, mostrando un mechón del suyo y riendo cuando mis dedos se revuelven.

Despierto preguntándome cómo no me di cuenta. Cada día sentada frente a ella en la mesa del desayuno, que estaba absolutamente llena de energía de Intrepidez. ¿Era porque lo escondió bien? ¿O era porque yo no estaba buscando nada?

Entierro mi cara en el delgado colchón en el que duermo. Nunca la conocí. Pero, al menos, ella nunca sabrá lo que le hice a Will, al menos. En este momento, no creo poder soportar lo que ella hizo.

Todavía estoy parpadeando, quitándome la bruma del sueño, cuando sigo a Peter por el pasillo, unos segundos o minutos después, no sé exactamente.

—Peter —mi garganta me duele. Debo haber gritado mientras dormía—. ¿Qué hora es?

Lleva un reloj, pero no puedo verlo. Ni siquiera se molesta en mirar el reloj.

—¿Por qué me acompañas siempre a los lugares? —digo—. ¿No hay alguna actividad perversa en la que se supone debes estar participando? ¿Pateando cachorros o espiando a las chicas mientras se visten, o algo así?

—Sé lo que le hiciste a Will, sabes. Así que no pretendas que eres mejor que yo, porque tú y yo, somos exactamente iguales.

Lo único que distingue aquí un pasillo de otro, es su longitud. Me decido a etiquetarlos de acuerdo a la cantidad de pasos que toma recorrerlos.

*Diez. Cuarenta y siete. Veintinueve.*



—Te equivocas —digo—. Es posible que ambos seamos malos. Pero hay una gran diferencia entre nosotros: Yo no estoy contenta siendo así.

Peter resopla un poco y camino entre las mesas de laboratorio de los Eruditos. Ahí es cuando me doy de dónde estoy y hacia dónde nos dirigimos: de nuevo a la sala que Jeanine me mostró. La habitación donde seré ejecutada.

Me estremezco tanto que mis dientes castañean y es difícil continuar caminando, difícil mantener en orden mis pensamientos.

*Es sólo una habitación*, me digo, una habitación como cualquier otra.

Soy una mentirosa.

Esta vez la sala de ejecución no está vacía. Cuatro traidores Intrepidez están, uno en cada esquina. Y dos de Sabiduría, una mujer de piel oscura; y un hombre adulto. Ambos visten batas de laboratorio, y están de pie con Jeanine, cerca de la mesa de metal en el centro. Varias máquinas están colocadas alrededor de la mesa y hay cables por todos lados.

No sé lo que hace la mayor parte de esas máquinas, pero entre ellas se encuentra un monitor cardíaco. ¿Qué planes tiene Jeanine que requieran un monitor cardíaco?

—Súbela a la mesa —dice Jeanine, sonando aburrida. Miro fijamente por un segundo la hoja de acero que me espera. ¿Qué pasa si ella cambió de idea sobre esperar para ejecutarme? ¿Qué pasa si aquí es cuando muero?

Las manos de Peter toman mis brazos y me retuerzo, utilizando toda mi fuerza para luchar.

Pero él me levanta, esquivando los golpes de mi pie. Y me estampa en la placa de metal. Jadeo, y lanzo un golpe con mi puño esperando golpear algo, y toco la muñeca de Peter.

Él hace una mueca, pero por ahora los dos traidores Intrepidez llegan a ayudarlo.

Uno de ellos me toma por los tobillos y otro por mis hombros; mientras Peter me pone las correas negras, para mantenerme inmóvil.

Me estremezo al sentir el dolor en mi hombro herido, y dejo de luchar.



—¿Qué demonios está pasando? —exijo, estirando el cuello para mirar a Jeanine—. Acordamos cooperar en el intercambio de resultados. ¡Nosotros acordamos...!

—Esto es totalmente independiente de nuestro acuerdo —dice Jeanine, mirando su reloj—. Esto no es sobre ti, Beatrice.

La puerta se abre de nuevo.

Tobias entra, cojeando, flanqueado por traidores Intrepidez. Su rostro está herido y hay un corte sobre su ceja.

Él no se mueve con su usual preocupación, se mantiene perfectamente serio. Debe estar lesionado y trato de no pensar cómo llego a eso.

—¿Qué es esto? —pregunta, con su voz áspera y chirriante.

Por estar gritando, probablemente.

Mi garganta se siente inflamada.

—Tris —dice y se tambalea hacia mí, pero los traidores Intrepidez son demasiado rápidos. Lo atrapan antes de que pueda moverse un par de pasos—. Tris, ¿Estás bien?

—Sí —digo—. ¿Tú estás bien?

Él asiente con la cabeza, pero no le creo.

—En lugar de perder más tiempo, señor Eaton, pensé tomar la solución más lógica. El suero de la verdad sería preferible, por supuesto, pero tendrían que pasar días para coaccionar a Jack Kang para entregar un sobre, ya que es celosamente guardado por Sinceridad, y prefiero no gastar un par de días.

Ella da unos pasos adelante, con una jeringa en mano. El suero es de color gris. Podría ser una nueva versión del suero de la simulación, pero lo dudo.

Me pregunto qué es lo que hace el suero. No puede ser bueno, ya que parece que ella está satisfecha de sí misma.

—En unos segundos, inyectaré a Tris con este líquido. En ese momento, confié en que tus instintos altruistas se hagan cargo y me digas exactamente lo que necesito saber.

—¿Qué necesitas saber? —pregunto, interrumpiéndola.



—Información sobre las casas de seguridad de Sin Facción —responde él, sin mirarme.

Mis ojos se abren. Los Sin Facción son la última esperanza que ninguno de nosotros tiene, ahora que la mitad de Intrepidez y Concordia están bajo los efectos de la simulación, y la mitad de Abnegación están muertos.

—No le des nada a ella. Voy a morir de todas formas. No le des nada.

—Recuérdeme, Señor Eaton —dice Jeanine—. ¿Qué hacen las simulaciones de Intrepidez?

—Este no es un salón de clases —responde él, entre dientes—. Dime lo que vas a hacer.

—Lo haré si contestas mi simple pregunta.

—Bien. —Los ojos de Tobias me observan—. Las simulaciones estimulan la amígdala, la que es responsable de procesar el miedo, induce a alucinaciones basadas en nuestros miedos. Y luego transmite los datos a una computadora, para que sean procesados y observados.

Parece que ha tenido que memorizar eso por mucho tiempo. Tal vez él tuvo que pasar mucho tiempo llevando a cabo simulaciones.

—Muy bien —dice ella—. Hace años, cuando estaba desarrollando las simulaciones de Intrepidez, descubrimos que ciertos niveles de potencia abrumaban el cerebro y lo hacían demasiado insensible con terror, para lograr crear nuevos entornos; por lo que diluimos de la solución para que las simulaciones fueran más instructivas. Pero aún recuerdo cómo hacerlo.

Ella golpea la jeringa con su uña.

—El miedo —dice—, es más potente que el dolor. ¿Hay algo que te gustaría decir, antes de inyectarte, Señorita Prior?

Tobias presiona sus labios.

Y Jeanine inserta la aguja.





Inicia silenciosamente, como los latidos de un corazón. Pero, en primer lugar, no estoy segura de que los latidos que escucho sean míos, porque son demasiado fuertes.

Pero entonces me doy cuenta de que son míos. Y son cada vez más y más rápidos.

El sudor se acumula en mis manos y detrás de las rodillas.

Y luego tengo que jadear para poder respirar.

Es entonces cuando los gritos comienzan

*Y no*

*puedo*

*Pensar.*

Tobias está luchando contra los traidores Intrepidez en la puerta.

Escucho lo que suena como un grito de un niño cerca de mí. Y giro la cabeza para ver de dónde viene, pero sólo hay un monitor cardiaco.

Por encima de mí, las líneas entre los techos de tejas se convierten en monstruosas criaturas. El olor a carne podría llenar el aire y me atraganta.

Las monstruosas criaturas comienzan a adquirir una forma más definida: Son aves, cuervos, con el pico tan largo como mi antebrazo y las alas tan oscuras que parecen tragar toda la luz.

—Tris —dice Tobias. Aparto la vista de los cuervos.

Se pone de pie junto a la puerta, donde estaba antes de que me inyectaran, pero ahora tiene un cuchillo.

Lo mantiene cerca de su cuerpo y lo mueve de tal modo que la punta de la hoja queda sobre su estómago. Entonces él lo atrae hacia sí mismo, tocando con la punta del cuchillo su estómago.

—¿Qué estás haciendo? ¡Detente!

Él sonríe un poco y dice:

—Estoy haciendo esto por ti.

Empuja el cuchillo lentamente y manchas de sangre comienzan a cubrir el dobladillo de su camisa. Tengo arcadas y me tiro contra las correas que me sujetan a la mesa.



—No, ¡detente! —Agito con violencia las piernas. En una simulación se habrían quitado; pero aún las tengo, así que esto es real. Es real.

Grito y él clava el cuchillo. Cae al suelo y su sangre se derrama rápidamente, rodeándolo.

Las aves oscuras regresan y abalanzan sus brillantes y pequeños ojos en él; y se arremolinan en una tornada de alas y garras, picoteando su piel.

Veo sus ojos a través de las plumas que giran y él está aún despierto.

Un ave aterriza en los dedos que sostienen el cuchillo. Él lo suelta y golpea en el suelo. Y espero que esté muerto; pero soy demasiado egoísta, así que no puedo.

Mi espalda se arquea y todos mis músculos duelen. Mi garganta arde por estos gritos que no tienen palabras y que no se detendrán.



—Sedante. —Una voz severa ordena.

Otra aguja en mi cuello y mi corazón comienza a latir lentamente. Lloro de alivio. Por segundos, todo lo que puedo hacer es llorar de alivio.

Eso no era miedo. Eso era otra cosa, una emoción que no debía existir.

—Déjame ir —dice Tobias y su voz suena más áspera que antes. Parpadeo rápido para poder verlo a través de mis lágrimas.

Hay marcas rojas en sus brazos, donde los traidores Intrepidez lo detuvieron; pero no estaba muriendo, estaba bien.

—Esa es la única manera en que te lo diré, si es que me dejas ir.

Jeanine asiente con la cabeza y corre hacia mí.

Envuelve una mano alrededor de la mía y me toca el pelo con la otra. Sus dedos se mojan con mis lágrimas. No se limpia. Se inclina y presiona su frente con la mía.

—Las casas de seguridad de Sin Facción —dice pálidamente, a la derecha en mi mejilla—. Tráeme un mapa y los marcaré para ustedes.



Su frente se siente fresca y seca contra la mía. Mis músculos me duelen, probablemente debido al tiempo en el que estuve con el suero.

Él se mueve hacia atrás, con sus dedos envueltos alrededor de los míos; hasta que los traidores Intrepidez lo alejan de mí, para escoltarlo a algún lugar.

Mi mano cae pesadamente sobre la mesa. No quiero luchar contra más restricciones. Todo lo que quiero hacer es dormir.

—Mientras estés aquí... —comienza Jeanine, una vez que Tobias y sus escoltas se han ideos.

Ella mira hacia arriba y enfoca sus ojos llorosos en un Sabiduría—. Tráelo aquí, ha llegado el momento.

Ella mira hacia atrás de mí.

—Mientras estés durmiendo, vamos a realizar un corto procedimiento para observar algunas cosas sobre tu cerebro. No será invasivo. Pero antes de eso... Te prometí plena transparencia con estos procedimientos; así que creo que es justo que sepas exactamente quién me ha estado ayudando con mis esfuerzos.

Ella sonríe un poco.

—Él me dijo que tú tenías aptitud para tres Facciones, y que era nuestra mejor oportunidad para que vinieras aquí; y poner a tu madre en la última simulación para hacerlo más efectivo.

Ella mira hacia la puerta, mientras los sedantes hacen efecto, haciendo que todos los bordes pierdan definición.

Miro por encima de mi hombro, y lo veo a través de la bruma de las drogas:

*Caleb.*





## CAPÍTULO 32

*Traducido por dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**M**e despierto con dolor de cabeza. Trato de volver a dormir —por lo menos cuando estoy dormida, estoy tranquila— pero la imagen de Caleb parado en la puerta atraviesa mi mente una y otra vez, acompañado por el sonido de los cuervos graznando.

¿Por qué nunca me pregunté cómo Eric y Jeanine sabían que tenía aptitud para tres Facciones?

¿Por qué nunca se me ocurrió que sólo tres personas en el mundo sabían ese hecho en particular: Tori, Caleb, y Tobias?

Mi cabeza golpea. No puedo encontrarle sentido. No sé por qué Caleb me traicionaría. Me pregunto cuándo sucedió, ¿después del ataque de la simulación? ¿Después del escape de Concordia? ¿O fue antes, cuando mi padre aún estaba vivo? Caleb nos dijo que dejó Sabiduría cuando se enteró de lo que estaban planeando, ¿estaba mintiendo?

Debe haberlo estado. Presiono la palma de mi mano a mi frente. Mi hermano escogió la Facción sobre la sangre. Tiene que haber una razón. Ella debe haberlo amenazado. U obligado de alguna manera.

La puerta se abre. No levanto la cabeza ni abro los ojos.

—Estirada —es Peter. Por supuesto.

—Sí. —Cuando dejo caer mi mano de mi cara, un mechón de cabello se cae con ella. Lo veo por el rabillo del ojo. Mi cabello nunca ha estado tan grasiento antes.

Peter pone una botella de agua al lado de la cama, y un sándwich. La idea de comer me da náuseas.

—¿Tienes muerte cerebral? —pregunta.

—No lo creo.

—No estés tan segura.

—Ja, ja —le digo—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?



—Alrededor de un día. Se supone que debo acompañarte a las duchas.

—Si dices algo acerca de lo mucho que la necesito —le digo con voz cansada—. Te voy a atizar el ojo.

La habitación gira cuando levanto mi cabeza, pero me las arreglo para poner las piernas sobre el borde de la cama y pararme. Peter y yo comenzamos a recorrer el pasillo.

Cuando doblamos la esquina para llegar al cuarto de baño, sin embargo, hay personas al final del pasillo.

Uno de ellos es Tobias. Puedo ver que nuestros caminos se cruzarán, entre el lugar donde estoy ahora y la puerta de mi celda. Me quedo mirando, no a él sino al lugar donde estará cuando alcance mi mano, como lo hizo la última vez que nos cruzábamos. Mi piel hormiguea con anticipación. Sólo por un momento, volveré a tocarlo de nuevo.

*Seis pasos* hasta que nos pasemos el uno al otro. *Cinco pasos*.

*Cuatro pasos*, sin embargo, Tobias se detiene. Todo su cuerpo se afloja, agarrando a su escolta traidor de Intrepidez con la guardia baja. El guardia pierde su agarre de él por un segundo, y Tobias se encoge en el suelo.

Luego se retuerce. Se tambalea hacia adelante. Y agarra una arma de la funda del traidor de Intrepidez más bajo.

El arma se dispara. Peter se escabulle a la derecha, arrastrándome con él. Mi cabeza roza la pared. La boca del guardia de Intrepidez está abierta, debe estar gritando. No puedo escucharlo.

Tobias le da una patada fuerte en el estómago. Lo Intrepidez en mí admira su forma —perfecta— y su velocidad —increíble—. Luego se da vuelta, apuntando el arma a Peter. Pero Peter ya me ha liberado.

Tobias alcanza mi brazo izquierdo, me ayuda a ponerme de pie y comienza a correr. Tropiezo tras él. Cada vez que mi pie toca el suelo, el dolor corta en mi cabeza, pero no puedo parar. Parpadeo las lágrimas de mis ojos.

*Corre*, me digo, como si eso hiciera que fuese más fácil. La mano de Tobias es áspera y fuerte. Dejo que me guíe por una esquina.

—Tobias —jadeo.

Él se detiene y me mira. —Oh no —dice, rozando mis mejillas con los dedos—. Vamos. En mi espalda.



Él se inclina, y pongo mis brazos alrededor de su cuello, enterrando la cara entre sus omóplatos. Él me levanta sin dificultad y se aferra a mi pierna con la mano izquierda. Su mano derecha todavía tiene el arma.

Corre, e incluso con mi peso, él es rápido. Ociosamente pienso, ¿Cómo pudo haber sido Abnegación alguna vez? Él parece estar diseñado específicamente para velocidad y la precisión mortal. Pero no para la fuerza, no en particular, él es inteligente, pero no fuerte. Sólo lo suficientemente fuerte como para llevarme.

Los pasillos están vacíos ahora, pero no por mucho tiempo. Pronto todos los Intrepidez del edificio se apresurarán hacia nosotros desde todos los ángulos, y estaremos atrapados en este laberinto pálido. Me pregunto cómo Tobias planea pasarlos.

Levanto la cabeza lo suficiente para ver que él sólo pasó corriendo junto a una salida.

—Tobias, te la perdiste.

—Perder... ¿qué? —dice entre respiraciones.

—Una salida.

—No estoy tratando de escapar. Nos dispararían si lo hiciéramos —dice.

—Trato de... encontrar algo.

Sospecharía que estoy soñando, si el dolor en mi cabeza no fuera tan intenso. Usualmente sólo mis sueños tienen tan poco sentido. ¿Por qué, si no está tratando de escapar, me llevaría con él? ¿Y qué está haciendo, si no es escapar?

Se detiene abruptamente, casi tirándome, mientras llegamos a un amplio pasillo con paneles de vidrio en cada lado, dejando al descubierto oficinas. Los Sabiduría se congelan en sus escritorios, mirándonos. Tobias no les presta atención; sus ojos, en la medida en que puedo decir, están fijos en la puerta al final del pasillo. Un cartel afuera de la puerta dice:

*CONTROL-A.*

Tobias busca en todos los rincones de la habitación, y luego le dispara a la cámara montada en el techo a nuestra derecha. La cámara cae. Él le dispara a la cámara montada en el techo a nuestra izquierda. La lente se rompe.

—Es hora de bajar —dice—. No más correr, te lo prometo.



Me deslizo de su espalda y tomo su mano en su lugar. Él camina hacia una puerta cerrada que ya pasamos, y a un armario de suministros. Cierra la puerta y pone una silla rota bajo el pomo de la puerta. Lo enfrento, una estantería repleta de papel a mi espalda. Por encima de nosotros, la luz azul parpadea. Sus ojos vagan por mi cara casi con avidez.

—No tengo mucho tiempo, así que voy a ser directo —dice.

Asiento.

—No vine aquí en una misión suicida —dice—. Vine por dos razones. La primera era encontrar las dos salas de control centrales de Sabiduría para que así cuando invadamos, sabremos lo que debemos destruir primero para deshacernos de todos los datos de la simulación, así ella no pueda activar los transmisores de los Intrepidez.

Eso explica la carrera sin escape. Y nos encontramos una sala de control, al final de ese pasillo.

Lo miro, todavía aturdida por los últimos minutos.

—La segunda —dice, aclarándose la garganta—, es asegurarme de que aguantarás, porque tenemos un plan.

—¿Qué plan?

—De acuerdo con una de nuestras fuentes internas, tu ejecución está programada para dos semanas a partir de hoy —dice—. Al menos, esa es la fecha que Jeanine estableció para la nueva simulación de a prueba de Divergentes. Así que catorce días a partir de ahora, Sin Facción, Intrepidez leales, y Abnegación que están dispuestos a luchar van a asaltar la sede de Sabiduría y sacarle su mejor arma, su sistema informático. Eso significa que vamos a superar a los traidores de Intrepidez, y por lo tanto a Sabiduría.

—Pero le dijiste a Jeanine dónde estaban las casas de seguridad de Sin Facción.

—Sí —frunce un poco el ceño—. Eso es problemático. Pero como tú y yo sabemos, gran parte de Sin Facción son Divergentes, y muchos de ellos ya se estaban mudando hacia el sector de Abnegación cuando me fui, por lo que sólo algunas de las casas de seguridad se verán afectadas. Así que todavía tienen una gran población para contribuir a la invasión.

*Dos semanas.* ¿Seré capaz de pasar dos semanas de esto? Ya estoy tan cansada que encuentro difícil permanecer de pie por mi cuenta. Incluso



el rescate que Tobias me propone apenas me atrae. No quiero la libertad. Quiero dormir. Quiero que esto termine.

—Yo no... — Me ahogo con las palabras y empiezo a llorar—. No puedo... hacerlo... tanto tiempo.

—Tris —dice con severidad. Él nunca me mimaba. Desearía que, sólo por esta vez, él me mimara—. Tienes que hacerlo. Tienes que sobrevivir a esto.

—¿Por qué? —La pregunta se forma en mi estómago y la lanzo por mi garganta como un gemido. Tengo ganas de golpear mis puños contra su pecho, como una niña haciendo un berrinche. Lágrimas cubren mis mejillas, y sé que estoy actuando ridícula, pero no puedo parar—. ¿Por qué tengo que hacerlo? ¿Por qué no alguien más hace algo que por una vez? ¿Qué pasa si no quiero seguir haciendo esto?

Y lo que es esto, me doy cuenta, es la vida. No la quiero. Quiero a mis padres y lo hago desde hace semanas. He estado tratando de arañar mi camino de regreso a ellos, y ahora estoy tan cerca y él me está diciendo que no.

—Lo sé. —Nunca escuché su sonido su voz tan suave—. Sé que es duro. La cosa más difícil que has tenido que hacer.

Niego con la cabeza.

—No puedo obligarte. No puedo hacer que quieras sobrevivir a esto. — Me tira contra él y pasa su mano por mi pelo, metiéndolo detrás de mi oreja. Sus dedos se arrastran por mi cuello y por encima de mi hombro, él dice: Pero tú lo harás. No importa si crees que puedes o no. Lo harás, porque eso es quien eres.

Me tiro hacia atrás y coloco mi boca sobre la de él, sin gentileza, sin vacilación. Lo beso como antes, cuando yo estaba segura de nosotros, y paso mis manos por su espalda, bajo sus brazos, como solía hacerlo.

No quiero decirle la verdad: que él está equivocado, y no quiero sobrevivir a esto.

La puerta se abre. Los traidores Intrepidez se agolpan en el armario de suministros. Tobias da un paso atrás, da vuelta el arma en la mano, y la ofrece, dándosela al traidor Intrepidez más cercano.



## CAPÍTULO 33

*Traducido por Raveen  
Corregido por Majo*

—**B**eatrice.  
Doy una sacudida cuando me despierto. El cuarto en el que me encuentro ahora —para cualquier experimento que ellos deseen hacer en mí— es grande, con pantallas a lo largo de la pared posterior y luces azules brillando justo por encima del suelo y filas de bancos acolchados en el centro. Estoy sentada en el banquillo más alejado de la parte posterior, con Peter a mi hombro izquierdo, mi cabeza está apoyada contra la pared. Todavía me parece que no pude dormir lo suficiente.

Ahora deseo no haber despertado. Caleb se encuentra a pocos metros de mí, su peso en un pie, con una postura incierta.

—¿Alguna vez dejaste Sabiduría? —le pregunto.

—No es así de simple —comienza—. Yo...

—Es así de simple. —Quiero gritar, pero en cambio mi voz sale plana—. ¿En qué momento traicionaste a nuestra familia? ¿Antes de que nuestros padres murieran, o después?

—Hice lo que tenía que hacer. Tú crees entender esto, Beatrice, pero no es así. Toda esta situación... es mucho más grande de lo que tú piensas que es.

Sus ojos me ruegan que entienda, pero reconozco su tono de voz; es el mismo que usaba cuando éramos pequeños, para regañarme. No es condescendiente. La arrogancia es uno de los defectos en el corazón de Sabiduría. Lo sé. A menudo es un defecto mío, también.

Pero la codicia es el otro. Y no tengo eso. Así que estoy mitad dentro y mitad fuera, como siempre.

Me levanto.

—Todavía no has contestado mi pregunta.

Caleb da un paso atrás.



—No se trata de Sabiduría, sino de todo el mundo. Todas las Facciones —dice—, y la ciudad. Y lo que está fuera de la Alambrada.

—No me importa —le digo, pero eso no es cierto. La frase “*fuera de la Alambrada*” agujerona en mi cerebro. ¿Fuera? ¿Cómo algo de esto tiene algo que ver con lo que está fuera?

Algo pica en el fondo de mi mente. Marcus dijo que la información la poseía Abnegación y es eso lo que motivó a Jeanine a atacarlos. ¿Esa información tiene que ver con lo que está fuera, también?

Alejo ese pensamiento, por el momento.

—Pensé que a ti te importaban sólo los hechos. ¿Acerca de la libertad de información? Bueno, ¿qué hay de *este hecho*, Caleb? Cuándo... —Mi voz tiembla—. ¿Cuándo traicionaste a nuestros padres?

—Siempre he sido Sabiduría —dice en voz baja—. Incluso cuando se suponía que era Abnegación.

—Si estás con Jeanine, entonces te odio. Al igual que nuestro padre lo habría hecho.

—Nuestro padre —resopla un poco—. Nuestro padre era de Sabiduría, Beatrice. Jeanine me lo dijo, él estaba en su último año en la escuela.

—Él no era de Sabiduría —le digo después de unos segundos—. Él optó por irse. Eligió una identidad diferente, igual que tú, y se convirtió en otra cosa. Sólo que tú escogiste este... este *mal*.

—Hablas como un verdadero Intrepidez —dice Caleb bruscamente—. Es de una manera u otra. No hay matices. El mundo no funciona así, Beatrice. El mal depende de dónde estás parado.

—No importa dónde esté, seguiré pensando que controlar la mente de toda una ciudad es malo —Siento mi labio temblar—. ¡Todavía sigo pensando que entregar a tu hermana para ser agujeroneada y ejecutada es ruin!

Él es mi hermano, pero quiero hacerlo pedazos.

En lugar de tratar de hacerlo, sin embargo, me encuentro a mí misma tomando asiento de nuevo. Nunca podría herirlo lo suficiente para hacer que su traición deje de doler. Y duele, en cada parte de mi cuerpo. Presiono mis dedos en mi pecho y lo masajeo para que la tensión desaparezca.



Jeanine y su ejército de científicos de Sabiduría y los traidores Intrepidez, entran justo cuando enjugo las lágrimas de mis mejillas. Parpadeo rápidamente para que ella no lo note. Ella apenas me da un vistazo.

—Veamos los resultados —anuncia. Caleb, ahora de pie junto a las pantallas, presiona algo en la parte delantera de la sala, y entonces las pantallas se encienden. Palabras y números que no entiendo llenan las pantallas.

—Hemos descubierto algo muy interesante, señorita Prior. —Nunca la había visto tan alegre antes. Estuvo a punto de sonreír, pero no totalmente.

—Tú tienes abundancia de un tipo en particular de neuronas, llamado, simplemente, una neurona espejo. ¿Alguien quisiera explicarle a la Srta. Prior exactamente lo que hacen las neuronas espejo?

Los científicos Sabiduría levantan sus manos al unísono. Ella apunta a una mujer mayor en la parte delantera.

—Las neuronas espejo se activan tanto cuando uno realiza una acción y cuando uno ve a otra persona que realiza esa acción. Ellas nos permiten imitar el comportamiento.

—¿De qué otra cosa son responsables? —Jeanine escanea su “clase” de la misma manera que mis maestros hicieron en Niveles Superiores. Otro Sabiduría levanta su mano.

—El aprendizaje del lenguaje, la comprensión de las intenciones de otras personas en base a su comportamiento, eh... —Frunce el ceño—. Y la empatía.

—Más específicamente —dice Jeanine, y esta vez ella me sonríe, en términos generales, obligando a las arrugas en sus mejillas.

—Una persona con muchas, fuertes neuronas espejo podrían tener una personalidad flexible, capaz de imitar a otros como la situación lo requiera en lugar de permanecer constante.

Entiendo por qué sonríe. Siento como si mi mente se estuviese agrietando, derramando sus secretos sobre el piso, para que finalmente pueda ver.

—Una personalidad flexible —dice ella—, es probable que tenga aptitud para más de una facción, ¿está de acuerdo, Srta. Prior?





—Probablemente —le digo—. Ahora bien, si tan sólo pudieras obtener una simulación para suprimir esta habilidad en particular, podrías terminar con esto.

—Cada cosa a su debido tiempo. —Hace una pausa—. Debo admitir que me confunde el ver que estás tan ansiosa por tu propia ejecución.

—No, no lo hace. —Cierro los ojos—. No te confunde en lo absoluto —suspiro—. ¿Puedo volver a mi celda, ahora?

Tengo que aparentar indiferencia, pero no lo hago. Quiero volver a mi habitación para llorar en paz. Pero no quiero que ella lo sepa.

—No te pongas demasiado cómoda —dice—. Vamos a tener una simulación de suero para tratar de salir pronto de esto.

—Sí —le digo—. Lo que sea.



Alguien sacude mi hombro. Me despierto de golpe, mis ojos están muy abiertos, y no veo a Tobías de rodillas sobre mí. Lleva una chaqueta de traidor Intrepidez, un lado de su cabeza está cubierta con sangre. El flujo de sangre corre de una herida en la oreja y la parte superior de su oreja ha desaparecido. Me estremezco.

—¿Qué pasó? —le digo.

—Levántate. Tenemos que correr.

—Es demasiado pronto. No ha sido dos semanas.

—No tengo tiempo para explicar. Vamos.

—Oh, Dios mío. Tobías.

Me siento y envuelvo mis brazos alrededor de él, presionando mi cabeza en su cuello. Sus brazos se tensan alrededor de mí y me aprietan. Cursos de calor me recorren, y comodidad. Si él está aquí, eso significa que estoy a salvo. Mis lágrimas hacen que su piel se torne resbaladiza.

Se levanta y tira de mí, lo que hace palpar mi hombro herido.

—Los refuerzos estarán aquí pronto. Vamos.



Dejo que me saque de la habitación. Pasamos el primer pasillo sin dificultad, pero en el segundo pasillo, nos encontramos con dos Guardias de Intrepidez, uno de ellos es un hombre joven y una mujer de mediana edad. Tobías dispara dos veces en cuestión de segundos, dos disparos, uno en la cabeza y uno en el pecho. La mujer, fue golpeada en el pecho, se desploma contra la pared, pero no muere.

Nos mantenemos en movimiento. Un pasillo, y luego otro, todos ellos tienen el mismo aspecto. El agarre de Tobías en mi mano nunca falla. Sé que si él lanza un cuchillo, este podría rozar en la punta de mi oreja, y también dispararía con precisión a los soldados de Intrepidez que nos embosquen.

Pasamos por encima de cuerpos —las personas que Tobías mató en su trayecto hacia donde yo estaba, probablemente— y, finalmente, llegamos a una salida de incendios.

Tobías suelta mi mano para abrir la puerta, y la alarma chilla en mis oídos, pero seguimos corriendo. Me falta el aire pero no me importa, no cuando por fin estoy escapando, no cuando esta pesadilla ha terminado. Mi visión comienza a oscurecerse en los bordes, por lo que me agarro del brazo de Tobías y lo aprieto fuerte, confiando en que me llevará con seguridad a la parte inferior de las escaleras.

Aminoró mis pasos, y abro los ojos. Tobías está a punto de abrir la puerta de salida, pero lo detengo.

—Tengo que recuperar mi... aliento...

Él hace una pausa y pongo las manos en mis rodillas, inclinándome. Mi hombro todavía palpita. Frunzo el ceño, y miro hacia él.

—Vamos, salgamos de aquí —dice con insistencia.

Se me cae el estómago. Miro fijamente sus ojos. Son de color azul oscuro, con un parche de color azul claro en su iris derecho.

Tomo su barbilla en la mano y tiro de sus labios hacia los míos, besándolo lentamente, suspirando mientras tiro de él hacia atrás.

—No podemos salir de aquí —le digo—. Porque esto es una simulación.

Él me pone de pie con mi mano derecha. El verdadero Tobías habría recordado la herida en mi hombro.

—¿Qué? —Me frunce el ceño—. ¿No crees que sabría si estoy en una simulación?



—Tú no estás bajo una simulación. Tú eres la simulación. —Miro hacia arriba y digo en voz alta—. Vas a tener que hacerlo mejor que eso, Jeanine.

Todo lo que tengo que hacer ahora es despertar, y sé cómo hacerlo —lo he hecho antes, en mi paisaje de miedo, cuando se rompió un tanque de vidrio con sólo tocarlo con la palma de mi mano, o cuando tenía que hacer un arma de fuego en la hierba para disparar a los pájaros que iban en descenso. Tomo un cuchillo de mi bolsillo —un cuchillo que no tenía hace unos momentos— y hago que mi pierna sea dura como el diamante.

Empujo el cuchillo a mi muslo, y se dobla la hoja.



Me despierto con lágrimas en los ojos.

Me despierto al escuchar el grito de frustración de Jeanine.

—¿Qué es? —Agarra la pistola de Peter de su mano y camina a través de la sala, presionando el cañón en mi frente. Mi cuerpo se pone rígido, tornándose frío. Ella no me va a disparar. Soy un problema que no puede resolver. No me va a disparar.

—¿Cuáles son las pistas que tienes? Díme. Dímelo o te mato.

Lentamente me paro de la silla, empujo mi piel fuertemente contra el frío cañón.

—¿Crees que te lo voy a decir? —le digo—. ¿Crees que pienso que tú me vas a matar, sin averiguar la respuesta a esta pregunta?

—Eres una niña estúpida —dice ella—. ¿Crees que esto es acerca de ti, y tu cerebro anormal? Esto no es acerca de ti. No se trata de mí. ¡Se trata de mantener esta ciudad a salvo de las personas que tengan la intención de hundirlo en el infierno!

Convoco a la última de mis fuerzas y me lanzo sobre ella, arañándole toda la piel que mis uñas puedan encontrar, clavándolas lo más duro que puedo.

Ella grita lo más fuerte que pueden sus pulmones, un sonido que me revuelve la sangre en fuego. La golpeo con fuerza en la cara.



Un par de brazos se envuelven alrededor de mí, alejándome de ella, y un puño golpea mi costado. Gimo, y me lanzo hacia ella, pero Peter nos mantiene a raya.

—El dolor no puede hacer que te lo diga. Suero de la verdad no puede hacer que te lo diga. Las simulaciones no pueden hacer que te lo diga. Soy inmune a las tres.

Su nariz está sangrando, y veo las líneas de rasguños que mis uñas dejaron en sus mejillas, un lado de su garganta, se torna rojo con el florecimiento de la sangre.

Me mira, apretándose la nariz, con el cabello despeinado, su mano libre tiembla.

—Tú has *fracasado*. ¡No puedes controlarme! —grito tan fuerte que me duele la garganta. Dejo de luchar y cedo ante el pecho de Peter—. Tú no eres capaz de controlarme.

Me río, sin alegría, una risa loca. Saboreo el ceño fruncido en su rostro, el odio en sus ojos. Ella era como una máquina, que estaba fría y sin emociones, forjada por la sola lógica. Y la destrocé.

La destrocé.



## CAPÍTULO 34

*Traducido por Dark heaven  
Corregido por Monicab*

Una vez que estoy en el pasillo, dejo de luchar contra Jeanine. Mi costado late donde Peter me dio un puñetazo, pero no es nada en comparación con el pulso de triunfo en mis mejillas.

Peter me regresa a mi celda sin decir una palabra. Me paro en el centro de la habitación por un largo tiempo, mirando a la cámara en la esquina de la parte de atrás a la izquierda. ¿Quién me está mirando todo el tiempo? ¿Son los traidores Intrepidez, que me vigilan, o son los Sabiduría, que me observan?

Una vez que el calor sale de mi cara y mi lado deja de doler, me acuesto.

Una foto de mis padres flota en mi cabeza en el momento en que cierro los ojos. Una vez, cuando tenía unos once años, me detuve en la puerta de la habitación de mis padres para verlos hacer la cama juntos. Mi padre le sonrió a mi madre, mientras tiraban de las sábanas y las alisaban en perfecta sincronía. Sabía por la forma en que la miraba que él la tenía en una más alta consideración de la que se tenía incluso a sí mismo.

Ningún egoísmo o inseguridad le impedía ver la totalidad de su bondad, como tan a menudo pasa con el resto de nosotros. Esa clase de amor sólo puede ser posible en Abnegación. No lo sé.

Mi padre: nacido Sabiduría, crecido en Abnegación. A menudo le resultaba difícil vivir a la altura de las exigencias de su Facción elegida, tal como yo lo hacía. Pero él trato, y conocía el verdadero altruismo cuando lo veía.

Aprieto mi almohada contra mi pecho y entierro mi cara en ella. No lloro. Solo sufro.

El dolor no es tan pesado como la culpa, pero toma algo más lejos de ti.

—Estirada.

Me despierto con un sobresalto, con mis manos todavía aferradas a la almohada. Hay una zona húmeda en el colchón, debajo de mi cara. Me incorporo, limpiándome los ojos con las yemas de mis dedos.



Las cejas de Peter, que por lo general se hunden en el medio, están fruncidas.

—¿Qué pasó? —Sea lo que sea, no puede ser bueno.

—Tu ejecución se ha programado para mañana a las ocho de la mañana.

—¿Mi ejecución? Pero ella... ella no ha desarrollado la simulación correcta todavía; ella no podría posiblemente...

—Ella dijo que continuará los experimentos en Tobias en vez de en ti, —dice.

Todo lo que puedo decir es:

—Oh.

Agarro el colchón y me balanceo hacia adelante y atrás, adelante y atrás. Mañana mi vida se terminará. Tal vez Tobias pueda sobrevivir el tiempo suficiente para escapar en la invasión de los Sin Facción. Los Intrepidez elegirán a un nuevo líder. Todos los cabos sueltos que quedan serán fácilmente atados.

Asiento. Sin familia, sin cabos sueltos, no hay gran pérdida.

—Podría haberte perdonado, sabes —le digo—. Por tratar de matarme durante la Iniciación. Probablemente podría haberlo hecho.

Los dos estamos en silencio durante un rato. No sé por qué le dije eso. Tal vez sólo porque es verdad, y esta noche, de todas las noches, es el momento para la honestidad. Esta noche voy a ser honesta, desinteresada, y valiente. Divergente.

—Nunca te lo pedí —dice, y se da vuelta para irse. Pero luego se detiene en el marco de la puerta y dice—: Son las 9:24.

Decirme la hora es un pequeño acto de traición, y por lo tanto un acto ordinario de valentía. Es tal vez la primera vez que he visto a Peter ser verdaderamente un Intrepidez.

*Me voy a morir mañana.* Ha pasado mucho tiempo desde que sentí certeza sobre algo, así que esto se siente como un regalo. Esta noche, nada. Mañana, cualquier cosa que venga después de la vida. Y Jeanine todavía no sabe cómo controlar a los Divergentes.

Cuando me pongo a llorar, presiono la almohada contra mi pecho y dejo que pase. Lloro duro, como llora un niño, hasta que mi cara está



caliente y siento como si pudiera enfermarme. Puedo pretender ser valiente, pero no lo soy.

Supongo que ahora sería el momento para pedir perdón por todas las cosas que he hecho, pero estoy segura de que mi lista nunca estaría completa. Tampoco creo que lo que venga después de la vida depende de mi correcta declamación de la lista de mis pecados; eso suena mucho a una vida más allá de Sabiduría para mí, todo precisión y nada de sentimiento. No creo que lo que venga después dependa en absoluto de nada de lo que haga.

Soy mejor haciendo lo que me enseñó Abnegación: alejarme de mí misma, siempre proyectando hacia el exterior, y esperando que en lo que sea próximo, yo vaya a ser mejor de lo que soy ahora.

Sonríó un poco. Me gustaría poder decirles a mis padres que voy a morir como una Abnegación. Ellos se sentirían orgullosos, *creo*.



## CAPÍTULO 35

*Traducido por Caami  
Corregido por Monicab*

**E**sta mañana me puse la ropa limpia que me dieron: pantalones negros —demasiado sueltos, pero, ¿A quién le importa?— Y una camiseta de manga larga. Sin zapatos.

No es tiempo todavía. Me encuentro a mí misma enlazando mis dedos juntos e inclinando la cabeza. A veces mi padre lo hacía en la mañana antes de sentarse en la mesa de desayuno, pero nunca le pregunté qué estaba haciendo. Sin embargo, me gustaría como si perteneciera a mi padre otra vez, antes de que yo... bueno, antes de que termine.

Unos momentos de silencio más tarde, Peter me dice que es hora de irse. Apenas me mira, frunce el ceño a la pared trasera en cambio. Supongo que habría sido mucho pedir, ver una cara amable esta mañana. Me paro, y caminamos juntos por el pasillo.

Mis dedos de los pies están fríos. Mis pies se adhieren a las baldosas. Pasamos una esquina, y oigo gritos ahogados. Al primer momento no puedo decir qué está diciendo la voz, pero a medida que nos acercamos más, toma forma.

—¡Yo quiero... ella! —Tobias—. ¡Yo... verla a ella!

Echo un vistazo a Peter. —No puedo hablar con él por última vez, ¿verdad?

Peter sacude su cabeza. —Hay una ventana, sin embargo. Tal vez si te ve finalmente se calle.

Me lleva por un pasillo sin salida que solo tiene dos metros de largo. Al final hay una puerta, y Peter tiene razón, hay una pequeña ventana en la parte superior, alrededor de treinta centímetros encima de mi cabeza.

—¡Tris! —La voz de Tobias es aún más clara aquí—. ¡Quiero verla!

Llego arriba y presiono mi mano sobre el cristal. Los gritos paran, y su rostro aparece detrás del vidrio. Sus ojos están rojos; su cara, llena de manchas. *Hermoso*. Se queda mirando hacia mí durante unos segundos y luego presiona la mano en el cristal de modo que se alinea con la mía. Finjo que puedo sentir el calor de ella a través de la ventana.





Inclina la frente contra la puerta y aprieta los ojos cerrados.

Saco mi mano y me giro antes de que pueda abrir los ojos. Siento dolor en el pecho, peor que cuando me dispararon en el hombro. Agarro el frente de mi camisa, parpadeando mis lágrimas, y me reúno con Peter en el pasillo principal.

—Gracias —le digo en voz baja. Quería decirlo más fuerte.

—Lo que sea —frunce el ceño otra vez—. Solo vámonos.

Oigo retumbar en algún lugar delante de nosotros —el sonido de una multitud. El siguiente pasillo está lleno de traidores Intrepidez, altos y bajos, jóvenes y mayores, armados y desarmados. Todos llevan el brazalete azul de la traición.

—¡Hey! —grita Peter—. ¡Despejen el camino!

Los traidores Intrepidez más cercanos a nosotros lo oyen, y se presionan contra las paredes para hacernos camino. Los otros Intrépidos traidores siguen su ejemplo poco después, y todo el mundo está en silencio. Peter da un paso atrás para dejarme ir delante de él. Conozco el camino desde aquí.

No sé dónde empiezan los golpes, pero alguien tabalea sus puños contra la pared, y alguien más se une, y yo camino por el pasillo entre los Intrepidez traidores, solemnes pero estridentes, sus manos moviéndose a sus lados. El golpeteo es tan rápido que mi corazón se acelera para mantenerse al día.

Algunos de los traidores Intrepidez inclinan sus cabezas hacia mí —no estoy segura por qué. No importa.

Llego al final del pasillo y llego a la puerta de mi sala de ejecución.

La abro.

Traidores Intrepidez llenan el pasillo; la gente de Sabiduría llena la sala de ejecución, pero ahí, ellos ya han hecho un camino para mí. Silenciosamente me estudian mientras camino a la mesa de metal en el centro de la habitación. Jeanine se encuentra a varios pasos de distancia. Los arañazos en su cara se muestran a través del maquillaje aplicado a toda prisa. Ella no me mira.

Cuatro cámaras cuelgan del techo, una en cada esquina de la mesa. Primero me siento, limpio mis manos en mis pantalones, y luego me acuesto.



La mesa está fría. Frío, se filtra en mi piel, en mis huesos. Apropiado tal vez, porque eso es lo que le va a pasar a mi cuerpo cuando toda vida lo deje; se volverá frío y pesado, más pesado de lo que alguna vez he sido. En cuanto al resto de mí, no estoy segura. Algunas personas creen que no voy a ir a ninguna parte, y tal vez tengan razón, pero tal vez no. Tales suposiciones no son para mí de todos modos.

Peter desliza un electrodo bajo el cuello de mi camisa y lo presiona en mi pecho, justo sobre mi corazón. A continuación conecta un cable al electrodo y enciende el monitor del corazón. Oigo mis latidos, rápidos y fuertes. *Pronto*, donde ese ritmo constante estaba, no habrá nada.

Y luego, levantándose dentro de mí hay un solo pensamiento.

*No quiero morir.*

Todas esas veces en que Tobias me regañó por poner mi vida en riesgo, nunca lo tomé en serio. Creía que quería estar con mis padres y que terminara esto para todos. Estaba casi segura de querer imitar su auto-sacrificio. Pero no. *No, no.*

Ardiendo e hirviendo en mi interior está el deseo de vivir.

*¡No quiero morir no quiero morir no quiero!*

Jeanine da un paso adelante con una jeringa llena de suero púrpura. Sus gafas reflejan la luz fluorescente por encima de nosotros, así que apenas puedo ver sus ojos.

Canta, parte de mi cuerpo canta al unísono. *Vivir, vivir, vivir.* Pensé que con el fin de dar mi vida a cambio de la de Will, a cambio de la de mis padres, necesitaba morir, pero me equivoqué, tengo que vivir mi vida con la luz de sus muertes. Necesito vivir.

Jeanine sostiene mi cabeza con una mano e inserta la aguja en mi cuello con la otra.

*¡Todavía no he terminado!* Grito en mi cabeza, y no a Jeanine. *¡No he terminado aquí!*

Ella presiona el embolo hacia abajo. Peter se inclina hacia delante y mira a mis ojos.

—El suero hará efecto en un minuto —dice—. Sé valiente, Tris.

Las palabras me asustan, porque eso es exactamente lo que Tobias dijo cuando me puso debajo de mi primera simulación.



Mi corazón empieza a correr.

¿Por qué Peter me dijo que sea valiente? ¿Por qué siquiera ofreció las palabras amables?

Todos los músculos de mi cuerpo comienzan a relajarse a la vez. Una sensación de pesadez, el líquido llena mis extremidades. Si esto es la muerte, no es tan malo. Mis ojos están abiertos, pero mi cabeza cae a un lado. Trato de cerrar los ojos, pero no puedo, no puedo moverme.

A continuación, el monitor del corazón deja de sonar.



## CAPÍTULO 36

*Traducido por Little Rose  
Corregido por LizC*

**P**ero sigo respirando. No profundamente; no lo suficiente para satisfacerme, pero *respiro*. Peter presiona mis párpados por encima de mis ojos. ¿Sabe que no estoy muerta? ¿Lo sabe Jeanine? ¿Puede verme respirando?

—Lleva el cuerpo al laboratorio —dice Jeanine—. La autopsia está programada para esta tarde.

—De acuerdo —responde Peter.

Peter empuja la mesa. Oigo murmullos a mí alrededor mientras pasamos junto a los Sabiduría agrupados. Mi mano cae sobre el borde de la mesa mientras doblamos en una esquina y choca la pared. Siento dolor en mis dedos, pero no puedo moverla, sin importar cuánto intente.

Esta vez, cuando vamos por el pasillo de los traidores Intrepidez, está en silencio. Peter camina lentamente al principio, luego vuelve a doblar y aumenta el ritmo. Casi derrapa en el siguiente corredor, y se detiene abruptamente.

¿Dónde estoy? No puede ser el laboratorio. ¿Por qué se detuvo?

Los brazos de Peter se deslizan bajo mis rodillas y hombros, y me levanta. Mi cabeza cae contra su hombro.

—Para alguien tan pequeña, eres pesada. Estirada —murmura.

Sabe que estoy despierta. *Lo sabe*.

Oigo una serie de pitidos, y un ruido... una puerta abriéndose.

—¿Qué...? —La voz de Tobias. ¡Tobias!— Oh, Dios. Oh...

—Ahórrate todo eso, ¿sí? —dice Peter—. No está muerta. Sólo está paralizada. Durará un minuto. Ahora prepárate para correr.

No entiendo.

¿Cómo es que Peter sabe?



—Déjame cargarla —dice Tobias.

—No. Eres mejor disparando que yo. Toma mi arma. Yo la llevo.

Oigo una pistola salir de su funda. Tobias acaricia mi frente. Ambos comienzan a correr.

Al principio sólo oigo sus pies, y mi cabeza se sacude dolorosamente. Siento cosquillas en mis manos y pies. Peter le grita:

—¡Izquierda! —a Tobias.

Luego un grito desde el pasillo.

—¡Pero, qué...!

Un disparo. Y nada.

Más pies corriendo. Peter grita:

—¡Derecha! —Oigo otro disparo, y otro—. Guau —murmura—. ¡Espera, detente!

Me cosquillea la columna. Abro los ojos mientras Peter abre una puerta. La atraviesa, y antes de golpearme la cabeza con el marco, saco el brazo y nos detengo.

—¡Cuidado! —digo, con voz ronca. Mi garganta se siente tan cerrada como cuando me inyectó y me cuesta respirar. Peter se da vuelta para hacerme cruzar la puerta, luego la cierra y me deja en el piso.

El cuarto está vacío salvo por unos botes de basura vacíos en una pared y una puerta de metal lo suficientemente grande para que pasen en la otra.

—Tris —dice Tobias, agachándose a mi lado. Está pálido, casi amarillo.

Hay tanto que quiero decir. Lo primero que se me ocurre es:

—Beatrice.

Ríe débilmente.

—Beatrice —repite, y toca mis labios con los suyos. Me aferro a su camisa.

—A no ser que quieran que los vomite, mejor guarden eso para más tarde.

—¿Dónde estamos? —pregunto.



—Esto es el incinerador de basura —dice Peter, golpeando la puerta de metal—. Lo apagué. Nos llevará al callejón. Y más vale que tu puntería sea perfecta, Cuatro, si quieres escapar de Sabiduría con vida.

—No te preocupes por mi puntería —dice Tobias. Él, como yo, está descalzo.

Peter abre la puerta.

—Tris, tú primero.

El conducto de la basura es de aproximadamente un metro de ancho y unos veinte de alto. Meto una pierna en el conducto y, con ayuda de Tobias, meto la otra. Mi estómago se retuerce mientras me deslizo. Luego una serie de rodillos presionan mi espalda cuando me deslizo sobre ellos.

Huelo fuego y cenizas, pero no me quemo. Luego caigo, y mi brazo choca una pared de metal, haciéndome gemir. Caigo en un piso de cemento, con fuerza, y el impacto me duele.

—Auch —me alejo cojeando del orificio y grito:

—¡Adelante!

Mis piernas ya se recuperaron para cuando Peter cae, de costado y no de pie. Gruñe, y se aleja del hueco para recuperarse.

Miro alrededor. Estamos en el incinerador, que debería estar a oscuras excepto por las líneas de luz que brillan en una puertita del otro lado. El piso es de metal sólido en algunos lugares y de metal derretido en otros. Todo huele a basura y fuego.

—No digas que nunca te llevo a lugares lindos —dice Peter.

—Jamás se me ocurriría —digo.

Tobias cae al piso, aterrizando de pie y luego cayendo de rodillas, gimiendo. Lo pongo de pie y después me apoyo a su lado. Todos los olores, vistas y sensaciones parecen magnificados. Casi morí, pero en cambio estoy viva. *Por Peter.*

De todas las personas.

Peter cruza el enrejado y abre la puerta pequeña. Luz entra en el incinerador. Tobias camina conmigo lejos del olor a humo, lejos del horno de metal, hacia el cuarto con paredes de cemento contiguo.

—¿Tienes el arma? —le dice Peter a Tobias.



—No —responde—. Supuse que dispararía con mi nariz, por lo que la dejé arriba.

—Oh, cállate.

Peter sostiene otra arma frente a él y deja el incinerador. Un pasillo con vigas expuestas nos recibe, pero sólo tiene cinco metros de largo. El cartel junto a la puerta del fondo dice *SALIDA*. Estoy viva, y me estoy yendo.



La franja de tierra entre los cuarteles generales de Intrepidez y los de Sabiduría no se ve igual en retrospectiva. Supongo que todo se ve diferente cuando no estás camino a tu muerte.

Cuando llegamos al fondo del callejón, Tobias se apoya en una pared y se inclina lo suficiente para ver por la esquina. Su rostro palidece, rodea la esquina con un brazo, estabilizándolo con la pared del edificio, y dispara dos veces. Me pongo los dedos en mis orejas e intento no prestar atención a los disparos y lo que me hacen recordar.

—Apresúrense —dice Tobias.

Lo hacemos, primero Peter y después yo, con Tobias al final, por la avenida *Wabash*. Miro sobre mi hombro a lo que Tobias disparó, y veo a dos hombres en el suelo detrás de los cuarteles de Sabiduría. Uno no se mueve, y el otro se agarra el brazo mientras corre a la puerta. Enviarán otros tras nosotros.

Mi cabeza se siente pesada, posiblemente del agotamiento, pero la adrenalina me mantiene corriendo.

—¡Tomen la ruta menos lógica! —grita Tobias.

—¿Qué? —dice Peter.

—La ruta menos lógica —dice Tobias—. ¡Para que no nos encuentren!

Peter dobla a la izquierda, por otro callejón, uno lleno de cajas de cartón que tienen mantas y almohadas: viejos vertederos, supongo. Salta sobre una caja con la que yo choco, pateándola detrás de mí.



Al final del callejón dobla a la izquierda, hacia la ciénaga. Volvemos a la *Avenida Michigan*. A plena vista de los cuarteles de Sabiduría, si alguien se molesta en mirar por la ventana.

—¡Mala idea! —grito.

Peter dobla a la derecha. Al menos todas las calles están despejadas: nada de letreros caídos o agujeros que esquivar. Mis pulmones arden como si hubiera inhalado veneno. Mis piernas, que dolían al principio, ahora están dormidas, lo que es mejor. En algún lugar lejano, oigo gritos.

Luego se me ocurre: lo menos lógico es dejar de correr.

Tomo la manga de Peter y lo arrastro hacia el edificio más cercano. Es de seis pisos, con grandes ventanas, divididas por pilares de ladrillo. La primera puerta en la que intento está cerrada, pero Tobias dispara a la ventana más cercana hasta romperla, y abre la puerta desde adentro.

El edificio está totalmente vacío. Ni una silla o mesa. Y hay demasiadas ventanas. Caminamos a la escalera de incendios, y me agacho bajo las ventanas para ocultarnos. Tobias se sienta a mi lado, y Peter frente a ambos, con las rodillas en el pecho.

Intento recuperar el aliento y calmarme, pero no es fácil. Estuve muerta. Estuve *muerta*, y luego no, ¿por qué? ¿Por Peter? ¿Peter?

Lo miro. Sigue pareciendo tan inocente, a pesar de todo lo que ha hecho para demostrar lo contrario. Su cabello cae suavemente contra su cara, brillante y oscuro, como si no hubiéramos corrido kilómetros a toda velocidad. Sus ojos escanean el lugar y luego caen en los míos.

—¿Qué? —dice—. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo lo hiciste? —pregunto.

—No fue tan difícil. Teñí de púrpura un suero de paralización y lo cambié con el de muerte. Reemplacé el cable que supuestamente leía tu ritmo cardíaco por uno muerto. El pitido con el monitor del corazón fue más difícil; tuve que recibir ayuda de Sabiduría con un control y cosas... no lo entenderías si te lo explicara.

—¿Por qué lo hiciste? —digo—. Me querías muerta. ¡Estuviste dispuesto a hacerlo tú! ¿Qué cambió?

Aprieta los labios y no deja de mirarme, no por un rato. Luego abre la boca, duda, y finalmente dice:





—No puedo deberle a nadie. ¿De acuerdo? La idea de deberle algo me enfermaba. Me despertaba en mitad de la noche sintiendo que iba a vomitar. ¿Deberle a una Estirada? Es ridículo. Totalmente ridículo. Y no podía hacerlo.

—¿De qué hablas? ¿Me debías algo?

Pone los ojos en blanco.

—El recinto de Concordia. Alguien me disparó... al nivel de la cabeza; me habría dado entre los ojos. Y me quitaste del medio. Estábamos a mano antes de eso, casi te maté durante la Iniciación, casi me mataste en la simulación de ataque; era justo ¿verdad? Pero después de eso...

—Estás loco —dice Tobias—. Así no funciona el mundo... con todos llevando la cuenta.

—¿Ah no? —Peter alza las cejas—. No sé en qué mundo vives *tú*, pero en el mío, la gente hace cosas por otros por una de dos razones. La primera es que quieren algo a cambio. Y la segunda es que sienten que te deben algo.

—Esas no son las únicas razones por las que la gente hace cosas —digo—. A veces lo hacen por amor. Bueno, quizás no te pase a *ti*, pero...

Peter bufa.

—Esa es exactamente la clase de basura que esperaba que una Estirada como tú dijera.

—Supongo que simplemente tenemos que asegurarnos que nos debas algo —dice Tobias—. O saldrás corriendo hacia quien ofrezca el mejor trato.

—Sí —dice Peter—. Así es como funciona.

Sacudo la cabeza. No me imagino vivir como él lo hace, siempre siguiendo el rastro de quién me dio qué y qué debería dar a cambio, incapaz de amar o ser leal o perdonar, un hombre de un solo ojo con un cuchillo en mano, buscando el ojo de alguien para arrancárselo. Eso no es vida. Es una idea inmutada de vivir. Me pregunto de dónde la sacó.

—¿Y cuándo crees que podemos salir? —dice Peter.

—Un par de horas —responde Tobias—. Deberíamos ir al sector de Abnegación. Allí es donde estarán los Sin Facción y los Intrepidez que no están atados a simulaciones.



—Fantástico —dice Peter.

Tobias me rodea con un brazo. Presiono mi mejilla en su hombro y cierro los ojos para no mirar a Peter. Sé que hay mucho que decir, aunque no sé con seguridad qué será, pero no podemos decirlo aquí, o ahora.



Mientras caminamos por las calles que una vez llamé casa, las conversaciones cesan y mueren, y los ojos se posan en mi rostro y cuerpo. Por lo que ellos saben —y sé que saben, porque Jeanine sabe cómo repartir noticias— morí hace menos de seis horas. Noto que algunos de los Sin Facción que paso tienen parches de tinta azul. Están listos para la simulación.

Ahora que estamos aquí, y a salvo, noto que hay cortes en mis pies por correr en el pavimento y entre los cristales rotos. Cada paso duele. Me concentro en eso y no en las miradas.

—¿Tris? —llama alguien frente a nosotros. Levanto mi cabeza, y veo a Uriah y Christina en la acera, comparando revólveres. Uriah deja caer su arma en el césped y corre hacia mí. Christina lo sigue, pero más despacio.

Uriah se estira hacia mí, pero Tobias pone una mano en su hombro para detenerlo. Me siento agradecida. No creo poder manejar el abrazo de Uriah, o sus preguntas, o sorpresa, ahora mismo.

—Ha pasado por mucho —dice Tobias—. Sólo necesita dormir. Estará calle abajo... número 37. Ven a verla mañana.

Uriah me frunce el ceño. Los Intrepidez no están acostumbrados a las restricciones, y Uriah nunca ha conocido a los Intrepidez. Pero debe respetar la autoridad de Tobias respecto a mí, porque asiente y dice:

—De acuerdo. Hasta mañana.

Christina se estira mientras paso a su lado y aprieta mi hombro suavemente. Intento erguirme más, pero mis músculos se sienten como una jaula, manteniendo firmemente mi cuello encorvado. Las miradas me siguen calle abajo, pinchando mi cuello. Me alivia cuando Tobias nos dirige hacia la casa gris que pertenecía a Marcus Eaton.



No sé con qué fuerza Tobias marcha a través de la puerta. Para él esta casa tiene vestigios de padres gritando, cinturones golpeando y horas pasadas en pequeños armarios, sin embargo no se ve torturado mientras nos dirige hacia la cocina. A lo sumo se endereza para lucir más alto. Pero quizás así es Tobias: cuando se supone que sea débil, es fuerte.

Tori, Harrison, y Evelyn están en la cocina. La visión me abruma. Apoyo mi hombro en la pared y cierro los ojos. La cercanía de la mesa de ejecución está en mi mente. Abro los ojos. Intento respirar. Hablan pero no puedo oír lo que dicen. ¿Por qué está Evelyn aquí, en la casa de Marcus? ¿Dónde está Marcus?

Evelyn pone un brazo alrededor de Tobias y toca su cara con la otra mano, presionando su mejilla con la suya. Le dice algo. Él sonríe cuando ella se aparta hacia atrás. Madre e hijo, reconciliados. No sé si es algo inteligente.

Tobias me da vuelta y, manteniendo una mano en mi brazo y otra en mi cintura, para que mi hombro no me duela, me lleva a la escalera. Subimos juntos.

Arriba está el viejo dormitorio de sus padres y su vieja habitación, con un baño en medio, y eso es todo. Me lleva a su dormitorio, y permanezco de pie allí un momento, mirando alrededor de la habitación donde pasó gran parte de su vida.

Mantiene su mano en mi brazo. Me ha estado tocando de alguna forma desde que dejamos la escalera de ese edificio, como si pensara que fuera a romperme si no me sujeta.

—Marcus no entró en esta habitación después de que me fui, estoy seguro —dice Tobias—. Porque no había nada movido cuando volví.

Los miembros de Abnegación no tienen muchas decoraciones, dado que se ven como auto indulgentes, pero las pocas cosas permitidas, las tiene. Papeles escolares. Una estantería. Y, extrañamente, una escultura de vidrio azul en su cómoda.

—Mi madre me lo hizo cuando era pequeño. Me dijo que lo ocultara —dice—. El día de la ceremonia, lo puse ahí antes de irme. Para que él lo viera. Un pequeño acto de desafío.

Asiento. Es extraño estar en un lugar que lleva un solo recuerdo tan completo. Esta habitación es del Tobias de dieciséis años, que está a punto de escoger Intrepidez para huir de su padre.



—Vamos a ocuparnos de tu pie —dice, pero no se mueve, sólo presiona sus dedos en mi codo.

—De acuerdo —digo.

Caminamos al baño, y me siento en el borde de la bañera. Se sienta a mi lado, con una mano en mi rodilla mientras abre el grifo y conecta el desagüe. El agua comienza a llenar la bañera, cubriendo mis dedos. Mi sangre la vuelve rosada.

Se agacha en la bañera y pone mi pie en su regazo, limpiando los cortes profundos con una toalla. No lo siento. Incluso cuando pone jabón en ellos, no siento nada. El agua se vuelve gris.

Tomo la barra de jabón y la doy vuelta en mis manos hasta que mi piel está llena de espuma. Me estiro y recorro sus dedos con mis manos, con cuidado de llegar a los espacios entre sus palmas y dedos. Se siente bien hacer algo, limpiar algo, y tener mis manos en él de nuevo.

Mojamos todo el piso del baño mientras nos salpicamos para enjuagar el jabón. El agua me da frío, pero tiemblo y no me importa. Toma una toalla limpia y seca mis manos.

—Yo no... —Sueno como estrangulada—. Mi familia son... están todos *muertos*, o son traidores; ¿cómo puedo...?

Lo que digo no tiene sentido. Los sollozos invaden mi cuerpo, mi mente, todo. Me atrae hacia él, y mojo mis piernas en la espumosa agua. Me sostiene firme. Escucho su corazón, y después de un rato, dejo que su ritmo me tranquilice.

—Seré tu familia ahora —dice.

—Te amo —digo.

Lo dije una vez, antes de irme a los Cuarteles de Sabiduría, pero estaba dormido en ese entonces. No sé por qué no lo dije cuando podía oírlo. Quizá tenía miedo de confiarle algo tan personal como mi devoción. O tenía miedo de no saber qué era amar a alguien. Pero ahora creo que lo que da miedo es la idea de no haberlo dicho antes de que pudiera ser demasiado tarde para mí.

Soy suya, él es mío, y ha sido así siempre.

Me mira fijamente. Espero con mis manos apretando sus brazos en busca de estabilidad mientras considera su respuesta.

Frunce el ceño.



—Repítelo.

—Tobias —digo—. Te amo.

Su piel brilla por el agua, huele a sudor, y mi camiseta se pega a sus brazos cuando me rodea con ellos. Presiona su rostro en mi cuello y besa mi clavícula, besa mi mejilla, besa mis labios.

—También te amo —dice.



## CAPÍTULO 37

Traducido por PaulaMayfair  
Corregido por LizC

**S**e acuesta junto a mí mientras caigo dormida. Espero tener pesadillas, pero debo estar muy cansada, porque mi mente permanece vacía. Cuando abro mis ojos, él se ha ido, pero hay una pila de ropa sobre la cama a mi lado.

Me levanto y camino al baño y me siento vulnerable, como si mi piel hubiera sido rastrillada limpia y con cada soplo de aire picara un poco, pero estable. No enciendo la luz del baño porque sé que será pálida y brillante, al igual que las luces del recinto de Sabiduría. Me baño en la oscuridad, apenas capaz de ver la diferencia entre el jabón y el acondicionador, y me digo a mí misma que voy a emerger nueva y fuerte, que el agua me va a sanar.

Antes de salir del baño, pellizco fuerte mis mejillas para llevar sangre a la superficie de mi piel. Es estúpido, pero no quiero verme débil y exhausta frente a todos.

Cuando entro de nuevo a la habitación de Tobias, Uriah está tendido en la cama boca abajo; Christina está sosteniendo la escultura azul sobre el escritorio de Tobias, examinándola; y Lynn está suspendida encima de Uriah, con una almohada, una sonrisa maliciosa arrastrándose en su cara.

Lynn golpea duro a Uriah en la parte posterior de su cabeza, Christina dice:

—¡Hola Tris! —Y Uriah grita—: ¡Auch! ¿Cómo demonios puedes hacer que una *almohada* duela, Lynn?

—Por mi fuerza excepcional —dice ella—. ¿Recibiste una bofetada, Tris? Una de tus mejillas está rojo brillante.

No debí haber pellizcado la otra lo suficiente. —No, es sólo... mi resplandor en la mañana.

Intento sacar la broma fuera de mi lengua como si fuera un nuevo idioma. Christina se ríe, quizás un poco más fuerte de lo que mi comentario justifica, pero agradezco el esfuerzo. Uriah rebota en la cama un par de veces cuando se traslada al borde.



—Entonces, la cosa sobre la que todos no estábamos hablando —dice. Gesticula para mí—. Casi mueres, un sádico *pansycake*<sup>2</sup> te salvó, y ahora todos estamos librando alguna seria guerra con los Sin Facción como aliados.

—¿*Pansycake*? —dice Christina.

—Jerga de Intrepidez —sonríe Lynn—. Se supone que es un gran insulto, sólo que ya nadie lo usa.

—Porque es muy ofensivo —dice Uriah, asintiendo con la cabeza.

—No. Porque es tan estúpido que ningún Intrepidez con un poco de sentido lo diría, por no decir pensarlo. *Pansycake*. ¿Qué edad tienes, doce?

—Y medio —dice.

Tengo la sensación que sus bromas son para mí beneficio, de modo que no tengo nada que decir; sólo puedo reír. Y lo hago, lo suficiente como para calentar la piedra que se ha formado en mi estómago.

—Hay comida abajo —dice Christina—. Tobias hizo huevos revueltos, que, como resultado, es una comida asquerosa.

—Oye —le digo—. Me *gustan* los huevos revueltos.

—Debe ser un desayuno Estirado, entonces. —Ella me agarra del brazo—. Vamos.

Juntos bajamos las escaleras, nuestros pasos retumbando como nunca se hubiera permitido en casa de mis padres. Mi padre solía regañarme por correr por las escaleras.

—No llames la atención sobre ti misma —decía—. No es cortés con las personas que te rodean.

Oigo voces en la sala de estar, un coro de ellas, de hecho, junto con ocasionales estallidos de risa y una melodía tenue punteada en un instrumento, un banjo o una guitarra. No es lo que espero en una casa de Abnegación, donde todo es siempre tranquilo, sin importar cuántas personas se reúnen en su interior. Las voces, las risas, y la música dan vida dentro de las paredes sombrías. Me siento aún más cálida.

---

<sup>2</sup> **Pansycake:** por lo que he encontrado y como dice, es un insulto propio de Intrepidez, sin embargo, pudiera ser traducido, no muy literal, como un “bizcocho marica” o “pelmazo marica”.



Me detengo en la puerta de la sala de estar. Cinco personas se amontonan en un sofá de tres personas, jugando a un juego de cartas que reconozco de la sede de Sinceridad. Un hombre está sentado en el sillón con una mujer equilibrada sobre su regazo, y otra persona se posa sobre el brazo, con una lata de sopa en mano. Tobias se sienta en el suelo, su espalda apoyada en la mesa de café. Cada parte de su postura sugiere soltura: una pierna doblada, la otra recta, un brazo cruzado sobre su rodilla, la cabeza inclinada para escuchar. Nunca lo he visto tan cómodo sin un arma. No creía que fuera posible.

Tengo la misma sensación de hundimiento en el estómago que siempre siento cuando sé que he sido engañada, pero no sé quién fue el que me engañó esta vez, o sobre qué, exactamente. Pero esto no es lo que me enseñaron a esperar de la forma de actuar de los Sin Facción. A mí me enseñaron que eran peor que la muerte.

Estoy parada allí por unos pocos segundos antes que la gente se da cuenta de que estoy allí. Su conversación se apaga paulatinamente. Me limpio las palmas en el dobladillo de mi camisa. Demasiados ojos, y demasiado silencio.

Evelyn se aclara la garganta.

—Todo el mundo, esta es Tris Prior. Creo que es posible que hayan oído hablar mucho de ella ayer.

—Y Christina, Uriah, y Lynn —aporta Tobias. Estoy muy agradecida por su intento de desviar la atención de todo el mundo de mí, pero no funciona.

Permanezco pegada al marco de la puerta durante unos pocos segundos, y luego uno de los hombres Sin Facción —uno mayor, su piel arrugada estampada con tatuajes— habla más fuerte.

—¿No se suponía que estabas muerta?

Algunos de los otros se ríen, e intento una sonrisa. Emerge torcida y pequeña.

—Se supone que sí —digo.

—Aunque, no nos gusta darle a Jeanine Matthews lo que quiere —dice Tobias. Se levanta y me entrega una lata de guisantes, pero no está lleno de guisantes; está lleno de huevos revueltos. El aluminio calienta mis dedos.





Se sienta, así que me siento a su lado, y llevo un poco de huevos revueltos a mi boca. No tengo hambre, pero sé que tengo que comer, así que mastico y trago de todos modos. Estoy familiarizada con la forma en que los Sin Facción comen, por lo que le paso los huevos a Christina, y tomo una lata de duraznos de Tobias.

—¿Por qué están todos acampando en la casa de Marcus? —le pregunto.

—Evelyn lo echó. Dijo que era su casa, también, y él había llegado a utilizarla durante años, y era su turno. —Sonríe Tobias—. Esto causó una gran explosión en el jardín delantero, pero al final ganó Evelyn.

Miro hacia a la madre de Tobias. Ella está en la esquina más alejada de la sala, hablando con Peter y comiendo más huevos de otra lata. Mi estómago se agita. Tobias habla de ella casi con reverencia. Pero todavía recuerdo lo que dijo sobre mi transitoriedad en la vida de Tobias.

—Hay pan en alguna parte. —Toma una cesta de la mesa de café y me la pasa—. Toma dos pedazos. Lo necesitas.

A medida que mastico la corteza de pan, miro a Peter y Evelyn de nuevo.

—Creo que está intentando reclutarlo —dice Tobias—. Tiene una manera de hacer que la vida con los Sin Facción suene extraordinariamente atractiva.

—Cualquier cosa para sacarlo de Intrepidez. No me importa si él me salvó la vida, todavía no me gusta.

—Espero que no tengamos que preocuparnos sobre las distinciones de Facciones nunca más en el momento que esto termine. Sería bueno, creo.

Yo no digo nada. No tengo ganas de una pelea con él aquí. O recordarle que no será tan fácil convencer a Intrepidez y Sinceridad para unirse a los Sin Facción en su cruzada contra el sistema de Facciones. Puede desatar otra guerra.

La puerta principal se abre, y entra Edward. Hoy usa un parche con un ojo azul pintado en él, complementado con un párpado semicerrado. El efecto del ojo más grande contra su rostro de otra manera apuesto es a la vez grotesco y divertido.



—¡Eddie! —grita alguien a modo de saludo. Pero el ojo bueno de Edward ya ha caído sobre Peter. Comienza a cruzar la habitación, casi pateando una lata de comida de la mano de alguien.

Peter se presiona en la sombra del marco de la puerta como si estuviera tratando de desaparecer en ella.

Edward se detiene a centímetros de los pies de Peter, y luego se tira hacia atrás como si está a punto de lanzar un golpe. Peter se salta hacia atrás tan fuerte que golpea su cabeza contra la pared. Edward sonrío de oreja a oreja, y todos alrededor de nosotros, los Sin Facción, ríen.

—No eres tan valiente en plena luz del día —dice Edward. Y luego, a Evelyn—: Asegúrate de que no le den ningún utensilio. Nunca se sabe lo que podría hacer con ellos.

Mientras habla, le arranca el tenedor de la mano de Peter.

—Devuélveme eso —dice Peter.

Edward lanza su mano libre en la garganta de Peter, y presiona los dientes del tenedor entre sus dedos, justo contra la manzana de Adán de Peter. Peter se pone rígido, la sangre corriendo en su cara.

—Mantén la boca cerrada a mí alrededor —dice, su es voz baja—, o voy a hacer esto de nuevo, sólo que la próxima vez, lo voy a empujar justo a través de tu esófago.

—Es suficiente —dice Evelyn. Edward deja caer el tenedor y suelta a Peter. Luego camina a lo largo de la sala y se sienta al lado de la persona que lo llamó “Eddie” un momento antes.

—No sé si sabes esto —dice Tobias—, pero Edward es un poco inestable.

—Ya veo —digo.

—Ese sujeto Drew, quien ayudó a Peter a realizar esa maniobra con el cuchillo de mantequilla —dice Tobias—. Al parecer, cuando fue expulsado de Intrepidez, trató de unirse al mismo grupo de Sin Facción del que Edward era parte. Fíjate que no has visto a Drew por ninguna parte.

—¿Edward lo mató? —digo.

—Casi —dice Tobias—. Evidentemente, es por eso que esa otra transferida, ¿Myra? Creo que se llamaba, dejó a Edward. Demasiado débil para soportarlo.



Siento un hueco ante el pensamiento de Drew, casi muerto a manos de Edward. Drew me atacó, también.

—No quiero hablar de esto —le digo.

—Está bien —dice Tobias. Me toca el hombro—. ¿Es difícil para ti estar en una casa de Abnegación de nuevo? Quería preguntarte antes. Podemos ir a otro sitio, si lo es.

Termino mi segundo pedazo de pan. Todas las casas de Abnegación son iguales, por lo que esta sala es exactamente igual que la mía, y de hecho me trae recuerdos, si la miro con cuidado. La luz brilla a través de las persianas todas las mañanas, lo suficiente como para que mi padre pueda leer con ella. El tintineo de las agujas de tejer de mi madre todas las noches. Pero no siento que me ahogo. Es un comienzo.

—Sí —le digo—. Pero no tan duro como podrías pensar.

Alza una ceja.

—En serio. Las simulaciones en la sede de Sabiduría... me ayudaron, de alguna manera. Para aguantar, tal vez. —Frunzo el ceño—. O quizá no. Quizá me ayudó a dejar de aferrarme con tanta fuerza. —Eso suena mejor—. Algún día te hablaré al respecto. —Mi voz suena muy lejana.

Él toca mi mejilla y, a pesar de que estamos en una habitación llena de gente, repleta de risas y conversaciones, me besa lentamente.

—Espera allí, Tobias —dice el hombre a mi izquierda—. ¿No te criaste como Estirado? Pensé que lo más que tu gente hacía era... rozarse las manos o algo así.

—Entonces, ¿cómo explicas a todos los niños en Abnegación? —Tobias enarca sus cejas.

—Son traídos a la existencia por pura fuerza de voluntad —interviene la mujer en el brazo de la silla—. ¿No sabías eso, Tobias?

—No, no era consciente —dice sonriendo—. Mis disculpas.

Todos se ríen. Todos *nos* reímos. Y se me ocurre que podría estar conociendo la verdadera Facción de Tobias. Ellos no se caracterizan por una virtud en particular. Pretenden todos los colores, todas las actividades, todas las virtudes, y todos los defectos como propios.

No sé lo que les une. El único punto en común que tienen, por lo que yo sé, es el fracaso. Sea lo que sea, parece ser suficiente.



Siento, mientras lo miro, que finalmente estoy viéndolo tal como es, en lugar de como es en relación conmigo. Entonces, ¿cuán bien lo conozco realmente, si no lo he visto de esta forma antes?



El sol comenzaba a ponerse. El sector de Abnegación está lejos de ser tranquilo. Los Intrepidez y Sin Facción vagan por las calles, algunos con botellas en sus manos, algunos con armas de fuego en sus otras manos.

Delante de mí, Zeke empuja a Shauna en su silla de ruedas frente a la casa de Alice Brewster, la anterior líder de Abnegación. Ellos no me ven.

—¡Hazlo otra vez! —dice ella.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

—Bueno... —Zeke empieza a correr detrás de la silla de ruedas. Entonces, cuando él está casi demasiado lejos para que yo lo vea, se empuja hacia arriba con las asas para que sus pies no toquen el suelo, y juntos vuelan por el medio de la calle, Shauna gritando, Zeke riendo.

Me giro a la izquierda en la siguiente intersección y comienzo a recorrer la vereda agrietada hacia el edificio donde Abnegación tenía reuniones mensuales. A pesar de que siente como si ha pasado mucho tiempo desde la última vez fue allí, todavía recuerdo dónde está. Una cuadra al sur, dos cuadras al oeste.

El sol se mueve centímetros hacia el horizonte mientras camino. El color drena a los edificios de alrededor en la luz del atardecer, de modo que todos parecen ser grises.

El frente de la sede de Abnegación es sólo un rectángulo de cemento, como todos los otros edificios en el sector de Abnegación. Pero cuando empujo la puerta principal, suelos de madera familiares y filas de bancos de madera dispuestos en un cuadrado que dan la bienvenida. En el centro de la habitación hay un tragaluz que deja entrar la luz del sol en un cuadrado de color naranja. Es el único adorno de la habitación.



Me siento en el viejo banco de mi familia. Solía sentarme al lado de mi padre, y Caleb, al lado de mi madre. Ahora me siento como la única que queda. La última Prior.

—Es bonito, ¿no? —Marcus entra y se sienta frente a mí, las manos cruzadas en su regazo. La luz del sol se encuentra entre nosotros.

Tiene una gran contusión en la mandíbula de donde Tobias lo golpeó, y su cabello está rapado recientemente.

—Está bien —le digo, enderezándome—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te vi entrar. —Se examina las uñas con cuidado—. Y quiero hablar contigo acerca de la información que Jeanine Matthews robó.

—¿Qué pasa si es demasiado tarde? ¿Qué pasa si ya sé lo que es?

Marcus levanta la vista de sus uñas, y sus ojos oscuros se estrechan. La mirada es mucho más venenosa que cualquier otra que Tobias pudiera ser capaz, a pesar de que tiene los ojos de su padre.

—No es posible.

—No sabes eso.

—Lo sé, en realidad. Porque he visto qué le sucede a las personas cuando escuchan la verdad. Se ven como si han olvidado lo que estaban buscando, y sólo están vagando tratando de recordar.

Un escalofrío sube por mi espina dorsal y se extiende por mis brazos, dejándome la piel de gallina.

—Sé que Jeanine decidió asesinar a la mitad de una Facción para robarla, por lo que debe ser muy importante —digo. Hago una pausa. Sé algo más, también, pero apenas me di cuenta.

Justo antes de que atacara a Jeanine, dijo:

—*¡Esto no es sobre de ti! ¡No es sobre mí!*

Y *esto* significaba lo que ella estaba haciéndome: tratando de encontrar una simulación que funcionara en mí. En la Divergente.

—Sé que tiene algo que ver con los Divergentes —dejo escapar—. Sé que la información es sobre lo que está fuera de la cerca.

—Eso no es lo mismo que saber lo que está fuera de la Alambrada



—Bueno, ¿me vas a decir o vas a colgarlo por encima de mi cabeza y hacerme saltar por ello?

—No he venido aquí para un argumento auto-indulgente. Y no, no voy a decírtelo, pero no porque no quiero. Es porque no tengo ni idea de cómo describírtelo. Tienes que verlo por ti misma.

Mientras habla, noto la luz del sol tornándose más naranja que amarilla, y echando sombras más oscuras en su rostro.

—Creo que Tobias podría tener razón —digo—. Te *gusta* ser el único que sabe. Te gusta que yo no lo sepa. Te hace sentir importante. Es por eso que no me lo dices, no porque es indescriptible.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo se supone que voy a saber eso?

Marcus se queda mirándome, y yo le devuelvo la mirada.

—Una semana antes de la simulación de ataque, los líderes de Abnegación decidieron que era hora de revelar la información en el archivo a todo el mundo. *Todo el mundo*, en toda la ciudad. El día que teníamos la intención de revelarlo fue aproximadamente siete días después de la simulación de ataque. Es evidente que no fuimos capaces de hacerlo.

—¿Ella no quería que revelaran lo que estaba fuera de la Alambrada? ¿Por qué no? ¿Cómo ella siquiera lo sabía, en primer lugar? Creí que habías dicho que sólo los líderes Abnegación sabían.

—No somos de aquí, Beatrice. Fuimos colocados todos aquí, con un propósito específico. Hace tiempo, Abnegación se vio obligada a solicitar la ayuda de Sabiduría con el fin de lograr ese propósito, pero al final todo salió mal por Jeanine. Porque ella no quería hacer lo que se supone que debíamos hacer. Preferiría recurrir al asesinato.

*Colocados* aquí.

Mi cerebro se siente como si estuviera repleto de información. Me agarro al borde de la banca debajo de mí.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —digo, mi voz apenas más que un susurro.

—Te he dicho lo suficiente como para convencerte de que no soy un mentiroso. Por lo demás, realmente me encuentro inadecuado para la



tarea de explicarte. Solo te dije todo lo que hice porque la situación se ha vuelto grave.

*Grave.* De repente, entiendo el problema. El plan de los Sin Facción de destruir, no sólo las importantes figuras de Sabiduría, sino todos los datos que tienen. Ellos nivelarán todo.

Nunca he pensado que ese plan fuera una buena idea, pero sabía que podríamos recuperarlos, porque Sabiduría todavía *sabe* la información relevante, incluso si no tienen sus datos. Pero esto es algo que hasta el Sabiduría más inteligente no sabe; algo que, si todo es destruido, no se puede replicar.

—Si te ayudo, traicionaré a Tobias. Voy a perderlo —trago duro—. Así que, tienes que darme una buena razón.

—¿Aparte del bien de todos en nuestras sociedad? —Marcus arruga la nariz con disgusto—. ¿Eso no es suficiente para ti?

—Nuestra sociedad ya está hecha pedazos. Así que no, no lo es.

Marcus suspira.

—Tus padres murieron por *ti*, es cierto. Pero la razón de que tu madre estuviera en la sede de Abnegación esa noche en la que tú fuiste casi ejecutada no fue para salvarte. Ella no sabía que estabas allí. Estaba tratando de rescatar el archivo de Jeanine. Y cuando escuchó que estabas a punto de morir, se precipitó a salvarte, y dejó el archivo en las manos de Jeanine.

—Eso no es lo que ella me dijo —digo con vehemencia.

—Estaba mintiendo. Porque tenía que hacerlo. Pero Beatrice, el punto es... el punto es que, tu madre sabía que probablemente no iba a salir de la sede de Abnegación con vida, pero tenía que intentarlo. Este archivo, era algo por lo que estaba dispuesta a morir. ¿Entiendes?

Los Abnegación están dispuestos a morir por cualquier persona, amigo o enemigo, si la situación lo requiere. Eso es, quizás, el por qué encuentran difícil sobrevivir en situaciones de vida o muerte. Pero hay pocas *cosas* por las que están dispuestos a morir. No valoran muchas cosas en el mundo físico.

Así que si lo que él esta diciéndome es cierto, y mi madre realmente estaba dispuesta a morir para que esa información llegara a ser pública... haría casi cualquier cosa para lograr el objetivo que ella no pudo alcanzar.



—Estás tratando de manipularme. ¿Cierto?

—Supongo —dice mientras sombras caen en sus ojos como el agua oscura—, eso es algo que debes decidir por ti misma.





## CAPÍTULO 38

*Traducido por Azuloni.  
Corregido por Angeles Rangel*

**M**e tomo mi tiempo en hacer el camino de vuelta a la casa Eaton, tratando de recordar lo que mi madre me contó cuando me salvó de la cisterna durante el ataque de simulación. Algo acerca de haber visto los trenes desde que el ataque había comenzado. *No sabía qué iba a hacer cuando te encontrase. Pero mi intención siempre fue salvarte.*

*Pero cuando recuerdo su voz en mi mente, suena diferente. No sabía qué iba a hacer cuando te encontrase. Significado: No sabía cómo salvar a ambos, a ti y al archivo. Pero mi intención siempre fue salvarte.*

Niego con la cabeza. ¿Es así como ella lo dijo, o estoy manipulando mi propia memoria, por lo que Marcus me dijo? No tengo forma de saberlo. Todo lo que puedo hacer es decidir si confiar en Marcus o no.

Y mientras que él ha hecho cosas crueles, malvadas, nuestra sociedad no se divide en “buenos” y “malos”. La crueldad no hace a una persona deshonesto, al igual que la valentía no hace a un tipo de persona. Marcus no es bueno o malo, sino ambos.

Bueno, él es probablemente más malo que bueno.

Pero eso no quiere decir que esté mintiendo.

En la calle por delante de mí, veo el resplandor anaranjado del fuego. Alarmada, caminé más rápido, y veo que el fuego se levanta grande, tamaño-humano, cuencos de metal instalados en las aceras. Intrepidez y Sin Facción se han reunido entre ellos, una estrecha división separa a un grupo del otro. Y delante de ellos destacan Evelyn, Harrison, Tori, y Tobías.

Veo a Christina, Uriah, Lynn, Zeke, y Shauna en el lado derecho de la agrupación Intrepidez, estando con ellos.

—¿Dónde has estado? —dice Christina—. Te hemos buscado por todos sitios.

—Fui a dar un paseo. ¿Qué está pasando?



—Finalmente van a contarnos el plan de ataque —dice Uriah, pareciendo ansioso.

—Ah —le digo.

Evelyn levanta las manos, palmas hacia fuera, y los Sin Facción se callan. Están mejor preparados que Intrepidez, cuyas voces Peter tarda treinta segundos en callar.

—Las últimas semanas, hemos estado desarrollando un plan de lucha contra Sabiduría —dice Evelyn, su voz baja se transmite fácilmente—. Y ahora que lo hemos terminado, nos gustaría compartirlo con ustedes.

Evelyn asiente con la cabeza hacia Tori, quien se hace cargo.

—Nuestra estrategia no está orientada, pero es amplia. No hay manera de saber quién de entre los Sabiduría apoya a Jeanine y quién no. Por tanto, es más seguro suponer que todos aquellos que no la apoyan ya han abandonado la sede de Sabiduría.

—Todos sabemos que el poder de Sabiduría no radica en su gente, pero sí en su información —dice Evelyn—. Mientras que aún posean esa información, nunca estaremos libres de ellos, especialmente cuando un gran número de nosotros estamos cableados para las simulaciones. Han utilizado la información para controlarnos y nos han mantenido bajo su pulgar durante demasiado tiempo.

Un grito, comenzando entre los Sin Facción y extendiéndose hacia Intrepidez, se levanta entre la multitud como si todos fuésemos parte de un organismo, siguiendo las órdenes de un solo cerebro. Pero no estoy segura de lo que yo pienso, o cómo me siento. Hay una parte de mí que está gritando también, clamando por la destrucción de cada uno de los Sabiduría y todo lo que ellos aprecian.

Miro a Tobías. Su expresión es neutra, y está detrás del resplandor de la luz del fuego, donde es difícil de ver. Me pregunto qué piensa de esto.

—Siento tener que decirles que aquellos de ustedes que fueron inyectados con los transmisores de simulación tendrán que permanecer aquí —dice Tori—, o podrían ser activados como un arma de Sabiduría en cualquier momento.

Hay algunos gritos de protesta, pero nadie parece del todo sorprendido. Ellos saben muy bien lo que Jeanine puede hacer con las simulaciones, tal vez.

Lynn gime y mira a Uriah.



—¿Tenemos que quedarnos?

—Tienes que quedarte —dice.

—Tú conseguiste la inyección también —dice ella—. Lo vi.

—Divergente, ¿recuerdas? —dice él.

Lynn rueda los ojos, y él se apresura a seguir, probablemente para evitar oír la teoría de la “conspiración Divergente” de Lynn otra vez.

—De todos modos, te apuesto a que nadie lo comprueba y, ¿cuáles son las probabilidades de que te activen, específicamente, si ella sabe que todo el mundo con transmisores de simulación se está quedando atrás?

Lynn frunce el ceño, teniendo en cuenta esto. Pero parece más alegre —tan alegre como puede estar Lynn, de todos modos— y Tori empieza a hablar de nuevo.

—El resto de nosotros se dividirán en grupos mixtos de Sin Facción e Intrepidez —dice Tori—. Un solo gran grupo intentará penetrar en la sede de Sabiduría y trabajar el camino a través de la construcción, limpiándola de la influencia de Sabiduría. Varios otros grupos más pequeños, procederán inmediatamente a los niveles superiores del edificio para deshacernos de algunos funcionarios Sabiduría clave. Recibirán su asignación de grupo más tarde esta noche.

—El ataque se producirá en un plazo de tres días —dice Evelyn—. Prepárense. Será difícil y peligroso. Sin embargo, los Sin Facción están familiarizados con la dificultad.

Con esto los Sin Facción animan, y recuerdo que nosotros, los Intrepidez, somos las mismas personas que, tan sólo unas semanas atrás, criticábamos a Abnegación por dar comida y otros artículos necesarios a Sin Facción. ¿Cómo era eso tan fácil de olvidar?

Y los Intrepidez están familiarizados con el peligro.

Todo el mundo a mi alrededor golpea el aire con sus puños y grita. Siento sus voces dentro de mi cabeza, y el ardor del triunfo en mi pecho que me hace querer unirme a ellos.

La expresión de Evelyn está demasiado vacía para alguien que da un apasionado discurso. Su cara parece una máscara.

—¡Abajo Sabiduría! —grita Tori, y todo el mundo la repite, todas las voces se unen juntas, independientemente de su Facción. Compartimos un enemigo común, pero, ¿nos hace eso amigos?



Me doy cuenta de que Tobías no se une al canto, y tampoco lo hace Christina.

—Esto no se siente bien —dice ella.

—¿Qué quieres decir? —dice Lynn nivelando la voz a las que se alzan nuestro alrededor—. ¿No te acuerdas de lo que hicieron con nosotros? ¿Poner nuestras mentes en una simulación y obligar a disparar a la gente sin que siquiera lo supiéramos? ¿Asesinado a cada uno de los líderes de Abnegación?

—Sí —dice Christina—. Es sólo que... invadir la sede de una Facción y matar a todo el mundo, ¿No es lo que Sabiduría acaba de hacer a Abnegación?

—Esto es diferente. Esto no es un ataque surgido de la nada, sin provocación —dice Lynn, frunciéndole el ceño.

—Sí —dice Christina—. Sí, lo sé.

Ella me mira. Yo no digo nada. Ella tiene un punto, esto no se siente bien.

Camino hacia la casa de Eaton, en busca de silencio.

Abro la puerta y subo las escaleras. Cuando llego a la antigua habitación de Tobías, me siento en la cama y miró por la ventana, donde los Sin Facción e Intrepidez se reúnen alrededor del fuego, riendo y hablando. Pero no se mezclan entre sí, todavía hay una incómoda brecha entre ellos, Sin Facción a un lado e Intrepidez al otro.

Veo a Lynn, Uriah, y Christina junto a una de las fogatas. Uriah se mete entre las llamas, demasiado rápido para ser quemado. Su sonrisa se parece más a una mueca, esta torcida a causa del dolor.

Después de unos minutos oigo pasos en la escalera, y Tobías entra en la habitación, quitándose sus zapatos junto a la puerta.

—¿Qué pasa? —dice.

—Nada, en realidad —le digo—. Sólo estaba pensando, me sorprende que los Sin Facción hayan acordado trabajar con Intrepidez tan fácilmente. No es como si Intrepidez haya sido siempre amable con ellos.

Se sitúa a mi lado en la ventana y se apoya en el marco.

—No es una alianza natural —dice—. Pero tenemos la misma meta.



—En este momento. ¿Pero qué sucederá cuando cambiemos de objetivos? Los Sin Facción quieren deshacerse de las Facciones, y los Intrepidez no.

Tobías presiona su boca en una línea. De repente me acuerdo de Marcus y Johanna, caminando juntos a través de la huerta, Marcus tenía esa misma expresión cuando estaba escondiendo algo.

¿Tobías tiene la misma expresión que su padre? ¿O en él quería decir algo diferente?

—Estás en mi grupo —dice—. Durante el ataque. Espero que no te importe. Se supone que tenemos que abrir el camino a las salas de control.

*El ataque.* Si participo en el ataque, no puedo ir tras la información que Jeanine robó a Abnegación. Tengo que elegir la una o la otra.

Tobías dijo que lidiar con Sabiduría era más importante que encontrar la verdad. Y si él no hubiese prometido el control imparcial sobre toda la información de Sabiduría, podría haber tenido razón. Pero no me dejó elección. Tengo que ayudar a Marcus, si hay una posibilidad de que él esté diciendo la verdad. Tengo que trabajar contra la gente a la que más quiero.

Y ahora mismo, tengo que mentir.

Retuerzo mis dedos.

—¿Qué es? —dice.

—Todavía no puedo disparar un arma —miro hacia él—. Y después de lo ocurrido en la sede de Sabiduría... — me aclaro la garganta—. Arriesgar mi vida ya no me parece atractivo.

—Tris —cepilla mi mejilla con sus dedos—. No tienes que ir.

—No quiero parecer una cobarde.

—Hey —sus dedos se ajustan bajo mi mandíbula. Son fríos contra mi piel. Él me mira con severidad—. Has hecho más por esta Facción que cualquier otra persona. Tú...

Suspira, y toca su frente con la mía.

—Eres la persona más valiente que he conocido. Quédate aquí. Déjate reparar.



Me besa y siento que me derrumbo de nuevo, empezando por las partes más profundas de mí. Piensa que voy a estar aquí, pero voy a estar trabajando contra él, trabajando con el padre al que él desprecia. Esta mentira, esa mentira es lo peor que he dicho. Nunca seré capaz de arreglarla.

Cuando nos separamos, temo que escuche mis respiraciones temblar, así que me giro hacia la ventana.



## CAPÍTULO 39

*Traducido por dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

—Oh sí. Te ves totalmente como una blandengue rasga-banjo —dice Christina.

—¿En serio?

—No. No en absoluto, en realidad. Sólo... déjame corregir el problema, ¿de acuerdo?

Ella hurga en su bolso durante unos segundos y saca una pequeña caja. En ella hay tubos de diferentes tamaños y recipientes que reconozco como maquillaje, pero no sabría qué hacer con ello.

Estamos en la casa de mis padres. Es el único lugar que se me ocurrió para venir a prepararme. Christina no tiene reservas en cuanto a hurgar por ahí, ella ya descubrió dos libros de texto, aprisionados entre el armario y la pared, evidencia de la tendencia Sabiduría de Caleb.

—Vamos a ver si lo entiendo. Así que dejaste el complejo de Intrepidez para prepararte para la guerra... ¿Y tomaste tu bolsa de maquillaje contigo?

—Sí. Supuse que sería más difícil para cualquiera pegarme un tiro si vieran cuán devastadoramente atractiva soy —dice, arqueando una ceja—. No te muevas.

Ella saca la tapa de un tubo negro del tamaño de uno de mis dedos, dejando al descubierto una barra roja. Pintalabios, obviamente. Me toca la boca con él y da toquecitos hasta que mis labios están cubiertos en color. Lo puedo ver cuando los frunzo.

—¿Alguien alguna vez te ha hablado sobre el milagro de la depilación de cejas? —dice, sosteniendo un par de pinzas.

—Aleja esas de mí.

—Bien —ella suspira—. Me gustaría ponerte rubor, pero estoy bastante segura que no es del color adecuado para ti.



—Sorprendente teniendo en cuenta que tenemos un tono de piel tan similar.

—Ja, ja —dice ella.

Para el momento de irnos, tengo los labios rojos, las pestañas rizadas, y estoy usando un vestido de color rojo brillante. Y hay un cuchillo atado en el interior de mi rodilla. Todo esto tiene mucho sentido.

—¿Dónde está Marcus “El Destructor de Vidas”, va a reunirse con nosotros? —dice Christina. Ella lleva el amarillo Concordia en vez de rojo, y brilla contra su piel.

Me río. —Detrás de la sede de Abnegación.

Caminamos por la acera en la oscuridad. Todos los demás deberían estar comiendo la cena ahora —me aseguré de eso— pero en caso de que nos encontremos con alguien, usamos chaquetas negras para ocultar la mayor parte de nuestra ropa Concordia. Salto sobre una grieta en el cemento fuera de costumbre.

—¿Dónde van ustedes dos? —dice la voz de Peter. Miro por encima de mi hombro. Él está de pie en la acera detrás de nosotros. Me pregunto cuánto tiempo ha estado allí.

—¿Por qué no estás con tu grupo de ataque, comiendo la cena? —le digo.

—No tengo uno —él golpea el brazo al que disparé—. Estoy herido.

—¡Sí claro, lo estás! —dice Christina.

—Bueno, no quiero ir a la batalla con un grupo de Sin Facción —dice, sus ojos verdes brillaban—. Así que me voy a quedar aquí.

—Como un cobarde —dice Christina, su labio curvado con disgusto—. Dejas que todo el mundo limpie el desorden para ti.

—¡Sí! —dice con una especie de alegría maliciosa. Dando palmadas con sus manos—. Diviértete muriendo.

Cruza la calle, silbando, y camina en dirección contraria.

—Bueno, lo distrajimos —dice ella—. Él no preguntó dónde íbamos otra vez.

—Sí. Bien —me aclaro la garganta—. Por lo tanto, este plan. ¿Es como estúpido, verdad?





—No es... estúpido.

—Oh, vamos. Confiar en Marcus es estúpido. Tratar de superar a Intrepidez en la alambrada es una estupidez. Ir contra Intrepidez y Sin Facción es estúpido. Las tres combinadas... es un diferente tipo de estupidez nunca antes conocida por la humanidad.

—Por desgracia, es también el mejor plan que tenemos —señala ella—. Si queremos que todos sepan la verdad.

Confié en que Christina asumiera esta misión cuando pensé que iba a morir, por lo que parecía estúpido no confiar en ella ahora. Me preocupaba que ella no quisiera venir conmigo, pero me olvide de dónde proviene Christina: Sinceridad, donde la búsqueda de la verdad es más importante que cualquier otra cosa. Ella puede ser Intrepidez ahora, pero si hay una cosa que he aprendido a través de todo esto, es que nunca dejamos nuestras viejas Facciones detrás.

—Así que aquí es donde creciste. ¿Te gusta esto? —ella frunce el ceño—. Supongo que no, si te querías ir.

El sol baja hacia el horizonte mientras caminamos. Nunca me gustó la luz por la noche, ya que le daba a todo el sector de Abnegación un aspecto aún más monocromático de lo que ya es, pero ahora encuentro lo inmutablemente gris reconfortante.

—Me gustaba algunas cosas y odiaba otras —le digo—. Y había algunas cosas que no sabía que las tenía hasta que las perdí.

Llegamos a la sede de Abnegación, y su fachada no es más que un cuadrado de cemento como todo en el sector de Abnegación. Me encantaría entrar en la sala de reuniones y respirar el olor a madera vieja, pero no tenemos tiempo. Nos deslizamos hacia el callejón al lado del edificio y caminamos hacia la parte de atrás, donde Marcus me dijo que estaría esperando.

Una camioneta de color azul pastel espera allí, el motor en marcha. Marcus está detrás del volante. Dejo a Christina caminar delante de mí, así ella puede ser la que quede en el centro. No quiero sentarme cerca de él, si puedo evitarlo. Siento que odiarlo mientras trabajo con él disminuye un poco la traición a Tobias de alguna manera.

*No tienes otra opción, me digo. No hay ninguna otra manera.*

Con esto en mente, tiro de la puerta cerrándola y busco la hebilla del cinturón de seguridad. Encuentro sólo el extremo deshilachado de un cinturón de seguridad y una hebilla rota.



—¿Dónde has encontrado este pedazo de basura? —dice Christina.

—Lo robé de Sin Facción. Ellos lo arreglaron. No fue fácil conseguir que arrancara. Mejor abandonan esas chaquetas, niñas.

Hacemos una pelota con nuestras chaquetas y las tiramos por la ventana entreabierta. Marcus pone a andar el camión, y él gime. Casi espero que se quede quieto cuando presiona el pedal del acelerador, pero se mueve.

Por lo que recuerdo, toma aproximadamente una hora de viaje en coche ir desde el sector de Abnegación a la sede de Concordia, y el viaje requiere un conductor con habilidades. Marcus se dirige a una de las vías principales y empuja el pie en el acelerador. Estamos dando tumbos hacia adelante, evitando por poco un hueco en la carretera. Agarro el tablero para sostenerme.

—Relájate, Beatrice —dice Marcus—. He conducido un auto antes.

—¡He hecho un montón de cosas antes, pero eso no quiere decir que sea buena en ellas!

Marcus sonríe y tira el camión hacia la izquierda para que no chocáramos con un semáforo caído. Christina grita cuando nos topamos con otro pedazo de escombros, como si estuviera teniendo el momento de su vida.

—¿Un tipo diferente de estupidez, verdad? —dice ella, su voz lo suficientemente fuerte para hacerse escuchar por encima de la ráfaga de viento de la cabina.

Agarro la silla debajo de mí y trato de no pensar en lo que comí en la cena.



Al llegar a la Alambrada, vemos a los Intrepidez situación en la luz de nuestros faros, bloqueando de la puerta. Sus brazaletes azules destacan sobre el resto de su ropa. Trato de mantener mi expresión agradable. No voy a ser capaz de engañarlos de que soy Concordia con un ceño fruncido en mi cara.

Un hombre de piel oscura con un arma en la mano se acerca a la ventana de Marcus. Él ilumina con una linterna a Marcus primero, luego a Christina, y después a mí. Entrecierro los ojos al haz, y fuerza



una sonrisa al hombre como si no me importará tener una luz brillante en los ojos y armas apuntándome a la cabeza en lo más mínimo.

Concordia debe estar perturbada si esta es la forma en que realmente piensan. O han estado comiendo demasiado de ese pan.

—Así que dime —dice el hombre—. ¿Qué está haciendo un miembro de Abnegación en un camión con dos Concordia?

—Estas dos chicas se ofrecieron a llevar provisiones a la ciudad —dice Marcus—, y me ofrecí a acompañarlas para que estuvieran a salvo.

—Además, no sabemos cómo manejar —dice Christina, con una sonrisa—. Mi papá trató de enseñarme años atrás, pero me confundí el pedal del acelerador con el del freno, ¡y te puedes imaginar el desastre que fue! De todos modos, fue realmente lindo de Joshua ofrecerse voluntario para llevarnos, porque nos hubiese tomado para siempre de lo contrario, y esas cajas eran tan pesadas...

El hombre Intrepidez levanta la mano. —Está bien, lo entiendo.

—Oh, por supuesto. Lo siento —se ríe Christina—. Sólo pensé que tenía que explicarlo, ya que parecías tan confundido, y no es de extrañar, porque cuantas veces te encuentras con esto.

—Correcto —dice el hombre—. Y, ¿tienen intención de regresar a la ciudad?

—No en corto plazo —dice Marcus.

—Está bien. Adelante, entonces. —Él asiente a los otros Intrepidez en la puerta. Uno de ellos escribe una serie de números en el teclado, y la puerta se desliza para admitirnos. Marcus asiente hacia el guardia que nos deja pasar y maneja sobre el camino de la sede de Concordia. Los faros del camión agarran huellas de neumáticos, la hierba de la pradera y los insectos tejiendo de ida y vuelta. En la oscuridad, a mi derecha veo luciérnagas que iluminan a un ritmo como el de los latidos del corazón.

Después de unos segundos, Marcus mira a Christina. —¿Qué en la tierra fue eso?

—No hay nada que odie más Intrepidez que una cháchara alegre de Concordia —dice Christina, levantando un hombro—. Pensé que si conseguía molestarlo lo distraería y nos dejarían pasar.

Sonríó mostrando todos mis dientes. —Eres una genio.



—Lo sé. —Ella menea la cabeza como si estuviera tirando el pelo sobre un hombro, sólo que no tiene suficiente como para hacerlo.

—Excepto —dice Marcus—. Joshua no es un nombre de Abnegación.

—Lo que sea. Como si alguien supiese la diferencia.

Veo el brillo de la sede de Concordia adelante, el familiar grupo de edificios de madera con el efecto invernadero en su centro. Manejamos a través del huerto de manzanas. El aire huele a tierra caliente.

Una vez más recuerdo a mi madre extendiéndose para recoger una manzana en este huerto, años atrás cuando vinimos a ayudar a Concordia con la cosecha. Una punzada en el pecho me duele, pero la memoria no me abrumba como lo hacía hace unas semanas. Tal vez sea porque estoy en una misión en honor a ella. O tal vez estoy muy aprensiva acerca de lo que viene en el duelo propiamente. Pero algo ha cambiado.

Marcus estaciona el camión detrás de una de las cabinas para dormir. Por primera vez me doy cuenta de que no hay llaves en el encendido.

—¿Cómo arrancaste? —le pregunto.

—Mi padre me enseñó mucho sobre mecánica y computadoras —dice—. Conocimiento que pase a mi propio hijo. ¿No averiguaste todo eso por tu cuenta, no?

—En realidad sí, lo hice —empujo la puerta y salgo de la camioneta. Césped acaricia mis dedos de los pies y la parte posterior de mis pantorrillas. Christina se encuentra parada al lado de mi hombro derecho e inclina la cabeza hacia atrás.

—Es muy diferente aquí —dice ella—. Casi podrías olvidar lo que está pasando allí. —Ella apunta con su dedo hacia la ciudad.

—Y a menudo lo hacen —digo.

—Ellos saben qué hay más allá de la ciudad, sin embargo, ¿no? —pregunta.

—Ellos saben tanto como las patrullas de Intrepidez —dice Marcus—. Lo cual es que el mundo exterior es desconocido y potencialmente peligroso.

—¿Cómo sabes lo que ellos? —digo.



—Porque eso es lo que les dijimos —dice él, y camina hacia el invernadero.

Intercambio una mirada con Christina. Entonces corremos para alcanzarlo.

—¿Qué significa eso?

—Cuando uno está encargado de toda la información, tienes que decidir la cantidad de ella que la gente debe saber —dice Marcus—. Los líderes de Abnegación les dijeron lo que tenían que decirles. Ahora, esperemos que Johanna mantenga al día sus hábitos normales. Ella está generalmente en el invernadero tan temprano en la noche.

Él abre la puerta del invernadero. El aire es tan denso como la última vez que estuve aquí, pero ahora es brumoso, también. La humedad me enfría las mejillas.

—Wow —dice Christina.

La habitación está iluminada por la luna, por lo que es difícil distinguir plantas del árbol de estructura artificial. Las hojas rozan mi cara mientras hago mi camino alrededor del borde exterior de la habitación. Y luego veo a Johanna, agachada junto a un arbusto con un recipiente en sus manos, recogiendo lo que parecen ser frambuesas. Su pelo se tira hacia atrás, así que puedo ver su cicatriz.

—No creí que la volvería a ver aquí una vez más, Srta. Prior —dice ella.

—¿Es eso porque se supone que debo estar muerta? —le digo.

—Siempre espero que los que viven por las armas mueran por ellas. A menudo estoy plenteramente sorprendida. —Ella equilibra el recipiente en sus rodillas y ve hacia mí—. Aunque también sé más para pensar qué volviste, porque te gusta estar aquí.

—No —le digo—. Hemos venido para otra cosa.

—Muy bien —dice ella, poniéndose de pie—. Vamos a hablar de eso, entonces.

Ella lleva el recipiente hacia el centro de la habitación, donde las reuniones se llevan a cabo en Concordia. La seguimos entre las raíces del árbol, donde se sienta y me ofrece el recipiente con frambuesas. Tomo un puñado de frambuesas y le paso el recipiente a Christina.

—Johanna, ésta es Christina —dice Marcus—. Intrepidez, nacida en Sinceridad.



—Bienvenida a la sede de Concordia, Christina. —Johanna sonríe con complicidad. Me parece tan extraño, que dos personas nacidas en Sinceridad puedan terminar en lugares tan diferentes: Intrepidez, y Concordia.

—Dime, Marcus —dice Johanna—. ¿Por qué has venido de visita?

—Creo que Beatrice debe manejar esto —dice—. No soy más que el transporte.

Ella cambia su enfoque hacia mí sin dudar, pero puedo decir por la mirada cautelosa en sus ojos que preferiría hablar con Marcus. Ella lo negaría si le preguntara, pero estoy casi segura de que Johanna Reyes me odia.

—Um... —digo. No es mi apertura más brillante. Me limpio las manos sobre mi vestido—. Las cosas se han puesto mal.

Las palabras comienzan a derramarse, sin refinamiento o sofisticación. Explico que Intrepidez se ha aliado con Sin Facción, y que planean destruir todo Sabiduría, dejándonos sin una de las dos Facciones esenciales. Le digo que hay información importante en el complejo de Sabiduría, además de todos los conocimientos que poseen, que necesita especialmente ser recuperada. Cuando termino, me doy cuenta de que no le he dicho por qué eso tiene algo que ver con ella o su Facción, pero no sé cómo decirlo.

—Estoy confundida, Beatrice —dice ella—. ¿Qué es exactamente lo que quieres que hagamos?

—No he venido aquí para pedir ayuda —le digo—. Pensé que deberías saber que mucha gente va a morir muy pronto. Y sé que tú no quieres quedarte aquí sin hacer nada mientras eso sucede, aún cuando algunos de los de tu Facción lo hacen.

Ella mira hacia abajo, su boca torcida traiciona cuán en lo correcto estoy.

—También quería preguntarte si podemos hablar con los Sabiduría que están manteniéndose a salvo aquí —le digo—. Sé que están ocultos, pero necesito tener acceso a ellos.

—¿Y qué piensas hacer? —dice.

—Dispararles —le digo, poniendo los ojos en blanco.

—Eso no es gracioso.



Suspiro. —Lo siento. Necesito información. Eso es todo.

—Bueno, tendrás que esperar hasta mañana —dice Johanna—. Pueden dormir aquí.



Me duermo tan pronto como mi cabeza toca la almohada, pero me despierto antes de lo previsto. Puedo decir por la luz cerca del horizonte que el sol está a punto de levantarse.

Al otro lado del estrecho pasillo entre las dos camas está Christina, con la cara pegada al colchón y la almohada sobre su cabeza. Un aparador con una lámpara se encuentra entre nosotras. Los suelos de madera crujen, no importa por dónde camines. Y en la pared izquierda hay un espejo, casualmente colocado. Todo el mundo menos Abnegación tienen los espejos por sentado. Todavía siento una punzada de shock cada vez que veo uno al aire libre.

Me visto, sin molestarme en guardar silencio, ni quinientos Intrepidez pisando fuerte pueden despertar a Christina cuando está profundamente dormida, aunque un susurro de Sabiduría podría ser capaz de hacerlo. Ella es extraña de esa manera.

Camino al exterior mientras el sol se asoma a través de las ramas de los árboles, y veo un pequeño grupo de Concordia reunidos cerca de la huerta. Me acerco más para ver lo que están haciendo.

Se paran en círculo, con las manos juntas. La mitad de ellos están en sus primeros años de adolescencia, y la otra mitad son adultos. La más vieja, una mujer con un trenzado cabello gris, habla:

—Creemos en un Dios que da la paz y la cuida —dice ella—. Así que danos la paz a cada uno, y cuídala.

No escuché eso como una señal, pero los Concordia parece que sí. Todos comienzan a moverse a la vez, encontrando a alguien a través del círculo y apretando sus manos con ellos. Cuando todo el mundo está emparejado, se paran durante varios segundos, mirándose el uno al otro. Algunos de ellos murmurar frases, algunas sonrisas, algunos se quedan en silencio e inmóviles. Luego se separan y se mueven a otra persona, realizando la misma serie de acciones de nuevo.



Nunca he visto una ceremonia religiosa de Concordia antes. Solo estoy familiarizada con la religión de la Facción de mis padres, a la que una parte de mí todavía se aferra, y otra parte la rechaza como una locura; las oraciones antes de la cena, las reuniones semanales, los actos de servicio, los poemas sobre un Dios altruista. Esto es algo diferente, algo misterioso.

—Ven y únete a nosotros —dice la mujer de cabello gris. Tardo unos segundos en darme cuenta de que me está hablando a mí. Ella me llama a mí, sonriendo.

—Oh no —le digo—. Sólo estoy...

—Ven —dice otra vez, y siento que no tengo más remedio que caminar hacia adelante y en medio de ellos.

Ella se acerca a mí en primer lugar, apretando mi mano. Sus dedos están secos y ásperos y sus ojos buscan los míos, persistentes, aunque me siento rara encontrando su mirada.

Una vez que lo hago, el efecto es inmediato y peculiar. Me quedo quieta, y cada parte de mí sigue estándolo, como si pesara más de lo que solía, sólo que el peso no es desagradable. Sus ojos son de color marrón, del mismo color que todo.

—Que la paz de Dios este contigo —dice ella, en voz baja—, incluso en medio de la angustia.

—¿Por qué lo haría? —digo en voz baja, para que nadie más pueda escuchar—. Después de todo lo que he hecho...

—No se trata de ti —dice ella—. Es un regalo. No se puede ganar, o deja de ser un regalo.

Ella me libera y se traslada a otra persona, pero me quedo parada con mi mano extendida, sola. Alguien se mueve para tomar mi mano, pero yo me retiro del grupo, primero camino, y luego corro.

Esquivo los árboles tan rápido como me es posible, y sólo cuando mis pulmones se sienten como si estuvieran ardiendo me detengo.

Presiono mi frente contra el tronco del árbol más cercano, a pesar de que raspa mi piel, y lucho contra las lágrimas.







Más tarde esa mañana, camino a través de la lluvia ligera al invernadero. Johanna ha convocado una reunión de emergencia.

Me quedo lo más ocultas posible en el borde de la sala, entre dos grandes plantas que se encuentran suspendidas en una solución mineral. Me lleva unos cuantos minutos encontrar a Christina, vestida de amarillo Concordia en el lado derecho de la habitación, pero es fácil detectar a Marcus, quien se encuentra en las raíces del gigante árbol con Johanna.

Johanna tiene las manos cruzadas delante de ella y el pelo recogido. La lesión que le dio la cicatriz también dañó su ojo, su pupila esta tan dilatada que abruma su iris, y su ojo izquierdo no se mueve con el derecho mientras explora a los Concordia frente a ella.

Pero no solo hay Concordia. Hay gente con el pelo cortado al rape y nudos torcidos apretadamente que deberán pertenecer a Abnegación, y una fila de personas con gafas, que deben ser Sabiduría. Cara se encuentra entre ellos.

—He recibido un mensaje de la ciudad —dice Johanna cuando todo el mundo se calma—. Y me gustaría comunicárselos.

Se tira en el dobladillo de la camisa, y luego junta las manos delante de ella. Parece nerviosa.

—Intrepidez se ha aliado con Sin Facción —dice ella—. Tienen la intención de atacar a Sabiduría en dos días. Su batalla se libra no contra el ejército Intrepidez-Sabiduría, sino en contra de Sabidurías inocentes y los conocimientos por los que ha trabajado tan duro para adquirir.

Ella mira hacia abajo, respira profundamente, y continúa:

—Sé que no reconocemos a ningún líder, así que no tengo derecho a dirigirme a ustedes como si eso fuera lo que soy —dice ella—. Pero espero que ustedes me perdonen, sólo por esta vez, por preguntarles si podemos reconsiderar nuestra decisión anterior de permanecer al margen.

Hay murmullos. Ellos no son nada como los murmullos de Intrepidez, son más suaves, como aves en ramas.

—Nuestra relación con Sabiduría a pesar de ello, sabemos mejor que cualquier Facción lo esencial que es su papel en esta sociedad —dice



ella—. Ellos deben ser protegidos de una masacre innecesaria, si no porque son seres humanos, entonces porque no podemos sobrevivir sin ellos. Propongo entrar en la ciudad como fuerzas de paz no violentas e imparciales a fin de frenar de cualquier manera posible, la violencia extrema que, sin duda, se va a producir. Por favor, hablen de esto.

La lluvia limpia el polvo de los paneles de vidrio por encima de nuestras cabezas. Johanna se sienta en una raíz de árbol para esperar, pero Concordia no rompe en conversación, como lo hizo la última vez que estuve aquí. Susurros, casi indistinguibles de la lluvia, se vuelven una conversación normal, y escucho que algunas voces se elevan por encima de las demás, casi gritando, pero no del todo.

Cada voz levantada envía una sacudida a través de mí. Me he sentado a través de un montón de argumentaciones en mi vida, sobre todo en los últimos dos meses, pero ninguna de ellas me asustó como esta. Concordia no se supone que discuta.

Decida a no esperar más. Camino a lo largo del borde de la zona de encuentro, pasando más allá de Concordia, que están en sus pies y saltan sobre manos y piernas extendidas. Algunos de ellos me miran, puede que lleve una camisa roja, pero los tatuajes a lo largo de mi clavícula son tan claros como siempre, incluso desde la distancia.

Me detengo cerca de la fila de Sabiduría. Cara se para cuando me acerco, los brazos cruzados.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice.

—Vine a decirle a Johanna lo que estaba pasando —le digo—. Y para pedir ayuda.

—¿Yo? —dice—. ¿Por qué...?

—No a tú —le digo. Trato de olvidar lo que dijo de mi nariz, pero es difícil—. Todos ustedes. Tengo un plan para salvar a algunos de los datos de su Facción, pero necesito su ayuda.

—En realidad —dice Christina, apareciendo sobre mi hombro izquierdo—, tenemos un plan.

Cara mira de mí a Christina y a mí otra vez.

—¿Tú quieres la ayuda de Sabiduría? —dice—. Estoy confundida.

—Tú querías ayudar a Intrepidez —le digo—. ¿Crees que eres la única que no se limita a hacer a ciegas lo que tu Facción te dice que hagas?



—Está de acuerdo con tu patrón de comportamiento —dice Cara—. Dispararle a la gente que se mete en tu camino es un rasgo de Intrepidez, después de todo.

Siento un pellizco en la parte posterior de mi garganta. Ella se parece tanto a su hermano, hasta el pliegue entre las cejas y las oscuras rayas en el pelo rubio.

—Cara —dice Christina—. ¿Vas a ayudarnos, o no?

Cara suspira. —Obviamente, lo haré. Estoy segura que los demás también lo harán. Visítennos en el dormitorio de Sabiduría al final de la reunión, y nos dirán el plan.



La reunión dura otra hora. Para entonces, la lluvia ha cesado, aunque el agua todavía salpica los paneles de la pared y del techo. Christina y yo hemos estado sentadas contra una de las paredes, jugando a un juego en el que cada una de nosotras trata de presionar el pulgar de la otra. Ella siempre gana.

Finalmente Johanna y los otros que surgieron como líderes de la discusión están de pie en una línea en las raíces de los árboles. El pelo de Johanna ahora cuelga sobre la parte baja de su cara. Se supone que ella nos dirá el resultado de la conversación, pero está de pie con los brazos cruzados, con los dedos tocando contra sus codos.

—¿Qué está pasando? —dice Christina.

Finalmente Johanna mira hacia arriba.

—Obviamente fue difícil llegar a un acuerdo —dice ella—. Pero la mayoría desea mantener nuestra política neutralidad.

No me importa si Concordia decide ir a la ciudad o no. Pero había comenzado a esperar que no fueran todos cobardes, y para mí, esa decisión se parece mucho a la cobardía. Hundo la espalda contra la ventana.

—No es mi deseo de fomentar la división en esta comunidad, que me ha dado tanto —dice Johanna—. Pero mi conciencia me obliga a que vaya en contra de esta decisión. Cualquier otra persona cuya conciencia las conduzca hacia la ciudad es bienvenido a venir conmigo.



Al principio, como todos los demás, no estoy segura de lo que está diciendo. Johanna inclina la cabeza para que la cicatriz sea de nuevo visible, y añade:

—Entiendo que esto significa que no puedo ser una parte de Concordia nunca más —ella sorbe por la nariz—. Pero por favor sepan que si tengo que dejarlos, los dejo con amor, en lugar de malicia.

Johanna se inclina en la dirección general de la multitud, se mete el pelo detrás de las orejas, y camina hacia la salida. Algunos de Concordias se apresuran a ponerse de pie, y luego unos poco más, y pronto toda la multitud está parada, y algunos de ellos, no muchos, pero algunos, están caminando detrás de ella.

—Eso —dice Christina—, no es lo que yo esperaba.

## CAPÍTULO 40

*Traducido por Otravaga.  
Corregido por Mlle\_Janusa.*

308

**Bookzingal!**  
books, friends and fun

**E**l dormitorio de Sabiduría es uno de los cuartos más grandes en la sede de Concordia. Hay doce camas en total; una hilera de ocho amontonadas a lo largo de la pared de fondo, y dos apretadas, juntas a cada lado, dejando un gran espacio en el medio de la habitación. Una gran mesa ocupa ese espacio, cubierta con herramientas, trozos de metal, equipos, partes de viejas computadoras y cables.

Christina y yo acabamos de terminar de explicar nuestro plan, el cual sonaba mucho más tonto con más de una docena de los Sabiduría mirándonos fijamente mientras hablábamos.

—Su plan es defectuoso —dice Cara. Es la primera en responder.

—Es por eso que vinimos a ustedes —digo—. Para que pudieran decirnos cómo ajustarlo.

—Bueno, primero que todo, estos datos importantes que quieren salvar —dice ella—. Ponerlos en un disco es una idea ridícula. Los discos terminan rompiéndose o en manos de la persona equivocada, como todos los demás objetos físicos. Les sugiero que hagan uso de la red de datos.



—La... ¿qué?

Le da un vistazo a los otros de Sabiduría. Uno de ellos —un joven hombre de piel morena con lentes— dice:

—Adelante. Diles. Ya no hay razón para seguir manteniendo secretos.

Cara vuelve a mirarme.

—Muchas de las computadoras en el recinto de Sabiduría están instaladas para acceder a los datos de las computadoras en otras Facciones. Así es como era tan sencillo para Jeanine ejecutar la simulación del ataque desde una computadora de Intrepidez en vez de una de Sabiduría.

—¿Qué? —dice Christina—. ¿Quieres decir que ustedes pueden darse un paseo a través de los datos de cada Facción cada vez que quieren?

—No puedes “darte un paseo” a través de los datos —dice el hombre joven—. Eso es ilógico.

—Es una metáfora —dice Christina. Frunce el ceño—. ¿Verdad?

—¿Una metáfora, o simplemente una figura retórica? —dice él, también frunciendo el ceño—. ¿O es una metáfora, una categoría definida por debajo del apartado “figura retórica”?

—Fernando —dice Cara—. Enfócate.

Él asiente.

—El hecho es —continúa Cara—, que la red de datos existe, y que es éticamente cuestionable, pero pienso que puede funcionar a nuestro favor aquí. Así como las computadoras pueden acceder a los datos de otras Facciones, ellas pueden enviar datos a otras facciones. Si nosotros enviamos los datos que deseas salvar a cada Facción, destruirlos todos sería imposible.

—Cuando dices “nosotros” —digo—, estás dando a entender que...

—¿Qué vamos a ir con ustedes? —dice ella—. Obviamente no todos nosotros iremos, pero algunos debemos hacerlo. ¿Cómo esperas navegar por la sede de Sabiduría por tu cuenta?

—¿Te das cuenta de que si vienen con nosotros, pueden recibir un disparo? —dice Christina. Sonríe—. Y nada de esconderse detrás de nosotros porque no quieren romper sus lentes, o lo que sea.

Cara se quita los lentes y se los ajusta a mitad del puente.



—Hemos arriesgado nuestras vidas al desertar de nuestra Facción —dice Cara—, y la arriesgaremos de nuevo para salvar nuestra Facción de sí misma.

—Además —comienza a decir una pequeña voz detrás de Cara. Una chica no mayor de diez u once años mira desde detrás del codo de Cara. Su cabello negro es corto, como el mío, y un halo de rizos le rodea la cabeza—. Nosotros tenemos dispositivos útiles.

Christina y yo intercambiamos una mirada.

Digo:

—¿Qué tipo de dispositivos?

—Sólo son prototipos —dice Fernando—, así que no hay necesidad de escudriñarlos.

—Realmente escudriñar no es lo nuestro —dice Christina.

—¿Entonces cómo hacen mejor las cosas? —pregunta la niña.

—No lo hacemos, en realidad —dice Christina, suspirando—. Ellas como que siguen poniéndose peor.

La niña asiente.

—Entropía.

—¿Qué?

—Entropía —canturrea ella—. Es la teoría de que toda la materia en el universo gradualmente está moviéndose hacia la misma temperatura. También conocida como la “muerte térmica”.

—Elia —dice Cara—, esa es una simplificación excesiva y burda.

Elia le saca la lengua a Cara. No puedo evitarlo pero me echo a reír. Nunca antes he visto a un Sabiduría sacar la lengua. Por otra parte, no he interactuado con muchos jóvenes de Sabiduría. Sólo Jeanine y la gente que trabaja para ella. Incluyendo a mi hermano.

Fernando se agacha junto a una de las camas y saca una caja. Rebusca en el interior por unos cuantos segundos, luego recoge un pequeño disco redondo. Está hecho de un metal claro que veo a menudo en la sede de Sabiduría pero que nunca había visto en ninguna otra parte. Lo trae hacia mí en su palma. Cuando me estiro para alcanzarlo, lo aleja de mí de un tirón.



—¡Cuidado! —dice—. Traje esto de la sede. No es algo que inventáramos aquí. ¿Ustedes estaban ahí cuando atacaron a Sinceridad?

—Sí —digo—. *Justo* ahí.

—¿Recuerda cuando el cristal se hizo añicos?

—¿*Tú* estuviste ahí? —digo, entrecerrando los ojos.

—No. Ellos lo grabaron y mostraron las imágenes en la sede de Sabiduría —dice—. Bueno, pareció que el cristal se hizo añicos porque ellos le dispararon, pero en realidad eso no es cierto. Uno de los soldados de Intrepidez lanzó uno de *estos* cerca de las ventanas. Emite una señal que no puedes oír, pero que provocaría que el vidrio se hiciera añicos.

—Está bien —digo—. ¿Y eso cómo nos será útil?

—Puedes descubrir que es bastante perturbador para las personas cuando todas sus ventanas se hacen pedazos a la vez —dice, con una pequeña sonrisa—. Especialmente en la sede de Sabiduría, donde hay un montón de ventanas.

—Bien —digo.

—¿Qué más tienen? —dice Christina.

—A los de Concordia le gustará esto —dice Cara—. ¿Dónde está? Ah. Aquí.

Recoge una caja negra hecha de plástico, lo suficientemente pequeña para que envuelva sus dedos alrededor de ésta. En la parte superior de la caja hay dos piezas de metal que parecen dientes. Tira de un interruptor en el fondo de la caja, y un hilo de luz azul se extiende a través del espacio entre los dientes.

—Fernando —dice Cara—. ¿Quieres demostrarlo?

—¿Estás bromeando? —dice, con los ojos bien abiertos—. Nunca haré eso de nuevo. Eres peligrosa con esa cosa.

Cara le sonríe, y explica:

—Si te toco con este aturdidor, justo ahora, será extremadamente doloroso, y entonces te incapacitaría. Fernando lo descubrió ayer de la forma difícil. Lo hice de modo que los Concordia tengan una manera de defenderse a sí mismos sin dispararle a nadie.

—Eso es... —frunzo el ceño—. Comprensivo de tu parte.



—Bueno, se supone que la tecnología es para hacer la vida mejor —dice—. No importa lo que creas, hay una tecnología ahí afuera para ti.

¿Qué fue lo que dijo mi madre en esa simulación? —*Me preocupa que las fanfarronerías de tu padre sobre Sabiduría hayan sido en tu perjuicio.* ¿Y si ella estaba en lo cierto, aun cuando sólo era parte de una simulación? Mi padre me enseñó a ver a los de Sabiduría de un modo particular. Nunca me enseñó que ellos no hacen juicios sobre lo que cree la gente, sino que diseñan cosas para ellos dentro de los confines de esas creencias. Nunca me dijo que podían ser graciosos, o que pudieran criticar su propia Facción desde el interior.

Cara se abalanza hacia Fernando con el aturdidor, riendo cuando él salta hacia atrás.

Él nunca me dijo que uno de Sabiduría podría ofrecerse a ayudarme, incluso después de que maté a su hermano.



El ataque comenzará en la tarde, después de que esté demasiado oscuro para ver los brazaletes azules que identifican a algunos de Intrepidez como traidores. Tan pronto como nuestros planes están finalizados, caminamos a través del huerto hacia el claro donde se guardan los camiones. Cuando emergo de los árboles, veo que Johanna Reyes está sentada en el capó de uno de los camiones, con las llaves colgando de los dedos.

Tras ella espera un pequeño convoy de vehículos llenos con personas de Concordia... pero no sólo de Concordia, sino que también las personas de Abnegación, con sus peinados severos y sus bocas silenciosas, están entre ellos. Robert, el hermano mayor de Susan, está con ellos.

Johanna salta del capó. En la parte trasera del camión en el que acababa de estar sentada hay una pila de cajones de embalaje marcados con las palabras *MANZANAS*, *HARINA* y *MAÍZ*. Qué bueno que sólo tenemos que acomodar a dos personas en la parte de atrás.

—Hola, Johanna —dice Marcus.

—Marcus —dice ella—. Espero que no les importe que los acompañemos a la ciudad.

—Por supuesto que no —dice él—. Muéstranos el camino.





Johana le da a Marcus las llaves y se monta en la plataforma de uno de los otros camiones. Christina se dirige hacia la cabina del camión, y yo hacia la plataforma, con Fernando detrás de mí.

—¿No te quieres sentar al frente? —dice Christina—. Y te haces llamar de Intrepidez...

—Voy a la parte del camión en la cual es menos probable que vomite —digo.

—Vomitarse es parte de la vida.

Estoy a punto de preguntarle exactamente con qué frecuencia pretende vomitar en el futuro, cuando el camión se agita hacia adelante. Me agarro al lateral con ambas manos de modo que no caerme, pero después de unos cuantos minutos, cuando me acostumbro a las sacudidas y los empujones, me suelto. Los otros camiones ruedan a lo largo frente a nosotros, detrás del de Johanna, el cual los lidera.

Me siento en calma hasta que alcanzamos la Alambrada. Espero encontrar los mismos guardias que trataron de detenernos en nuestro camino para entrar, pero la entrada está abandonada, dejada abierta. Un temblor comienza en mi pecho y se extiende hacia mis manos. En medio de conocer gente nueva y hacer planes, olvidé que mi plan es caminar directo hacia una batalla que podría reclamar mi vida. Justo después de darme cuenta de que mi vida valía la pena vivirla.

El convoy desacelera a medida que pasamos a través de la Alambrada, como si esperaran que alguien saltara y nos detuviera. Todo está silencioso a excepción de las cigarras en los árboles lejanos y los motores de los camiones.

—¿Crees que ya comenzó? —le digo a Fernando.

—Tal vez. Tal vez no —dice—. Jeanine tiene muchos informantes. Probablemente alguien le dijo que algo iba a suceder, así que llamó a todas las fuerzas de Intrepidez de vuelta a la sede de Sabiduría.

Asiento, pero en realidad estoy pensando en Caleb. Él era uno de esos informantes. Me pregunto por qué él creía tan firmemente que el mundo exterior debería estar oculto de nosotros que traicionaría a todos los que supuestamente se preocupaban por Jeanine, quien no se preocupa por nadie.

—¿Alguna vez conociste a alguien llamado Caleb? —digo.



—Caleb —dice Fernando—. Sí, había un Caleb en mi Clase de Iniciación. Brillante, pero él era... ¿cuál es el término coloquial para eso? Un adulator —sonríe con satisfacción—. Había una pequeña división entre los Iniciados. Aquellos que aceptaban todo lo que Jeanine decía, y aquellos que no lo hacían. Obviamente yo era un miembro de este último grupo. Caleb era un miembro del primero. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo conocí mientras estuve presa —digo, y mi voz suena muy lejana incluso para mí—. Sólo tenía curiosidad.

—Yo no lo juzgaría con tanta severidad —dice Fernando—. Jeanine puede ser extraordinariamente convincente para aquellos que no son naturalmente desconfiados. Yo siempre he sido naturalmente desconfiado.

Miro fijamente sobre su hombro izquierdo, al horizonte que se hace más claro a medida que nos acercamos a la ciudad. Busco las dos puntas en la parte superior del Cubo, y cuando las encuentro, me siento mejor y peor al mismo tiempo... mejor, porque el edificio es tan familiar, y peor, porque ver las puntas significa que nos estamos acercando.



# CAPÍTULO 41

Traducido SOS por carmen170796  
Corregido por Mlle\_Janusa

**P**ara cuando llegamos a la ciudad, toda conversación se ha detenido en el camión, reemplazada por labios presionados y caras pálidas. Marcus conduce alrededor de baches del tamaño de una persona y partes de autobuses averiados. El viaje es más liso cuando salimos del territorio de Sin facción y entramos a las partes limpias de la ciudad. Después escucho disparos. Desde esta distancia suenan como traqueos.

Por un momento estoy desorientada, y todo lo que puedo ver son los líderes de Abnegación de rodillas sobre el pavimento y los de Intrepidez armados; todo lo que puedo ver es a mi madre girándose para recibir las balas, y Will cayendo al suelo. Muerdo mi puño para evitar llorar, y el dolor me trae de vuelta al presente. Mamá me dijo que fuera valiente. Si ella hubiera sabido que su muerte me haría tan temerosa, ¿Se habría sacrificado tan voluntariamente?

Escapándose de los tráileres, Marcus gira en la *Avenida Madison* y, cuando estamos a solo dos calles de la *Avenida Michigan*, donde está sucediendo la pelea, estaciona el camión en un callejón y apaga el motor. Fernando salta fuera de la caja del camión y me ofrece su brazo.

—Vamos, *Insurgente* —dice, guiñando el ojo.

—¿Qué? —digo. Tomo su brazo y me deslizo por el lado del camión.

Abre la mochila con la cual estaba sentado. Está llena de ropas azules. Él las revisa, lanzándonos prendas a Christina y a mí. Consigo una camiseta azul y jeans azules.

—*Insurgente* —dice él—. Sustantivo. Una persona que actúa en oposición a la autoridad establecida, que no es necesariamente considerada como agresiva.

—¿Tienes que darle a *todo* un nombre? —dice Cara, pasando sus manos por su melena rubia para meter de vueltas las partes sueltas—. Sólo estamos haciendo algo y sucede que es en grupo. No hay necesidad de un nuevo título.



—Sucede que disfruto de la categorización —replica Fernando, arqueando una ceja oscura.

Miro a Fernando. La última vez que entré a la sede de una Facción, lo hice con un arma en mi mano, y dejé cuerpos detrás de mí. Quiero que esta vez sea diferente. *Necesito* que esta vez sea diferente.

—Me gusta —digo—. *Insurgente*. Es perfecto.

—¿Ves? —dice Fernando a Cara—. No soy el único.

—Felicitaciones —dice, sarcásticamente.

Me quedo mirando mis ropas de Sabiduría, mientras los otros se quitan capas exteriores de ropa.

—No hay tiempo para la modestia, ¡Estirada! —dice Christina, señalándome con la mirada.

Sé que tiene razón, así que me quito la camiseta roja que estaba usando y me pongo la azul en cambio. Miro a Fernando y Marcus para asegurarme de que no están mirando, y también me cambio los pantalones. Tengo que remangar los jeans cuatro veces, y cuando me los abrocho, se arrugan en la parte superior como la abertura de una bolsa de papel arrugada.

—¿Te acaba de llamar “Estirada”? —dice Fernando

—Sí —digo—, me transferí de Abnegación a Intrepidez.

—Huh —frunce el ceño—. Ese sí que es un cambio. Ese tipo de cambio en la personalidad entre generaciones es casi genéticamente imposible, en estos días.

—Algunas veces la personalidad no tiene nada que ver con la elección de Facción de una persona —digo, pensando en mi mamá. Dejó Intrepidez, no porque era incompatible con ello, sino porque era más seguro ser Divergente en Abnegación. Y después está Tobias, quien se cambió a Intrepidez para escapar de su padre—. Hay muchos factores a considerar.

Para escapar del hombre que he hecho mi aliado. Siento una punzada de remordimiento.



—Sigue hablando así y ellos nunca descubrirán que realmente no eres de Sabiduría —dice Fernando. Paso un peine por mi cabello para alisarlo y después lo meto detrás de mis orejas.

—Aquí —dice Cara. Saca un mechón de cabello de mi cara y lo sujeta con una horquilla plateada, de la que manera en que lo hacen las chicas de Sabiduría. Christina saca las armas que trajimos con nosotros y me mira.

—¿Quieres llevar una? —dice—. ¿O preferirías la pistola eléctrica?

Me quedo mirando el arma en su mano. Si no tomo la pistola eléctrica, me quedo completamente indefensa contra las personas que me dispararán con mucho gusto. Si lo hago, admito debilidad ante Fernando, Cara, y Marcus.

—¿Sabes qué diría Will? —dice Christina

—¿Qué? —digo, mi voz rompiéndose.

—Te diría que lo superes —dice—. Que dejes de ser tan irracional y tomes la estúpida arma.

Will tenía poca paciencia para lo irracional. Christina debe tener razón, lo conocía mejor que yo.

Y ella —que perdió a un ser querido ese día, como yo— fue capaz de perdonarme, un acto que debe haber sido casi imposible. Hubiera sido imposible para mí, si la situación se invirtiera. ¿Entonces por qué es tan difícil perdonarme a mí misma?

Cierro mi mano alrededor del arma que Christina me ofreció. El metal está caliente donde lo tocó. Siento el recuerdo de dispararle asomándose en el fondo de mi mente, trato de reprimirlo. Pero no será reprimido. Suelto el arma.

—La pistola eléctrica es una perfectamente buena opción —dice Cara, mientras saca un pelo de su manga—. Si me pregunta, los de Intrepidez son demasiado felices con las armas de todas formas.

Fernando me ofrece la pistola eléctrica. Ojala pudiera comunicarle mi gratitud a Cara, pero no me está mirando.

—¿Cómo voy a ocultar esta cosa? —digo.

—No te preocupes —dice Fernando.

—Cierto.



—Será mejor que nos vayamos —dice Marcus, mirando su reloj.

Mi corazón late tan fuerte que marca cada segundo para mí, pero el resto de mi cuerpo está paralizado. Apenas puedo sentir el piso. Nunca he estado así de asustada, y considerando todo lo que he visto en las simulaciones, y todo lo que hice durante la simulación de ataque, eso no tiene sentido.

O, tal vez, sí lo tiene. Lo que sea que Abnegación estaba a punto de mostrarles a todos antes del ataque, fue suficiente para hacer que Jeanine tomara medidas drásticas y terribles para detenerlos. Y ahora estoy a punto de terminar su trabajo, el trabajo por el cual murió mi vieja Facción. Hay mucho más en juego que mi vida ahora.



Christina y yo vamos adelante. Bajamos corriendo las aceras limpias y planas en la *Avenida Madison*, pasando la *Calle State*, hacia la *Avenida Michigan*.

A media manzana de la sede de Sabiduría, me detengo repentinamente.

De pie, en cuatro filas frente a nosotros, hay un grupo de personas, casi todos vestidos de blanco y negro, separados por dos pies de distancia, armados y listos. Parpadeo y se convierten en los Intrépidos controlados por la simulación en el sector de Abnegación, durante la simulación de ataque. ¡*Cálmate! Cálmate, cálmate, cálmate...* parpadeo de nuevo y ellos son de Sinceridad de nuevo —aunque algunos de ellos, vestidos completamente de negro, sí parecen de Intrepidez. Si no soy cuidadosa, perderé contacto con cuándo y dónde me encuentro.

—Oh mi Dios —dice Christina—. Mi hermana, mis *padres...* qué si ellos...

Me mira, y creo conocer sus pensamientos, porque los he experimentado antes. *¿Dónde están mis padres? Tengo que encontrarlos.*

Pero si sus padres están como los de Sinceridad, controlados por la simulación y armados, no hay nada que ella pueda hacer por ellos. Me pregunto si Lynn está en una de esas filas, en algún otro lugar.

—¿Qué hacemos? —pregunta Fernando.



Doy un paso hacia Sinceridad. Tal vez no están programados para disparar. Miro dentro de los fríos ojos de una mujer con una blusa blanca y pantalón negro. Parece como si acabara de llegar del trabajo. Doy otro paso.

*¡Bang!* Mi primer instinto es tirarme al suelo, cubrirme la cabeza con mis brazos, y gatear hacia atrás, hacia los zapatos de Fernando. Me ayuda a ponerme de pie.

—¿Qué tal si no hacemos *eso*? —dice.

Me inclino hacia adelante —no demasiado lejos— y miro por el callejón entre el edificio junto a nosotros y la sede de Sabiduría. Los de Sinceridad también están en el callejón. No me sorprendería si hubiera un numeroso grupo de personas de Sinceridad rodeando por completo el complejo de edificios de Sabiduría.

—¿Hay otra camino a la sede de Sabiduría? —digo.

—No que yo sepa —dice Cara—. A menos que quieras saltar de un techo a otro.

Se ríe mientras habla, como si fuera una broma. Le levanto las cejas.

—Espera —dice ella—. No estás considerando...

—¿El techo? —digo—. No. Ventanas.



Camino hacia la izquierda, cuidadosa de no avanzar siquiera un centímetro hacia Sinceridad. El edificio a mi izquierda solapa con la sede de Sabiduría en el extremo izquierdo. Tienen que haber ventanas frente uno al otro. Cara murmura algo, acerca de las locas acrobacias de Intrepidez, pero corre detrás de mí y Fernando, Marcus y Christina me siguen. Trato de abrir la puerta trasera del edificio, pero está cerrada con llave.

Christina da un paso adelante y dice:

—Retrocede —apunta su arma a la cerradura. Protejo mi cara con mi brazo mientras dispara. Escucho un fuerte estallido, y luego un agudo repique, el efecto secundario de disparar un arma tan cerca. La cerradura está rota.



Abro de la puerta y entro. Un largo pasadizo con un piso de baldosa me recibe, puertas en ambos lados, algunas abiertas, otras cerradas. Cuando miro dentro de los cuartos abiertos, veo filas de viejos pupitres y pizarras en las paredes como aquellas en la sede de Intrepidez. Huele a humedad, como las hojas de un libro de biblioteca mezclados con algún líquido limpiador.

—Esto solía ser un edificio comercial —dice Fernando—. Pero Sabiduría lo convirtió en una escuela, para educación después de la Elección. Después de las mejores renovaciones en la sede de Sabiduría, aproximadamente una década atrás, saben, ¿cuándo todos los edificios enfrente de Milenio estaban conectados? Pararon de dar clases ahí. Demasiado viejo, difícil de actualizar.

—Gracias por la lección de historia —dice Christina.

Cuando llego al final del pasadizo, entro en uno de los salones para ver dónde estoy. Veo la parte trasera de la sede de Sabiduría, pero no hay ventanas al frente del callejón al nivel de la calle. Justo afuera, tan cerca que podría tocarla si extendiera mi mano a través de la ventana, hay una niña de Sinceridad, una niña, sosteniendo un arma tan larga como su brazo. Está de pie tan quieta que me pregunto si siquiera está respirando.

Estiro mi cuello para ver las ventanas arriba del nivel de la calle. Arriba de mí en el edificio escolar hay varias ventanas. En la parte trasera de la sede de Sabiduría, hay sólo una alineada. Y está en el tercer piso.

—Buenas noticias —digo—. Encontré una manera de cruzar.





## CAPÍTULO 42

Traducido por Maru Belikov  
Corregido por LadyPandora

Todos se esparcen través del edificio buscando en los armarios del conserje, de acuerdo a mis instrucciones de encontrar una escalera. Escucho el chirrido de zapatos en las baldosas y gritos de: “Encontré una, no, espera, solo son cubos, olvídale”, y “¿Cuánto de larga tiene que ser la escalera? Una escalera de mano no funcionará, ¿Cierto?”

Mientras ellos buscan, encuentro el aula del tercer piso que da hacia la ventana de Sabiduría. Me cuesta tres intentos abrir la ventana correcta. Me inclino, sobre el callejón, y grito:

—¡Holaaa!

Entonces me agacho tan rápido como puedo. Pero no escucho disparos. *Bien, pienso. No responden al ruido.*

Christina trota hacia el aula con una escalera bajo el brazo, los otros la siguen.

—¡Tengo una! Creo que será lo bastante larga una vez que la extendamos.

Intenta girarse demasiado pronto, y la escalera golpea el hombro de Fernando.

—¡Oh! Lo siento, Nando.

La sacudida golpea sus lentes torciéndolos. Sonríe a Christina y se quita los lentes, guardándoselos en el bolsillo.

—¿Nando? —le digo—. Creía que a Sabiduría no le gustaban los apodos.

—Cuando una chica guapa te llama por tu apodo —dice—, es lógico responder.

Christina desvía la mirada, al principio pienso que es tímida, pero luego veo su cara contorsionarse, como si la hubiese golpeado en lugar de hacerle un cumplido. Es muy pronto, después de la muerte de Will, para que coquetee.



La ayudo a guiar el final de la escalera a través de la ventana del aula y por el espacio que hay entre los edificios. Marcus nos ayuda a estabilizarla. Fernando chilla cuando la escalera golpea la ventana de Sabiduría a través del callejón.

—Es hora de romper el cristal —digo.

Fernando toma el dispositivo de rotura del cristal de su bolsillo y me lo ofrece.

—Probablemente tengas mejor puntería.

—No contaría con ello —digo—. Mi brazo derecho esta fuera de servicio. Tendré que lanzarlo con el izquierdo.

—Yo lo hare —dice Christina.

Presiona el botón en el lado del dispositivo y lo lanza a través del callejón, de una manera poco limpia. Aprieto mis manos mientras espero a que aterrice. Rebota en el alféizar de la ventana y rueda en el cristal. Una luz naranja parpadea, y de repente la ventana; y las ventanas de arriba, de abajo y las que están cerca; se rompen en miles de pequeños cristales que caen sobre los Sinceridad de abajo.

Al mismo tiempo, los de Sinceridad se giran y disparan hacia el cielo. Todos se lanzan al suelo, pero yo me quedo de pie, parte de mí maravillándose por la perfecta sincronización, y otra parte asqueada de como Jeanine Matthews ya ha convertido a otra Facción de seres humanos en piezas de una máquina. Ninguna de las balas golpea siquiera las ventanas del aula, y mucho menos penetra en la habitación.

Cuando Sinceridad no hace otra ronda de disparos, miro hacia ellos. Han regresado a su posición original, la mitad enfrentando la *Avenida Madison* y la otra dando a la *Calle Washington*.

—Sólo responden al movimiento, así que... no se caigan de la escalera —les digo—. El que vaya primero que asegure la escalera en el otro lado.

Noto que Marcus, quien se supone se ofrece desinteresadamente para cada tarea, no se ofrece como voluntario.

—¿No te sientes muy Estirado hoy, Marcus? —le dice Christina.



—Si fuera tú, tendría cuidado de a quién insulto —le responde—. Todavía soy la única persona que puede encontrar lo que estamos buscando.

—¿Eso es una amenaza?

—Yo iré —suelto, antes de que Marcus pueda responder—. También soy parte Estirada, ¿No?

Metó el paralizador bajo la cinturilla de mis pantalones y trepo por un escritorio para obtener un mejor ángulo de la ventana. Christina sostiene la escalera del lado donde yo trepo y empiezo a avanzar.

Una vez que estoy a través de la ventana, posiciono mis pies en los bordes de la escalera y mis manos en los peldaños. La escalera parece tan estable y sólida como una lata de aluminio. Cruje y se hunde bajo mi peso. Intento no mirar abajo a los Sinceridad; trato de no pensar en sus armas subiendo y disparándome.

Tomando unas rápidas respiraciones, miro a mi destino, la ventana de Sabiduría. Solo quedan unos peldaños.

Una brisa sopla a través del callejón, empujándome a un lado, y pienso en cuando escalé la rueda de la fortuna con Tobias. Entonces me sostuvo firmemente. Ahora no hay nadie que me sostenga.

Echo un vistazo al suelo, tres pisos abajo, los bloques más pequeños de lo que deberían ser, las líneas de Sinceridad que Jeanine esclavizó. Mis brazos, especialmente el derecho, me duelen mientras avanzo lentamente mi camino a través del espacio.

La escalera se mueve, yendo desde cerca del borde del marco de la ventana hacia el otro lado. Christina está sosteniendo un lado firme, pero no puede evitar que la escalera se deslice del otro alféizar. Mis dientes rechinan e intento no moverla tanto, pero no puedo mover ambas piernas al mismo tiempo. Tengo que dejar que la escalera se balancee un poco. Sólo cuatro peldaños más para llegar.

La escalera se sacude a la izquierda, y entonces, mientras muevo mi pie derecho hacia adelante, pierdo el borde del peldaño.

Grito mientras mi cuerpo se mueve a un lado, con mis brazos envolviéndose alrededor de la escalera y mi pierna colgando en el espacio.

—¿Estás bien? —me pregunta Christina detrás de mí.



No respondo. Traigo mi pierna arriba y la acomodo debajo de mi cuerpo. Mi caída hace que la escalera se deslice aún más lejos del alféizar de la ventana. Ahora estoy sujeta por sólo un milímetro de cemento.

Decido moverme rápido. Me tambaleo hacia el alféizar de la ventana opuesta mientras la escalera se desliza. Mis manos lo atrapan y el hormigón me raspa las yemas de los dedos mientras sostiene el peso de mi cuerpo. Varias voces gritan detrás de mí. Los dientes me rechinan mientras me empujo hacia arriba, con mi hombro izquierdo gritando de dolor. Pateo hacia la pared del edificio, esperando que me dé impulso, pero no ayuda. Grito a través de mis dientes mientras me empujo arriba sobre el alféizar, la mitad de mi cuerpo en el edificio y la otra mitad todavía colgando. Gracias a Dios que Christina no deja caer la escalera. Nadie de Sinceridad me dispara.

Me empujo hacia la habitación de Sabiduría a través del callejón. Es un baño. Colapso en el suelo sobre mi hombro izquierdo, y trato de respirar a través del dolor. Gotas de sudor corren por mi frente.

Una mujer de Sabiduría sale de una cabina, y lucho con mis pies, saco el paralizador y apunto hacia ella, todo sin pensarlo. Se congela, y levanta sus brazos, con un trozo de papel higiénico pegado a su zapato.

—¡No dispares! —Sus ojos están a punto de salirse de sus orbitas.

Entonces recuerdo que voy vestida como los de Sabiduría. Coloco el paralizador en el borde del lavado.

—Mis disculpas —le digo. Intento adoptar el formal discurso común a la mujer de Sabiduría—. Estoy ligeramente nerviosa, con todo lo que está ocurriendo. Nos estamos volviendo a introducir con el fin de recuperar algunos de los resultados de nuestras pruebas... *Laboratorio 4-A*.

—Oh —dice la mujer—. Eso parece poco prudente.

—La información es de suma importancia —respondo, tratando de sonar tan arrogante como algunos de los Sabiduría que he conocido—. Prefiero no dejarlo a que sea acribillado a balazos.

—Mi deber tan sólo es prevenirte de intentar recuperarlo —dice—. Ahora, si me disculpas, me voy a lavar las manos y a refugiarme.

—Suena bien —digo, y decido no decirle que lleva papel higiénico en el zapato.

Me giro hacia la ventana. A través del callejón, Christina y Fernando tratan de deslizar la escalera de vuelta al alféizar. Aunque me duelen los



brazos y las manos, me inclino por la ventana y agarro el otro extremo de la escalera, levantándola de nuevo en el alféizar. Entonces la sostengo en el sitio mientras Christina se arrastra a través de ella.

Esta vez la escalera es más estable, y Christina logra pasar sin problemas. Toma mi lugar sosteniendo mientras empujo un cubo de basura en frente de la puerta para que así nadie más pueda entrar. Y luego pongo mis dedos bajo el agua fría para aliviarlos.

—Esto es bastante inteligente, Tris —dice.

—No tienes que hacerte la sorprendida.

—Es sólo que... —Se detiene—. Tienes aptitudes para Sabiduría, ¿No es así?

—¿Eso importa? —digo bruscamente—. Las Facciones están destruidas, y fue una estupidez, para empezar.

Nunca antes había dicho algo como eso. Ni siquiera lo había pensado. Pero estoy sorprendida de descubrir que lo creo, sorprendida de descubrir que estoy de acuerdo con Tobias.

—No estaba tratando de insultarte —dice Christina—. Tener aptitudes para Sabiduría no es algo malo. Especialmente ahora.

—Lo siento. Sólo estoy... tensa. Eso es todo.

Marcus viene a través de la ventana y cae al suelo de baldosas. Cara es sorprendentemente ágil, se mueve sobre los peldaños como si estuviera punteando cuerdas de banjo, tocando cada una, sólo brevemente, antes de moverse a la siguiente.

Fernando será el último, y estará en la misma posición en la que yo estaba, con la escalera segura sólo de un lado. Me acerco a la ventana, así puedo decirle que se detenga si veo la escalera deslizarse.

Fernando, quien pensé que no tendría problemas, se mueve más torpemente que los demás. Probablemente ha pasado toda su vida detrás de una computadora, o un libro. Se mueve con pasos cortos hacia adelante, con la cara de un rojo brillante, y sostiene los peldaños tan fuerte que las manos se le han enrojecido y amoratado.

A mitad de camino por el callejón, veo algo que se sale de su bolsillo. Se trata de sus lentes.

—¡Fernan...! —grito, pero lo hago demasiado tarde.



Los lentes se deslizan, golpean el borde de la escalera, y caen en el pavimento.

En un movimiento, los de Sinceridad se giran y disparan hacia arriba. Fernando grita, y colapsa contra la escalera. Una bala golpea su pierna. No veo hacia donde han ido las otras, pero cuando veo la sangre gotear por la escalera, sé que no era a un buen sitio. Fernando mira a Christina, su cara está pálida. Christina se estira hacia adelante, hacia la ventana, a punto de llegar a él.

—¡No seas idiota! —dice él, su voz suena débil—. Déjame.

Esa es la última cosa que dice.



## CAPÍTULO 43

*Traducido por Yoss  
Corregido por LadyPandora*

**C**hristina vuelve al salón. Todavía estamos todos.  
—No quiero ser insensible —dice Marcus—. Pero tenemos que irnos antes de que Intrepidez y los Sin Facción entren a este edificio. Si no lo han hecho ya.

Oigo golpes contra la ventana y ladeo mi cabeza, por una fracción de segundo creyendo que es Fernando, tratando de entrar, pero sólo es la lluvia.

Seguimos a Cara fuera del baño. Ella es nuestro líder ahora. Es la que mejor conoce la sede de los de Sabiduría. Le sigue Christina, después Marcus y luego yo. Salimos del cuarto de baño, y nos encontramos en un pasillo de Sabiduría igual a cualquier otro pasillo de Sabiduría: pálido, brillante y estéril.

Sin embargo, este pasillo es el más activo que he visto nunca. La gente de Sabiduría en traje azul va de aquí para allá, en grupos o solos, gritándose cosas como:

—¡Están en las puertas delanteras! ¡Vayan tan alto como puedan! ¡Han deshabilitado los ascensores! ¡Corran por las escaleras!

Sólo allí, en medio del caos, me doy cuenta de que olvidé el paralizador en el baño.

Estoy desarmada de nuevo.

Los traidores Intrepidez también corren por delante de nosotros, aunque son menos frenéticos que los Sabiduría. Me pregunto lo que Johanna, de Concordia, y los de Abnegación estarán haciendo ante este caos. ¿Estarán atendiendo a los heridos? ¿O estarán de pie entre las armas de Intrepidez y los inocentes de Sabiduría, recibiendo balas por el bien de la paz?

Me estremezco. Cara nos lleva a una escaleras traseras, y nos unimos a un grupo de aterrorizados de Sabiduría mientras corremos por uno, dos y tres tramos de escaleras.



Entonces, Cara empuja su hombro en una puerta al lado del rellano, sosteniendo su arma cerca del pecho.

Reconozco esta planta.

Es mi planta.

Mis pensamientos se vuelven lentos. Casi muero aquí. Anhelaba la muerte aquí.

Reduzco la velocidad y me quedo atrás. No puedo salir del estupor, aunque la gente sigue corriendo junto a mí, y Marcus me grita algo, pero su voz se ahoga. Christina vuelve sobre sus pasos y me agarra, arrastrándome hacia *Control-A*.

Dentro de la sala de control, veo filas de ordenadores, pero realmente no los veo, hay una película que cubre mis ojos. Trato de parpadear para alejarla.

Marcus se sitúa en una de las computadoras, y Cara se encuentra en otra. Enviarán todos los datos de los ordenadores de Sabiduría a los de la otra Facción.

Detrás de mí, la puerta se abre. Y escucho a Caleb decir:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su voz me despierta. Me giro y miro directamente a su arma.

Sus ojos son los ojos de mi madre, de un verde pálido, casi gris, aunque su camisa azul hace que su color parezca más potente.

—Caleb —le digo—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Estoy aquí para parar cualquier cosa que estés haciendo!

Su voz tiembla. El arma oscila en sus manos.

—Estamos aquí para guardar los datos de Sabiduría que los Sin Facción quieren destruir —le digo—. No creo que nos quieras detener.

—Eso no es cierto —dice. Voltea su cabeza hacia Marcus—. ¿Por qué lo traerías si no estuvieses tratando de encontrar algo más? ¿Algo más importante para él que toda la información combinada de Sabiduría?

—¿Te contó ella eso? —dice Marcus—. A ti, ¿un niño?

—No me lo contó al principio —responde Caleb—. ¡Pero no quería que me decantara por un lado sin conocer los hechos!





—Los hechos —dice Marcus—. Son que ella está aterrorizada de la realidad, y los de Abnegación no. No lo están. Y tampoco tú hermana. Para su crédito.

Frunzo el ceño. Incluso cuando me está halagando, quiero golpearlo.

—Mi hermana... —dice Caleb gentilmente, mirándome de nuevo—, no sabe en lo que se está metiendo. No sabe qué es lo que quieres mostrarle a todo el mundo... ¡no sabe que eso arruinará todo!

—¡Estamos aquí para servir a un propósito! —Marcus está casi gritando ahora—. Hemos completado nuestra misión, ¡y ya es el momento de que hagamos lo que fuimos enviados a hacer!

No se cuál es el propósito de la misión a la que se está refiriendo Marcus, pero Caleb no parece confuso.

—No fuimos enviados aquí —dice Caleb—. No tenemos responsabilidad con nadie sino con nosotros mismos.

—Esa clase de pensamiento egoísta es lo que he llegado a esperar de aquellos que pasan mucho tiempo con Jeanine Matthews. ¡Estás tan poco dispuesto a renunciar a la comodidad que tu egoísmo te vacía de humanidad!

No me interesa escuchar más. Mientras Caleb mira a Marcus, me giro y pateo fuertemente la muñeca de Caleb. El impacto lo sobresalta, y se le escapa el arma. La deslizo a través del piso con mis pies.

—Necesitas confiar en mí, Beatrice —dice, con su mentón vacilando.

—¿Después de ayudarla a torturarme? ¿Después de que casi dejas que me mate?

—No la ayude a tortu...

—¡Pero no la detuviste! Estabas allí, y solo observaste...

—¿Qué podía hacer? ¿Qué...?

—¡Podías haberlo intentado, cobarde! —grito tan alto que mi cara se enciende y las lágrimas saltan a mis ojos—. ¡Intentarlo y fallarlo, porque me quieres!

Jadeo, sólo para tomar el aire suficiente. Todo lo que oigo es el clic de las teclas mientras Cara trabaja en la tarea en cuestión. Caleb no parece tener una respuesta.



Su mirada suplicante poco a poco desaparece, sustituida por una mirada en blanco.

—No encontrarán lo que están buscando aquí —dice—. No guardaría archivos tan importantes en computadoras públicas. Eso sería ilógico.

—¿Así que no lo ha destruido? —pregunta Marcus.

Caleb niega con la cabeza.

—No cree en la destrucción de información. Sólo en su contención.

—Bueno, gracias a Dios por eso —dice Marcus—. ¿Dónde los guarda?

—No voy a decírtelo —responde Caleb.

—Creo que lo sé —les digo. Caleb dijo que no guardaría la información en una computadora pública. Así que quiere decir que la mantiene en una privada: o bien en la de su oficina, o en la del laboratorio del que Tori me habló.

Caleb no me mira.

Marcus toma el revólver de Caleb y la voltea en su mano por lo que la culata del arma sobresale de su puño. Luego, la mece, golpeando a Caleb debajo de la mandíbula. Los ojos de Caleb se ponen en blanco, y cae al suelo.

No quiero saber cómo Marcus perfeccionó esa maniobra.

—No podemos dejar que se vaya corriendo a contarle a alguien lo que estamos haciendo —dice Marcus—. Vámonos. Cara se encargará de lo demás, ¿no?

Cara asiente, sin quitar la vista de la computadora. Con un sentimiento enfermizo en mi estómago, sigo a Marcus y a Christina fuera del cuarto de control y hacia las escaleras.

El pasillo exterior ahora está vacío. Hay trozos de papel y huellas sobre la baldosa. Marcus, Christina y yo corremos en línea hacia la escalera. Miro a la parte posterior de su cabeza, donde la forma de su cráneo se muestra a través de su pelo casi al ras.

Todo lo que puedo ver cuando lo veo es una correa balanceándose hacia Tobias, y la culata de un arma golpeando en la mandíbula de Caleb. No me importa que haya herido a Caleb, yo también lo hubiese hecho, pero que simultáneamente, sea un hombre que sabe cómo herir a las



personas y un hombre que hace alarde de ser el modesto líder de Abnegación, de repente me cabrea tanto que no puedo ver bien.

Especialmente porque lo elegí a él. A él por encima de Tobias.

—Tu hermano es un traidor —dice Marcus mientras giramos en una esquina—. Se merece lo peor. No hay necesidad de que me mires así.

—¡Cállate! —grito, empujándolo contra el muro. Está demasiado sorprendido para empujarme de regreso—. Te odio, ¡lo sabes! Odio lo que le hiciste, y no estoy hablando de Caleb. —Me inclino más cerca de su cara y susurro—. Y mientras no te dispare yo misma, definitivamente no te ayudaré si alguien trata de matarte, así que es mejor que no nos metamos en esa situación.

Me mira, aparentemente indiferente. Lo suelto y comienzo a ir hacia las escaleras de nuevo, Christina pisándome los talones y Marcus unos pasos atrás.

—¿A donde vamos? —dice ella.

—Caleb dijo que lo que estamos buscando no está en una computadora pública, así que tiene que estar en una privada. Por lo que sé, Jeanine solamente tiene dos computadoras privadas, una en su oficina, y otra en su laboratorio —les cuento.

—¿Entonces a cuál vamos?

—Tori me dijo que había una cantidad loca de medidas de seguridad protegiendo el laboratorio de Jeanine —digo—. Y he estado en su oficina; sólo es otra habitación.

—Así que... Al laboratorio entonces.

—Último piso.

Llegamos a la puerta de la escalera, y cuando la abro, un grupo de Sabiduría, entre ellos niños, está corriendo por las escaleras. Me aferro a la barandilla y me abro paso a través de ellos con el codo, sin mirarlos a la cara, como si no fuesen humanos, sólo una pared de masa que empujar a un lado.

Espero que el flujo se detenga, pero vienen más del siguiente rellano, un flujo constante de personas vestidos de azul, en la débil luz azul lo blanco de sus ojos brilla mientras las lámparas contrastan con todo lo demás. Sus sollozos aterrados hacen eco en la cámara de cemento cientos de veces, gritos de demonios con ojos brillantes.



Cuando alcanzamos el rellano del séptimo piso, la multitud se reduce, y luego desaparece. Puedo pasar mis manos a lo largo de mis brazos para librarme de los fantasmas de cabellos, mangas, y piel que se rozaron contra mí en el camino. Puedo ver la parte superior de las escaleras desde donde nos encontramos.

También veo el cuerpo de un guardia, con el brazo colgando sobre el borde de una escalera, y de pie sobre él, un hombre Sin Facción con un parche en el ojo.

*Edward.*

—Mira quien está aquí —dice Edward. Se pone de pie en la parte superior de un tramo corto, de tan sólo siete pasos de largo, y yo estoy en la parte inferior. El guardia traidor de Intrepidez yace entre nosotros, con los ojos vidriosos y una mancha oscura en el pecho, donde alguien, probablemente Edward, le disparó.

—Ese es un extraño atuendo para alguien que se supone que desprecia a Sabiduría —dice—. Pensé que debías estar en casa, ¿esperando que tu novio se vuelva un héroe?

—Como ya debes saber... —digo, dando un paso—, eso nunca va a ocurrir.

La luz azul arroja sombras en los huecos debajo de los pómulos débiles de Edward. Se extiende a sus espaldas. Si él está aquí, eso significa que Tori está ya allí. Lo que significa que Jeanine quizá ya esté muerta.

Siento a Christina detrás de mí; escucho sus respiraciones.

—Vamos a pasar a tu lado —le digo, subiendo otro escalón.

—Dudo eso —responde. Toma un arma. Me arrojo hacia adelante, por encima del guardia caído. Él dispara, pero mis manos están alrededor de sus muñecas, así que no dispara recto.

Mis oídos pitan, y mis pies luchan buscando la estabilidad por encima de la espalda del guardia.

Christina da un puñetazo por encima de mi cabeza. Sus nudillos entran en contacto con la nariz de Edward. No puedo mantener el equilibrio sobre la parte superior del cuerpo y caigo de rodillas, enterrando mis uñas en su muñeca.

Me hace una llave hacia un lado y dispara de nuevo, alcanzando a Christina en la pierna.



Jadeando, Christina saca su arma y dispara. La bala le golpea en la cara. Edward grita y deja caer el arma, lanzándola hacia adelante. Él cae encima de mí, y me golpeo la cabeza contra uno de los escalones de cemento.

El brazo del guardia muerto está atascado en mi espina dorsal.

Marcus agarra el arma de Edward y la apunta entre nosotras dos.

—Levántate, Tris —me dice. Y a Edward—: Tú. No te muevas.

Mis manos buscan la esquina de un escalón, y me deslizo entre Edward y el guardia muerto. Edward se coloca en una posición sentada en la parte superior del cuerpo de guardia, como si fuera una especie de cojín a su lado sosteniéndolo con ambas manos.

—¿Estás bien? —le pregunto a Christina.

Su rostro se contorsiona.

—Ahh. Sí. Dio a un costado, no al hueso.

Me estiro hacia ella, para ayudarla a levantarse.

—Beatrice —dijo Marcus—. Tenemos que dejarla.

—¿A qué te refieres con dejarla? —pregunto—. ¡No podemos irnos! ¡Algo horrible podría pasar!

Marcus presiona el dedo índice en mi esternón, en la brecha entre mis clavículas, y se inclina sobre mí.

—Escúchame —dice—. Jeanine Matthews se ha retirado a su laboratorio a la primera señal de ataque, ya que es la habitación más segura de este edificio. Y en cualquier momento, decidirá que Sabiduría está perdida y que es mejor eliminar los datos que arriesgarse a que cualquiera los encuentre, y entonces nuestra misión no tendrá sentido.

Y yo he perdido a todos: a mis padres, a Caleb y, por último, a Tobias, que nunca me perdonará por trabajar con su padre, sobre todo, si no tengo manera de probar que valía la pena.

—Vamos a dejar a tu amiga aquí. —Su aliento huele a rancio—. Y seguir adelante, a menos que prefieras que me vaya solo.

—Él tiene razón —dice Christina—. No hay tiempo. Me quedaré aquí y evitaré que Ed vaya detrás de ti.



Asiento. Marcus quita sus dedos, dejando un círculo de dolor detrás. Me froto el dolor para alejarlo y abro la puerta en la parte superior del rellano. Miro hacia atrás antes de subir a través de él, y Christina me da una sonrisa dolorida, con su mano apretada contra su muslo.



## CAPÍTULO 44

*Traducido por IreneRainbow  
Corregido por Majo*

**L**a siguiente habitación es más parecida a un pasillo: es amplia, pero no extensa; con azulejos azules y paredes del mismo color. Todo brilla, pero no puedo asegurar de dónde llega la luz.

Al principio no veo ninguna puerta; pero una vez que mis ojos se acostumbran al color; veo un rectángulo en la pared, a mi izquierda. Y otro a mi derecha. Sólo dos puertas.

—Tenemos que dividirnos —digo—, no tenemos tiempo de probar juntos cada una.

—¿Cuál eliges? —pregunta Marcus.

—La de la derecha —digo—. Espera, no. Izquierda.

—Está bien. Iré a la derecha.

—Si soy yo quién encuentra la computadora —digo—. ¿Qué debo buscar?

—Si encuentras la computadora, encontrarás a Jeanine. Supongo que conoces algunas maneras de coaccionarla para que haga lo que tú quieras. Después de todo, ella no está acostumbrada al dolor —dice.

Asiento con la cabeza. Caminamos al mismo ritmo, hacia nuestras respectivas puertas.

Hace un momento hubiera dicho que separarme de Marcus sería un alivio. Pero iría solo bajo su propia responsabilidad.

¿Qué pasaría si no podía pasar las medidas de seguridad que, Jeanine sin duda había puesto en marcha, para impedir la entrada a intrusos? ¿Qué pasaba sí, aunque pudiera atravesar la seguridad, no podía encontrar el archivo correcto?

Pongo mi mano en la manija de la puerta. No parece estar bajo llave. Cuando Tori dijo que había locas medidas de seguridad, yo pensaba en escáneres oculares, y contraseñas y cerraduras; pero, hasta ahora, todo ha estado abierto.



¿Por qué eso me preocupa?

Abro mi puerta, y Marcus abre la suya. Compartimos una mirada, y entro en la habitación.



La habitación, tal como el pasillo anterior, es azul; aunque aquí es más claro de dónde llega la luz. Brilla del centro de cada panel, en el techo, en el piso y en las paredes.

Una vez que la puerta se cierra detrás de mí, oigo un ruido como de un cerrojo, asegurándose. Tomo la manija de la puerta de nuevo y la empujo tan fuerte como puedo, pero no se mueve.

Estoy atrapada.

Poco a poco, las luces penetrantes llegan a mí desde todos los ángulos. Mis párpados no son suficientes para bloquearlas, así que tengo que presionar mis palmas sobre mis ojos.

Oigo una voz tranquila y femenina:

—Beatrice Prior, segunda generación. Facción de origen: Abnegación. Facción seleccionada: Intrepidez. Divergente confirmada.

¿Cómo esta habitación sabe quién soy?

¿Y qué significa “segunda generación”?

—Estado: Intruso.

Oigo un click, y separo mis dedos lo suficiente para ver si las luces se han ido. Ya no están, pero en los rociadores en el techo, comienza a surgir vapor.

Instintivamente, pongo mi mano sobre mi boca. En segundos, veo a través de una niebla azul. Y entonces miro fijamente a la nada.

Ahora estoy en una oscuridad tan completa que, cuando pongo mi mano frente a mi nariz ni siquiera puedo distinguir su silueta.

Debo caminar hacia el frente y buscar una puerta en el otro lado de la habitación; pero me asusta moverme, ¿Quién sabe que podría pasarme aquí si me muevo?





Luego, las luces se encienden y estoy en la sala de capacitación de Intrepidez, en el círculo que usamos para entrenar. Tengo tantos recuerdos mezclados de este lugar, algunos triunfales, como cuando golpeé a Molly, y algunos inquietantes, como Peter golpeándome hasta que caí inconsciente.

Aspiro y el aire huele de la misma manera, como a sudor y a polvo.

Al otro lado del círculo, hay una puerta azul que no pertenece al lugar. Le frunzo el ceño.

—Intruso —dice la voz, y ahora suena como Jeanine, pero podría ser causado por mi imaginación—. Tienes cinco minutos para llegar a la puerta azul antes de que el veneno haga efecto.

*¿Qué?*

Pero sé lo que dijo. Veneno. Cinco minutos. No debería estar sorprendida: Es un trabajo de Jeanine, tan vacío de conciencia, como ella.

Mi cuerpo se estremece, y me pregunto si es por el veneno, o si el veneno ya está atrofiando mi cerebro.

*Concéntrate.* Tengo que seguir adelante, o...

O nada. Tengo que seguir adelante.

Me dirijo hacia puerta y alguien aparece en mi camino. Ella es baja, delgada y rubia, con círculos oscuros bajo los ojos.

Ella soy yo.

*¿Un reflejo?* Hago señas para ver si ella me imita. Pero ella no lo hace.

—*¿Hola?* —pregunto. Ella no responde. Realmente no pensaba que lo haría.

*¿Qué es esto?* Trago saliva para hacer estallar mis oídos, porque se sienten rellenos de algodón.

Si Jeanine diseñó esto, es probable que sea una prueba de inteligencia o lógica; lo que significa que tendré que pensar claramente, así que tendré que calmarme.

Junto mis manos sobre mi pecho y presiono, esperando que la presión me haga sentir segura, como si fuera un abrazo.

Pero no lo hace.



Camino a la derecha para obtener un mejor ángulo de la puerta; y mi doble salta al lado, para bloquear mi camino de nuevo.

Creo que sé lo que pasará si me dirijo a la puerta; pero tengo que intentarlo. Echo a correr, con la intención de desviarme donde está ella, pero ella está lista: Me agarra del hombro herido y me lanza al otro lado.

Grito tan fuerte que mi garganta raspa. Siento como si cuchillos apuñalaran más y más mi lado derecho.

Mientras comienzo a caer de rodillas, ella me da una patada en el estómago y me tiendo sobre el suelo, inhalando polvo.

Entonces, mientras agarro mi estómago, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que yo habría hecho si hubiera estado en su lugar.

Lo que significa que para poder vencerla, tengo que pensar en alguna manera de derrotarme a mí misma.

¿Y cómo puedo ser mejor peleadora, si ella conoce las mismas estrategias que yo, y es exactamente tan ingeniosa y lista como yo?

Comienza a cercarse a mí, así que me pongo de pie como puedo y trato de dejar de lado todo el dolor de mi hombro. Mi corazón late rápidamente. Quiero darle un puñetazo, pero ella lo hace primero.

Me agacho y el puño golpea mi oído, desequilibrándome.

Retrocedo, esperando que no me siga; pero ella lo hace. Se acerca de nuevo, tomando mis hombros y tirándome hacia el suelo, hacia sus rodillas dobladas.

Pongo mis manos en alto, entre mi estómago y su rodilla. Y empujo tan fuerte como puedo. Ella no esperaba eso; se tropieza y retrocede, pero no se cae.

Corro hacia ella, mientras deseo romperle su cabeza, y me doy cuenta de que ese también es *su* deseo.

El segundo que quiero algo, ella también lo quiere. Ella y yo, podemos estar, a lo sumo, paralizadas. Pero tengo que golpearla para llegar a la puerta. Para sobrevivir.

Trato de pensar, pero ella se acerca a mí de nuevo; con la frente apretada en un gesto de concentración. Me toma del brazo y yo la intento agarrar; por lo que estamos tomándonos de nuestros antebrazos.



Al mismo tiempo, damos un tirón con nuestros codos y luego empujamos hacia el frente. Me inclino en el último segundo, y mi codo golpea sus dientes.

Ambas gritamos. La sangre se derrama de su labio y corre por mi antebrazo. Ella aprieta sus dientes y chilla, lanzándose hacia mí con más fuerza de la que esperaba.

Su peso me derriba. Me sujeta al suelo con sus rodillas e intenta golpear mi rostro; pero cruzo los brazos delante de mí. Sus puños golpean mis brazos, como si fueran piedras golpeando mi piel.

Con una exhalación fuerte, agarro una de sus muñecas; y me doy cuenta de que hay manchas bailando en las esquinas de mis ojos.  
*Veneno.*

*Concéntrate.*

Mientras ella lucha por liberarse, golpeo mi rodilla contra su pecho. Entonces la empujo, gruñendo con el esfuerzo, hasta que puedo presionar mi pie contra su estómago.

Le doy una patada; mi cara hirviendo.

El rompecabezas de lógica: Entre una lucha entre dos iguales, ¿Cómo puede uno ganar?

La respuesta: Ninguno puede.

Ella comienza a ponerse de pie y limpia la sangre de su labio.

Por lo tanto: No debemos ser perfectamente iguales. Así que, ¿Cuál es la diferencia entre nosotras?

Camina de nuevo hacia mí; pero necesito más tiempo para pensar. Así que, con cada paso que ella da hacia delante, yo doy uno hacia atrás.

La habitación se balancea y luego gira, y yo me tambaleo; rozando con la punta de mis dedos el suelo, para no caerme.

¿Cuál es la diferencia entre nosotras? Tenemos el mismo peso, nivel de habilidad, patrones de pensamiento...

Veo la puerta por encima de su hombro y me doy cuenta: Tenemos diferentes objetivos.

Yo *tengo* que pasar por esa puerta. Ella tiene que protegerla.



Pero incluso en una simulación, no hay manera de que ella esté tan desesperada como yo.

Hecho a correr hacia el borde del círculo, donde está la mesa. Hace un momento estaba vacío, pero conozco las reglas de la simulación y como controlarlas. Un arma aparece ahí tan pronto como lo pienso.

Me estrello contra la mesa, las manchas nublan mi vista. Ni siquiera siento dolor cuando choco contra ella.

Siento los latidos de mi corazón en mi cara, como si mi corazón se hubiera desprendido de mi pecho y comenzara a emigrar hacia mi cerebro.

Al otro lado de la habitación, un arma aparece en el suelo frente a mi doble. Ambas tomamos nuestras armas.

Siento el peso del arma y su suavidad; y me olvido de mi doble, me olvido del veneno; me olvido de todo.

Mi garganta se contrae y siento como si hubiera una mano alrededor de ella, apretándola. Mi cabeza palpita ante la repentina pérdida de aire y siento los latidos de mi corazón en todas partes, en todas partes.

Al otro lado de la habitación, ya no es mi doble quién se interpone entre la meta y yo: Es Will.

No, no. No puede ser Will. Me obligo a respirar. El veneno está cortando el oxígeno a mi cerebro. Él es sólo una alucinación dentro de una simulación. Exhalo con un sollozo.

Por un momento, veo a mi doble de nuevo, sosteniendo el arma pero visiblemente temblorosa. El arma tan lejos de su cuerpo como es posible.

Ella es tan débil como yo. No, no es tan débil; porque no se está quedando ciega y perdiendo el aire; pero casi lo está, casi.

Entonces Will regresa, con sus ojos de simulación, con el pelo como un halo amarillo alrededor de su cabeza. Ladrillos surgiendo de sus lados, pero detrás de él está la puerta: La puerta que me separa de mi padre y mi hermano.

No, no. Es la puerta que me separa de Jeanine y mi objetivo.

Tengo que pasar por esa puerta. *Tengo que hacerlo.*



Levanto el arma, aunque me duela el hombro para hacerlo; y envuelvo una mano alrededor de la otra, para mantenerla estable.

—Yo... —Me ahogo y lágrimas comienzan a inundar mis mejillas, corriendo hacia mi boca. Pruebo la sal—. Lo siento.

Y hago la única cosa que mi doble es incapaz de hacer; porque no está lo suficientemente desesperada: Disparo.



## CAPÍTULO 45

Traducido por LizC  
Corregido por Monicab

**N**o lo veo morir de nuevo. Cierro los ojos en el momento que el gatillo es presionado hacia atrás, y cuando los abro, es la otra Tris quien yace en el suelo entre las manchas oscuras en mi visión; soy yo.

Dejo caer la pistola y corro hacia la puerta, casi tropezando con ella. Lanzo mi cuerpo contra la puerta, giro la manilla, y caigo a través de ella. Mis manos están entumecidas, las presiono cerradas detrás de mí, y las sacudo para recuperar la sensibilidad.

La habitación de al lado es el doble de grande que la primera, y, también, es de color azul iluminado, pero más pálido. Una gran mesa se encuentra en el centro, y pegadas a las paredes están fotografías, diagramas y listas.

Respiro profundamente, y mi visión comienza a aclararse, mi ritmo cardíaco vuelve a la normalidad. Entre las fotografías en las paredes, reconozco mi propio rostro, y el de Tobias, Marcus, y Uriah. Una larga lista de lo que parecen ser productos químicos está publicada en la pared al lado de nuestras fotos. Cada uno está tachado con un rotulador rojo. Esto debe ser donde Jeanine desarrolla los sueros de simulación.

Oigo voces en algún lugar por delante de mí, y me reprendo. *¿Qué estás haciendo? ¡Date prisa!*

—El nombre de mi hermano —escucho—. Quiero que me lo digas.

La voz de Tori.

¿Cómo llegó a través de esa simulación? ¿Es Divergente también?

—No lo maté. —La voz de Jeanine.

—¿Crees que eso te exonera? ¿Crees que significa que no mereces morir?

Tori no está gritando, sino lamentándose, la totalidad de su pena escapa por su boca. Empiezo a dirigirme a la puerta. Demasiado rápido,



sin embargo, porque mi cadera se estrella contra la esquina de la mesa en el centro de la sala, y tengo que parar, haciendo una mueca.

—Las razones de mis acciones van más allá de tu comprensión —dice Jeanine—. Yo estaba dispuesta a hacer un sacrificio por el bien común, algo que nunca has entendido, ¡ni siquiera cuando éramos compañeras de clase!

Cojeo hacia la puerta, la cual es un panel de cristal esmerilado. Este se desliza hacia atrás para dejarme entrar, y veo a Jeanine, apoyada contra una pared, con Tori de pie a unos metros de distancia, su arma en alto.

Detrás de ellas hay una mesa de cristal con una caja de plata en él —un ordenador— y un teclado. La totalidad de la pared del fondo está cubierta con una pantalla de ordenador.

Jeanine mira hacia mí, pero Tori no se mueve ni un milímetro; no parece oírme. Su cara está roja y surcada de lágrimas, su mano temblorosa.

No tengo ninguna confianza en que pueda encontrar el archivo de vídeo por mi cuenta. Si Jeanine está aquí, puedo hacer que lo encuentre para mí, pero si ella muere...

—¡No! —grito—. ¡Tori, no lo hagas!

Pero su dedo ya está en el gatillo. Me lanzo hacia ella tan duro como puedo, mis brazos se estrellan contra sus costados.

La pistola cae, y oigo un grito.

Mi cabeza golpea la baldosa. Ignoro las estrellas revoloteando ante mis ojos y me lanzo a través de Tori. Empujo la pistola hacia delante y esta se desliza lejos de nosotras.

*¿Por qué no lo agarraste, idiota?*

El puño de Tori conecta con el lado de mi garganta. Me ahogo, y ella aprovecha la oportunidad para tirarme a un lado, para gatear hacia la pistola.

Jeanine está desplomada contra la pared, con sangre empapando su pierna. ¡La pierna! Recuerdo, y golpeo a Tori duro cerca de la herida de bala en su muslo. Ella grita, y logro ponerme en pie.

Camino hacia el arma caída, pero Tori es demasiado rápida.



Ella envuelve sus brazos alrededor de mis piernas y los empuja de debajo de mí. Mis rodillas chocan contra el suelo, pero todavía estoy por encima de ella; golpeo hacia abajo, en su caja torácica.

Ella se queja, pero no la detiene; a medida que me arrastro hacia el arma, ella hunde sus dientes en mi mano. Es un dolor diferente a cualquier golpe que he recibido, diferente incluso de una herida de bala. Grito más fuerte de lo que pensaba posible, las lágrimas desdibujan mi visión.

No he venido hasta aquí para que Tori le dispare a Jeanine antes de que yo consiga lo que necesito.

Tiro mi mano de entre sus dientes, mi visión se torna negra en los bordes, y con una sacudida, doy un manotazo alrededor del mango de la pistola. Me giro, y la apunto hacia Tori.

Mi mano. Mi mano está cubierta de sangre, al igual que la barbilla de Tori. Escondo la mano de mi vista de modo que es más fácil ignorar el dolor y me levanto, aún apuntando la pistola hacia ella.

—No creí que fueras traidora, Tris —dice, y suena como un gruñido, no un ruido que cualquier ser humano pueda hacer.

—No lo soy —le digo. Parpadeo las lágrimas por mis mejillas para poder verla mejor—. No puedo explicarlo ahora, pero... todo lo que te pido es que confíes en mí, por favor. Hay algo importante, algo que sólo ella conoce la ubicación de...

—¡Eso es! —dice Jeanine—. Está en ese ordenador, Beatrice, y sólo yo puedo localizarlo. Si no me ayudas a sobrevivir a esto, va a morir conmigo.

—Ella es una mentirosa —dice Tori—. Una mentirosa, y si tú le crees, ¡eres a la vez una idiota y una traidora, Tris!

—Sí le creo —digo—. ¡Le creo, porque tiene mucho sentido! ¡La información más sensible que existe está escondida en ese ordenador, Tori! —Tomo una respiración profunda, y bajo la voz—. Por favor, escúchame. La odio tanto como tú. No tengo ninguna razón para defenderla. Te estoy diciendo la verdad. Esto es importante.

Tori está en silencio. Creo que, por un momento, he ganado, que la he convencido. Pero entonces, dice:

—Nada es más importante que su muerte.





—Si eso es lo que insistes en creer —le digo—, no te puedo ayudar. Pero tampoco voy a dejar que la mates.

Tori se empuja a sí misma sobre sus rodillas, y se limpia mi sangre de su barbilla. Ella levanta la vista hasta mis ojos.

—Yo soy una líder Intrepidez —dice ella—. Resulta que tú no decides lo que hago.

Y antes de que pueda pensar...

Antes de siquiera pensar en disparar el arma que estoy sosteniendo...

Ella saca un cuchillo largo de un lado de su bota, se lanza, y apuñala a Jeanine en el estómago.

Yo grito. Jeanine libera un sonido horrible —un gorgoteo, gritos, el sonido de morir. Veo los dientes apretados de Tori, la oigo murmurar el nombre de su hermano —“Jonathan Wu”— y luego veo el cuchillo ir de nuevo.

Y los ojos de Jeanine convertirse en cristal.



## CAPÍTULO 46

*Traducido por dark heaven  
Corregido por LizC*

**T**ori permanece de pie, una mirada salvaje en sus ojos, y se da vuelta hacia mí.

Me siento entumecida.

Todos los riesgos que tomé para llegar hasta aquí —conspirando con Marcus, pidiendo la ayuda de Sabiduría, arrastrándome por una escalera de tres pisos de altura, disparándome a mí misma en una simulación— y todos los sacrificios que hice —mi relación con Tobias, la vida de Fernando, mi posición entre los Intrepidez— fueron para nada.

*Nada.*

Un momento después, la puerta de cristal se abre de nuevo. Tobias y Uriah entran estrepitosamente como si fueran a librar una batalla —Uriah tose, probablemente por el veneno— pero la batalla se ha terminado. Jeanine está muerta, Tori está triunfal, y yo soy una traidora de Intrepidez.

Tobias se detiene a mitad de un paso, casi tropezando con sus pies, cuando me ve. Sus ojos se abren ampliamente.

—Es una traidora —dice Tori—. Casi me dispara para defender a Jeanine.

—¿Qué? —dice Uriah—. Tris, ¿qué está pasando? ¿Tiene razón? ¿Por qué siquiera estás aquí?

Pero yo sólo miro a Tobias. Una pequeña esperanza me atraviesa, extrañamente dolorosa, cuando se combina con la culpa que siento por cómo lo he engañado.

Tobias es terco y orgulloso, pero es mío; tal vez él escuchará, tal vez hay una posibilidad de que todo lo que hice no fuera en vano...

—Sabes por qué estoy aquí —le digo en voz baja—. ¿Cierto?

Extiendo el arma de Tori. Él camina hacia adelante, un poco inestable, y se la lleva.



—Encontramos a Marcus en la habitación de al lado, atrapado en una simulación —dice Tobias—. Viniste aquí con él.

—Sí, lo hice —le digo, sangre por la mordedura de Tori corre por mi brazo.

—Confíe en ti —dice, su cuerpo temblando con rabia—. *Confíe* en ti, ¿y tú me abandonaste para trabajar con *él*?

—No —niego con la cabeza—. Él me dijo algo, y todo lo que mi hermano dijo, todo lo que Jeanine dijo mientras estaba en el recinto de Sabiduría, encaja perfectamente con lo que me dijo. Y quería... *necesitaba* saber la verdad.

—La verdad. —Resopla—. ¿Crees que aprendiste la *verdad* de un mentiroso, un traidor, y un psicópata?

—¿La verdad? —dice Tori—. ¿De qué estás hablando?

Tobias y yo nos miramos fijamente el uno al otro. Sus ojos azules, por lo general tan considerados, ahora son duros y críticos, como si estuvieran descamando capa tras capa de mí y buscando en cada una de ellas.

—Creo —le digo. Tengo que hacer una pausa y tomar un respiro, porque no lo convencí; fallé, y ésta es probablemente la última cosa que ellos me van a dejar decir antes de que me arresten.

—¡Creo que *tú* eres el mentiroso! —digo, mi voz rompiéndose—. Me dices que me amas, que confías en mí, crees que soy más perspicaz que las personas promedio. Y en el primer segundo que creo en mi capacidad de percepción, esa confianza, ese *amor* es puesto a prueba, y todo se desmorona. —Estoy llorando ahora, pero no me avergüenzo de las lágrimas que brillan en mis mejillas o la rudeza de mi voz—. Así que debes haberme mentido cuando me dijiste todas esas cosas... debes haberlo hecho, porque no puedo creer que tu amor sea realmente tan débil.

Me acerco a él, así sólo hay unos pocos centímetros entre nosotros, y ninguno de los otros puede escucharme.

—Sigo siendo la persona que hubiera muerto en vez de matarte —le digo, recordando la simulación de ataque y sintiendo los latidos de su corazón bajo mi mano—. Soy exactamente quién crees que soy. Y ahora mismo, te digo que sé... sé que esta información lo va a cambiar todo. Todo lo que hemos hecho, y todo lo que estamos a punto de hacer.



Lo miro como si pudiese comunicarle la verdad con mis ojos, pero eso es imposible. Él mira hacia otro lado, y no estoy segura de que siquiera haya escuchado lo que dije.

—Basta de esto —dice Tori—. Llénenla a la planta baja. Va a ser juzgada junto con todos los otros criminales de guerra.

Tobias no se mueve. Uriah me toma del brazo y me lleva lejos de él, a través del laboratorio, a través de la sala de la luz, a través del pasillo azul. Therese de Sin Facción se une a nosotros allí, mirándome con curiosidad.

Una vez que estamos en el hueco de la escalera, siento que algo empuja mi costado. Cuando miro hacia atrás, veo un rollo de gasa en la mano de Uriah. Lo tomo, tratando de darle una sonrisa de agradecimiento y fallando.

Mientras descendemos las escaleras, envuelvo la gasa con fuerza alrededor de mi mano, dejando a un lado cuerpos sin mirarles la cara. Uriah toma mi codo para que no me caiga. La envoltura de la gasa no ayuda con el dolor de la mordedura, pero me hace sentir un poco mejor, y lo mismo ocurre con el hecho de que Uriah, al menos, no parece odiarme.

Por primera vez, el desprecio de Intrepidez por la edad no parece ser una oportunidad. Parece que va a ser la cosa que me condene. Ellos no van a decir: *Pero es joven; debe haber estado confundida*. Ellos dirán: *Es una adulta, hizo su elección*.

Por supuesto, estoy de acuerdo con ellos. Hice mi elección. Elegí a mi madre y mi padre, y por lo que ellos lucharon.



Bajar las escaleras es más fácil que subirlas. Alcanzamos al quinto nivel antes de que me diera cuenta de que vamos hacia el vestíbulo.

—Dame tu arma, Uriah —dice Therese—. Alguien tiene que ser capaz de disparar a los potenciales beligerantes, y tú no puedes hacerlo si la estás ayudando a que no se caiga por las escaleras.

Uriah le entrega su arma sin dudar. Frunzo el ceño; Therese ya *tiene* un arma, así que, ¿por qué importa que él le diera la suya? Pero no pregunto. Ya estoy en suficientes problemas.



Llegamos a la planta baja y pasamos delante de una gran sala de reuniones llena de personas vestidas de blanco y negro. Me detengo un momento para verlos. Algunos de ellos estás juntos en pequeños grupos, apoyándose uno al otro, lágrimas corriendo por sus rostros. Otros están solos, apoyándose contra las paredes o sentados en las esquinas, sus ojos vacíos o mirando algo que está muy lejos.

—Tuvimos que dispararles a tantos —murmura Uriah, apretando mi brazo—. Sólo para entrar en el edificio, teníamos que hacerlo.

—Lo sé —le digo.

Veo a la hermana de Christina y a su madre juntas en el lado derecho de la habitación. Y en el lado izquierdo, un hombre joven con el cabello oscuro que brilla en la luz fluorescente: Peter. Su mano está en el hombro de una mujer de mediana edad que reconozco como su madre.

—¿Qué está haciendo él aquí? —pregunto.

—El pequeño cobarde vino después que todo pasara, después de que todo el trabajo estaba hecho —dice Uriah—. Escuché que su padre está muerto. Sin embargo, parece que su madre está bien.

Peter mira sobre su hombro, y su mirada se encuentra con la mía, sólo por un segundo. En ese segundo intenté convocar un poco de piedad para la persona que me salvó la vida. Pero a pesar de que el odio que una vez sentía por él se ha ido, todavía no siento nada.

—¿Cuál es la demora? —exige Therese—. Vamos a seguir adelante.

Pasamos por delante de la sala de reuniones al vestíbulo principal, donde una vez había abrazado a Caleb. El retrato gigante de Jeanine está en pedazos en el suelo. El humo que flota en el aire se condensa en torno a los libreros, los cuales están quemados a cenizas. Todas las computadoras están en pedazos, esparcidos a lo largo del suelo.

Sentados en hileras en el centro de la habitación están algunos Sabiduría que no se escaparon, y los traidores de Intrepidez que sobrevivieron. Busco entre las caras por algo familiar. Encuentro a Caleb cerca de la parte de atrás, viéndose aturdido. Miro hacia otro lado.

—¡Tris! —Escucho. Christina se sienta cerca de la parte delantera, junto a Cara, su pierna bien envuelta con tela. Ella me llama, y me siento a su lado.

—¿Sin éxito? —dice en voz baja.



Niego con la cabeza.

Ella suspira, y pone su brazo alrededor de mí. El gesto es tan reconfortante que casi me pongo a llorar. Sin embargo, Christina y yo no somos de las personas que lloran juntas; somos de las personas que luchan juntas. Así que contengo mis lágrimas dentro.

—Vi a tu mamá y a tu hermana en la habitación de al lado —le digo.

—Sí, yo también —dice ella—. Mi familia está bien.

—Bueno —le digo—. ¿Cómo está tu pierna?

—Bien. Cara dice que va a estar bien, no está sangrando demasiado. Una de las enfermeras Sabiduría relleno sus bolsillos con algunos medicamentos para el dolor, antisépticos y gasas antes de que la trajeran aquí, así que no me duele demasiado —dice ella. A su lado, Cara está examinando el brazo de otro Sabiduría—. ¿Dónde está Marcus?

—No sé —le digo—. Tuvimos que separarnos. Él debería estar aquí abajo. A menos que lo hayan matado o algo así.

—No estaría tan sorprendida, honestamente —dice ella.

La habitación está caótica por un momento —personas corriendo dentro y fuera otra vez, nuestros guardias Sin Facción cambiando lugares, nueva gente en azul Sabiduría es traída a sentarse entre nosotros— pero gradualmente todo se vuelve más tranquilo, y luego lo veo: Tobias, caminando a través de la puerta de la escalera.

Me muerdo el labio, duro, y trato de no pensar, trato de no fijarme en la sensación de frío que rodea mi pecho y el peso que se cierne sobre mi cabeza. *Él me odia. No me cree.*

Christina me agarra más fuerte mientras él camina delante de nosotras, sin siquiera mirarme. Lo miro por encima de mi hombro. Se detiene junto a Caleb, lo toma del brazo, y lo arrastra a sus pies. Caleb se retuerce por un segundo, pero no es ni siquiera la mitad de fuerte que Tobias es y no puede liberarse.

—¿Qué? —dice Caleb, preso del pánico—. ¿Qué quieres?

—Quiero que desarmes el sistema de seguridad del laboratorio de Jeanine —dice Tobias sin mirar atrás—. Para que los Sin Facción puedan acceder a su computador.



Y *destruirlo*, pienso, y si es posible, mi corazón se vuelve aún más pesado. Tobias y Caleb desaparecen en el hueco de la escalera de nuevo.

Christina se desploma contra mí, y yo me desplomo en su contra, así nos sostenemos la una a la otra.

—Jeanine activó todos los transmisores de Intrepidez, sabes —dice Christina—. Uno de los grupos Sin Facción fue emboscado por Intrepidez controlados-por-simulación, llegando tarde desde del sector de Abnegación hace unos diez minutos. Supongo que los sin Facción ganaron, aunque no sé cómo pueden decirle ganar a dispararle a un montón de personas con muerte cerebral.

—Sí. —No hay mucho más que decir. Ella parece darse cuenta de eso.

—¿Qué sucedió después de que me dispararon? —dice.

Le describo el pasillo azul con dos puertas, y la simulación que siguió, desde el momento en que reconocí la sala de entrenamiento de Intrepidez al momento en que me dispararé a mí misma. No le digo acerca de la alucinación de Will.

—Espera —dice ella—. ¿Una simulación? ¿Sin un transmisor?

Frunzo el ceño. No me había molestado en preguntarme acerca de eso. Especialmente no en ese momento.

—Si el laboratorio reconoce a las personas, tal vez también conoce los datos de todos, y pueden presentar un entorno simulado correspondiente dependiendo de tu Facción.

No importa, ahora, averiguar cómo Jeanine configuró la seguridad de su laboratorio, de todas las cosas. Pero se siente bien ponerme en marcha, pensar en un nuevo problema por resolver ahora que fallé en resolver el más importante.

Christina se sienta más recta. Tal vez ella siente lo mismo.

—O el veneno contiene un transmisor de alguna manera.

No había pensado en eso.

—Pero, ¿cómo lo supero Tori? Ella no es Divergente.

Inclino mi cabeza. —No lo sé.



*Tal vez ella lo es, pienso. Su hermano lo era, y después de lo que le pasó a él, puede que ella nunca lo admita, sin importar cuán aceptada llegue a ser.*

Las personas, he descubierto, son capas y capas de secretos. Crees que las conoces, que las entiendes, pero sus motivos están siempre ocultos, enterrados en sus corazones. Nunca las conocerás, pero a veces decides confiar en ellas.

—¿Qué crees que van a hacernos cuando nos encuentren culpables? — dice después de que unos minutos de silencio han pasado.

—¿Honestamente?

—¿Ahora parece ser el momento para la honestidad?

La miro por el rabillo del ojo.

—Creo que nos van a obligar a comer muchas porciones de torta y luego a tomar una siesta excesivamente larga.

Ella se ríe. Trato de no hacerlo; si me dejo reír, voy a empezar a llorar, también.



Escucho un grito, y miro alrededor a la multitud para ver de dónde vino.

—¡Lynn! —El grito viene de Uriah. Él corre hacia la puerta, donde dos Intrepidez están llevando a Lynn en una camilla improvisada, hecha de lo que parece ser un estante de biblioteca. Ella está pálida —demasiado pálida— y sus manos están cruzadas sobre su estómago.

Salto a mis pies y empiezo a correr hacia ella, pero algunas armas de los Sin Facción me impiden ir mucho más lejos. Levanto mis manos y me quedo quieta, mirando.

Uriah camina entre la multitud de criminales de guerra y apunta a una mujer Sabiduría de aspecto severo con el cabello gris.

—Tú. Ven aquí.





La mujer se pone de pie y sacude sus pantalones. Ella camina, despacio, hasta el borde de la multitud sentada y mira expectante a Uriah.

—Eres médico, ¿verdad? —dice.

—Lo soy, sí —dice ella.

—¡Entonces ayúdela! —Él frunce el ceño—. Está herida.

La doctora se acerca a Lynn y le pide a los dos Intrepidez que la bajen. Lo hacen, y ella se agacha sobre la camilla.

—Querida —dice ella—. Por favor, quita las manos de tu herida.

—No puedo —se queja Lynn—. Me duele.

—Soy consciente de que duele —dice la doctora—. Pero no voy a ser capaz de evaluar la herida si no me la revelas.

Uriah se arrodilla frente a la doctora y le ayuda a mover las manos de Lynn lejos de su estómago. La doctora levanta la camisa de Lynn de su estómago. La herida de bala en sí es un círculo redondo, rojo en la piel de Lynn, pero lo que la rodea es lo que parece ser un moretón. Nunca he visto un moretón así de oscuro.

La doctora frunce los labios, y sé que Lynn está tan bien como muerta.

—¡Ayúdala! —dice Uriah—. ¡Puedes curarla, así que házlo!

—Por el contrario —dice la doctora, mirando hacia él—. Dado que prendieron fuego los pisos del hospital de este edificio, no puedo curarla.

—¡Hay otros hospitales! —dice él, casi gritando—. ¡Puedes conseguir cosas de allí y curarla!

—Su estado es demasiado avanzado —dice la doctora, su voz es tranquila—. Si no hubiesen insistido en quemar todo lo que se pusiera en su camino, podría haber tratado, pero como está la situación, tratar no tendría ningún valor.

—¡Cállate! —dice él, apuntando con su arma el pecho de la doctora—. ¡No soy el que quemó tu hospital! Ella es mi amiga, y yo... yo solo...

—Uri —dice Lynn—. Cállate. Es demasiado tarde.

Uriah deja que su arma golpee el suelo y le agarra la mano a Lynn, su labio temblando.



—Soy su amiga también —le digo a los Sin Facción apuntando sus armas hacia mí—. ¿Pueden al menos apuntarme con sus armas ahí?

Me dejan pasar, y me quedo al lado de Lynn, sosteniendo su mano libre, que está pegajosa de sangre. Ignoro los cañones de las armas apuntando a mi cabeza y me centro en el rostro de Lynn, que ahora está amarillo en vez de blanco.

Ella no parece fijarse en mí. Se centra en Uriah.

—Solo me alegro de no haber muerto bajo una simulación —dice ella con voz débil.

—No vas a morir ahora —dice él.

—No seas estúpido —dice ella—. Uri, escucha. Yo también la amaba. Lo hacía.

—¿Amabas a quien? —dice, su voz quebrándose.

—Marlene —dice Lynn.

—Sí, todos amábamos a Marlene —dice él.

—No, eso no es lo que quiero decir. —Ella niega con la cabeza. Cierra los ojos.

Sin embargo, se necesitan unos pocos minutos antes de que su mano quede pesada en la mía. La guío a su estómago, y luego tomo la otra mano de la de Uriah y hago lo mismo. Se seca los ojos antes de que sus lágrimas puedan caer. Nuestros ojos se encuentran a través de su cuerpo.

—Deberías decirle a Shauna —le digo—. Y a Héctor.

—Correcto. —Sorbe por la nariz y presiona la palma de su mano en la cara de Lynn. Me pregunto si su mejilla todavía está caliente. No quiero tocarla y descubrir que no lo está.

Me levanto y camino de regreso a Christina.



## CAPÍTULO 47

*Traducido por dark heaven  
Corregido por Angeles Rangel*

**M**i mente sigue tirando de mí hacia mis recuerdos de Lynn, en un intento por convencerme de que ella en realidad se ha ido, pero expulso los destellos cortos mientras vienen. Algún día voy a dejar de hacer eso, si no soy ejecutada como una traidora, o lo que sea que nuestros nuevos líderes hayan planeado. Pero ahora mismo lucho por mantener mi mente en blanco, por pretender que esta habitación es todo lo que ha existido y todo lo que llegará a existir. No debería ser fácil, pero lo es. He aprendido a defenderme del dolor.

Tori y Harrison llegan a la entrada después de un tiempo, Tori avanza con dificultad hacia una silla —casi me olvidó de su herida de bala una vez más; era tan ágil cuando mató a Jeanine— y Harrison detrás de ella.

Detrás de ambos está uno de Intrepidez con el cuerpo de Jeanine colgado del hombro. La tira como una piedra en una mesa frente a las filas de los Sabidurías y traidores de Intrepidez.

Detrás de mí escucho gritos de asombro y murmuraciones, pero no sollozos. Jeanine no era del tipo de líder por la que la gente llora.

Miro hacia su cuerpo, que parece mucho más pequeño en la muerte de lo que hacía en vida. Ella es sólo unos pocos centímetros más alta que yo, su pelo sólo unas tonalidades más oscuras. Parece que está calmada ahora, casi pacífica. Tengo problemas para conectar el cuerpo con la mujer que yo conocía, la mujer sin conciencia.

Y aunque era más complicada de lo que pensé, mantener un secreto que ella pensaba que era demasiado terrible para revelarlo, fuera de un atrozmente retorcido instinto protector.

Johanna Reyes camina dentro del vestíbulo, empapada hasta los huesos por toda la lluvia, su ropa roja manchada de un rojo más oscuro. Los Sin Facción la rodean, pero ella no parece darse cuenta de ellos o de las armas que llevan.

—Hola —le dice a Harrison y a Tori—. ¿Qué es lo que quieres?



—No sabía que la líder de Concordia sería tan tajante —dice Tori con una sonrisa irónica—. ¿No es en contra de su manifiesto?

—Si estuvieras realmente familiarizada con las costumbres de Concordia, sabrías que no tienen un líder formal —dice Johanna, su voz simultáneamente tiempo suave y firme—. Pero no soy más la representante de Concordia. Bajé con el fin de venir aquí.

—Sí, te vi a ti y a tu pequeño grupo de guardianes de la paz, poniéndose en el camino de todo el mundo —dice Tori.

—Sí, eso fue intencional —responde Johanna—. Dado que ponerse en el camino era estar entre las armas y los inocentes, y salvar un gran número de vidas.

Color llena sus mejillas, y creo una vez más: que Johanna Reyes aún puede ser hermosa. Excepto que ahora no creo que ella sólo sea bella a pesar de la cicatriz, sino que de alguna manera es hermosa con ella, al igual que Lynn con su pelo rapado, al igual que Tobias con los recuerdos de la crueldad de su padre que él usa como una armadura, al igual que mi madre en su plana ropa de color gris.

—Puesto a que aún eres tan generosa —dice Tori—. Me pregunto si podrías llevar un mensaje a Concordia.

—No me siento cómoda dejándote a ti y a tu ejército repartiendo justicia como mejor te parezca —dice Johanna—, pero sin duda enviaré a alguien más a Concordia con el mensaje.

—Bien —dice Tori—. Diles que un nuevo sistema político pronto se formará que los excluirá de la representación. Esto, creemos, es su justo castigo por no elegir un bando en este conflicto. Ellos, por supuesto, están obligados a seguir produciendo y entregando alimentos a la ciudad, pero estarán bajo la supervisión de una de las Facciones líderes.

Por un segundo, creo que Johanna podría lanzarse a Tori y estrangularla. Pero ella misma se hace más alta y dice:

—¿Es eso todo?

—Sí.

—Bien —dice ella—. Voy a hacer algo útil. ¿Supongo que no permitirías que algunos de nosotros viniésemos aquí y tratemos a estos heridos?

Tori le da una mirada.



—No lo creía —dice Johanna—. Recuerda, sin embargo, que a veces las personas que oprimes son más poderosas de lo que te gustaría.

Ella se da vuelta y sale del vestíbulo.

Algo en sus palabras me golpea. Estoy segura de que ellas significan una amenaza, y una débil, pero me suena en la cabeza como si fuera algo más, como si ella pudiera fácilmente estar hablando no de Concordia, sino de otro grupo oprimido. Los Sin Facción.

Y mientras miro alrededor del cuarto, a cada soldado Intrepidez y a cada soldado Sin Facción, empiezo a ver un patrón.

—Christina —le digo—. Los Sin Facción tienen todas las armas.

Ella mira a su alrededor, y luego a mí, con el ceño fruncido.

En mi mente veo a Therese, tomando el arma de Uriah cuando ella ya tenía una. Veo la boca de Tobias presionándose en una línea cuando le pregunté acerca de la incómoda alianza entre los Intrepidez y los Sin Facción, ocultando algo.

Luego Evelyn emerge en el vestíbulo, su postura real, como una reina regresando a su reino. Tobias no la sigue. ¿Dónde está?

Evelyn se para detrás de la mesa donde se encuentra el cuerpo de Jeanine Matthews. Edward cojea al vestíbulo detrás de ella. Evelyn saca un arma, señala al retrato caído de Jeanine, y a los incendios.

Un silencio se apodera del salón. Evelyn deja caer el arma sobre la mesa, junto a la cabeza de Jeanine.

—Gracias —dice ella—. Sé que todos ustedes están preguntándose qué va a pasar, así que estoy aquí para decírselos.

Tori se sienta erguida en su silla y se inclina hacia Evelyn, como si ella quisiera decir algo. Pero Evelyn no le presta atención.

—El sistema de Facciones que ha tenido apoyo en las espaldas de los humanos desechados se disolverá de una vez —dice Evelyn—. Sabemos que esta transición puede ser difícil para ustedes, pero...

—¿Nosotros? —Tori se rompe, su cara escandalizada—. ¿De qué estás hablando, disolución?

—De lo que estoy hablando —dice Evelyn, mirando a Tori por primera vez—, es que tu Facción, que hasta hace unas semanas estaba clamando junto a Sabiduría la restricción de alimentos y bienes a Sin



Facción, clamor que resultó en la destrucción de Abnegación, ya no existe.

Evelyn sonríe un poco.

—Y si decides tomar armas contra nosotros —dice ella—, será difícil encontrar cualquier tipo de armas para tomar.

Veo, entonces, cómo cada soldado Sin Facción sostiene un arma. Los Sin Facción están espaciados uniformemente alrededor del borde de la habitación, y ellos desaparecen en uno de los huecos de las escaleras. Nos tienen rodeados a todos.

Es tan elegante, tan inteligente, que casi me río.

—Di instrucciones a mi mitad del ejército para que alivie a tu mitad del ejército de sus armas tan pronto como sus misiones se completaran — dice Evelyn—. Ahora veo que tuvieron éxito. Lamento la duplicidad, pero sabíamos que ustedes han sido condicionados para aferrarse al sistema de Facciones como si fuera su propia madre, y que tendríamos que ayudarlos a facilitarles esta nueva era.

—¿Facilitarnos? —demanda Tori. Empujándose para ponerse de pie e ir cojeando hacia Evelyn, quien con calma toma su arma en la mano y apunta a Tori.

—No he estado muriéndome de hambre desde hace más de una década sólo para ceder ante una mujer Intrepidez con una pierna lesionada — dice Evelyn—. Así que a menos que quieras que te dispare, toma asiento con tus compañeros ex-miembros de Facción.

Veo todos los músculos en el brazo de Evelyn posicionados en atención, sus ojos no son fríos, no se parecen a los de Jeanine, pero son calculadores, evaluadores, planificadores. No sé cómo esta mujer alguna vez se inclinó a la voluntad de Marcus. No debe haber sido esta mujer en ese entonces, todo acero, probada a fuego.

Tori se para delante de Evelyn durante unos segundos. Después cojea hacia atrás, lejos del arma y hacia el borde de la habitación.

—Aquellos de ustedes que nos ayudaron en el esfuerzo para acabar con Sabiduría serán recompensados —dice Evelyn—. Aquellos de ustedes que se resistieron serán juzgados y castigados de acuerdo a sus crímenes. —Ella levanta su voz en la última frase, y estoy sorprendida de lo bien que se lleva en el espacio.



Detrás de ella, la puerta de la escalera se abre, y Tobias corre con Marcus y Caleb detrás de él, casi inadvertido. *Casi*, excepto que yo me doy cuenta de él, porque me he entrenado para advertir su presencia. Miro sus zapatos mientras él se acerca. Son zapatillas de deporte negras con ojales de cromo para los cordones. Se detienen justo a mi lado, y él se agacha por mi hombro.

Lo miro, esperando encontrar a sus ojos fríos e inflexibles.

Pero no lo hago.

Evelyn sigue hablando, pero su voz se apaga para mí.

—Tenías razón —dice en voz baja Tobias, balanceándose sobre las puntas de los pies. Él sonríe un poco—. Sé quién eres. Sólo me lo tenían que recordar.

Abro la boca, pero no tengo nada que decir.

Después todas las pantallas en el vestíbulo de Sabiduría —al menos aquellas que no fueron destruidas en el ataque— parpadean prendiéndose, incluyendo un proyector colocado sobre la pared donde el retrato de Jeanine solía estar.

Evelyn se detiene en medio de la oración que ella estaba diciendo. Tobias toma mi mano y me ayuda a ponerme de pie.

—¿Qué es esto? —demanda Evelyn.

—Esto —dice él, sólo a mí—, es la información que lo va a cambiar todo.

Mis piernas tiemblan con alivio y temor.

—¿Tú lo hiciste? —le digo.

—Tú lo hiciste —dice él—. Todo lo que hice fue forzar a Caleb a cooperar.

Lanzo mis brazos alrededor de su cuello, y presiono mis labios en los suyos. Él me sostiene la cara con ambas manos y me besa en respuesta. Presionó la distancia entre nosotros hasta que se acaba, aplastando los secretos que hemos mantenido y las sospechas que hemos albergado, para bien, espero.

Y entonces escucho una voz.

Nos separamos y nos damos vuelta hacia la pared, donde se proyecta a una mujer con el pelo castaño y corto. Ella se sienta en un escritorio de



metal con las manos dobladas, en un lugar que no reconozco. El fondo es demasiado oscuro.

—Hola —dice ella—. Mi nombre es Amanda Ritter. En este archivo les diré sólo lo que necesitan saber. Soy la líder de una organización luchando por la justicia y la paz. Esta lucha se ha convertido en algo cada vez más importante —y consecuentemente, casi imposible— en las últimas décadas. Eso es debido a esto.

Imágenes pasan a través de la pared, casi demasiado rápido para que las vea. Un hombre de rodillas con un arma apretada contra su frente. Una mujer apuntándole, con el rostro impassible.

Desde la distancia, una persona pequeña esta colgada del cuello en un poste de teléfono.

Un agujero en el suelo del tamaño de una casa, lleno de cuerpos.

Y hay otras imágenes también, pero se mueven más rápido, así que sólo obtengo las impresiones de sangre y huesos, muerte y crueldad, caras vacías, ojos sin alma, ojos aterrorizados.

Justo cuando he tenido suficiente, cuando siento como si fuera a gritar si veo más, vuelve a aparecer la mujer en la pantalla, detrás de su escritorio.

—No recuerdan nada de eso —dice ella—. Pero si ustedes están pensando que esas son acciones de un grupo terrorista o del régimen de un gobierno tiránico, están sólo parcialmente en lo correcto. La mitad de las personas en esas fotos, cometiendo esos terribles actos, eran sus vecinos. Sus familiares. Sus compañeros de trabajo. La batalla que estamos luchando no es en contra de un grupo en particular. Es contra la naturaleza humana en sí misma, o al menos en lo que se ha convertido.

Esto es por lo que Jeanine estaba dispuesta a esclavizar nuestras mentes y asesinar personas; para mantenernos lejos de saber todo esto. Para mantenernos a todos ignorantes y seguros y dentro del Alambrado.

Hay una parte de mí que entiende.

—Eso es por lo que son tan importantes —dice Amanda—. Nuestra lucha contra la violencia y la crueldad es sólo un tratamiento para los síntomas de una enfermedad, no para curarla. Ustedes son la cura.

—Con el fin de mantenerlos seguros, hemos desarrollado una manera para que ustedes puedan prescindir de nosotros. Desde nuestro





suministro de agua. Desde nuestra tecnología. De nuestra estructura de la sociedad. Hemos formado a su sociedad de una manera particular, con la esperanza de que vayan a redescubrir el sentido moral que la mayoría de nosotros hemos perdido. Con el tiempo, esperamos que ustedes comiencen a cambiar lo que la mayoría de nosotros no puede.

—La razón por la que estoy dejando este material para ustedes es para que sepan, y cuando llegue el momento para que nos ayuden. Sabrán que ha llegado el momento cuando haya muchos de ustedes cuyas mentes parezcan ser más flexible que las otras. El nombre que se le debe dar a esa gente es *Divergente*. Una vez que sean abundantes entre ustedes, sus líderes deberán dar la orden para que Concordia abra las puerta para siempre, así ustedes podrán salir de su aislamiento.

Y eso es lo que mis padres querían hacer: tomar lo habían aprendido y utilizarlo para ayudar a los demás. *Abnegación hasta el final*.

—La información de este vídeo está limitada solamente a aquellos en el gobierno —dice Amanda—. Para ustedes debe ser un borrón y cuenta nueva. Pero, no nos olviden.

Ella sonríe un poco.

—Estoy a punto de unirme a sus números —dice ella—. Como el resto de ustedes, yo voluntariamente voy a olvidar mi nombre, mi familia y mi hogar. Voy a tomar una nueva identidad, con falsos recuerdos y una historia falsa. Pero para que ustedes sepan que la información que les proporcionamos es correcta, les voy decir el nombre que voy a tomar como mío.

Su sonrisa se amplía, y por un momento, siento que la reconozco.

—Mi nombre será Edith Prior —dice ella—. Y hay mucho de lo que estoy feliz de olvidar.

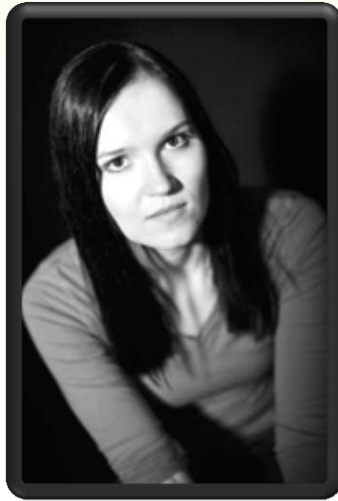
*Prior.*

El vídeo se detiene. El proyector brilla azul en la pared. Agarro la mano de Tobias, y hay un minuto de silencio como una respiración retenida.

Entonces el griterío comienza.

**FIN**

**INSURGENT**  
VERONICA ROTH



## VERÓNICA ROTH

**N**ació el 19 de agosto de 1988, por lo que su biografía es corta. Es de los suburbios de Chicago. Estudió escritura creativa en la Universidad Northwestern. Mientras era estudiante, a menudo optó por trabajar en la historia que se convertiría en DIVERGENT en lugar de hacer su tarea. Fue una elección verdaderamente transformadora. Ahora es una escritora a tiempo completo, la Sra. Roth vive cerca de Chicago. DIVERGENT (Katherine Tegen Books, mayo de 2011) es su primera novela. El segundo libro de la Trilogía Divergente, INSURGENTES, el cual se publicó el 1º de mayo de 2012. Actualmente se encuentra en fase de edición el tercer libro, (aún sin nombre) que será publicado para el 2013. Veronica bromea diciéndole a su tercera obra “DETERGENT” (detergente en español) en su blog. Mientras tanto pasará horas y horas navegando por Wikipedia en pijama mientras come cornflakes. O algún otro tipo de cereales suaves para el desayuno, o escribiendo en su blog personal. Además de leer y escribir, le gusta cocinar, le interesa mucho la psicología; especialmente lo relacionado con la personalidad, la química cerebral, y la dinámica de grupo, la biología, la teología, la moda, el arte contemporáneo y la poesía; Edna St. Vincent Millay es su favorita.

La puedes visitar en línea en:

[WWW.VERONICAROTHBOOKS.COM](http://WWW.VERONICAROTHBOOKS.COM)



## STAFF DE TRADUCCIÓN:

**Moderadora:** Dark heaven

Dark heaven

Lorenaa

Susanauribe

Caami

areli97

yumigood

Azula

LizC

Little Rose

PaulaMayfair

Azuloni

ΣΧΖYossΣΧΖ

carmen170796

Maru Belikov

Otravaga

Raveen

IreneRainbow

## STAFF DE CORRECCIÓN:

Angeles Ranguel

Maggiih

Monicab

LizC

Nayerlir

Mlle\_Janusa

LadyPandora

Majo

## RECOPIACIÓN Y REVISIÓN:

Angeles Rangel

## DISEÑO

ΣΧΖYossΣΧΖ



<http://bookzinga.foroactivo.mx/>



**INSURGENT**  
VERONICA ROTH